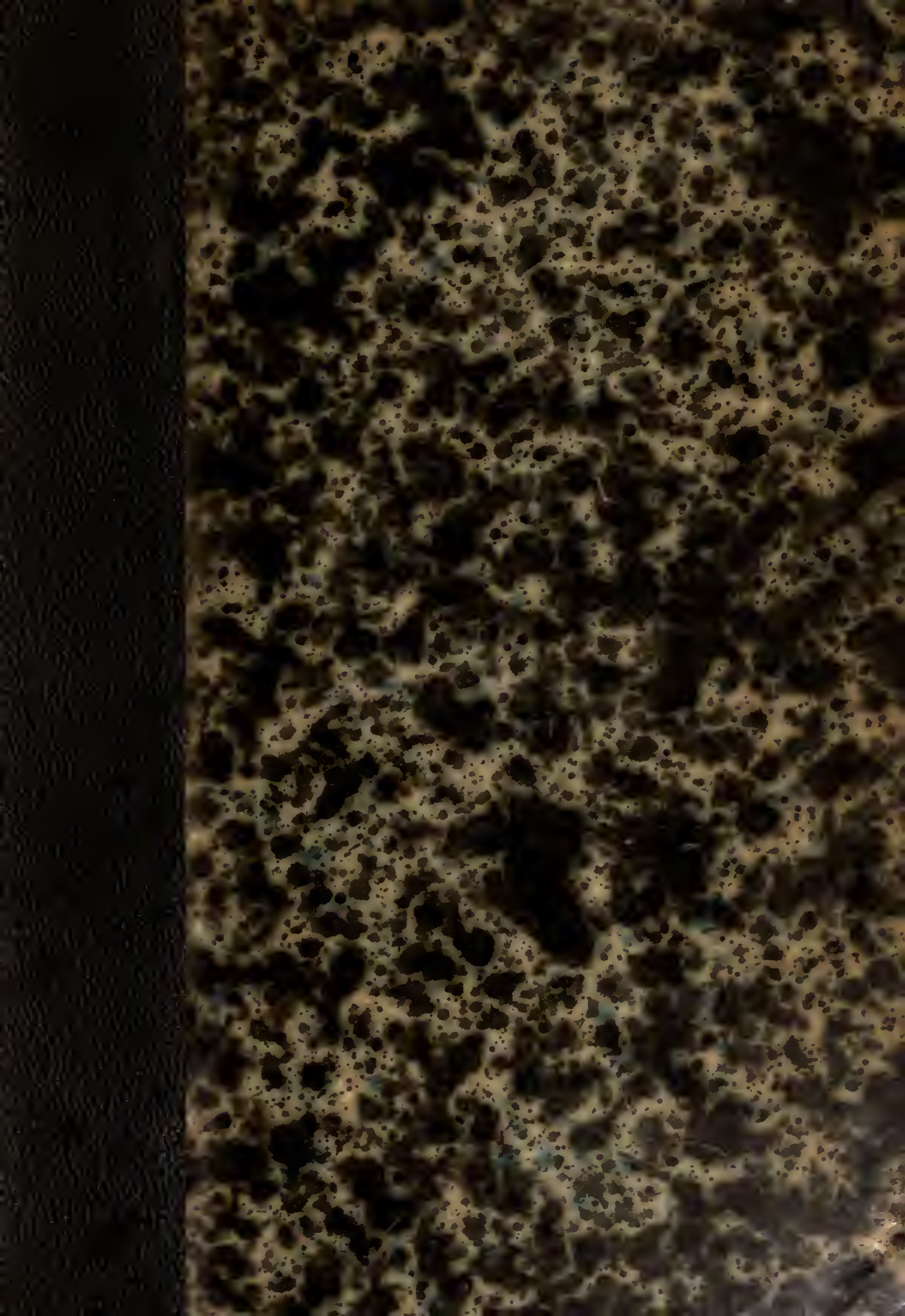
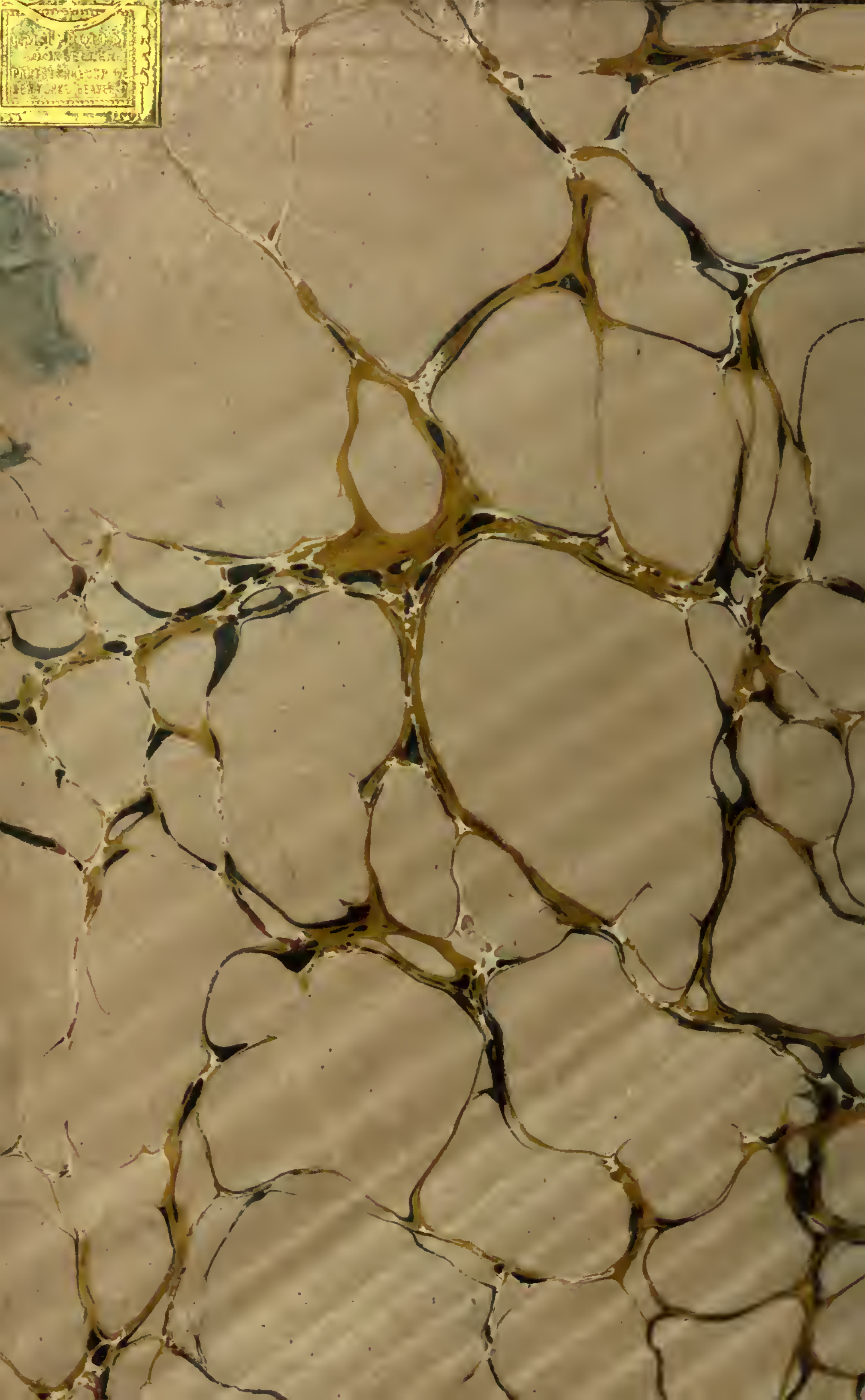
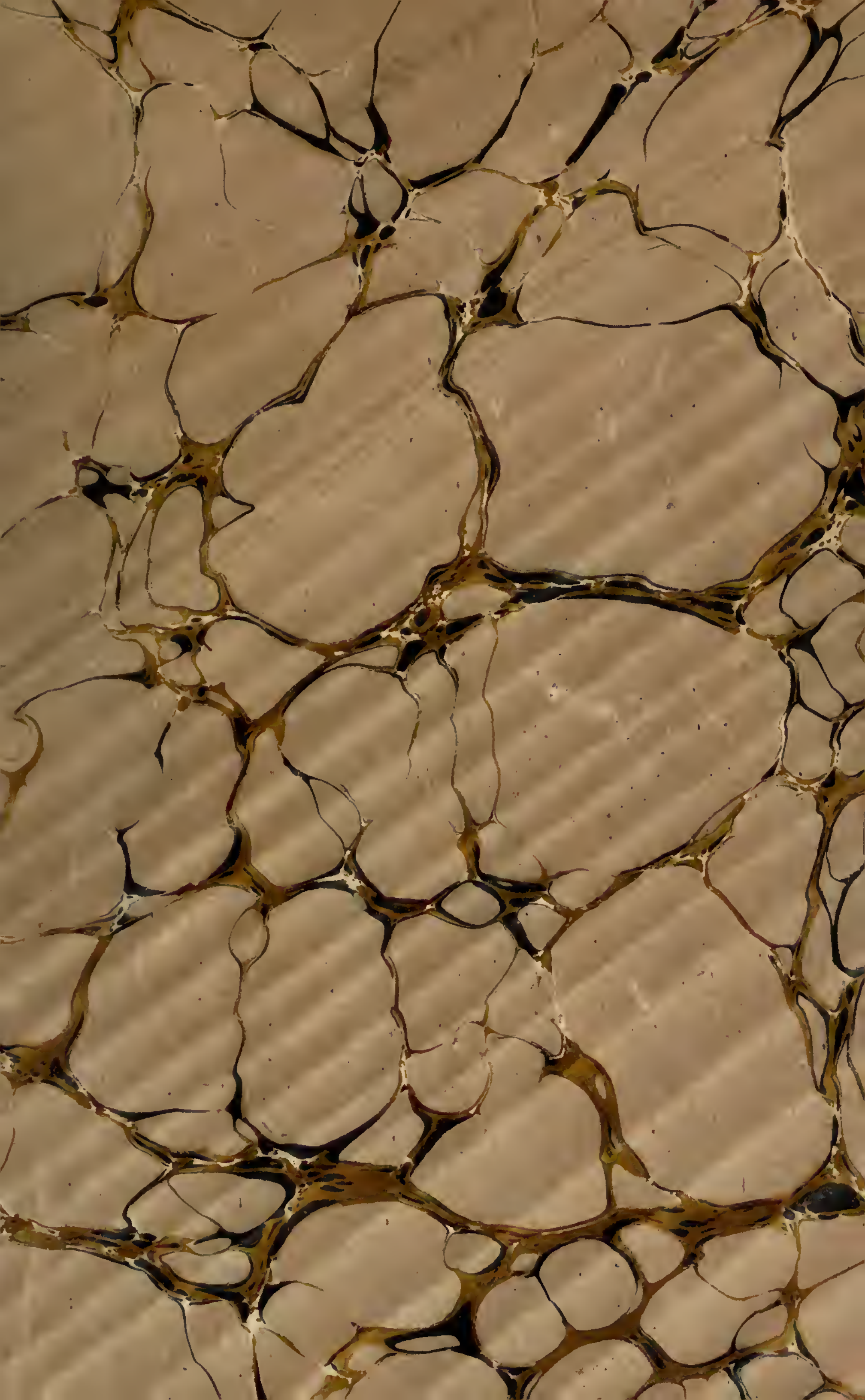






HISTORIA

POLÍTICA Y LITERARIA

DE LOS TROVADORES,

POR

DON VÍCTOR BALAGUER,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO PRIMERO.

MADRID:
IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1878.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

En el que bien pudiera llamarse albor de mi vida literaria, escribí la *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragon.* Hoy, en el que bien puede llamarse ocaso de mi atormentada vida política, escribo la Historia de los Trovadores.

Debiera haber sido al revés, que acaso entónces hubiera podido escribir ésta con más entusiasmo y aquélla con más meditacion.

Duramente combate hoy alguno aquel pobre libro de mi juventud, escrito al calor de la misma, con una idea de propaganda, que era entónces de necesidad dadas las circunstancias por que atravesaba el país, con el desinteresado y patriótico propósito de recordar una historia nobilísima de libertad y de progreso, descuidada por unos, adulterada por otros, ignorada de muchos. Errores tiene, bien lo sé; errores de pluma, de olvido, y de imprenta algunos, que más tarde he notado; errores de entendimiento los más, que, por carencia de él, acaso no me sea dado notar nunca.

Hube de escribir aquella obra, como digo en alguna parte de ella, con la prisa de la mano y las entrañas de la necesidad, obedeciendo á esa presion devoraz de la imprenta, que traga sin piedad y sin contarlas las cuartillas del autor, y á

las exigencias, por otra parte, legítimas del editor, que tiene para todo y sobre todo en cuenta sus intereses.

Escribí aquella obra, á cada paso lo repito en ella, para abrir camino y dar ejemplo, á fin de que otros refundieran, enmendaran y completaran lo pobre mio con lo bueno suyo, llegando así á elevarse un monumento á la patria historia y á convertir en llana y fácil vía lo que fué tortuosa y áspera senda en su comienzo; que quien pasa primero un vado, mal lo pasa y con peligro, pero lo enseña á los demás.

Yo sé bien que mi Historia llenó su mision especial, y me lo ha dicho el despertamiento histórico y literario de la jóven Cataluña inteligente; pero esto no obstante, si Dios, como me ha dado amor al trabajo me diera ocasion propicia, hasta hoy solicitada en vano, habria de publicar una segunda edicion de aquella obra, adicionada con datos y documentos que he logrado la suerte de adquirir, y purgada de errores que he tenido ocasion de notar, por impulso de propia conciencia unos, otros por observaciones benévolas de varios que al refutarme me honraron, debiendo ser por esto más atendidas, y tambien por las apasionadas de alguno que, no por serlo, merecen desatenderse, siquier hayan sido galopeadamente trazadas por nerviosa mano con el apremio del rubor y el atropello de la saña.

Pero áun así y todo, con sus faltas é incorrecciones, ofrezco aquella pobre Historia mia como un título de consideracion á mi país, para que por mi amor me sean perdonados sus errores: que yo puedo decir á mi patria algo parecido á lo que uno de los trovadores, cuyas vidas se continúan en este libro, decia á su dama:

« Ni tu cariño me obliga, ni tu desamor me importa. Puedes, á tu placer, ser conmigo amante fiel ó ruin ingrata, que siempre yo te he de amar y te he de servir siempre. »

Desterrado me hallaba en Francia, — y venimos ya al presente libro rogando á los lectores á quienes no les haya ocurrido pasar por alto la anterior digresion, que la anoten en la cuenta de las debilidades humanas, — desterrado, digo, me hallaba en Francia por los años de 1867 y 1868, y áun cuando no habia nacido en mí la idea de escribir esta obra, ocupaba, sin embargo, esos tristes y eternos ócios de una emigracion política, acaso por presentimiento, en recorrer archivos y bibliotecas, copiando cuantos manuscritos provenzales tenía ocasion de hallar. Así visité la biblioteca del Arsenal en París, donde hay verdaderos tesoros, y las bibliotecas y archivos de Tolosa, Carcasona, Beziers, Narbona, Montpeller, Arles, Marsella, Aix y sobre todo Aviñon, donde, gracias á una hospitalidad generosa, pude permanecer más tiempo; así fuí acumulando materiales sin plan determinado, áun cuando conseguia por el pronto mi principal objeto de estudiar á fondo el provenzal; así me hice con una rica coleccion de copias, no pocas de las cuales debian convertirse en un trabajo inútil al encontrar más adelante impresas en el *Raynouard*, para mí entónces desconocido, gran parte de las poesías mismas que, á costa de muchos afanes y de mucho trabajo, habia ido yo coleccionando.

Los sucesos políticos de 1868, abriendo á los proscritos las puertas de la patria y llamando á más activos servicios á los hombres de partido, interrumpieron de pronto mis trabajos, y entre el torbellino del huracan político en que entónces nos vimos envueltos, hube de olvidar mis notas, mis copias, mis manuscritos, hasta que una imprevista circunstancia vino á despertar mis recuerdos.

Un amigo querido, D. Fermin Canella Secades, catedrático en Astúrias, y á quien por su mérito y servicios conocen cuantos aman las letras y la patria, tuvo la bondad de regalarme un dia, como cosa verdaderamente curiosa, una obra que habia pertenecido al insigne Jovellanos. Era el *Saint Pelaye-Millot* con notas marginales escritas de puño y letra de Jo-

vellanos; notas que, áun trazadas como están visiblemente al vuelo de la pluma y del pensamiento, prueban que aquel ilustre hombre de Estado se fijó mucho en la historia de los trovadores, más que por su importancia literaria, por su tendencia social y política.

Recordé entónces, á mi vez, los manuscritos de mi emigracion, y concebí el plan de esta obra, aceptando la forma de Millot, pero dando á la parte política de la poesía provenzal la importancia que no le dan ni aquél ni ningun otro de los autores que he consultado; importancia, y carácter tambien, que mis estudios me habian ya revelado, haciendo nacer en mí la idea que ví luégo confirmada por las notas de Jovellanos y por el discurso que pronunció en los Juegos florales de 1876 mi maestro y amigo D. Luis Cutchet.

Es esta la primera obra que bajo esta idea, plan y forma se publica en España, donde, generalmente hablando, y fuera de ciertas esferas, es bastante desconocido cuanto á trovadores se refiere.

Algunos escritores, sin embargo, hicieron con elevado criterio estudios sobre este asunto, y es deber mio citarlos, que, á fuer de honrado, debo consignar aquí cuáles son las fuentes en que he bebido y cuáles los autores que me han procurado los materiales para llevar á cabo un trabajo que más de una vez, por cierto, hube de interrumpir desalentado y pesaroso de haberlo emprendido.

Escribieron en España sobre este tema concreto, y debe ser citado en primer lugar, D. Manuel Milá y Fontanals, sabio profundo y maestro en estas materias, que, á tener valor para decir todo cuanto en este punto su ciencia le ha revelado, hubiera hecho inútil esta obra: D. José Amador de los Rios, que en su excelente *Historia crítica de la Literatura española*, ha consagrado brillantes páginas á la literatura provenzal; D. Francisco de Paula Canalejas, que en distintos estudios, y con superior criterio, ha tratado de la poesía de los trovadores; D. José Coll y Vehí, autor de un libro sobre

la *Sátira provenzal* que sería perfecto si en él la pasion del hombre no dañara á la imparcialidad del crítico; D. Toribio del Campillo, que escribió un *ensayo sobre los poemas provenzales*, y D. Pedro Vignau y Ballester, autor de unos estudios elementales acerca de la lengua de los trovadores.

Éstos, y las obras del canónigo Bastero y del obispo Torres Amat, son los autores españoles á que acudí más de una vez durante el largo espacio de tiempo que hube de emplear en este libro. Ignoro si álguien más se ha ocupado en España de estos estudios. Perdónese á mi ignorancia el error que pueda haber cometido dejando tal vez de consultar algun autor, cuya obra haya quedado para mí desconocida.

Pero los grandes trabajos que sobre estas materias se han realizado, siendo tan importantes para nosotros, los han emprendido los extranjeros. Confesarse debe así, y confesarse con rubor.

En Alemania hombres profundos y de mérito eminente, en Francia sabios estudiosos y de alta inteligencia, se han ocupado muy especialmente de recoger, traducir, comentar é ilustrar todo cuanto á la lengua y á la poesía de los trovadores pudiera referirse. A estos autores, que iré citando en las páginas de este libro, es á quienes se debe cuanto de más importante en este punto sabemos, y á esto me propongo añadir lo que me ha enseñado la experiencia á fuerza de estudios, sino aprovechados, larga y tenazmente seguidos, y lo que me han dado á conocer documentos preciosos y todavía inéditos, que mi buena suerte me permitió examinar.

Un sentimiento de gratitud me obliga, ántes de terminar estas líneas, á citar otros dos nombres.

Son el de D. Cayetano Rosell, académico ilustre y literato distinguido, á quien debo el haber podido consultar, con todo el detenimiento y espacio necesarios para estos estudios, los libros y manuscritos de la Biblioteca Nacional á que he tenido precision de acudir; y el de D. Francisco Abellá Raldiris, amigo mio muy querido, á quien largas ausencias de este

país, y bienestar, fortuna y familia que en otros haya podido adquirir, no lograron que se olvidase de su patria ni de los suyos, mereciendo de él que, no sin sacrificios, me facilitase desde el extranjero, obras y documentos, sin consulta de los cuales este libro hubiera quedado más defectuoso todavía.



DISCURSO PRELIMINAR.

DE LOS TROVADORES.

I.

El orígen de la literatura moderna se halla en Provenza.

Las luces pudieron apagarse en todas partes cuando la invasion de los conquistadores germánicos, pero no por completo en la Galia meridional, allí donde estaba la antigua *Provintia* romana, y allí donde esta civilizacion se habia más profundamente introducido y con más fuerza arraigado.

Por débiles que fueran, estos restos de luz romana bastaron para que un dia se efectuara aquella inmensa revolucion del espíritu por la cual la Europa bárbara, despertando al rayo de la razon, vió encenderse la antorcha de las letras y de las artes, y brillar la aurora de la justicia y de la libertad.

Las letras habian arrojado un destello de luz, pero rápido y pasajero, en tiempo de Carlo Magno. Estaba

reservado á los cantos de los trovadores, como en otro tiempo á la predicacion de los apóstoles, el desparcimiento de aquella luz.

Se concibe perfectamente el efecto maravilloso que debian producir en aquella sociedad ignorante los primeros cantos compuestos en una lengua poética, que no era la de los invasores del Norte, sino por el contrario aquella que por un lado recordaba la de la época galo-romana, por otro despertaba el sentimiento de la independencia y de la patria, y por otro, en fin, hablaba al corazon y al entendimiento en nombre de una nueva sociedad cristiana y caballeresca.

El génio, como aletargado en el seno de una estúpida ignorancia, despertó de pronto á los sones de una lira seductora. Aquellos cantos fueron recibidos con trasportes de entusiasmo, y dióse á sus autores el nombre de *trovadores*, que expresa el talento de trovar, de inventar.

Recibida con este entusiasmo, la poesía provenzal tomó un rápido vuelo, y con sorprendente progreso fué invadiéndolo todo. Aparecia despues de ese siglo x tan fatal para la historia del ingenio humano, cuando por una parte el error y por otra la anarquía habian hundido á la Europa en un verdadero caos de ignorancia, y fué un lazo que atrajo las miradas del espíritu. Habló al alma, habló al corazon, y despertó el sentimiento.

El primer trovador conocido es un príncipe, un duque de Aquitania, el conde de Poitiers, Guillermo IX; pero no puede dudarse que tuvo predecesores. Las gracias de su estilo suponen un arte ya cultivado y habla

de un género de poesía, la *tension*, como cosa de antiguo conocida.

El ejemplo del conde de Poitiers fué secundado por otros príncipes y altos barones. Puede decirse, pues, que la poesía provenzal nació en los palacios, envuelta en la púrpura.

Comenzaron los trovadores á multiplicarse, y las córtes, tan numerosas entónces como los castillos, les brindaban generosa y espléndida hopitalidad. Allí encontraban fortuna, placeres, consideracion; y allí tambien, para alentarles, las cariñosas sonrisas, cuando no el ardiente amor de esas damas que un autor llamó las divinidades terrestres de la caballería, y á las cuales los poetas consagraban un culto que tenía algo de religioso.

Multitud de hombres, nacidos en pobre cuna, condenados á la oscuridad por la naturaleza y por la absoluta carencia de fortuna, pero que se sentian espoleados por el ingenio ó por el talento, se apresuraron á abrazar la carrera de trovador, y, agradecida ésta, llevó á muchos de ellos á los más altos y encumbrados puestos de la sociedad por el camino de la fortuna y de los honores.

Bastaba ser un trovador de nombradía para que las córtes todas se abrieran ante él, recibiéndole con el mismo favor, agasajo y distinciones que á un príncipe de la sangre.

Los ecos de la poesía provenzal resonaban, pues, en todas partes; en las villas y aldeas, en los castillos, en los palacios, en las córtes de los más opulentos soberanos. Así fué divulgándose aquella literatura por todas

las comarcas del Mediodía de Francia, donde no habia una sola mansion señorial que no le diese entrada y hospitalidad fastuosa; así se extendió por las rientes llanuras y amenos valles de Italia, cuya lengua, no formada aún, debia encontrar en la de los provenzales y en su literatura el instrumento de que valerse y los modelos que imitar; así llegó hasta el corazon de Alemania; así se introdujo en Inglaterra donde el caballeresco Ricardo *Corazon de leon*, que era á la vez trovador, le dió carta de naturaleza; así penetró en Francia, cuyos reyes hubieron de estremecerse en no pocas ocasiones al oir los *serventesios* bélicos de los trovadores; así se aposentó en Aragon y en Cataluña, haciéndose huéspeda habitual de aquellos monarcas, tres de los cuales pulsaron la lira y ciñeron el laurel de poetas; así invadió el Portugal, cuya rica literatura reconoce aquel orígen; así entró en Castilla, donde príncipes como Alfonso *el Sabio* le prestaban solícita proteccion y en ella buscaban inspiracion y modelo; así pudo llegar, en fin, hasta la misma Granada, corte opulenta de los árabes, á donde errantes y vagabundos juglares llevaron el eco de las canciones provenzales.

Pero á fin de que los lectores puedan formarse una idea aproximada de aquella época y de aquella sociedad que para los trovadores parece creada, hay que trazar un cuadro, siquiera sea á grandes rasgos, con el objeto de que puedan serles familiares usos, tradiciones, leyes y costumbres con que han de tropezar más de una vez en este libro.

II.

Para que se comprenda cuál era la verdadera patria de la literatura provenzal, es preciso comenzar por desprenderse de toda idea moderna sobre el actual estado geográfico de Europa, y trasladarse con la imaginacion al siglo XII, reconstruyendo en la mente las comarcas de que vamos á ocuparnos, tal como se hallaban.

No existian en aquella época ni Francia, ni España, ni Italia, segun hoy están formadas. Los herederos de Carlo Magno vivian hácia el Norte, del otro lado del Loire, ocupando los ducados de Normandía y Bretaña y los condados de Champagne y de Anjou; é independientes de estos reyes, sin apénas ninguna relacion con ellos, extranjeros á su historia, raza, leyes y costumbres, se extendian hácia el Mediodía el ducado de Aquitania y los condados de Auvernia, Rodez, Tolosa, Provenza, Viena y otros muchos que, por medio del lazo del condado de Rosellon, y salvando los Pirineos que no eran entónces valla ni frontera para la lengua y la literatura, venian á darse la mano con el condado de Barcelona.

Todos estos Estados eran independientes y libres, cada uno con sus condes hereditarios, con sus señores y barones, verdaderamente soberanos en sus dominios.

Por lo que toca á España, los árabes ocupaban gran parte de su territorio, y sólo por un lado los reinos de Castilla, Navarra y Aragon, por otro el condado de

Barcelona, y por otro el pedazo de territorio ibérico que debia ser más tarde el reino de Portugal, iban creciendo y progresando vigorosamente, gracias al aliento de sus príncipes y al valor de sus pueblos y barones.

En cuanto á Italia, sucedia lo propio, y dominaban en su parte Norte tres grandes casas feudales, con las que hemos de tropezar más de una vez en este libro, pues fueron centro y escuela de literatura provenzal, figurando tambien como trovadores algunos de sus ilustres miembros. Eran las casas de los marqueses de Este, de Malespina y de Montferrat.

La vasta extension de territorio en que se hablaba la lengua *vulgar* ó *romana*, la verdadera patria de la literatura romana, se extendia entónces desde el Loire hasta el Ebro, comprendiendo la cuenca pirenáica, y por la costa del Mediterráneo, desde Tortosa, frontera entónces de los árabes, hasta las mismas rientes campiñas de la italiana Génova.

Ninguna afinidad existia entre Tolosa y París, miéntras que eran íntimas las relaciones entre Tolosa y Barcelona. Un vecino de Tolosa tenía por bárbaro y no comprendia el lenguaje de un habitante de París, miéntras que era hermano de un ciudadano barcelonés, cuya lengua hablaba, de cuya familia era, cuyos hábitos y costumbres conocia.

Marsella y Barcelona se miraban, como en un espejo comun, en el mismo mar; las mismas brisas acariciaban sus frentes; al rayo del mismo sol se solazaban; tenian el mismo orígen, la misma historia y la misma lengua: un conde de Provenza, batallador, político y poeta,

fundaba en una colina de los Alpes su encantadora villa de Barceloneta, en recuerdo y por amor de Barcelona: cuando habia en Aix, en Marsella ó en Aviñon alguna beldad de gran renombre, se hablaba de ella como de una vecina en la capital de Cataluña, segun la frase feliz de Mistral, el autor de *Mireio*, en su admirable poesía *á los trovadores catalanes:*

Prouvenço e Catalougno, unido per l'amour
mescleron soun parlá, si costumo e si mour;
e quan avian dins Magalouno,
quan avian dins Marsiho, a-z-Ais, en Avignoun,
quanco beutá de grand renoum,
n' en parlavias à Barcilouno.

Nadie en aquellas comarcas, que sin embargo debian ser Francia más tarde, nadie se acordaba de la monarquía francesa del Norte, y todos miraban á los franceses como incultos y bárbaros. Era comun oir á un clérigo francés, cuando se le presentaba algo para leer, contestar sencillamente y como la cosa más natural del mundo: *Nescio literas*. Hasta en la época de Petrarca, este mismo ilustre poeta, á quien alguno ha llamado el último de los trovadores, recordando la ilustracion de los provenzales, decia de los franceses: *Esos bárbaros nunca entendieron, no digo los versos, pero ni la lengua de Homero.*

Por lo que toca al idioma que en esta extension de comarcas se hablaba, principalmente en lo que debe llamarse el corazon de la Provenza, bueno será decir algunas palabras para mejor inteligencia, como se ha hecho por lo que respecta al territorio.

Entre las lenguas formadas por la descomposicion de la latina, dice el sabio Milá, adquirió en tiempos antiguos especial nombradía la que suele designarse con el nombre de provenzal, y que hablaron los pueblos comprendidos entre el Loire y el Ebro.

Es en efecto así; con la lengua característica que cada país se habia formado ó conservaba de antiguo; con la latina principalmente como madre y fuente; con otras que por causa de nuevas invasiones, la de godos y árabes por ejemplo, vinieron á influir tambien, se formó la lengua que ha sido conocida con diversos nombres, dando lugar por esta diversidad á confusion y á errores de nota. Se la ha llamado *romano-provenzal*, *catalano-provenzal* ó *provenzal* buenamente, por haberse hecho el idioma general de la Provenza; *romanizada*, segun la apellidaba Pablo Piferrer; *lemosina*, por haberle dado este nombre el trovador-gramático Ramon Vidal en consideracion sin duda á los dos principales poetas lemosines Beltran de Born y Giraldo de Borneil; y *lengua de oc*, con que dió nombre á una vasta comarca (Languedoc), para distinguirla de la *lengua de oil*, que era la usada en el Norte de Francia.

Sin embargo, en buena crítica, la denominacion más ajustada y propia sería la de *lengua romana*. Así la llamaban los trovadores, por abreviacion de *romanz*, nombre que se extendia á todos los dialectos neo latinos. Jofre Rudel dice en una de sus poesías:

Tramet lo vers que cantam
en plana lengua romana
á n' Vg lo Brun...

Hay quien ha pretendido que el catalan fué el primer idioma que se formó, llevado á Provenza por los barceloneses cuando el casamiento de su conde Ramon Berenguer III con Dulce ó Dulcia, heredera de aquel país y de aquel condado, dando orígen y nacimiento á la lengua de los trovadores. No seré yo quien sostenga esta tésis, difícil de mantener, pero sí creo que la influencia catalana contribuyó por mucho, ya que no á formar su lengua, á abrir nuevos caminos á su literatura, y á darle tendencias y descubrirle horizontes que ántes no tenía.

No lo dicen así ni quieren pasar por esto los autores extranjeros que de estas cosas tratan, pero esto es, en mi sentir, la verdad, y por creerla tal, la digo.

III.

En los primeros años del siglo XII, el conde de Barcelona Ramon Berenguer III *el Grande* se enlazaba con Dulce, la heredera del condado oriental de Provenza, contribuyendo no poco á este enlace el sabio y virtuoso Olegario, venerado hoy como santo en los altares, que habia llevado ya á las comarcas provenzales, siendo abad de San Rufo, la influencia catalana.

La poesía, la literatura, vivian ya en Provenza, no cabe duda, pero tampoco la tiene el que despues de aquel suceso es cuando comienza la época de esplendor y de gloria para las letras *romanas*. Es un he-

cho innegable que fué entónces cuando remontó su vuelo la literatura que llamaré *provenzal*, en justo tributo al hermoso suelo de Provenza, donde floreció y tuvo su corte.

La civilizacion de las provincias del Mediodía era entónces incomparablemente más adelantada que la del Norte, y no es de extrañar que la poesía, verdadera flor del sentimiento, se desarrollase en aquellos países llenos de luz y de colores, donde el cielo es siempre azul y trasparente, donde los habitantes son sensibles á la armonía, amigos de las fiestas y las danzas, y donde las mujeres tienen toda aquella belleza, toda aquella gracia, todos aquellos encantos que los artistas encuentran en la Venus provenzal, por ventura hallada en Arles entre las ruinas de su viejo coliseo.

La lira provenzal, como en otro tiempo la griega, cantó el himno de las victorias alcanzadas sobre la barbarie; se inspiró en la porfiada resistencia ofrecida por los pueblos del Mediodía á los reyes carlovingios y tambien en las luchas terribles con los árabes de España; y templando luégo la energía varonil de sus *serventesios* con las dulces modulaciones rítmicas de sus canciones de amores, fué de pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta, de castillo en castillo, de corte en corte, embelleciéndolo todo con su contacto, como aquella hada misteriosa de las leyendas que á cada paso veia brotar flores en sus huellas. El arte del músico fué á dar fuerza al canto del trovador, músico tambien las más de las veces, y los juegos, momerías y danzas de los juglares que acompañaban á los más renombrados trovadores, servian, en

cierta manera, como de aparato escénico á las *canciones*, á los *serventesios*, á las *albadas*, á las *pastorelas* y á las *novas*. Esta estrecha union de la poesía con la música contribuyó, tan esencialmente como la misma diversidad de asuntos, á la introduccion de aquellas distintas formas tan ricas, tan sábias y tan animadas y brillantes, que hacen sobresalir y resaltar entre todas las poesías la poesía de los trovadores provenzales.

A Guillermo de Poitiers, que es sin disputa el más antiguo trovador conocido, si bien queda ya dicho que debió tener predecesores, sucede toda una série y toda una vía láctea de poetas, á los cuales dieron manifiesta proteccion los condes Ramon de Berenguer de Barcelona y Dulce de Provenza, continuándola despues, sin debilitarse en ninguna época, los condes-reyes de Cataluña y de Aragon Alfonso *el Casto*, Pedro *el Católico*, Jaime *el Conquistador* y Pedro *el Grande*. En las páginas de este libro y en las biografías particulares de cada trovador se hallarán datos y detalles curiosos, bastantes á hacer comprender que la corte de los monarcas aragoneses y condes catalanes fué constantemente un centro de accion, de vida, de movimiento, de influencia, de propaganda para los trovadores y para sus obras, como tambien lo fué, y mayor todavía, en determinadas épocas, la corte de los mismos reyes castellanos. Vióse á muchos trovadores provenzales ser protegidos, amigos, confidentes, privados de los monarcas de la casa de Barcelona y de Castilla; vióse á la gran mayoría de aquéllos, sobre todo á los de más renombre, pasar los Pirineos para venir á buscar aquí proteccion, re-

fugio ó nueva inspiracion para sus cantos; vióse á los reales herederos de Ramon Berenguer III mantener constantemente, como una herencia sagrada, la proteccion á las letras provenzales, y no es lícito dudar por lo mismo de la influencia catalana en la literatura provenzal.

Es de todo punto evidente que desde el enlace y entronque de la casa de Barcelona con la de Provenza, se establecieron corrientes nunca más interrumpidas entre los dos países; no puede negarse que, de entónces más, fué peculiar á entrambas comarcas el cultivo de las letras, y que el movimiento literario se extendió, no desde el Loire á los Pirineos, como dicen en general los autores franceses, sino desde el Loire hasta el Ebro, hasta tropezar con la frontera de los árabes. La intimidad llegó á ser tanta con el tiempo, que Tolosa y Barcelona fueron hermanas; los poetas que brillaban en las córtes de los condes de Provenza y de Tolosa, eran los mismos que frecuentaban la corte de los condes-reyes catalanes; las relaciones llegaron á ser contínuas, los enlaces de familia constantes, los intereses comunes, y hasta vino el dia en que un noble monarca aragonés, accediendo á los votos de la opinion pública expresados por los *serventesios* de los poetas, fué á verter su sangre y á perder su vida en los campos de Muret para sostener la independencia de aquel país y la causa abrazada por los trovadores.

Los príncipes de la casa de Barcelona habian llevado á Provenza una mision política y civilizadora, y sostuvieron con su poderoso influjo y con su vencedora es-

pada la independencia y las libertades de aquel país privilegiado. Reservarse debe una plaza de honor en la historia de los progresos de la civilizacion y de la humanidad, por lo que corresponde á aquella época, á los condes de Barcelona. Con su administracion, con su tolerancia, con su emprendedora iniciativa, con sus leyes, con ministros como aquel Romeo que ha sido héroe de peregrinas leyendas, con sus cartas á los pueblos, levantaron el espíritu de aquel territorio, abrieron nuevos horizontes, fundaron escuelas, protegieron y desarrollaron los intereses del país, siendo su época manantial fecundo de bienes para aquella su nueva patria, y pudiendo contar en esta mision levantada y civilizadora, con la inmensa influencia que ejercia en las masas la poesía provenzal, á la que, por su atrevida tendencia á hacerse intérprete de la multitud, se debe reconocer no poca analogía con la prensa de nuestros tiempos en determinadas circunstancias.

Es ley general y eterna de la humanidad que los grandes acontecimientos políticos desarrollan el movimiento literario de los pueblos, al que abren nuevas esplendorosas vías de luz y armonía con el choque que reciben las imaginaciones hasta aquel momento aletargadas, con la actividad que despiertan en los espíritus la gloria, el éxito, la grandeza del suceso, y con la conciencia que entónces adquiere el pueblo de sí mismo, de su valor, de su importancia y de sus propios destinos.

Esto le pasó á Provenza. Los príncipes de la casa de Barcelona fueron á comunicarle nuevo gérmen de vida y á despertar en ella todo lo que en ella habia de noble,

generoso, caballeresco y patriótico. Las nuevas ideas allí llevadas por los condes de la casa barcelonesa, fructificaron con rapidez en la ardiente imaginacion de aquellas poblaciones meridionales, y bien pronto un nuevo estado social, sin análogo en la historia, y una civilizacion toda nueva, nacieron de su union con los catalanes, que, activos, comerciantes y emprendedores, allí llevaron su actividad febril, su fuerza de voluntad, su rectitud de carácter, su sangre española y árabe, su inteligencia y su cultura, su acautelada prudencia en los consejos, su valor indomable en los combates.

Con los príncipes de la casa de Barcelona, con los Berenguers y los Alfonsos, vióse renacer á Provenza, despertar como de un sueño, modificarse su organizacion feudal, desarrollarse su constitucion política y económica, comenzar su comercio, florecer su industria, irradiar su literatura, ser protegidas sus ciudades libres, reconocidos los derechos y fueros de sus ciudadanos, confirmadas y aumentadas sus libertades antiguas, y crecer sus municipios y levantarse al igual de esas grandes municipalidades catalanas que, llevando en sí el gérmen de la verdadera democracia, supieron hacerse admirar y aplaudir de la posteridad por su tradicional respeto á los monarcas y por su ferviente amor á las públicas libertades.

Bajo la influencia de los príncipes oriundos de esta casa, todo progresó en el Mediodía de Francia, y las ámplias pero prudentes libertades que se otorgaron á unos pueblos, que fueron reconocidas á otros, respetadas en todos, permitieron á los trovadores, esos gran-

des artistas y esos libres pensadores de aquellos tiempos, entregarse á todas las expansiones de su pensamiento, á todos los entusiasmos de su genio, y, lo que es más todavía, á todas las licencias de su arte.

Vióse entónces surgir y levantarse una sociedad nueva, una civilizacion especial, una nacionalidad meridional que nada tenian de comun ni de parecido siquiera con la sociedad, la civilizacion y las nacionalidades del Norte de Europa.

IV.

Existia entre el Norte y el Mediodía una diferencia esencial y completa respecto á su manera de ser.

Miéntras que en el Norte se elevaba una barrera insuperable entre el guerrero, que lo era todo, y el ciudadano, que no era nada, en el Mediodía la fórmula cristiana de igualdad de todos los hombres venía á ser una ley y un principio no consignados en ningun código y que ningun tribunal tenía obligacion de hacer respetar, pero que todo el mundo obedecia y acataba sin que nadie atentara á ellos en aquella sociedad acostumbrada á estimar al hombre por algo más que por la fuerza y la materia.

Entre los septentrionales, que no debian tardar en aparecer con el tan animoso como encrudecido Simon de Montfort á destrozar la nacionalidad del Mediodía, toda la categoría del hombre consistia en su espada, es

decir, en la fuerza. En el Mediodía, al contrario, la fuerza, es decir, la espada, sólo era útil en el instante de la lucha. El soldado no era el país. La industria, el comercio, las ciencias y las letras daban posicion social á los ciudadanos que se elevaban por su propio valer, por sus méritos y por sus virtudes.

Así es como se explica la popularidad de aquella nobleza meridional, el amor de aquellos pueblos á sus reyes, y la fraternidad é igualdad de clases que existian en aquella sociedad singular de la Edad-media, compuesta toda de hombres libres, con mútua estimacion para sus cualidades respectivas, con respeto á las jerarquías sociales y con nocion y conciencia en todos, así de su deber como de su derecho.

El ciudadano recibia al rey en su casa y lo sentaba á su mesa, tenía entrada franca en los palacios y los castillos, era amigo de los magnates y los asociaba á sus empresas mercantiles; el trovador, salido tal vez de la ínfima clase del pueblo, era tratado de igual á igual por los nobles y los barones, era dignatario de la corte, consejero y confidente de los reyes, y podia llegar á la riqueza, á la independencia social, y á veces tambien á las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado.

Las biogrofías de los trovadores, en efecto, atestiguan la ausencia de todo privilegio de raza en aquella sociedad y en aquella nobleza.

Bernardo de Ventadorn, que es el verdadero tipo del poeta amoroso en la Edad-media, era hijo de un fogonero del castillo de Ventadorn. De oscuro criado del castillo, pasó á ser el paje y despues el amigo de su se-

ñor el vizconde Ebles, que cultivaba tambien la poesía provenzal, aunque con ménos éxito que su sirviente. Más tarde fué el amante de la vizcondesa Inés de Montluzó, su señora, á la que inmortalizó en sus versos con el nombre de *Belvezer*, y luégo el favorito, el privado, y segun parece tambien, el amante de aquella célebre Leonor de Aquitania, nieta de Guillermo de Poitiers el trovador, esposa que fué de dos reyes, el de Francia y el de Inglaterra, y madre de Ricardo *corazon de leon*.

Bonifacio Calvo, proscrito de su patria por causas políticas, errante y sin hogar por el mundo, llegó á ser el amigo, el consejero, el privado de Alfonso *el Sabio* de Castilla.

Elías Cairel, mancebo en una platería y criado de un armero, hizo largos viajes siendo embajador de los más altos personajes de su época.

Guido Folquet, hijo de un oscuro y arruinado caballero, soltó la lira de trovador para tomar el hábito del monje, se cubrió luégo con la púrpura cardenalicia y acabó por ceñir la tiara, siendo Papa con el nombre de Clemente IV.

Otro Folquet, el de Marsella, ó por mejor decir el de Génova, pues esta fué verdaderamente su patria, despues de haber compuesto bellísimas canciones de amores que han quedado como modelo, despues de haber sido el amante de la vizcondesa de Marsella Adelaida de Rocamarti, despues de haber sido el amigo y el favorito de los reyes de Aragon y de Castilla, fué monje del Cister y obispo de Tolosa.

Por fin, Marcabrú el expósito, Perdigó el pescador, Elías de Barjols el buhonero, Pedro Vidal, hijo de un pellejero, Aimeric de Peguilhá, hijo de un trapero, y muchos y muchos otros, llegaron por su talento en el *arte de trovar*, no sólo á la meta de la gloria y de la fortuna, sino á la de los honores y dignidades.

Pero tuvo tambien aquella época otras cualidades características. Aquella sociedad abundosa de pasion y de vida, mitad provenzal y mitad española, mitad romana y mitad árabe, necesitaba dar esparcimiento á su actividad y á sus sentidos. El campo de batalla, el cláustro y el castillo, es decir, la gloria, la esperanza cristiana y el amor, vinieron á ser para ella una especie de triple objetivo, siendo inspiracion y lema para los cantos de los trovadores, lema que no fué otro por cierto que el de *Patria*, *Fides*, *Amor*, divisa selecta de los consistorios de Juegos Florales en nuestros tiempos.

Entre los modernos, fueron los trovadores los primeros en descubrir é instituir lo que bien puede llamarse la religion y el culto de la mujer. La mujer, poco ménos que esclava en el Norte, era reina y soberana en el Mediodía. Imán de aquella sociedad de oro y de hierro, luz de aquellas generaciones pensadoras, vida de aquella multitud caballeresca y galante, era el ídolo de los trovadores, la reina de los caballeros. Presidia las fiestas, vestian sus colores los paladines; una flor ó una cinta de su tocado daba la vida, una mirada suya la muerte; era reina en los torneos, juez en las córtes de amores, premio en combates mortales, esperanza en certámenes literarios. Por ella se bajaba á la

arena; por ella se emprendian lejanas y arriesgadas expediciones; por ella pulsaban su lira los trovadores; por ella se cantaba, se luchaba y se moria; por ella se sostenian combates á ultranza; por ella se realizaban aventureras y portentosas hazañas; por ella, tambien, se penetraba en la solitaria celda de aquellas góticas y misteriosas abadías, grandes panteones de piedra, donde se encerraban á llorar, vivos en su propia tumba, los pobres enfermos del alma.

En torno de ella, idealizándola, divinizándola, elevaron los poetas su coro de himnos inmortales que vivirán á través de las generaciones y de los siglos; por ella se entregaron los trovadores á actos que serian de la más desatinada demencia, si no pertenecieran al catálogo de las locuras sublimes del amor.

V.

Pero esto tenía relacion con las costumbres singulares de la época de los trovadores, y con aquella caballeresca sociedad, de la cual hay que decir algo.

El sentimiento del amor era para los trovadores, y tambien para los caballeros, la cosa más séria y más importante del mundo. Era el amor el culto de su vida, y como dijo uno de aquellos poetas, el hombre que no amaba, para nada valia:

Nuls hom ses amor res non vau.

Estas ideas de amor eran entónces la ocupacion principal de la alta clase y estaban consagradas por los principios de la caballería, cuya influencia fué tan grande en aquella época.

Dadas las noticias que de aquellos tiempos tenemos, el amor, que algunas veces era sólo un pretexto para la poesía y para la galantería, se practicaba de una manera que hoy no podrá ménos de parecer extraña. Era el móvil de todas las acciones del hombre, y era tambien un sentimiento que dominaba á todos los demás, cediendo á su influjo el deber mismo. «El matrimonio no es una excusa legítima para el amor,» dijo Andrés el capellan en su *Arte de amar*, obra del siglo XII. Y en efecto, la frase de este autor se halla confirmada por las sentencias ó jüicios que dictaron, presidiendo tribunales de córtes de amor, la condesa de Champagne, hija de Leonor de Aquitania, y la vizcondesa Ermengarda de Narbona. La primera de aquellas disposiciones establece que el amor verdadero, el amor puro, no puede existir entre personas casadas; y la segunda sienta que una dama, áun cuando esté casada, no tiene derecho á rechazar el amor conveniente de un caballero.

El matrimonio, en aquella época tan fácil de romper, no era para los grandes señores más que un negocio de interés, de cálculo, de engrandecimiento, y como ha observado Gabriel Azais, no tenía más consistencia este lazo que el de los juramentos recíprocos de un sirviente de amor á su dama. Y por cierto que, segun podrá verse más detenidamente en las páginas de este libro, hay fundados motivos para creer que estos juramentos

de amantes estaban sujetos á un rito y á una ceremonia, como si verdaderamente fueran un matrimonio formal, ya que los votos se cambiaban al pié de los altares y eran recibidos por un sacerdote.

Pedro de Barjac, en una de sus canciones, le propone á su dama acudir á un clérigo para que disuelva sus compromisos, á fin de que cada uno quede en libertad de contraer nuevas relaciones y consagrarse á nuevos amores.

Estos enlaces, no siempre platónicos, se parecian tanto al matrimonio que, segun sienta Andrés el capellan, ya citado, se fijaba hasta una viudedad de dos años al amante que sobrevivia al otro.

Conforme á las costumbres singulares de aquel tiempo, amor y poesía eran sinónimos. *Leys d'amor*, leyes de amor titularon los trovadores á su arte poética, su *arte de trovar*. El amor era para ellos un verdadero culto, el principio de toda virtud, de todo honor, de todo valor, de todo mérito, y la fuente vírgen de la poesía. Ya lo veremos demostrado así con textos de sus propias obras.

Un trovador, al tratar de escoger á una dama para hacer de ella *su musa*, como despues se dijo, para señora de sus pensamientos é inspiracion y tema de sus cantos, como entónces se decia, se fijaba en la que más bella ó más digna le parecia. Poco importaba que fuese superior á él, noble, princesa ó reina; poco importaba que estuviese casada, si quier lo fuera con el propio señor á quien servía ó de quien era súbdito, pues que por lo comun no se trataba de pretensiones sérias, áun

cuando hay ejemplos de que algunas veces estas relaciones platónicas y puramente galantes, sostenidas á la luz del dia y á ciencia y paciencia del marido, acababan por tomar un carácter que solia no ser del agrado de aquél. Véanse si no las biografías de Bernardo de Ventadorn y de Peirol.

De todos modos, sin perjuicio de volver sobre este último punto, la cosa, por lo general, no pasaba de ciertos límites. El trovador aceptaba por dama de sus pensamientos á la hija, á la hermana, á la esposa, á la parienta de su propio protector en el castillo del cual residia, y cuanta mayor era la fama del poeta, mayor la gloria y el placer de la dama elegida, pues lo que entónces se deseaba sólo era la nombradía. La dama escogida se felicitaba de adquirir un servidor que tomaba á empeño hacer célebre su nombre, y no se cuidaba por cierto de la diferencia de rango, que la cualidad de poeta era ya un alto título de nobleza á sus ojos.

Comenzaban entónces los versos. El amante, algunas veces bajo nombres supuestos, como *Belvezer*, *Mielz de domna*, *Conort*, *Delfi*, etc., celebraba en sus canciones, que los juglares iban á cantar por las córtes y castillos, la gracia, la belleza, el talento, el amor de la que dominaba en su corazon; y cuando acaecia algun motivo de reyerta ó de querella entre los dos amantes, no era extraño ver á los caballeros más galantes y corteses del país pleitear la causa de la dama, y á las más bellas y distinguidas señoras ponerse del lado del amante para solicitar su perdon. Ejemplos repetidos de esto se hallarán en las *Vidas de los trovadores.*

Por lo comun, segun queda dicho, lo que en estas relaciones buscaba una dama, era su nombradía, y así se ve por infinitos textos de trovadores, que citarse pudieran :

« Mi dama, dice Folquet de Marsella, desea que mis cantos ensalcen su mérito, y con esto me honra, porque tan alta belleza necesita un sabio encomiador. »

E pueis li platz qu' eu enanz sa valor
en mon chantar, dei n' aver gran lauzor,
car sos pretz vol moult savi lauzador.

El mismo Folquet dice en otra cancion :

« Si ella se digna aceptarme, no tardará en tener la recompensa, pues que haré célebre su raro mérito en los más altos lugares. »

Et es mercés, si 'l me deigna aculhir,
qu' en maint bon loc fatz son ric pretz auzir.

« Ella quiere, exclama Rimbaldo de Vaqueiras, que yo ensalce en mis canciones su mérito y donosura. »

Quar vol qu' ieu lau en mas chansós
son pretz e sas belas faisós.

« Tan cabal es, señora, vuestro mérito, dice Guillermo de Saint Didier á la dama que le inspira, que

nada os sentaria mejor que tener en vasallaje á un trovador que cantara vuestras alabanzas. »

E pois tan es vostre pretz cabalós,
be' staing, domna, c' asalz en seingnoratge
un trovador, que vos cant de plans dos.

A veces, como queda indicado, sucedia que, por ir las cosas más allá de los límites galantes, ó por infundados temores y recelos del marido, unas relaciones amorosas se convertian en catástrofes.

Se cuenta de un celoso baron que, deseando poner fin á las canciones de amores que Pedro Vidal hacía por amor de la castellana de San Gil, le mandó agujerear la lengua.

El vizconde Ebles de Ventadorn, al saber que su esposa habia otorgado el premio de un beso al trovador Bernardo de Ventadorn, despidió á éste de su castillo y encerró á aquélla en una torrre, donde murió miserablemente.

El baron de Castell-Roselló hizo pagar con la muerte al dulce Guillermo de Cabestany el amor que por su esposa tenía, arrancándole luégo el corazon y dándoselo á comer á su dama entre otros manjares, consiguiendo sólo que la enamorada castellana, al saber que habia comido el corazon de su amante, se arrojase de lo alto de la torre de su castillo diciendo: — « Tan sabroso ha sido para mí este manjar, que jamás otro alguno ha de quitarme el sabor que dejó en mis labios. »

Pero esto no era frecuente, ni eran estas las más generales costumbres.

Las relaciones amorosas y las aventuras galantes acostumbraban á tener más plácido y risueño desenlace.

Pedro Vidal, hallando dormida un dia á Adelaida, la vizcondesa de Marsella, su señora, le hurtó un beso en los labios, de lo cual se sintió tan herida la dama, que el trovador, temiendo su venganza, se embarcó para Oriente; pero el propio marido, el vizconde Barral, templó el enojo de su esposa, hizo que ésta perdonara al poeta, y al regresar éste de Oriente, ordenó que su esposa le devolviera de buena gracia el beso por aquél hurtado.

Ramon de Miraval, caballero y trovador, amaba á Ermengarda de Castres, llamada por su sobresaliente hermosura *la bella del Albigeois*. Largo tiempo la ensalzó en sus cantos, y cuando llegó la ocasion de reclamar el premio de sus amores y constancia, Ermengarda le dijo que jamás le concederia placer de amor, como no se decidiera á ser su marido, repudiando á su mujer Gaudarenza. Vino en ello Ramon de Miraval, y dirigiéndose á su castillo, llamó á Gaudarenza, que al parecer era poetisa, diciéndole que no gustaba de tener esposa que supiese *trovar*, y que bastante habia con un trovador en un albergue. Como Gaudarenza reunia el mérito á la belleza, tenía á su vez un amante en Guillermo Bremon, que accedió á tomarla por esposa, y lo raro de aquellas costumbres está en que el mismo Miraval acompañó á Gaudarenza hasta depositarla solemnemente en poder de Bremon, que habia reunido á todos sus amigos para recibir á su dama de las manos de su propio esposo.

VI.

¡Singulares costumbres las de aquella época, y más singulares aún las de los trovadores!

La vida errante y vagabunda, llena de placeres, que esos poetas llevaban, ejercia mucho atractivo sobre las imaginaciones. Por poco que un jóven tuviera gusto, ideas, memoria y aficion al canto, se dedicaba á *trovar* y á correr córtes y castillos, en busca de gloria y de aventuras. Como se veia al ingenio y al talento rodeados de consideracion, siendo fáciles caminos para fortuna y para honores, los caballeros mismos, á quienes no contentaba la gloria de las armas, los sacerdotes y los monjes, á quienes la reclusion no satisfacia, abandonaban los unos sus casas señoriales, los otros sus claustros, para arrojarse por el camino de las aventuras.

Así sucedió con varios, entre ellos los trovadores conocidos por *el monje de Puicibot* y *el monje de Montaudon;* así sucedió con Pedro Cardinal, que ántes de ser trovador fué canónigo; así con Rimbaldo de Vaqueiras, con Guillermo Azemar, con Guillermo de Bergadá, con Rimbaldo de Orange y con otros muchos caballeros que se hicieron trovadores para conquistarse una reputacion y ser bien quistos de las damas.

La profesion de trovador era algunas veces hereditaria, formaba parte de una herencia y era un lote en la

particion de familia. Los dos hermanos de Maensac, por ejemplo, cuando perdieron á su padre, que debia ser un trovador de nombradía, obtuvieron, uno de ellos el castillo y el otro la profesion. Los tres hermanos de Uissel y su primo ejercian, al contrario, su profesion en comun, repartiéndose los papeles: el uno componia las canciones, el otro las *tensiones* satíricas, el otro las *tensiones* de otros géneros, y el más jóven venía á ser el juglar que cantaba lo que los demás componian.

Una costumbre verdaderamente singular debe ser consignada. Ninguna dama de la alta sociedad, elegante y á la moda, como hoy se dice, podia pasar sin tener un amante. Esto era perfectamente aceptado en el gran mundo, era casi una ley, y se consideraba humillada la que no lo tenía; pero lo raro es que las críticas más severas y las más acres censuras caian sobre aquella que tomaba por amante á un hombre de clase superior. La indulgencia que se tenía por la pasion, por el amor, por el impulso del corazon, no se extendia á las satisfacciones de la vanidad ó de la codicia.

Se cuenta, á propósito de esto, el caso sucedido á Loba de Penautier. Esta dama, esposa de un rico caballero, señor de Cabaret, atraia á los trovadores á su corte, aceptaba sus homenajes y asiduidades, y hasta es fama que les concedia ligeros favores, á fin de que la sirviesen, formándole una reputacion con sus cantos. Parece que con este objeto se dejó requerir de amores, muy especialmente por Ramon de Miraval, á quien halagaba para que la celebrase en sus canciones, esperando por este medio atraer la atencion del conde de

Foix, que sin duda no hubiera fijado sus ojos en una mujer oscura. En cuanto Loba hubo cautivado al gran señor, desdeñó al poeta, quien se vengó de ella abandonándola á su vez cuando la dama de Cabaret fué objeto de los desprecios de la sociedad, que no le perdonó sus debilidades por el conde de Foix.

Con tan singulares usanzas, y para completar el cuadro, debe unirse el recuerdo de aquella sociedad galante y caballeresca, amiga del lujo, del fausto, de la ostentacion, de las fiestas, de los torneos, de la belleza, y de la grandiosidad en todo; aquellos castillos como el de Ventadorn, donde á la hora de comer se presentaban de pronto el conde de Poitiers y cien caballeros, sin ser esperados, y habia, sin embargo, puesto en la mesa para todos y manjares en gran abundancia para apagar el hambre de los recien llegados; aquellas asambleas como las de los *Puys*, donde se congregaban por espacio de ocho ó quince dias las damas y caballeros á centenares, sucediéndose las diversiones y los torneos, y corriendo todos los inmensos gastos de hospedaje y festejos á cargo de un solo baron, que derrochaba allí toda una fortuna; aquellas fiestas como la de Beaucaire en 1174, donde Ramon de Agoult distribuia cien mil sueldos entre los concurrentes; donde Guillermo Gros, cuya comitiva era de trescientos caballeros, hacía guisar todos los manjares en su cocina con fuego de hachas de cera; donde Beltran Raibaut mandaba sembrar en los alrededores del castillo hasta treinta mil sueldos en moneda; donde la condesa de Urgel, para premio de un certámen, ofrecia una corona estimada en cuarenta

mil sueldos, y donde, finalmente, Ramon Venous, queriendo sobrebujar á todos y terminar la fiesta con un espectáculo que excediera á todas aquellas excentricidades de lujo, hacía traer treinta hermosos caballos suyos y los mandaba quemar en presencia de toda la asamblea.

Era realmente una sociedad que parecia hecha para los trovadores. Éstos la removian á su gusto. Verdaderos periodistas de nuestros tiempos, con sus *serventesios* encaminaban la opinion, la encauzaban, encendian ó calmaban las pasiones, provocaban la guerra y sostenian vivo el fuego de la patria; con sus canciones de amores, sus *albadas* y sus *pastorelas* mantenian el culto del amor y la religion de la mujer; con sus *tensiones* despertaban el espíritu, movian el ingenio y obligaban al estudio; con sus composiciones didácticas, con sus poemas, con sus *novas*, con sus *essenhamens* preparaban aquella sociedad para un porvenir de libertad, de civilizacion y de progreso.

Gracias á los trovadores, aquellas comarcas hubieran de seguro formado una nacionalidad catalano-provenzal y constituido parte de la Corona de Aragon, con el tiempo, si el rey D. Pedro no hubiese muerto en Muret.

Pero esto necesita mayor y más ámplia explicacion.

VII.

En el instante en que la poesía meridional llegaba á su apogeo, el gran acontecimiento de la cruzada contra

los albigenses vino á cambiar la direccion de los espíritus. Fué mortal aquella cruzada, así para la poesía como para la nacionalidad de las comarcas en que era cultivada, y la pobre y mezquina *lengua de oil*, ántes tan inferior á la *lengua de oc*, acabó por dominar á ésta, siendo impuesta á los vencidos como lengua de los vencedores.

Antes, sin embargo, de obtener este resultado, hubo necesidad de ahogar en un verdadero mar de sangre y de fuego las hermosas comarcas que habian dado la señal de la civilizacion moderna, las nobles ciudades donde vivia y germinaba el espíritu de la libertad, la rica literatura que, aún hoy, despues de tantos siglos, es fuente de inspiracion y de belleza, la sociedad sin preocupaciones donde los ciudadanos eran considerados al par de los caballeros, y por fin el genio y la tendencia de una generacion ilustrada que, por el conducto de un movimiento intelectual, aspiraba á la realizacion de sus más legítimas esperanzas de independencia y de libertad, siendo centro y foco irradiador de civilizacion y de progreso para todas las naciones sumidas en la oscuridad y en la ignorancia.

En esa aspiracion del Mediodía hay que buscar el secreto de la terrible guerra contra los albigenses, guerra que, por más que lo contrario se pretenda, tuvo un carácter político muy pronunciado, guerra que fué sólo una sangrienta lucha de la civilizacion del Mediodía contra la barbarie del Norte.

Es necesario comprender bien el espíritu de la sociedad meridional, ántes y durante las cruzadas contra los

albigenses. Sólo así es como puede tenerse una idea de aquella guerra desastrosa, cuyo desenlace fué la ruina de toda una civilizacion, llevada á cabo por la liga poderosa que durante veinte años se desencadenó contra la nacionalidad provenzal, combatiéndola con las armas de la religion.

Dos rasgos distintos marcan aquella época. Hay, y no debe negarse, un sentimiento religioso, pero hay tambien un sentimiento político. En el primero se apoyaron los que, obedeciendo al segundo, querian acabar con el Mediodía.

Invocando la salvacion de la iglesia y el nombre de Dios, fué como las naciones se alzaron en masa para marchar á aquella guerra de exterminio. Se predicó la cruzada contra los pueblos del Mediodía como hubiera podido predicarse contra los árabes y salvajes. Por esto se ve aquella guerra impregnada de un espíritu de mezquina y fanática venganza.

Dos razas de hombres se hallaron frente á frente. Los ódios, enemistades y repugnancias que existian entre ellas, y de que las crónicas nos dan expresiva idea, contribuyeron no poco, sin duda, á los excesos que se cometian con los vencidos. Los provenzales y los franceses estaban separados entre sí por la más profunda antipatía, la cual resaltaba al encontrarse en los torneos, en los palacios, en las fiestas y en las mismas cruzadas, sin embargo de reunir éstas á todos bajo una misma bandera. No habian bastado á extinguir aquellas antiguas y tradicionales antipatías ni siquiera los enlaces verificados entre las altas casas señoriales de ambas ori-

llas del Loire. Aun hoy mismo queda algo de ello.

La ambicion, la codicia, la rapiña, no hay que disfrazar la palabra, entraron por mucho en la idea de los barones que se apresuraron á alistarse bajo las banderas de la Iglesia. Las ricas y florecientes tierras provenzales ofrecian una seductora presa á los pobres caballeros del centro de la Francia, que ardian en deseos de cambiar sus antiguas torres medio derruidas y sus decrépitos castillos por las grandes y opulentas castellanías de Provenza.

No hay que olvidar una cosa especialísima en la guerra de que hablamos, guerra á la cual se ha intentado en vano dar sólo un carácter religioso, procurando intencionadamente apartar lo mucho que tuvo de política. Los historiadores cortesanos del poder han tenido buen cuidado de ocultar la mitad de la verdad, y la verdad entera es que si la reforma ó la doctrina predicada por los albigenses llegó á ser una causa nacional, se debió sólo y exclusivamente á la persecucion de ódio y exterminio predicada y llevada á cabo por el clero.

Siempre, en todas épocas y en todas las cosas de este mundo, las mismas causas produjeron los mismos efectos. Por sagrada que sea una causa, si apela á la fuerza y á la violencia, éstas producen víctimas, las víctimas se convierten en mártires, los mártires inspiran lástima, la lástima provoca la reaccion y la reaccion acaba por repeler la fuerza con la fuerza. Parece como que Dios haya querido, con la indeclinable lógica que está en la razon de ser de las cosas mismas, poner un freno á los hombres que por su posicion y por lo apasionado de la

flaqueza humana pudieran abusar de la santidad de una causa, haciéndola servir á miras é intereses ajenos á ella.

No hay que buscar otro orígen á la causa que hizo cundir la reforma de los albigenses y propagarla por todo el Mediodía, haciendo que éste se armara, más que para defender aquélla, para vengar á las víctimas; más que para sostener la herejía, para defender y conquistar la libertad política; más que para sostener la novedad de una doctrina religiosa, para resistir á la invasion opresora y combatir en favor de la independencia contra la tiranía.

Si los señores territoriales aceptaron la reforma albigense, fué porque ella les daba una independencia que ántes no tenian, librándoles de su sujecion al papa: si los pueblos de la lengua de oc la adoptaron, fué porque respondia á sus necesidades, porque satisfacia sus aspiraciones, porque les libertaba de un clero evidentemente mal aconsejado, que se oponia á sus franquicias locales y á sus intereses comunes. Así, pues, las pretensiones políticas del clero, en lugar de servir á su triunfo, precipitaron la marcha de las innovaciones religiosas.

La herejía no era cosa nueva en el Languedoc, donde desde los primeros siglos se habia ido reproduciendo bajo una ú otra forma, con uno ú otro nombre, y casi siempre mezclada con algo de sentimiento político, como cosa natural al carácter de independencia y de libertad que ha dominado constantemente en el Mediodía.

Corriendo los años de 1147 volvió á propagarse de

nuevo, y con cierta insistencia, pululando varias sectas que luégo vinieron á confundirse todas bajo el nombre de *albigenses*, por haber sido en Albi donde comenzaron las predicaciones más fervorosas de la nueva doctrina.

Los albigenses predicaban especialmente, valiéndose de ello como de un arma, contra el lujo y la impureza de los prelados y los clérigos, cuyas costumbres, desarregladas entónces por lo general, no dejaban por desgracia de prestar abundante materia á los discursos de los innovadores. Los herejes llegaron á ser tan numerosos, que en 1178 Ramon V de Tolosa, católico ardiente, viendo la infinidad de nobles que habian abrazado las nuevas opiniones, escribió al rey de Francia, para que « le ayudase á exterminar á los enemigos de Jesucristo. »

Su hijo Ramon VI, que le sucedió en 1194, no manifestó el mismo horror por las doctrinas que la Iglesia habia condenado, y se sospechó bien pronto que las favorecia. El ejemplo de la emancipacion que la provincia aquella podia dar al universo católico, ocupó vivamente al pontífice Alejandro III, quien encargó á varios obispos la predicacion evangélica en el país.

Poco resultado hubo de dar esta mision, pero no por esto se renunció á la esperanza de dominar la herejía. En cuanto la tiara hubo ceñido la frente de Inocencio III, aquel papa de genio vasto y audaz conoció que la supremacía romana podia verse amenazada, y ordenó á los príncipes, condes y barones que asistiesen á sus legados, y á los pueblos que se armasen contra los herejes.

Los albigenses eran de costumbres evangélicas y puras y combatian á todo trance los principios de la disciplina romana y los abusos de un poder insaciable. Inocencio III, con su espíritu verdaderamente superior, comprendió todo el peligro que existia para el poderío papal en dejar que echaran raíces aquellas innovaciones, en dejar que desplegara sus alas la civilizacion del Mediodía, y decidió extirpar la herejía con el hierro y con la llama, hundiéndola, si era necesario, bajo las ruinas humeantes del estado mismo á cuya sombra se cobijaba.

Claramente pudo verse cuál era la decision del sumo pontífice, la de no dar cuartel. En aquellos tiempos el clero estaba acostumbrado á acudir á las armas.

Para comenzar la guerra se necesitaba, sin embargo, un pretexto, y desgraciadamente no tardó en presentarse.

VIII.

Tal vez no hubiéramos podido apreciar con toda exactitud aquella guerra ni conocerla en todos sus detalles, si no hubiesen llegado por fortuna hasta nosotros dos obras importantes, que son al propio tiempo dos grandes monumentos de la literatura provenzal.

Es la una la *Historia de la guerra de los albigenses*, escrita en prosa romana por un autor desconocido, y que, revisada y corregida sobre la edicion que de ella hicieron los Benedictinos primero, y despues Du Mege,

ha publicado, con el manuscrito á la vista, el Indígena de Tolosa.

Es la otra la *Historia en verso de la cruzada contra los herejes albigenses (Aiço es la cansós de la crozada contra 'ls ereges d' Albijeois.)* Gracias á profundas investigaciones, principalmente á las llevadas á cabo últimamente por M. Pablo Meyer, se ha demostrado que esta es obra de dos autores, siendo la primera parte de Guillermo de Tudela, y la segunda de un trovador de Tolosa, cuyo nombre es desconocido.

Las dos obras comienzan con la cruzada y terminan en el año 1219. Hay que tenerlas á la vista para poder apreciar aquellos acontecimientos.

El papa habia enviado en 1198 dos monjes del Cister, cuyas predicaciones fueron inútiles. En 1203 envió á otros dos, Raul y Pedro de Castelnau, con el título de legados, con ámplios poderes y con la mision de recorrer las comarcas infestadas por la herejía. De Pedro de Castelnau se dice que era hombre instruido, noble y virtuoso, pero fanático, violento é intransigente.

No obtuvieron mejor resultado que sus antecesores. Tenian que luchar con todo el país, el cual no era realmente hereje, pero sí simpático á las predicaciones de los herejes contra los desafueros, los desórdenes y las violencias que cometia entónces el clero, malaventuradamente olvidado de sus deberes.

Nada, ó muy poco al ménos, pudieron conseguir de los magistrados de Tolosa, de los oficiales del conde, del mismo Ramon VI, los cuales se regian por leyes y costumbres que eran tan favorables á los principios de

la libertad como contrarias á toda medida de violencia. El único fruto de sus amenazas fué alcanzar que los predicadores heterodoxos, en vez de predicar en pleno dia, celebraran sus asambleas por la noche.

Los legados, sin embargo, tomaron medidas extremas hasta allí donde alcanzaba su poder, deponiendo ó suspendiendo á los obispos sospechosos de tibieza ó connivencia, y reemplazándoles con sacerdotes de celo ardiente y fanático.

Preciso es hacer constar aquí que los esfuerzos de los legados se estrellaban principalmente en la resistencia que oponian los trovadores, hombres inteligentes y populares, grandemente amigos de la libertad del pensamiento, y contrarios á la idea de absorcion y de fanatismo que inspiraba á los mensajeros del papa. Los trovadores fueron en aquella ocasion verdaderos apóstoles de la libertad, tanto más celosos de conservar su nacionalidad y costumbres libres, cuanto con más ardor veian al clero precipitarse por un camino que podia conducir á la negacion del progreso y al embrutecimiento del pueblo. Y los cantos, los *serventesios* de los trovadores, no hay que olvidarlo, encontraban en la multitud más eco que las predicaciones de los legados.

Viendo el papa que éstos avanzaban poco, no tardó en enviarles un refuerzo con el mismo abad del Císter, Arnaldo de Amalrich, hombre que bajo su hábito de monje tenía el genio destructor de los Gensericos y de los Atilas, uno de esos azotes de Dios, ha dicho el historiador Enrique Martin, que la providencia envia al mundo en sus momentos de cólera.

Pronto se les unió tambien un cuarto apóstol, que se habia hecho monje del Císter despues de haber sido por largo tiempo trovador y de haberse hecho célebre con sus canciones amorosas. Era Folquet, llamado el de Marsella, el antiguo amante de aquella vizcondesa Adelaida por cuyos favores tantos suspiraron, y á causa principalmente de cuyos amores debia él cruzar las puertas de un claustro, y Pedro Vidal atravesar la línea que separa la razon de la locura.

Fué este uno de los rarísimos trovadores que desertaron de la causa del conde de Tolosa y de la patria provenzal. Precisamente por esto, como sucede á todos los traidores, tuvo que exagerar su celo, llegando hasta donde otros no llegaron ó no pensaron llegar siquiera. Para recompensarle, los legados depusieron al obispo de Tolosa, y nombraron á Folquet en su lugar.

Tambien auxilió á los legados en su empresa el fundador de la Inquisicion, Santo Domingo, aquel hombre verdaderamente ilustre, pero todavía incomprensible, el cual recorrió como predicador el país de la lengua de oc, siendo allí, y con motivo de los albigenses, cuando organizó la institucion que tan tristemente célebre debia hacer su nombre, y que de seguro no hubiera creado á saber los frutos que debia dar.

Todos los esfuerzos de estos legados fueron inútiles por el momento. El violento modo de proceder de Folquet, el antiguo trovador, sólo consiguió hacerle odioso. Los magistrados de Tolosa, los nobles y barones, el conde mismo, cuando se veian vivamente apremiados por los embajadores del papa, protestaban de su orto-

doxia y hasta prometian exterminar á los disidentes, pero nada hacian. El conde de Tolosa manifestaba evidente repugnancia á ser el perseguidor y el verdugo de sus súbditos.

Ramon VI se preparaba á sostener una guerra por intereses políticos de su casa, cuando Pedro de Castelnau le requirió para que olvidase su querella y se ocupase sólo de los intereses de la Iglesia. Negóse á ello el conde, y el legado entónces le excomulgó, ratificando el papa la sentencia por medio de una letra apostólica en que prodigaba las quejas contra el conde.

Consintió por fin Ramon VI en hacer la paz, pero procuraba ganar tiempo. Entónces Pedro de Castelnau estalló en imprecaciones, y el conde de Tolosa, exasperado, en amenazas. En aquellos momentos un oficial del conde, que se trabó de palabras con el legado, le atravesó de parte á parte con su espada, dejándole cadáver.

La ocasion, largo tiempo esperada, se presentó por fin. Imputóse á Ramon VI, á pesar de sus protestas, la responsabilidad del crímen, é Inocencio III resolvió hacer predicar contra los herejes una cruzada en los mismos términos y con los mismos medios que para las grandes empresas contra los sarracenos. Ramon, excomulgado de nuevo, fué por su órden anatematizado en todas las iglesias; los monjes del Cister, esparciéndose por el Languedoc, por Francia y por Provenza, hicieron resonar desde lo alto de todos los púlpitos un grito de guerra y de exterminio; y el Norte entero se levantó para caer de improviso sobre el Mediodía con todo el peso de su antiguo ódio nacional.

El papa se expresaba en estos términos, como hubiera podido hacer en una proclama:

«¡Sus, soldados de Cristo! Exterminad la herejía por todos los medios que Dios os ha revelado. Extended á lo léjos vuestro brazo y combatid con mano vigorosa á los sectarios de la impiedad, haciéndoles más ruda guerra que á los sarracenos, pues son peores. Por lo tocante al conde Ramon, áun cuando invoque el nombre de Dios y ofrezca dar satisfaccion á Nos y á la Iglesia, no desistais por ello de hacer que sobre él caiga todo el peso de la opresion que por su conducta merece. Arrojadles á él y á sus fautores de sus castillos y tierras, á fin de que los católicos ortodoxos puedan establecerse en todos los dominios de los herejes.»

El espíritu de la cruzada contra los albigenses está por entero en estas pocas líneas, con el gérmen de todos los horrores que provocó.

A la alocucion del papa, los predicadores albigenses contestaron con terribles sermones. Uno de ellos, tomando por texto las palabras de Ezequiel: *Espada, espada, sal de la vaina y templa tus filos para herir*, fulminó estas tremendas palabras:

«La Santa Sede se ha convertido en un centro de infeccion, en un lugar de prostitucion. Los papas impíos han convertido la casa de Jesucristo en una caverna de ladrones, de donde salen los tigres mitrados con alma de cieno para devorar su presa. El hierro y el fuego es lo que debe oponerse á semejantes miserables, cuyas blancas vestiduras, parecidas á los mármoles de las tum-

bas, no sirven más que para ocultar la podredumbre y la infeccion.

»¿Qué más esperais ya para decidiros entre Jesucristo y Satanás? ¡Mirad á vuestros verdugos, miradles cómo avanzan! Han abandonado ya las palabras melosas con que querian adormeceros, y han rasgado ya el velo que los cubria. Bajo sus labios hipócritas se ven sus dientes de tigre. Se divisan sus garras de buitre á través de sus vestidos de púrpura y de sus capas sacerdotales. Esas columnas del infierno son los hombres de sangre y de rapiña: los hijos de Dios se conocen por sus sufrimientos. Allí donde están las víctimas y los mártires, allí están los justos.

»Llegado es ya el momento en que el grano sea separado de la paja. Seamos todos soldados en el peligro comun. Dios lo quiere, Dios estará con nosotros. Arménonos, marchemos, é hiramos sin descanso por do quiera donde haya mártires que vengar y verdugos á quienes castigar.

»Espada, espada, sal de la vaina y templa tus filos para herir.»

Predicada la cruzada por la Iglesia, Felipe Augusto, en el Parlamento de Villeneuve-le-Roi, autorizó á sus barones para tomar las armas contra los herejes, recordando los designios del Sumo Pontífice. Los barones francos acudieron en gran número, y entre ellos Simon de Montfort, aquel cuyo nombre debia cobrar tan sanguinaria celebridad en aquella guerra, aquel que por su valor, su ferocidad y su fanatismo no debia tardar en ser cabeza de los cruzados.

El conde de Montfort habia sido uno de los más audaces campeones de la cruzada de 1201, habiendo seguido á los franceses al sitio de Zara. En el ataque de Constantinopla separóse de los cruzados y pasó al servicio del rey de Hungría, yéndose despues á Palestina, donde lidió con los infieles. Llegó á Francia, de regreso de su larga peregrinacion á Ultramar, sin haber podido adquirir ni feudo ni condado, pues todas las más ricas tierras de Palestina se hallaban entónces en poder de los sarracenos. Apresuróse, pues, á aceptar un puesto de capitan en la nueva cruzada, que podia añadir, como añadió en efecto, grandes feudos y ricas tierras de Provenza á su pequeña baronía de Montfort l'Amaury, entre París y Chartres.

De todos los puntos de Francia habian acudido caballeros para alistarse bajo las banderas de la cruz y caer como buitres hambrientos sobre la presa que les presentaba el Mediodía. Felipe Augusto envió quince mil hombres de armas. Todos llevaban cruces en los cascos para distinguirse de los cruzados de Ultramar, que las llevaban en sus corazas.

IX.

Cuando el conde Ramon de Tolosa supo el gran alzamiento de gente que en toda Francia se hacía contra él, comenzó á preparar sus medios de defensa, pero sus intentos belicosos no duraron mucho tiempo. A la vista

de los formidables preparativos de los franceses, bajo la presion de los terribles anatemas fulminados uno tras otro por la Santa Sede, perdió la serenidad y faltáronle la resolucion y la fuerza moral que hubieran podido salvarle ó hacerle sucumbir con honra. Se lisonjeó con la esperanza de que podria calmar á los que habian resuelto su pérdida y que de antemano se repartian sus despojos. Negoció, suplicó, se humilló de diversas maneras, devoró mil afrentas, y sus enemigos se aprovecharon de su debilidad para quitarle uno á uno todos sus recursos y para destruir sus apoyos, á fin de anonadarle por completo.

La ceguedad absurda de los sectarios por un lado, la incapacidad deplorable de los dos últimos condes de Tolosa por otro, fueron las causas que paralizaron la resistencia de las poblaciones meridionales, dando el triunfo á la cruzada. La raza de los condes de Tolosa reinaba hacía ya mucho tiempo, se habia gastado en el trono y no estaba á la altura de las circunstancias. Hubiera sido necesario acaso derribarla, poniendo otra en su lugar, y el autor de estas líneas, despues de haber hojeado no pocas crónicas y no pocos manuscritos que de aquel tiempo tratan, tiene fundados motivos para sospechar que llegó á pensarse sériamente en esto por algunos de los más activos agentes que tuvo la causa de la resistencia meridional. A otra cosa no obedecian, en el fondo, aquellos atrevidos é intencionados *serventesios*, de que se dará cuenta en este libro, dirigidos por algunos trovadores al rey D. Pedro de Aragon para decidirle á ir en auxilio del amenazado Mediodía. El mo-

narca aragonés, cuñado del conde de Tolosa, fué por un momento la esperanza de aquellos pueblos, de aquella sociedad caballeresca, de aquella raza inteligente. Desgraciadamente, cuando se acudió á él comenzaba á ser tarde, pero áun así, sin la catástrofe de Muret, es posible que se hubiese levantado una nacionalidad catalana ó provenzal en aquellas comarcas.

Las debilidades del conde Ramon VI y sus incertidumbres dieron motivo para que Milon, que habia sustituido á Pedro de Castelnau, como legado de la Santa Sede, le requiriese para comparecer ante un concilio de obispos reunido en Valencia de Provenza. Accedió el conde, y en presencia de los prelados y el pueblo reunidos, comenzó á deliberarse, teniendo lugar una de aquellas ceremonias y uno de aquellos actos que sólo con rubor pueden escribirse y con hondo sentimiento leerse.

Tomó Milon la palabra, y dijo:

—Ramon, ¿prometes obedecer fielmente mis órdenes? ¿Quieres poner en mis manos, en prenda y garantía, siete de tus castillos?

—Sí, señor legado, contestó humildemente el conde.

Entónces Milon, dirigiéndose á los cónsules y magistrados de Avignon, Saint-Gilles, Nimes y otras poblaciones, allí presentes, preguntó:

—¿Estais dispuestos á desobedecer á Ramon, si deja de cumplir lo que acaba de prometer?

Contestaron afirmativamente los requeridos, y el conde leyó la siguiente humillante y vergonzosa fórmula de juramento:

« A 18 de Junio de 1209, yo Ramon por la gracia de Dios duque de Narbona, conde de Tolosa, marqués de Provenza, me pongo, yo y mis castillos, á saber, Oppeda, Montferrant, Baumes, Mornás, Roquemaure, Fourques y Fanjaux, bajo la misericordia de Dios y bajo el poder absoluto de la iglesia romana, del papa y de vos, monseñor Milon, legado de la Santa Sede apostólica, para servir de caucion con motivo de los artículos por los cuales he sido excomulgado. Confieso desde ahora mantener estos castillos en poder de la iglesia romana y del papa, prometiendo confiarlos á quien vos querais, y obligar, conforme se me ordena, á los castellanos y habitantes al juramento de guardarlos exactamente todo el tiempo que estarán en poder de la iglesia, relevándoles de la fidelidad que me deben. »

Despues de este juramento, el legado envió á tomar posesion de los castillos dados en garantía, y sólo entónces fué admitido el conde á la absolucion.

El 22 de Junio del mismo año de 1209 tuvo lugar otra triste y vergonzosa ceremonia en Saint-Gilles.

El legado, en compañía de muchos obispos, se situó en el vestíbulo de la iglesia de Saint-Gilles, donde se habia levantado un altar lleno de reliquias. El conde Ramon avanzó hácia el santuario. Iba desnudo hasta la cintura y llevaba al cuello una cuerda, cuyos dos cabos, como los de una bestia de carga, eran sostenidos por dos obispos. Entónces, tomando el conde la palabra, se expresó así ante toda la asamblea con acento conmovido:

—« En el año doce del pontificado de monseñor el papa Inocencio III, yo, Ramon, en presencia de las

santas reliquias, de la Eucaristía y de la Vera Cruz, juro obedecer todas las órdenes del papa y las que vos me deis, monseñor Milon, tocante á cada uno de los artículos por los cuales he sido excomulgado. Prometo dar explicaciones de buena fe sobre todos los puntos de que he sido acusado, y particularmente sobre lo que se dice de no haber yo mantenido el juramento que habia prestado de expulsar á los herejes, favoreciéndoles por el contrario; sobre lo que se dice de haber yo sostenido bandas de merodeadores, mesnadas ó compañías de bandidos, y confiado á judios empleos públicos; sobre lo que se dice de haber yo hurtado el dominio de la santa Iglesia, fortificado los monasterios como puntos de defensa, y arrojado de su Sede al obispo de Carpantrás, al cual me obligo á pagar una indemnizacion de 1.800 sueldos raymodines; sobre lo que se sospecha de haber yo tomado parte en el asesinato del legado de la Santa Sede Pedro de Castelnau; sobre lo que se dice de haber hecho yo encarcelar al obispo de Vaison y haberme apoderado de su palacio. Si falto á lo que digo, consiento en que los castillos dados en garantía queden propiedad de la Iglesia, y que entónces mis súbditos sean absueltos del juramento de fidelidad. »

Pronunciadas estas palabras por el conde, el legado Milon se expresó en estos términos:

« Conde Ramon, yo te mando restablecer al obispo de Carpantrás en todos los derechos que tiene dentro y fuera de su diócesis, restituir asimismo todas las propiedades de la iglesia de Vaison... Y vosotros, Guillermo

de Baucio príncipe de Orange, Guillermo de Arnaud, Ramon de Agout, Beltran de Landan, Bernardo de Anduze, señor de Orez y señor de Lunel aquí presentes; ¿haceis todos el mismo juramento?»

Todos lo prestaron, y comenzó entónces la ceremonia de reconciliacion.

El legado hizo poner una estola, en lugar de una cuerda, al cuello del conde de Tolosa, y habiéndola cogido por los dos cabos, le introdujo en el santuario miéntras le azotaban con unas disciplinas. El conde tenía el rostro encendido de vergüenza. Por fin, el legado le dió la absolucion. La muchedumbre era tan grande en la Iglesia que fué preciso hacer salir al conde Ramon, lleno de sangre, por un subterráneo que daba al campo, no sin ántes haberle hecho pasar por delante del sepulcro de Pedro Castelnau, como en expiacion del crímen de que se le acusaba.

Al dia siguiente el legado reunió una asamblea y nuevas condiciones fueron impuestas al conde, quien aceptó cuanto se exigió de él. Hízosele prometer y jurar sobre los Santos Evangelios que cuando los príncipes francos llegarian á sus estados, les obedeceria puntualmente tanto por lo que convenir pudiese á su propia seguridad, como por las demás cosas que juzgasen á propósito recomendarle para su utilidad ó para la de todo el ejército de Dios.

De esta manera se comprometia el conde de Tolosa hasta á tomar las armas contra sus propios súbditos. Seguramente la historia no registra caso de mayor humillacion.

X.

El vizconde de Beziers, de más resolucion y varonil carácter que el conde de Tolosa, no quiso ceder ni prestarse á aquellas humillaciones, y contra él se dirigió la ira de los que se llamaban mensajeros de Dios.

Los habitantes de las pequeñas poblaciones y de las casas de campo se habian refugiado en Beziers, herejes y católicos, pues que el ejército de los cruzados era tan temible para unos como para otros. Los jefes de la cruzada enviaron á la ciudad al mismo obispo de Beziers, el cual reunió á los habitantes en la iglesia catedral, y representándoles el grave peligro que corrian, les aconsejó que rindieran la ciudad al legado, poniendo en sus manos los herejes que el obispo conocia perfectamente, y cuyos nombres habia puesto por escrito. Todos unánimemente se negaron.

—Venerable padre, le dijo uno de los cónsules, todos somos cristianos, y en torno nuestro sólo vemos hermanos.

El obispo tornó al campo con esta respuesta, y los cruzados deliberaron sobre la clase de castigo que debia imponerse á la ciudad rebelde. Fué resuelto el exterminio. Algunos caballeros pidieron gracia en favor de los católicos, pero Arnaldo de Amalrich, abad del Císter, contestó con aquellas horribles palabras, desde entónces memorables:

—Matadlos á todos, que Dios ya conocerá á los suyos.

Y así fué.

Acercáronse los cruzados á la ciudad, y los de Beziers salieron á su encuentro, con más bravura ciertamente que prudencia. Fueron rechazados, y los enemigos entraron tras de ellos en la ciudad.

Todos cuantos pudieron se retiraron á la iglesia de la Magdalena, pero allí fueron á buscarles los cruzados, sin que ni siquiera les valiese tan santo asilo.

«Nada pudo garantirles, dice el poema de la *Cancion de la cruzada*, ni cruz, ni altar, ni crucifijo. Los desarrapados truanes mataron á clérigos, mujeres y niños. No creo que uno solo escapara con vida. ¡Dios, si así le place, habrá recibido sus almas en el Paraiso! No creo que nunca, desde el tiempo de los sarracenos, se haya consentido ni ordenado tan cruel carnicería.»

Que no 'ls pot gaudir crotz, autar ni crucifis:
e los clercs auzirian li fol ribautz mendis,
e femmas e enfans, c' anc no cug us n' ichis.
Deus recepia las armas, s' il platz, en paradis!
c' ancmais tan fera mort del temps sarrazinis
no cuge que foi faita, ni c' om la consentis.

Todos fueron, pues, pasados á cuchillo allí mismo, al pié de los altares, y como si esto no bastara, la ciudad entera fué entregada á las llamas y al saqueo.

La ciutatz s'en espren e leva se l'esglais;
la vida ars trastota de lonc e de biais.

El cronista Alberich de Troisfontaines pretende que los muertos fueron sesenta mil, y de ellos, siete mil al

ménos, en la iglesia de la Magdalena. El contemporáneo Bernardo Isthier, de Limoges, dice que sólo fueron treinta y ocho mil. Arnaldo de Amalrich en su carta dando cuenta de la victoria al papa, confiesa veinte mil.

Las poblaciones se exasperaron entónces. Hubo un grito de indignacion general contra el dominio de los hombres de Francia. Narbona hubo de rendirse, y, por una traicion inconcebible del legado, el vizconde de Beziers quedó prisionero y Carcasona capituló.

Poco despues, Simon de Montfort se hacía proclamar vizconde de Beziers y Carcasona, y Arnaldo de Amalrich arzobispo y duque de Narbona.

Ramon de Tolosa vió entónces que aún estaba más amenazado que ántes. Las exigencias de los legados fueron creciendo, cada vez más imperiosas y duras. Ramon y los magistrados de Tolosa recibieron órden de entregar, con cuerpos y bienes, *todos los sospechosos de herejía*. Los magistrados contestaron noblemente que no habia herejes en Tolosa. Entónces el legado del papa excomulgó de nuevo al conde y puso en entredicho la ciudad.

Humillóse de nuevo Ramon, partió para Roma, vió al papa, fué enviado ante un concilio, y por tales afrentas hubo de pasar, que la fuerza de su dolor le devolvió su perdida energía.

Pero entónces pudo ya contar con el auxilio de don Pedro de Aragon, el *católico* y el *noble*.

Regresaba D. Pedro de su jornada contra moros y de la batalla famosa de las Navas, en la cual tomó parte,

cuando fué solicitado para acudir en ayuda de su cuñado el conde de Tolosa.

Dicho queda ya que las poblaciones meridionales, al ver la ineptitud y las vacilaciones de Ramon VI, dirigian sus miradas como una esperanza hácia Aragon y hácia aquel monarca ilustre, unido por lazos de sangre con el conde de Tolosa, que era de su raza, que era soberano en algunas de aquellas comarcas, que tenía derechos á parte del Languedoc, que hablaba su lengua, que era llamado por los poetas *flor de los reyes*, *esplendor de la tierra*, *adorno del mundo*, *espejo de gentileza y cortesía*.

Tiempo hacía ya que iban y venian mensajeros de Aragon á Tolosa, de Tolosa á Cataluña. Los trovadores, interprentando la opinion pública, dirigian patrióticos *serventesios* á D. Pedro reclamando el apoyo de su brazo para la causa sagrada de la nacionalidad provenzal. D. Pedro, ceñida aún su frente con los laureles de las Navas, se decidió por fin, pero, prudente y avisado, envió primero embajadores á Roma con una carta dirigida al papa quejándose amargamente de las vejaciones que los legados y Simon de Montfort ejercian en Provenza, así como de la guerra injusta que al conde de Tolosa se hacía.

El papa ordenó la celebracion de un concilio en Lavaur para que fuesen expuestas y oidas las quejas del monarca aragonés; pero ya los legados tenian formado su plan, la pérdida del conde de Tolosa estaba convenida, y el de Montfort se habia propuesto ser dueño de aquel condado como lo era ya de Beziers y Carcasona.

Don Pedro no fué atendido por el concilio de Lavour, que contestó á su memorial de agravios con un capítulo de cargos.

Viendo entónces el rey de Aragon que nada podia conseguir, que se le negaba cuanto podia por aquellos hombres, cuya mision debia ser de paz y fraternidad y no de guerra y de venganza, conociendo que con respecto á ellos la lucha no era de fe y de piedad, sino de saqueo y de codicia, tomó una resolucion definitiva, y se declaró protector del conde de Tolosa y de sus aliados.

Miéntras esto era celebrado en Tolosa, donde á la sazon se hallaba D. Pedro, con grandes demostraciones de júbilo; miéntras los trovadores, que tanto habian influido para este resultado, dirigian entusiastas cantos al monarca aragonés, á quien miraban ya como salvador de Provenza, el arzobispo de Narbona, Arnaldo de Amalrich, enviaba á D. Pedro una carta para disuadirle de la resolucion que acababa de tomar. En ella le decia que si tomaba el partido de los excomulgados, á su vez lo sería, y amenazábale con lanzar el anatema sobre aquellos de sus súbditos que tomasen las armas en favor de los intereses del conde de Tolosa.

Estas amenazas no hicieron mella en el rey de Aragon, que nunca quizá como en aquella ocasion mereció con más justicia el renombre de *noble* que le dieron sus biógrafos. Mantuvo su palabra, y desde aquel momento hizo causa comun con los condes de Tolosa, de Foix, de Comminges, el vizconde de Bearne, los nobles de Tolosa, los de Carcasona y Beziers que en aquella ciu-

dad se habian refugiado, y, finalmente, con los tolosanos en general, que le prestaron juramento de obediencia en Febrero de 1213. El conde de Tolosa y su hijo pusieron sus personas, su ciudad, sus dominios, sus vasallos y súbditos á disposicion y en la posesion real y efectiva de Pedro de Aragon y de sus tenientes, dándole facultades para prometer en su nombre al papa que harian lo que éste mandase, y autorizándole para obligarles á ello si se negaba. El *capítulo* ó asamblea de cónsules y magistrados municipales prometió, por su parte, obedecer fielmente y estar á lo que D. Pedro dispusiera.

Aún tenía éste esperanzas en el papa. Así es que, para prevenirle sobre lo acaecido en el concilio de Lavaur y darle á conocer la notoria y extraña injusticia de los obispos y legados, le envió las actas por las cuales el conde de Tolosa y su hijo, los cónsules y habitantes de esta ciudad, los condes de Foix, de Comminges y Gaston, vizconde de Bearne, ponian sus personas y bienes en sus manos, con promesa de ejecutar fielmente todo lo que el papa pluguiera ordenarles. Las copias de estas actas fueron certificadas por el arzobispo de Tarragona y los obispos y abades de Aragon y Cataluña que le habian acompañado á Tolosa.

Sin embargo de todo, y dada aún la poderosa proteccion del monarca aragonés y la notoria justicia de los excomulgados, no hubo para éstos ni piedad ni perdon. Apresurémonos, no obstante, á consignar el noble comportamiento del clero aragonés y catalan en aquellas circunstancias. No abandonó á D. Pedro, á pesar de

formar causa comun con los herejes, y junto á él estuvieron siempre el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Segorbe y otros prelados.

XI.

El concilio de Lavaur, por su parte, habia enviado dos prelados al papa, los cuales le presentaron las cosas de distinta manera que los embajadores del rey de Aragon, haciendo que se obrara un completo cambio en su ánimo. Interesados en que siguiera adelante la persecucion, clamaron abiertamente por la ruina de Tolosa y el castigo de sus habitantes, diciendo que la salud de los cristianos dependia de que aquella nueva Sodoma fuese anonadada. El papa recibió cartas de casi todos los obispos del país, hechura de los legados, en el mismo sentido. Inocencio III cedió, pues, á este encarnizamiento: la política ahogó la piedad; la codicia superó á la fe; la venganza á la caridad. Doblegándose á esta influencia, escribió al rey de Aragon conminándole con la ira y los rayos de la Santa Sede, si se oponia á que se continuara una obra santa en la que estaban interesadas la causa de Dios y de la Iglesia. A pesar de esta carta y de estas amenazas, Pedro *el noble* no desistió.

Habia regresado el monarca aragonés á Cataluña desde Tolosa, y habíase corrido hasta Lérida, ordenando en todo el país un levantamiento de gente para acudir en auxilio de la causa provenzal. Su contestacion

al mensaje del papa fué disponerse á pasar los Pirineos para juntarse con los excomulgados, y enviar uno de sus capitanes á Simon de Montfort para retarle en toda forma, segun era usanza y ley entre caballeros que se disponian á romper las hostilidades.

Recibido el cartel por Simon de Montfort, envió, á su vez, un mensajero al rey con encargo de decirle que estaba pronto á defenderse contra él y contra los demás enemigos de la iglesia. El embajador del jefe militar de la cruzada fué recibido por D. Pedro en plena corte ante la cual dió cuenta de su mision.

Inmediatamente salió un cuerpo de catalanes para talar las tierras que Simon de Montfort llamaba ya suyas, y quedaron rotas las hostilidades.

Entró D. Pedro en campaña al frente de una brillante hueste de caballeros aragoneses y catalanes, y despues de recobrar varias plazas que el de Montfort habia sometido, fué á juntarse en Tolosa con el conde Ramon y los de Foix y Comminges que le esperaban, formando juntos un ejército de dos mil caballos y cuarenta mil infantes.

Decidióse en consejo de capitanes comenzar las operaciones por el sitio y asalto del castillo de Muret, en donde Simon de Montfort habia puesto una fuerte guarnicion que no cesaba de hacer correrías, llegando hasta las puertas mismas de Tolosa. Muret, cuyo nombre estaba destinado á ser tristemente célebre en los anales de Provenza, era entónces, y es aún, una pequeña villa situada á la orilla occidental del Garona, al Sud y á tres leguas de Tolosa. Hácia allí se dirigió el

monarca aragonés con su gente, llegando y acampando ante sus murallas el 10 de Setiembre de 1213.

Comenzó el sitio inmediatamente, jugaron las máquinas contra los muros, y llegó á darse un asalto en que todas las ventajas estuvieron por los sitiadores, quienes apoderados ya de un barrio, se hubiesen hecho dueños de la plaza, si en lo más recio de la pelea no hubiesen recibido aviso de que se veian aparecer á lo léjos los emblemas militares de Simon de Montfort, el cual acudia en auxilio de la villa sitiada. A esta noticia, D. Pedro mandó tocar retirada, abandonando el barrio ya tomado, y volviéndose á su campo, en donde se hizo fuerte. Esta retirada y el no haberse apoderado de la plaza, fueron causa de la catástrofe que sobrevino.

Era en efecto Simon de Montfort el que llegaba al frente de un escogido cuerpo de tropas, y no le fué difícil entrar en Muret para comunicarse con los sitiados. Iba con Montfort y con los cruzados el obispo de Tolosa, el antiguo trovador amigo de D. Pedro, ese *miserable* Folquet, como le llama siempre que de él tiene que ocuparse el Indígena de Tolosa. Folquet y algunos otros prelados quisieron intentar un arreglo, y al efecto, enviaron dos religiosos al campo del rey de Aragon con encargo de pedirle una conferencia. La respuesta del rey á los mensajeros de su antiguo protegido el trovador Folquet, fué la siguiente:—«Por cuatro bandidos que esos obispos traen consigo, no vale la pena de que Nos les concedamos una audiencia.»

Despues de esta contestacion la batalla fué inminente,

y, en efecto, tuvo lugar al siguiente dia, que era, segun parece, el 13 de Setiembre.

No es aquí el lugar de hacer la descripcion de aquella jornada, que fué fatal para la causa abrazada por don Pedro. Me limitaré sólo á referir la triste pero gloriosa muerte de aquel rey tan noble y tan caballero, conforme la version más autorizada de las crónicas del tiempo.

El conde de Foix mandaba la vanguardia, el de Tolosa la retaguardia, y D. Pedro, siempre pronto á la lucha, siempre ardiente y temerario en el combate, habia querido conservar el mando del centro ó cuerpo principal de la batalla. A lo único que se avino D. Pedro fué á cambiar sus armas con las de uno de sus caballeros, aragonés ó catalán, para no ser reconocido durante el combate.

Llegó un momento en que el cuerpo mandado por el rey se vió envuelto por todos lados. Dos caballeros franceses, llamados Alain de Roncy y Florencio de Ville, que parece se habian desafiado á quién de ellos daria muerte al rey de Aragon, contando asegurar de este modo la victoria, se dirigieron á un tiempo mismo contra aquel caballero que vestia las armas é insignias del monarca, y consiguieron llegar á él á través de los combatientes. Defendióse el caballero, cuyo nombre no han conservado las crónicas, lo mejor que pudo, parando los golpes que le asestaban y dándolos á su vez; pero Alain no tardó en conocer que D. Pedro era *mejor caballero*, y abandonó al que atacaba, diciendo á voces: —«Este no es el rey de Aragon.»

Don Pedro, que por hallarse no léjos de Alain en aquel momento, oyó las voces, picó su caballo, y sin cuidar de guardar por más tiempo un incógnito que á su valor repugnaba, se mostró abiertamente, gritando á su vez : — *Ciertamente que no es el rey, pero vedle aquí.*

Y enarbolando al decir esto una maza de armas *turca*, derribó de un golpe el primer jinete francés que se le puso por delante, y se arrojó á lo más crudo de la pelea, haciendo prodigios de valor y dando realmente pruebas de ser uno de los caballeros más valientes, más cumplidos y de más corazon de aquellos tiempos.

Terrible fué la embestida de D. Pedro, tanto, que parece desconcertó por un momento á sus contrarios: sin embargo, Alain y Florencio reanimaron el valor de los suyos, aturdidos por las proezas que ejecutaba un hombre solo, y le rodearon por todos lados, haciendo una verdadera carnicería en los caballeros que junto á él se habian agrupado. D. Pedro no cesaba de herir y matar á su vez gritando: *¡Aragon! ¡Aragon!* pero casi todos los que se le habian unido estaban muertos ó heridos, y él entónces, viendo ya perdida la batalla, viendo el destrozo de los suyos, decidió hacer lo único que cumplia en semejante trance á un rey de Aragon: morir en el campo.

Su hijo, aquel gran monarca que se llamó D. Jaime *el Conquistador*, refiere en su crónica la muerte de su padre D. Pedro, y con admirable frase y sublime laconismo le consagra sólo estas palabras:

«Nuestro padre el rey En Pedro murió en aquella batalla siguiendo la divisa que han tenido siempre los

de nuestro linaje y que Nos seguiremos siempre: *Morir ó vencer.*»

XII.

La victoria por parte de los cruzados fué completa: la matanza y la derrota de los meridionales tan inmensa, que bien puede decirse que desde aquel dia data la caida de la dinastía tolosana, sin que á levantarla bastaran los esfuerzos, dignos de mejor éxito, que despues se hicieron, los sacrificios sin cuento á que hubo de apelarse, la sangre que á rios fué derramada. Con el rey D. Pedro sucumbió la causa.

Todos los castillos y ciudades se llenaron de luto, porque el patriotismo habia llegado á su grado máximo de exaltacion; envueltos entre los fugitivos y desbandados, desaparecieron todos aquellos nobles capitanes, reunidos en torno del monarca aragonés; el mismo conde de Tolosa buscaba un asilo en tierras extranjeras; Simon de Montfort entraba en Tolosa, salvándola de los furores del obispo Folquet que queria destruirla y sembrar de sal su recinto; los trovadores, fieles casi todos á la causa vencida, se refugiaban en Cataluña ó en Italia; el país consternado sucumbia bajo la gran pesadumbre de aquel duelo y de aquella catástrofe. El Norte triunfaba.

No tardó mucho tiempo Simon de Montfort en tomar posesion del condado de Tolosa, de toda la Sep-

timania, de las tierras de Agen, Quercy, Beziers, Carcasona, en una palabra, de todo lo poseido por el infortunado conde de Tolosa, aquel opulento magnate en cuya boca la *Cancion de la Cruzada* pone estas palabras:—«Ningun hombre habia tan poderoso en el mundo que pudiera destruirme, á no ser la Iglesia.»

Que non es en est mon nulhs hom tan poderós
que mi pogués destruere si la Glezia no fos.

El concilio de Montpeller dió á Simon de Montfort posesion provisional de todas las tierras y títulos del conde de Tolosa, y posesion definitiva el concilio de San Juan de Letran presidido por el papa, recibiendo en 1216 la investidura de manos del rey de Francia.

Parecia desde entónces asegurada la dominacion del jefe militar de la cruzada sobre el Languedoc. Todas las grandes ciudades le reconocian por señor; los castillos más fuertes tremolaban su bandera; una nueva feudalidad ponia bajo su señorío á doscientos barones; el conde Ramon y su hijo habian abandonado su patrimonio y andaban errantes por extranjeras tierras; el clero favorecia á los nuevos poseedores; se predicaba la obediencia á los francos como un dogma y el ódio á los condes proscritos como un artículo de fe; se prohibia el uso de la lengua nativa; no resonaban ya los cantos amorosos de los trovadores, y sólo en voz baja y en las sombras del misterio se repetian ó recordaban sus *serventesios* políticos; todos los focos de libertad y de civilizacion, que en gran número brillaban en aquellas hermosas provincias, hasta entónces tan felices, se ha-

bian súbitamente extinguido; una tiranía brutal y sistemática, llamando en su ayuda al terror, terminaba la obra de la traicion y de la fuerza, y, finalmente, para dominar por completo aquellas libres y prósperas comarcas, apelaban los franceses á las hogueras de la Inquisicion, de ese horrible y sangriento tribunal, baldon del mundo civilizado, que si bien más tarde pasó los Pirineos para echar raíces en España, fué sólo despues de haberlo instituido en Provenza, con todos sus horrores, esos mismos franceses que por causa de este tribunal tanto debian luégo murmurar de España.

Contra tantas causas que favorecian á los invasores del Mediodía, crecia y se fortificaba, sin embargo, un gran poder, al que nada resiste: la opinion pública. Los franceses, dueños por las armas, estaban considerados como los tiranos del país, como injustos usurpadores que habian expulsado la familia nacional de los condes de Tolosa; las antipatías de raza brotaban con todo el vigor de un ódio á muerte; el provenzal sólo por fuerza obedecia á su superior de orígen franco, y suspiraba sin cesar por su independencia; los capítulos, jurados, magistrados municipales, los castellanos que habian conservado sus dominios, el pueblo todo, en una palabra, se indignaba contra aquella autoridad nueva opuesta á sus hábitos y costumbres; y las brisas que partian del lado de acá de los Pirineos, al propio tiempo que llevaban á aquel pueblo cautivo efluvios de libertad, le llevaban tambien acentos musicales que no le eran desconocidos, ritmos que le eran simpáticos, cantos de dolor escritos en la lengua de sus padres, no

en la de sus opresores, á través de los cuales se deslizaban seductoras palabras de esperanza, de redencion, de amor y de independencia.

Así los trovadores proscritos enviaban la expresion de su amargura ó los ecos de sus esperanzas á la patria cautiva. Unas veces era Sicars de Marjevols quien con sentido acento exclamaba: «¡Ay Beziers y Carcasona, quién os ha visto y quién os ve!»

¡Ai Bezers e Carcassey
quo vos vi e quo vos vey!

Otras era Aimeric de Peguilhá el que prorumpia en un arranque de sangrienta sátira, dirigiéndose á los barones provenzales que se habian sometido al yugo francés: «¡Ay, malaventurados señores! perdidas ya vuestra lealtad y vuestra honra, ¿de qué os sirven las villas ni los castillos? Sois ya esclavos de los franceses, y ni por buena ni por mala causa os atrevereis de hoy más á llevar escudo ni lanza.»

¡Ai malestrucs de leutat e d' onransa!
¿Qué 'us faran mais vila ni castel fort?
S' est del Francès, que per dreg ni per tort,
no auzerets portar escut ni lanza.

Ya era Duran de Paernas quien decia:—«No creo que los franceses consigan poseer tranquilamente lo que han usurpado á tantos nobles y esforzados barones.»

Non crei que 'ls Francès ses deman
tengan lo deseretge fan
a for e mant baron pesan...

Ya Guillermo Amelier el que exclamaba, protestando contra el papa: «La iglesia falta á su deber queriendo dar á los franceses lo que no puede en razon y en derecho.»

> A la glezia falh son saber
> quar vol los francès metre lai
> on non an dreid per milh deber...

Ya, en fin, Pedro Cardinal el que impulsaba al conde de Tolosa á empuñar las armas para recobrar sus Estados: «Conde Ramon, duque de Narbona, marqués de Provenza, vuestro valor es de todo el mundo conocido. Toda esa gente de Francia, falsa y felona, huirá como ave ante el halcon en cuanto vos os presenteis.»

> Coms Raymon, ducx de Narbona,
> marques de Proensa,
> vostra valor es tan bona
> que tot lo mon gensa...

En estas circunstancias fué cuando el conde Ramon VI y su hijo aparecieron en Provenza, al frente de una hueste, recogida principalmente entre los catalanes. Marsella abrazó con efusion la causa de los dos condes. Lo mismo hizo Aviñon, que se levantó amenazadora y potente.

Con la presencia de sus antiguos señores, el partido nacional pareció despertar de su letargo, y los poetas lanzaron un grito de entusiasmo. Fué entónces cuando Tomiers, saludando el alzamiento de Aviñon, excla-

maba: «A pesar de las envidias y de los celos, Aviñon se levanta en Provenza, y yo pido á Dios que la sostenga, pues allí moran el buen sentido y la largueza. ¡Oh rica y noble ciudad, tu valor es una gloria provenzal!»

Qui qu'es fina ni 's recreza,
Avignon puei en Proensa
e preg que Dieus l' arreza
qu'en els es sens e largueza...

El condado y marquesado de Provenza todo entero tomó las armas y volvió de nuevo á comenzar la guerra, que debia durar algunos años, con diversas alternativas y con episodios verdaderamente épicos. La nacionalidad del Mediodía luchó con las armas del entusiasmo, del patriotismo y de la desesperacion, pero se habia perdido al principio el momento más favorable.

Al saber el regreso de sus condes, Tolosa se conmovió y trató de sublevarse, sin reparar en que Simon de Montfort y el obispo Folquet la tenian sujeta con cadenas de hierro. Fué aquella ciudad teatro de tristes y sangrientas escenas, en las cuales el antiguo trovador, convertido en obispo, representó un horrible papel de traidor, mereciendo entónces verdaderamente el renombre de *miserable* que le ha dado el *Indígena*. Sin embargo de todo, Tolosa pudo aprovechar un momento oportuno, y sus puertas se abrieron á su antiguo señor. Ramon VI entró en ella, y el pueblo entero se agrupó á su lado.

Simon de Montfort, durante cuya ausencia se sublevó

Tolosa, corrió de nuevo á ella, pero ya era tarde. Los tolosanos se habian armado, tenian dentro sus muros á su antiguo señor Ramon VI y á su hijo, el que debia ser más tarde Ramon VII, y decidieron resistir. Tuvo lugar un largo sitio, cuyos episodios son épicos. En uno de éstos sucedió que Guido de Montfort cayó herido por una saëta. Al aspecto de su hermano revolcándose en su sangre, Simon de Montfort se apeó de su caballo y corrió á él, formando entónces los dos hermanos un grupo que se destacaba perfectamente á la vista de la plaza, sobresaliendo el de Montfort y distinguiéndose por su capa blanca. Cuéntase que en aquel momento, unas mujeres de Tolosa que estaban maniobrando en un pedrero, dirigieron allí sus tiros

e ven tot dreit la peira lai on era mestier,

«y la piedra fué recta donde hacía falta,» dice con descarnada frase la *Cancion de la cruzada*.

En efecto, la piedra destrozó la cabeza de Simon de Montfort, que cayó cadáver sobre el cuerpo de su hermano.

Hé aquí las palabras que, á guisa de epitafio, consagra la *Cancion de la cruzada* á la muerte del temible jefe de los cruzados:

«Si por matar hombres y verter sangre, y perder almas y autorizar carnicerías, y seguir malos consejos y atizar incendios, y destruir barones y manchar honras, y robar tierras y pregonar orgullo, y encender males y ahogar bienes y asesinar mujeres y niños, un hombre en este mundo puede ser grato á Jesucristo, entónces (Si-

mon de Montfort) debe llevar corona y resplandecer en el cielo.»

Si per homes aucire ni per sanc espandir,
ni per esperits perdre ni per morts cossentir,
e per mals conseils creire e per focs abrandir,
e per barós destruere e per paratge aunir,
e per las terras tolre e per orgol sofrir,
e per los mals escendre e pels bes escantir,
e per domnas aucire e per enfans delir,
pot hom en aquest segle Jhesu Crist conquerir,
el deu portar corona e el cel resplandir.

XIII.

Muerto Montfort, pareció venirse abajo todo el edificio. El consejo de los cruzados se apresuró á darle otra base, eligiendo al hijo de Simon, Amaury de Montfort, por conde de Tolosa y jefe de las armas.

Los cruzados intentaron un postrer asalto, que no les dió mejor éxito que los anteriores, y levantaron el sitio el dia que cumplia el mes de la muerte de su capitan, el 25 de Julio de 1218.

El Mediodía entero se levantó á esta noticia. El papa Honorio III, sucesor de Inocencio, se dirigió al rey de Francia, y entónces Luis, hijo de Felipe Augusto, salió á campaña en 1219, llegando el 16 de Junio á las puertas de Tolosa, á la que puso sitio, viéndose obligado á levantarlo sin éxito á los dos meses y medio.

El partido de Montfort fué debilitándose durante aquellos años y aquella série de combates, tenaz y heróicamente sostenidos por los provenzales. Pudo creerse por un momento que la causa meridional triunfaba, pero no fué así: su pérdida estaba decretada.

Ramon VI murió en 1222, alcanzando al ménos, despues de su agitada vida, la gloria de morir en Tolosa y en el palacio de sus padres, sucediéndole sin obstáculo su hijo Ramon VII. Fuéle imposible al hijo calmar el ódio clerical que perseguia encarnizadamente la memoria de su padre. Fué negada con obstinacion la sepultura cristiana al cuerpo de Ramon VI, el excomulgado, cuyos restos guardaron en depósito por espacio de trescientos años los hospitalarios de San Juan.

Amaury de Montfort, viendo su causa perdida, impotente tambien para sostenerla, cedió sus derechos al rey deFrancia.

«Señor, escribia á Felipe Augusto el cardenal legado, nuestro amado y fiel conde Amaury os ruega que os digneis aceptar para *vos* y *vuestros herederos á perpetuidad* todas las tierras que él y su padre han poseido en el Albigeois y en las comarcas vecinas.»

La muerte impidió aceptar á Felipe Augusto, pero lo hizo su hijo Luis VIII. La guerra volvió á comenzar. En vano fué que Ramon VII se apresurara á reconocer la autoridad de la Santa Sede, se sometiera á todos sus decretos, y llegara hasta dejar campo libre en Tolosa á la Santa Inquisicion; todo en vano. El conde de Tolosa fué declarado hereje como su padre, excomulgado por dos concilios, condenado á perder sus

bienes, y el rey de Francia recibió la órden de ejecutoriar la sentencia. No hay en la historia de ningun país ejemplo de iniquidad más irritante.

Un nuevo ejército de cruzados avanzó desde el Norte en 1226, capitaneado por Luis de Francia, con quien iban los más altos y preciados barones de su corona, y á quien acompañaba como consejero Folquet, el obispo trovador, el ardiente predicador de la cruzada, tan implacable en su saña de prelado contra la raza de los condes de Tolosa, como entusiasta de ella habia sido un tiempo en su gloria de poeta.

Y aquí bueno será decir, pues que la ocasion se presenta y es oportuno el momento, que sólo de dos ó tres trovadores se sabe que siguieran el ejemplo de Folquet y abandonaran la causa de su país por la de los opresores extranjeros. Todos permanecieron fieles á la dinastía de los condes de Tolosa, consagrándose en cuerpo y alma al servicio del país, y vertiendo algunos de ellos su sangre por la causa siempre sagrada de la patria. Si Folquet negó su patria, su causa y sus banderas, tambien su nombre ha pasado á la posteridad envuelto en el oprobio, mereciendo el anatema de la historia imparcial y justa: si Perdigó llevó su indignidad hasta celebrar el triunfo de los franceses en Muret y aplaudir la muerte de su antiguo protector el rey don Pedro, tambien expió su bajeza con el desprecio universal y hubo de sepultarse en un cláustro para escapar á la indignacion pública: si Guillermo, príncipe de Orange, en fin, hizo traicion á los suyos para servir á los franceses, tambien, pasada la traicion, mereció ser

de ellos mismos rechazado, pereciendo luégo de mala muerte y siendo maldecidos su nombre y su memoria por los trovadores, sus antiguos compañeros.

Volviendo ahora á Ramon VII, digamos que se dispuso á pelear como bueno y á resistir aquella terrible avalancha del Norte. Por espacio de dos años se defendió con la energía de la desesperacion; pero agotados sus recursos, rotas sus huestes, exhaustos sus súbditos, vencidos sus aliados, hubo de resignarse y pedir merced.

El tratado de Meaux, firmado en 1229, le dejó, pero sólo durante su vida, Tolosa, el Agenois, Ruerga, una parte del Albigeois, y otra de Quercy; viéndose obligado á dar al conde de Poitiers Alfonso, hermano de Luis IX, la mano de su hija, con expresa condicion de ser ésta su única heredera, áun cuando llegase á tener otros hijos. Todo el resto de sus dominios fué adquirido inmediatamente por el rey de Francia, y el papa se adjudicó, por su parte, la ciudad de Aviñon con el marquesado de Provenza.

Impusiéronle además tales condiciones, que la Iglesia, representada por la Inquisicion, fué en adelante más poderosa que él en los Estados que le dejaron por vida. Las fortificaciones de Tolosa fueron arrasadas, exceptuando el Castillo Narbones, desde entónces ocupado por una guarnicion francesa.

Folquet entró triunfante en Tolosa, y la Inquisicion se organizó de una manera formidable.

Todo terminó. El triunfo del Norte fué definitivo, y pudo comprenderse, sólo entónces, que aquellos infelices albigenses, tan cruelmente perseguidos con el

hierro y con la llama, habian sido quizá el pretexto para que se representara el terrible y sangriento drama que debia desenlazarse con el reparto de la Provenza entre los reyes de Roma y de Francia.

XIV.

La poesía provenzal, *esa libertad de la prensa de los tiempos feudales*, segun feliz y afortunada frase de Villemain, lanzaba sus últimos resplandores á tiempo que se extinguia el siglo XIII, tan pródigo en sucesos como fatal en consecuencias para el que es hoy Mediodía de Francia.

Tres causas supremas, sucediéndose inmediatamente una á otra y siendo una de otra consecuencia, determinaron la muerte de la poesía provenzal:

La cruzada contra los albigenses, que predicó la Iglesia y que capitaneó Simon de Montfort;

La institucion del Santo Tribunal de la Inquisicion, que con las obras y manuscritos de los trovadores encendia las hogueras destinadas á concluir con todos aquellos que, defensores de las libertades del país y de su patria independencia más que herejes y contrarios á la fe, eran valla insuperable á los propósitos del invasor extranjero;

La absorcion de los condados independientes del Mediodía por la corona de Francia, á lo cual se prestó Jaime *el Conquistador*, contra lo que algunos esperaban,

atendida la histórica y tradicional política de la casa de Aragon.

Desaparecieron, pues, la poesía y las letras provenzales entre aquellas terribles escenas de sangre y de exterminio, y los trovadores, fieles á la causa de la patria, que lograron hurtar su vida á la matanza, hubieron de refugiarse en Cataluña, Aragon ó Castilla, donde acogidos fueron y hospedados por altísimos monarcas que se llamaban D. Jaime de Aragon *el Conquistador*, ó D. Alfonso X de Castilla *el Sabio*.

Si no mienten memorias y noticias que, registrando empolvados manuscritos y libros poco comunes, tuvo la buena suerte de encontrar un dia el autor de estas líneas, D. Alfonso *el Sabio* llegó á conceder una villa franca y libre á los poetas que, extrañados de su patria vendida al extranjero, pudieron al ménos, gracias á esa hidalga concesion del monarca castellano, tener en Castilla suelo propio donde levantar la morada del fugitivo, tierra patria donde abrir la tumba del proscrito (1).

Abandonaron los barones sus castillos de Provenza, corte un dia de poetas y centro de ilustracion, de gentileza y de cultura; los buitres del Norte cayeron sobre aquellas moradas solitarias; y bruscamente acabó con la independencia patria el doble papel político y social representado hasta entónces por los trovadores en el Mediodía; que nunca grana el canto del poeta en tierra

(1) Halló el autor este dato curioso en un manuscrito del siglo XIV que existe en Avignon.

no conreada por la libertad. Quedaron aún juglares y músicos, pero no hubo ya trovadores, es decir, espíritus educados y almas templadas para ser libres.

La tradicion poética continuó, sin embargo, viva en aquellos países, en los cuales para gloria de las letras, viva se conserva todavía; y es fama que los últimos trovadores de Tolosa, al comenzar el siglo XIV, se reunian secretamente en un apartado jardin de aquella ciudad donde, al oido y á escama de las leyes, como si se tratara de una conspiracion ó de un crímen, se recitaban unos á otros los cantos y serventesios de los grandes maestros, conservando así el fuego sacro y con él el amor y el culto de aquella lengua y de aquella poesía proscritas entónces por los nuevos dominadores de la Provenza, sin recordar que con ellas se habia despertado á la Europa del letargo en que estaba sumida por el secular ilotismo de los tiempos bárbaros.

Siguiendo la costumbre de aquellos poetas que se reunian en un jardin y al pié de un laurel para recitar sus composiciones, y con su mismo propósito de conservar la lengua y la poesía, resolvieron algunos ciudadanos de Tolosa promover un concurso público de poesía el primer dia del mes de Mayo de todos los años. Así nació la institucion de los Juegos Florales.

Pero se trataba de no despertar el recelo del gobierno extranjero que entónces, con el apoyo de la Inquisicion, estaba organizando la enseñanza oficial, institucion nueva en Provenza, y dióse á los Juegos Florales un carácter religioso al par que poético, ofreciendo sólo un premio al que mejor cantara los loores de la Vírgen.

Así, pues, en 1323, al objeto de llevar á cabo este propósito, la llamada *sobregaya Compañía de los siete trovadores de Tolosa*, envió á todos los países en que se hablaba la lengua de *oc* una convocatoria en verso que comenzaba de esta manera:

« Als honorables e als pros
senhors, amic e companhós,
als quals es donat lo sabers
don creis als bos gaug e plazers... »

Tuvo efectivamente lugar el primer concurso público en 1324, celebrándose á presencia de los magistrados de la ciudad y de toda la nobleza del país, y se adjudicó el premio ofrecido, que era una violeta de oro fino, al poeta Arnaldo Vidal de Castelnoudary por una composicion á la Vírgen, que se juzgó ser la mejor entre las presentadas.

La nueva institucion de los Juegos Florales fué recibida con entusiasmo en todos los países de la lengua de *oc*, debido tal vez á que el sentimiento de la patria, vencido en la tierra, corria á refugiarse en la lengua, amurallándose tras ella, como en su último baluarte, sobre todo en la lengua poética que es, aún hoy mismo, donde late, vive y respira la individualidad de aquel pueblo para quien fueron siempre gratas las ideas de una nacionalidad meridional.

Obedeciendo tal vez á este mismo sentimiento y haciéndose eco del público aplauso, el Capitolio, es decir, el municipio de Tolosa, tomó bajo su protectorado la naciente institucion de aquellos poéticos certámenes,

acordando que la flor de oro ofrecida como premio fuese costeada por la ciudad, y encargando á Guillermo Molinier, canciller de la Compañía de los siete mantenedores, la redaccion de unas reglas ó arte de trovar. Esta obra, conocida por *Leyes de amor*, que entre los trovadores eran sinónimos amor y poesía, quedó terminada en 1356 y de ellas se enviaron copias á varios puntos.

En este mismo año se pasó una nueva circular, por medio de la cual, además de la violeta de oro reservada para las composiciones más nobles *(cancion, verso y descort)*, se ofrecia un jazmin para las *pastorelas*, y una caléndula para las *danzas*. En el sello adoptado aquel año, los siete jueces del certámen se llamaban *mantenedores de la violeta de Tolosa* y la Sociedad ó Compañía se titulaba *Consistorio del Gai saber*.

Los siete mantenedores, por medio de su circular á todas las villas y ciudades del Languedoc, trataban de justificar con un texto de la Sagrada Escritura la denominacion de *Gai saber* dada á su Compañía, advirtiendo que cuantas poesías optaren al premio debian ser precisamente escritas en lengua romana. Y así fué hasta el siglo XVI, en que esta lengua fué desterrada de la Academia de Tolosa para ser sustituida por la francesa, que hoy continúa siendo la oficial en los Juegos Florales de la ciudad paladiana.

A esta institucion va unido el nombre de una dama, de una poetisa célebre á quien se da como fundadora, ó restauradora al ménos, de los Juegos Florales de Tolosa. Se trata de Clemencia Isaura, cuya existencia ha

sido puesta en duda por unos y negada paladinamente por otros, no faltando quien ve sólo en el nombre de *Clemencia* un sencillo vocablo, bajo el cual los trovadores invocaban á la Vírgen María, patrona de los Juegos Florales.

Ni tienen razon los que esto dicen, ni la tienen tampoco los que, por el contrario, para dar forma de realidad á Clemencia Isaura, y realzarla á los ojos de la multitud, inventan una extraña genealogía haciéndola descender de los condes de Tolosa.

Ni lo uno ni lo otro. Los que han negado la existencia de esta dama, se apoyan en no haber hallado noticia alguna de ella ni en los años de 1324, cuando se instituyó la Academia del Gai Saber, ni en los años posteriores durante todo el siglo XIV; y el fundamento es exacto, como que Clemencia no vivió en el siglo XIV, sino á últimos del XV.

Clemencia Isaura, hija de Ludovico Isaura, nació el año 1464 en un *mas*, masía ó casa de campo de las cercanías de Tolosa, y sólo contaba la tierna edad de cinco años cuando su padre, arrastrado por sus deberes á extranjeras guerras, la abandonó á los cuidados de una madre devota y fanática. Clemencia vivió en la soledad y el aislamiento, educada segun parece para entrar en un monasterio, hasta que un dia quiso su buena suerte que tropezara con un jóven poeta llamado Renato, hijo natural de un noble tolosano.

Veíanse á menudo los dos jóvenes, jurándose un amor eterno, pero hubieron de interrumpirse sus relaciones cuando Renato se vió obligado á seguir á su pa-

dre, que marchó con el ejército francés en auxilio de la provincia de Artois, invadida por el emperador Maximiliano. Padre é hijo perdieron la vida en la jornada de Guinegaste, y al recibir Clemencia la triste nueva, repitió al pié de los altares el voto de ser siempre fiel á la memoria del que habia logrado cautivar su alma.

Murió tambien en esto su madre, y la jóven quedó libre y única heredera de una regular fortuna.

Hacía ya algun tiempo que no se celebraba en Tolosa la fiesta poética instituida en 1324 por la Compañía de los siete trovadores, y como Clemencia habia adquirido de su amante el gusto de las letras y la aficion á la poesía, quiso restablecerla bajo el nombre de Juegos Florales, consagrando por los años de 1495 toda su fortuna á dotar magníficamente una institucion destinada á perpetuar en su tierra patria el amor á la poesía provenzal que le habia inspirado Renato.

Clemencia Isaura acabó su vida en un monasterio, y se le atribuyen las siguientes bellísimas estrofas, que aparecen dirigidas *á la primavera:*

« Hermosa estacion, juventud del año, con vos vuelven los dulces goces de la poesía, y para honrar al fiel trovador, os presentais con la frente ceñida de flores.

« Cantemos la amorosa piedad de la humilde Vírgen reina de los ángeles, cuando, oprimida por el llanto y cediendo al dolor, vió al príncipe de los cielos morir en una cruz.

« Ciudad de mis abuelos, bella Tolosa, ofrece al

poeta experto el premio de sus talentos, y sé digna de sus alabanzas, siempre noble y poderosa» (1).

La Academia de los Juegos Florales de Tolosa es la institucion literaria de más antigüedad que se conoce en Francia.

Se sabe que continuó, sin interrupcion sensible, durante todo el siglo XIV. El doctor Noulet, en sus *Pesquisas sobre el estado de las letras romanas en el Mediodía de Francia durante el siglo* XIV, nos da una lista de los poetas meridionales que á la sazon florecian, á uno de los cuales, Pedro Duran, de Limoges, se le ve alcanzar joya el año 1373 en los Juegos Florales de Tolosa. Noulet publica en su misma obra una coleccion de poesías romanas inéditas, pertenecientes al mismo siglo XIV, que están realmente escritas en la lengua de los trovadores y con sujecion á las reglas por ellos usadas.

Los certámenes continuaron hasta mediados del siglo XV, en cuya época se interrumpieron para ser luégo restaurados por Clemencia Isaura, segun queda dicho, y siguieron durante los siglos sucesivos hasta 1791, sin más interrupcion que la natural en las épocas afligidas por grandes calamidades públicas.

En 1791, la Revolucion obligó á la Academia á cesar en sus tareas; pero en 1808, siete de los antiguos mantenedores se reunieron para reconstituirla de nuevo.

---

(1) Todas estas noticias relativas á Clemencia Isaura, están tomadas de un manuscrito que, procedente de la biblioteca del académico francés Mr. Jouy, tuvo ocasion de examinar el autor durante su estancia en Provenza.

Algunas veces dejó de darse la flor de oro á la mejor poesía presentada al certámen, para adjudicarla, prévio acuerdo de la Academia, al poeta más célebre entre los contemporáneos. En 1554, por ejemplo, el *Colegio de los Juegos Florales* (que era como entónces se llamaba, ántes de tomar el nombre de *Academia*, lo cual no fué hasta 1694), decidió mandar la flor al famoso poeta francés Ronsard; en 1586 tuvo lugar el mismo acuerdo con respecto á Baif por su traduccion en verso de los Salmos de David; y en 1638, por otra deliberacion igual, se envió una flor de oro al poeta Maynard.

Entre los poetas coronados por la Academia en el espacio de cinco siglos, muchos son célebres, no sólo en Francia, sino en Europa. Alcanzaron entre otros el título honroso de *maestro en Juegos Florales*, que se adjudica al que gana tres veces la joya, Marmontel, La Harpe, Fabre, Millevoie, Alejandro Soumet, y el vizconde de Chateaubriand.

Voltaire pidió á la Academia el título de maestro en Juegos Florales, que le fué concedido por aclamacion.

Víctor Hugo nació como poeta en los certámenes de Tolosa. En 1819, cuando sólo contaba diez y siete años, ganó el premio de un lirio de oro, por su oda *A la estátua de Enrique IV*, un amaranto de oro, por su poesía *Las Vírgenes de Verdun*, y una mencion honorífica por su poema *Los últimos bardos*. En 1820 por una nueva poesía, á los diez y ocho años, fué proclamado *maestro en Juegos Florales ó en Gai Saber*.

Hoy los Juegos Florales se celebran con gran pompa

en Tolosa todos los años el dia 3 de Mayo, leyéndose las poesías premiadas, y pronunciando el elogio de Clemencia Isaura uno de los cuarenta mantenedores de que se compone la Academia.

Aun cuando hoy en los certámenes de Tolosa no se admiten más que composiciones en francés, se celebran otros concursos de esta clase en diversas comarcas de Provenza, donde sólo es admitido el provenzal. Desde el siglo XIII, con el cual murieron los últimos trovadores, hasta nuestros tiempos, ya en Tolosa, ya en las otras ciudades de la lengua de *Oc*, en Provenza, en Gascuña, en el Bearn, en el Limousin, la musa provenzal no ha dejado nunca de cantar, sirviéndose de los numerosos dialectos usados en aquellos países; y así han venido sucediéndose las generaciones, cautivadas por los acentos de la lengua patria de Goudolin, Fabre, Saboly y Jazmin, hasta llegar á la resurreccion completa de la poesía provenzal con esa cohorte de sobresalientes talentos agrupados en torno de la esplendorosa trinidad de poetas modernos que se llaman Federico Mistral, José Roumanille y Teodoro Aubanel, quienes por el carácter especial de sus obras y de sus estudios, parecen haberse repartido las tres cuerdas de oro, *patria*, *fe* y *amor* que brillaban en la lira de los antiguos trovadores.

No habia terminado aún el siglo XIV cuando la restauracion de la poesía provenzal iniciada en Tolosa, hallaba un eco simpático en Barcelona.

Se ha dicho, con referencia al *Arte de trovar* de don Enrique, marqués de Villena, que Don Juan I de Aragon, *el amador de la gentileza*, envió una solemne embajada al rey de Francia solicitando su permiso para que dos de los mantenedores de la Academia de Tolosa viniesen á fundar en Barcelona un Consistorio de la gaya ciencia, á imitacion del establecido en aquella ciudad desde 1324. Sin embargo, ningun documento se cita en apoyo de este hecho. Al contrario, en los tres que se conocen relativos á la creacion y mayor incremento del Consistorio poético de Barcelona, extendidos por órden de los reyes D. Juan *el Amador de la gentileza*, D. Martin *el Humano* y D. Fernando *el de Antequera*, no se menciona lo de la embajada, que da por cierto el marqués de Villena. La sana crítica debe, pues, poner en duda la asercion de este personaje, ínterin no se descubra otro documento de más fe, ya que los hasta ahora conocidos, si no parecen contradecirla, guardan silencio al ménos.

El primer título referente á Juegos Florales en España, que nos proporcionan nuestras Memorias literarias, es un diploma dado por D. Juan I de Aragon á D. Luis de Aversó y á D. Jaime March, poetas entrambos, para fundar en Barcelona una academia ó escuela de poesía ó de *ciencia gaya*, «con autorizacion de hacer cuanto acostumbraban ó podian hacer los maestros de dicha ciencia en París, en Tolosa y en otras ciudades.»

Protegido, pues, por D. Juan I, estableciόse en Barcelona, el año de 1393, el Consistorio de los Juegos

Florales ó de la gaya ciencia, al que dispensó tambien su proteccion el rey D. Martin, quien en 1398 señaló una pension anual de 40 florines de oro de Aragon para compra de las joyas que debian darse como premio á los poetas laureados, pension y cantidad que reprodujo en 1413 D. Fernando *el de Antequera*, exaltado al trono de la corona de Aragon por sentencia del famoso Parlamento de Caspe.

Los grandes y trascendentales acontecimientos de que Cataluña hubo de ser teatro á la muerte de D. Martin *el Humano*, interrumpieron los certámenes poéticos de los Juegos Florales en Barcelona, y sólo se reanudó la tradicion de ellos al subir al trono D. Fernando, que dictó la disposicion citada, sin duda alguna por buen consejo de su pariente D. Enrique, el marqués de Villena, sabio profundo y poeta, gran amador de la poesía provenzal, que acompañó al rey á Barcelona cuando éste fué á prestar en ella homenaje y juramento á las leyes del país.

Que fué D. Enrique de Villena el mantenedor de los Juegos Florales de Barcelona en su primera restauracion histórica, no cabe duda alguna. Presidia él mismo los certámenes, era juez en el concurso, entregaba por su mano la joya á los laureados, siendo tambien él quien se ha encargado de darnos á conocer aquella época de Juegos Florales por medio de los siguientes curiosos pasajes de su tratado de la gaya ciencia.

Dice así el libro del marqués de Villena:

« El rey don Juan de Aragon, primero de este nombre, fijo del rey don Pedro II, fizo solemne embajada

al rey de Francia pidiéndole mandase al colegio de trovadores que viniese á plantar en su reino el estudio de la gaya sciencia, é obtóvolo, é fundaron estudio della en la cibdad de Barcelona dos mantenedores que vinieron de Tolosa para esto, ordenándolo desta manera: Que oviese en el estudio ó consistorio de esta sciencia en Barcelona cuatro mantenedores: el uno caballero, el otro maestro de teología, el otro de leyes, el otro honrado cibdadano; é cuando alguno destos falleciese, fuese otro de su condicion elegido por el colegio de los trovadores é confirmado por el rey.

» En tiempo del rey don Martin su hermano fueron más privilegiadas é acrecentadas las rentas del consistorio para las despensas facederas, así en la reparacion de los libros del arte é vergas de plata de los vergueros que van delante de los mantenedores ó sellos del consistorio, como en las joyas que se dan cada mes é para celebrar las fiestas generales, é ficiéronse en este tiempo muy señaladas obras, que fueron dignas de corona.

» Despues de muerto el rey don Martin por los debates que fueron en el reino de Aragon sobre la sucesion, ovieron de partir algunos de los mantenedores é los principales del consistorio para Tolosa, y cesó lo del colegio de Barcelona.

» Las materias que se proponian de Barcelona estando allí don Enrique (habla de sí mismo), algunas veces loores de sancta María, otras de amores é de buenas costumbres. E llegado el dia prefijido congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio donde yo estaba, y de allí partíamos ordenadamente con los ver-

gueros delante, é los libros del arte que traian y el registro ante los mantenedores; é llegados al dicho capitol, que ya estaba aparejado é emparamentado de paños de pared al derredor é fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba don Enrique en medio, é los mantenedores de cada parte, é á nuestros piés los escribanos del consistorio, é los vergueros más abajo, é el suelo cubierto de tapices é fechos dos circuitos de asientos donde estaban los trovadores, é en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestos los libros del arte é la joya, é á la man derecha estaba la silla alta para el rey, que las más veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegaba; é fecho silencio levantábase el maestro en teología, que era uno de los mantenedores, é facía una presuposicion con su tema y sus alegaciones y loores de la gaya sciencia é de aquella materia de que se habia de tratar en aquel consistorio, é tornábase á sentar. E luego uno de los vergueros decia que los trovadores allí congregados espandiesen y publicasen las obras que tenian hechas de la materia á ellos asignada; é luego levantábase cada uno é leia la obra que tenia fecha, en voz inteligible, é traíanlas escritas en papeles damasquinos de diversos colores con letras de oro é de plata, é iluminaduras fermosas lo mejor que cada uno podia; é desque todas eran publicadas, cada uno las presentaba al escribano del consistorio.

» Teníamos despues dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facian todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna, segun las

reglas del arte, cuál era mejor de las obras allí examinadas é leidas puntualmente por el escribano. Cada uno de ellos apuntaba los vicios en ella cometidos, é señalábanse en las márgenes de fuera. E todas así requeridas, á la que era hallada sin vicio, ó á la que tenía ménos, era juzgada la joya por los votos del consistorio.

» En el público congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio, é don Enrique partia dende con ellos como está dicho para el capítulo de los frailes predicadores; é colocados é fecho silencio, yo les facia presuposicion loando las obras que ellos habian fecho, é declarando cuál de ellas merecia la joya, é aquella la traia ya el escribano del consistorio en pergamino bien iluminada é encima puesta la corona de oro, y firmábalo don Enrique al pié, é luego los mantenedores, é sellábala el escribano con el sello pendiente del consistorio, é traia la joya ante don Enrique, é llamado el que fizo aquella obra, entregábale la joya é la obra coronada por memoria, la cual era asentada en el registro del consistorio, dando autoridad é licencia para que se pudiera cantar é en público decir.

» E acabado esto tornábamos de allí á palacio en ordenanza, é iba entre dos mantenedores el que ganó la joya, é llevábale un mozo delante la joya con ministriles y trompetas, é llegados á palacio hacíales dar confites y vino; é luego partian dende los mantenedores é trovadores con los ministriles é joya acompañando al que la ganó fasta su posada, é mostrábase aquel aventaje que Dios y natura ficieron entre los claros ingenios é los obscuros.»

De estas academias poéticas de Barcelona hace tambien mencion en su *Aganipe* manuscrito, el doctor Andrés, por medio de estos versos:

Y cuando D. Enrique de Villena
con D. Fernando vino
á la insigne Barcino,
el apolineo gremio
de su fecunda y elegante vena
ilustró con aplausos y con premio,
donde el rey presidia
en trono para honor de la poesía:
y de la gaya ciencia
escribió su elocuencia
mostrando la erudita
copia de sus noticias y primores
donde cifró las flores
en el sútil tratado
del *Arte de trovar* intitulado,
que á instancia lo escribió del Sr. de Hija,
de D. Iñigo Lopez de Mendoza,
de quien Castilla laureles muchos goza
en trágicas y dulces cantinelas
del príncipe D. Cárlos las cadenas
y su temprano y triste acabamiento
cantaron sus dulcísimas Camenas.

Ya despues de la época á que se refiere la anterior relacion, no se tiene sino muy leves noticias sobre la existencia y continuacion del consistorio de la gaya ciencia en Barcelona; sin embargo, en los cancioneros de poetas catalanes que existen en las Bibliotecas de París y Zaragoza, se copian varias poesías con mencion es-

pecial de haber ganado joya, por lo cual se comprende que hubieron de continuar las justas poéticas. Algunas de estas anotaciones citan la fecha y el lugar en que el premio fué ganado por el poeta, y así es como el autor de estas líneas, registrando el Cancionero que existe en Zaragoza, ha podido venir en conocimiento de haberse celebrado Juegos Florales en el convento de San Francisco de Barcelona el dia 24 de Abril de 1457 y en el de Valldoncella de la misma ciudad el 28 de Mayo de 1458, siendo premiados en estos dos certámenes los poetas Valmanya y Sors.

Despertada por los Juegos Florales, que restauró el de Villena, comenzó una nueva época de gloria para la poesía catalana. Tema es éste para otro lugar y otro estudio; pero importa consignar que al estímulo de la floral Academia barcelonesa nació una abundante galería de obras poéticas, enriqueciéndose la historia de la literatura catalana en la Edad-media con nombres tan justamente reputados como los de Jordi de San Jordi, Rocaberti, Febrer, Roig, Corella, Masdovellas, Vilarasa, Gralla, Torroella, Gazul, Valmanya, Sors, Miquel, Rocafor, Requesens, Via y muchos y muchos otros, sobresaliendo entre todos, y sobre todos, el del laureado Ausias March, á quien no en vano se apellidó el Petrarca valentino.

Rota la tradicion de los Juegos Florales en Cataluña por espacio de mucho tiempo, á causa quizá de las grandes alteraciones que sus anales nos recuerdan, no por esto enmudeció la lira de los poetas. Nunca el habla materna fué olvidada, y á medida que los tiempos se

sucedieron, Pedro Serafí, Vicente García, Fontanella, Puig Blanch y muchos otros dejaron oir en su idioma nativo sus inspirados cantos, hasta llegar al dulce Aribau y á la restauracion de los Juegos Florales de Barcelona en 1859; restauracion que, con el histórico lema de *Patria*, *Fides*, *Amor*, y rebasando quizá la meta por sus propios restauradores hincada, dió vida y alma á toda esa pléyade de líricos y pensadores poetas que se extienden hoy por las costas mediterráneas, legítimamente efervorizados por haber sabido conquistarse una tribuna para ser oidos, un puesto para ser honrados y un nombre para tener derecho á futuros recuerdos de una posteridad justiciera.

DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE POESÍA

ENTRE LOS TROVADORES,

Y DE SUS PRINCIPALES CARACTÉRES.

I.

VERSO.

Con el vago nombre de verso *(vers)*, en el sentido vulgar de composicion metrificada, se designaban al principio todas las poesías cuya versificacion y canto eran más sencillos que las usadas despues con preferencia.

El *verso* era, pues, entre los trovadores una composicion, una poesía, y lo que nosotros llamamos *verso*, era llamado por ellos *mot*, y, aún mejor, *bordó*.

Hacer, escribir, componer versos era para ellos *lassar motz*, es decir, casar ó enlazar palabras.

Las leyes de amor definen el verso diciendo que es una obra que comprende de cinco á diez coplas, con una ó dos *tornadas*. «El verso, dicen, debe tratar de moral, y por esto se le da el nombre de *verso*, que equivale á *verdad*, puesto que hablar de moral es defender la causa de la verdad. Sin embargo, añaden, tambien

puede derivarse de *verto*, *vertis*, que quiere decir en latin cambiar ó virar. En este sentido, y entendiendo que *verso* procede de *virar*, no solamente puede en esta obra tratarse de moral, si que tambien de amor, de alabanza ó de reprension, para castigar; pues que vira ó gira de un lado cuando trata de moral, y de otro cuando habla de amor, de alabanza ó de vituperio.»

En cada obra de éstas podia haber una ó dos *tornadas*.

La poesía provenzal tenía *bordós*, es decir, versos de cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce sílabas.

Los trovadores supieron crear una variedad de combinaciones rítmicas, que sorprenden hoy todavía. Todos los esfuerzos hechos despues, sobre todo en la poesía castellana, para dar variedad y giros nuevos á la poesía moderna, nada han producido que se acerque siquiera en este terreno á los resultados obtenidos por los trovadores. El uso que supieron hacer de los ritmos y de las rimas ántes de ellos conocidos; sus imitaciones perfeccionadas de los cánticos latinos de la iglesia; la invencion de toda esa inmensa variedad de canciones y coplas de todas clases, *sencillas*, *compuestas*, *estrampas*, *leonismas*, *capcaudadas*, *encadenadas*, *cruzcaudadas*, *biocadas*, *serpentinas*, *esparsas* y cien otras más, son una verdadera creacion, forman toda una escuela.

Compositores al mismo tiempo que poetas, y debiendo servir principalmente sus versos para el canto ó para la especie de recitacion salmodiada que á veces

usaban los juglares, se vieron en la necesidad de encerrar sus versos dentro de moldes rítmicos, obedeciendo á la exigencia de la inspiracion musical. Más tarde, estos versos fueron tomando formas definitivas, y cada composicion recibió un nombre especial.

No debe olvidarse que los poetas provenzales escribian sus poesías para ser cantadas, pocas para recitarse, y hay que contar con la parte importante que, para el efecto en el auditorio, representaban la música, la melodía ó el aire.

Una estrofa sin canto, decia Carbonell de Marsella, es como un molino sin agua:

Cobla ses *so* es en aissi
co 'l molés qu' aigua non a.

Cantar venía á tener en provenzal la misma significacion que *componer* ó *escribir*. «Cuando yo canto, decia Arnaldo de Marveil (es decir, cuando yo compongo, cuando yo escribo), me olvido de todo, para ver sólo el objeto á que me consagro.»

Así tambien dice Beltran de Born:

«Papiol, ve á contar á mi dama mi cantar;» es decir, ve á recitarle mi poesía.

Papiol, mon chantar
vai á mi dons contar.

Poetizar en provenzal era *trovar*, encontrar, inventar.

Sonet no significaba el género de poesía llamado des-

pues *soneto*, sino el *só*, *son*, *sonet*, es decir, el aire, la melodía, el canto.

Dice Deudes de Prades:

En un *sonet* gai e leugier
comens cansó.

Esta poesía provenzal, así perfeccionada, fué tomando gran vuelo. Desde su antigüedad clásica, desde la época de los Virgilios y Horacios, el espíritu humano no habia encontrado nada ni más maravilloso ni más completo. Por todo el Mediodía no resonaban más que cantos provenzales, y del Mediodía pasaron á todos los castillos y costas de Europa. Ya veremos de qué manera el divino Dante y el dulce Petrarca ensalzaron esos cantos, esos trovadores y esa lengua que tanta influencia ejercieron sobre la literatura italiana. En Italia, en España, en Portugal, en Francia, en Inglaterra, hasta en la misma Alemania, eran admirados é imitados los cantos de los trovadores, y su lengua estudiada como entónces la más literaria y perfecta. El inglés Dryden no titubea en decir, de conformidad con Rymer, que el provenzal era de todas las lenguas modernas la mejor, hasta el punto de haberse aprovechado de ella Chancer para adornar y enriquecer el inglés, muy estéril hasta entónces. Bembo asegura tambien que esta lengua tenía una gran superioridad sobre todas las de Occidente, y que todo el que queria escribir y ser leido, escribia en provenzal.

Pero, volviendo á lo indicado al principio, con el nombre general de verso se entendia al principio cual-

quier clase de composiciones, hasta que se denominaron *cancion*, *serventesio*, *descort*, etc.

De esto se sigue alguna confusion, pues es difícil comprender la diferencia que luégo se estableció entre *verso* y *cancion*, pareciendo como que el *verso* abria al poeta un campo más vasto, y que la *cancion* se consagraba exclusivamente al amor y á la alabanza de Dios, lo contrario del *serventesio*.

Los poetas más notables, sin embargo, desdeñan esta cuestion. Así dice, por ejemplo, Aymeric de Peguilhá:

«Muchas veces me preguntan en sociedad por qué no hago *versos*. Que llamen á mi cantar *cancion* ó *verso* me es indiferente, y contesto siempre á los que esto me preguntan que entre *verso* y *cancion* no hay más diferencia que la del nombre.

»En muchas *canciones* he oido rimas masculinas, y rimas femeninas en muy buenos y agradables *versos*. He notado aires cortos, con rápida medida, en los *versos*, y melodías largas y lánguidas en las *canciones*. De una parte y de otra habia líneas de una misma medida y de un mismo tono.»

Mautas vetz sui enqueritz
en cort, cossi *vers* no fatz,
per qu' ieu vuelh si apelatz,
e sia lurs lo chanzitz,
cansó ò *vers* aquest chan:
e respon als demanan
qu' om no troba ni sab devezió
mas sol lo nom, entre *vers* e *chansó*.
Qu' ieu ai motz mascles auzitz

en chanssonetas assatz,
e motz femenins pauzatz
en *verses* bos é grazitz;
e cortz sonet é cochans
ai ieu auzit en *verses* mans,
e *chansós* ai auzidas ab lonc só,
e 'ls motz d' amdós d' un gran e 'l chan d' un tó.

Segun de esto se deduce, podia hallarse establecida la distincion, pero no era seguida en la práctica, pareciéndose deducir tambien que el *verso* sólo admitia, rigurosamente hablando, rimas masculinas, á diferencia de la *cancion* que era de rimas femeninas.

Por la biografía de Marcabrú, uno de los trovadores más antiguos, se ve que en su tiempo la *cancion* no estaba en uso todavía y que todas las poesías cantadas se llamaban *versos. (Et en aquel temps non apellaba hom cansós, mas tot quan hom cantava, eron vers.)*

En tiempo de Giraldo de Borneil fué cuando comenzó á establecerse la diferencia, siendo este poeta el que hizo la primera cancion.

En aquel temps negus cantars s'apellava cansós, mas vers: mas pueis Eu Guirautz de Bornell fetz la primera chansó.

II.

CANCION.

Hé aquí cómo definen la cancion las *Leyes de amor:* «Es la cancion una obra que comprende de cinco á

seis coplas, y debe principalmente tratar de amor ó de alabanza en términos dulces, gratos y con ideas agradables. No debe emplearse en la cancion ninguna palabra grosera, ni villana, ni fuera de su lugar; puesto que la cancion debe tratar principalmente de amor y gentileza, y un hombre enamorado debe ser cortés, no sólo en sus acciones, si que tambien en sus palabras y escritos.»

Al principio se daba el nombre de cancion á las composiciones en general, pero ya despues se reservó á las que se dedicaban únicamente á alabanzas de Dios ó de una dama. Se hacía uso para ellas de los metros más artificiosos y difíciles, que se acompañaban con un ritmo más lento y marcado que los demás *versos*. Acostumbran á terminar por una semi-estrofa designada con el nombre de *tornada* (vuelta ó despido), la cual era una especie de epílogo de la cancion, ó bien una *endressa* (endereza, envío, dedicatoria) á la persona á quien iba dedicada. Podia haber dos *tornadas*, y las *Leyes de amor* dicen que en la primera podia poner el trovador su emblema *(senhal)* sin tomarlo de otro trovador, y en la segunda el nombre de la persona á quien se dirigia.

La *tornada* era, pues, una especie de epílogo corto que hacía alusion á las relaciones del poeta, y su objeto principal el de rendir un discreto homenaje á la dama á quien la composicion iba pública ó secretamente dedicada, pues que ordinariamente allí figuraba su nombre, real ó ficticio. Otras veces contenia el elogio de un protector ó revelaba el nombre del poeta.

Hé aquí algunos ejemplos:

«Señor delfin, tan dignamente obrais que todas vuestras acciones deben ser gratas á las almas nobles.—Tened piedad de mí, bella y noble dama, porque Gerardo el Rojo muere de amor por vos.»

«Cancion, dice en una endereza ó envío Aimeric de Belenoi, detente junto á la reina preciada de Aragon, pues todo mejora con ella.»

«Pedro Rojer con toda lealtad envia esta cancion á su dama, y le ruega, si quiere vivir con él en buena inteligencia, que la aprenda de memoria ántes de Navidad.»

«Cancion, vete á encontrar á Guillen de Espia para que te cante á mi dama, á fin de procurarle solaz.»

«Hugonet, cortés mensajero, cantad mi cancion á la reina de los normandos.»

«Rey de Aragon, dice Nat de Mons, señor en quien brilla la prez, puesto que aceptais gustoso las palabras que se os dedican, no os aparteis del servicio de Dios, que es tan grande y poderoso.»

«Señora, puesto que soy vuestro en vida y en muerte; puesto que podeis darme ó venderme, os ruego que no olvideis á Guillermo Ademar.»

Habia tambien cancioncitas *(cansonetas)* y medias canciones *(mieja cansó)*.

La cancioncita era simplemente una cancion de escasas proporciones, más ligera y fácil.

La media cancion era evidentemente una cancion reducida á un pequeño número de estrofas. En una de este género, compuesta sólo de tres estrofas, dice Pedro Bremon;

«Pues que todos querrán saber por qué no hago más que media cancion, voy á decírselo: no tenía más que medio asunto, y he debido limitar mi cancion.»

> Pus que tug volon saber
> perque fas *mieja chansó*,
> leu lur en dirai lo ver,
> quar l' ai de mieja razó
> perque dei mon chan meytadar...

Las canciones en honor de las damas ocupaban el más selecto lugar en el Parnaso provenzal. Era aquella una sociedad de amores, de gentileza y de placeres. La prosodia y el arte poético de los trovadores llevan el título de *Leys d' amor*, leyes de amor. Poesía y amor eran sinónimos. Se enseñaba á cantar para que se aprendiese á amar.

Entre los más renombrados autores de canciones figuran en primera línea Bernardo de Ventadorn, los dos Arnaldo, el Daniel y el de Marveil, Giraldo Borneil, que mereció de sus contemporáneos el título glorioso de *maestro de los trovadores*, título, sin embargo, no aceptado por Dante, para quien era preferido Daniel, y muchos, muchísimos otros que aquí no cito, y de quienes no continúo aquí ninguna poesía de esta clase, porque abundantes se hallarán en el curso de esta obra.

Me limitaré sólo á citar una de Bernardo de Ventadorn, verdadero maestro en este género, la cual, para que pueda formarse idea exacta de estas composiciones, traduciré literalmente y verso por verso. Es una de las dirigidas por Bernardo á Inés de Montluzó, aquella á

quien llamaba *Belvezer*, aquella para quien tan fatales y trágicos debian ser sus amores con el poeta.

No es maravilla que yo cante
mejor que cualquiera otro cantador,
pues más que otros se consagra al amor mi corazon,
y estoy enteramente bajo su ley.
Alma y cuerpo, ingenio y saber,
poder y fuerza, todo se lo he consagrado.
Es tan fuerte la corriente que me arrastra al amor
que me dejo llevar de ella.

Muerto está aquel que de amor no siente
algun dulce sabor en el corazon.
¡Y de que sirve vivir sin amor
como no sea para ser á todos enojoso!
Que Dios no me odie nunca lo bastante
para permitirme que viva un mes ó sólo un dia
despues que se me haya reprochado el ser enojoso
ó que haya muerto en mí todo deseo de amor!

De buena fe y sin engaño
amo á la más bella y á la mejor.
Mi corazon suspira y mis ojos lloran,
que por mi desgracia la amo demasiado.
¿Qué otra cosa puedo hacer si el amor me encadena?
La cárcel en la que ella me ha puesto
ninguna llave puede abrirla, si no es la merced,
y de ella no puedo obtenerla.

Este amor se introduce tan suavemente
en el corazon con su dulzura,
que fallezco de dolor cien veces al dia
y renazco á la dicha otras ciento.

Mi mal es de tan dulce apariencia,
que es preferible á todo otro bien;
y pues que el mal me es tan agradable,
agradable será el bien tras de la pena.

¡Ah! Pluguiera á Dios que pudiesen distinguirse
los amantes felones de los amantes fieles,
y que los mentirosos y los pérfidos
llevasen para ser conocidos un cuerno en su frente!
Todo el oro del mundo y toda la plata
daria de buena gana, si la tuviese,
sólo para que mi dama conociera
la sinceridad con que la amo.

Cuando la veo, debe conocerme
en mis ojos, en mi color, en mis ademanes,
que tiemblo de miedo
como la hoja batida por el viento.
No tengo más ideas que las de un niño,
¡tanto es lo que el amor me sobrecoge!
De hombre así rendido
bien puede tener una dama misericordia.

Buena dama, nada más os pido
sino sólo que me tomeis por vuestro servidor;
os serviré como á un buen señor se debe,
cualquiera que sea mi recompensa.
Héme aquí á vuestro servicio,
¡oh persona leal, dulce, gentil y cortés!
Vos no sois ni un oso ni un leon
para matarme, cuando á vos me entrego.

A mi cortés señor, allí donde se halla,
dirijo mi verso, y que no se enfade
si he tardado tanto tiempo.

El amor fué, ya lo he dicho, el gran culto y la gran inspiracion de los trovadores.

Recogidos al vuelo, como pureza de sentimiento, como muestra de originalidad, como expresion de belleza, como modelo de imágenes, como fuente de buen gusto, voy á presentar algunos pensamientos entresacados de diversas canciones:

«Los ojos de mi corazon estarán siempre fijos en ella: sea donde quiera que yo me encuentre, la veo y la contemplo. Sin duda me parezco á esa flor, de la cual se cuenta que siempre está de cara al sol.» — *Peirol.*

« Llama de amor me consume de dia y de noche. Mi alma se depura como el oro en el crisol. » — *El mismo.*

« Yo debo cantar muy bien, porque el amor me sirvió de maestro: él fué quien me reveló el arte de trovar buenos versos, y si él no me hubiese instruido, no sería poeta. » — *El mismo.*

« No quisiera ser ni rey ni emperador si tuviese que renunciar á ella. » — *El mismo.*

« No hay mejor cancion que aquella que parte del corazon, y un canto no puede partir del corazon como éste no se encienda en un amor sincero y profundo. Si mis cantos aparecen perfectos, es porque mi boca, mis ojos, mi corazon, mi ingenio, pertenecen al amor. » — *Bernardo de Ventadorn.*

En jos d'amor ai e enten
la boca, 'ls huels, el cor, el sen.

« Cuando mis ojos os pierden de vista, continúo viéndoos, señora. » — *El mismo.*

« El pez sólo respira en el agua, y yo no tengo ni tendré jamás otra vida que la embriaguez que me dió amor haciéndome elegir semejante dama. » — *Arnaldo de Marveil.*

« El amor me conoce como su vasallo más leal, y por esto me ha revelado el medio de poseer vuestros dulces favores. Con mi pensamiento os tengo en mis brazos, me perteneceis, gozo de vuestros besos, y este placer que tan dulce me es, tan querido y tan bueno, no hay ningun celoso que pueda prohibírmelo. » — *El mismo.*

> E quar conois qu'ieu am ab cor verás,
> mostra'm de vos de tal guiza jauzir:
> pensan, vos bai e'us maney e'us embraz:
> aquest domneis m' es dous e cars e bos,
> e no'l me pot vedar negus gelós.

Este pensamiento de Arnaldo de Marveil está expresado con más concision y con más originalidad por Rimbaldo de Orange en una sola frase:

« Señora, yo os veo en mi corazon sin cendal ni velos. »

Hé aquí cómo se expresa el citado Arnaldo de Marveil, proscrito del país donde su dama habita:

« Un pastor que venga de su comarca merece para mí más consideracion que un príncipe. »

« La corona imperial de Roma, dice el fogoso Beltran de Born, se honraria con ceñir vuestra frente. »

El fondo de esta idea se halla tambien en otros trovadores:

« No hay rey ni emperador, ha dicho Giraldo de Solignac, que pueda ser mi igual si os dignais serme favorable, señora. »

« Sin ella, no quisiera ser rey de Francia,» dice Guillermo Faidit.

« Una sencilla cinta recibida de Rimbalda, exclama Pedro Vidal, me hace más rico de lo que pueda ser el rey Ricardo con Poitiers, Tours y Angers. »

Con más novedad que todos ha dicho Pistoleta:

« Prefiero ser vuestro esclavo á ser dueño de esclavos. »

Los trovadores reconocieron el amor como fuente de todo lo bueno y tambien como maestro que les iniciaba en los secretos del arte. Ya se ha visto lo que á propósito de esto decia Peirols. Véase cómo se expresan otros:

« Dichoso aquél á quien amor ha herido, dice Pons de Capdeuil, porque el amor es fuente de todo bien. Es él quien inspira al hombre la gentileza y la cortesía, él quien lo hace leal y digno, al propio tiempo que fuerte y modesto. El que ama vale cien veces más, así en el consejo como en la guerra, donde tienen su nacimiento las grandes proezas. »

Hé aquí cómo habla Guillermo Faidit en una de sus canciones:

« Que todos los amantes de la virtud sepan que es del amor de quien proceden la liberalidad, la lealtad, la modestia, la cortesía, los honestos placeres. Nos hace amar el mérito, nos hace esclavos del honor, nos da valor, dignidad é hidalguía. »

Y el mismo dice en otro lugar:

«Mi corazon, mis buenas canciones, todo lo que yo puedo decir ó hacer bien, es de vos de quien procede, mi bella señora.»

La misma idea se encuentra en Aimeric de Peguilhá:

«Mi buena dama, á vos y al amor debo el tener ingenio y saber, cuerpo y corazon, poesía y canto.»

Pero, ¿á qué ir multiplicando las citas?

En las páginas de esta obra se hallarán datos y ejemplos bastantes para demostrar que el amor fué tema inagotable para los trovadores, y que sus canciones amorosas eran cada dia más bellas, cada dia más nuevas y más sentidas cada dia.

Es que, como dijo con elegante frase y profundidad de pensamiento uno de ellos mismos:

«El amor es como el mar, siempre infinito y siempre nuevo.»

III.

SERVENTESIO.

Es la composicion que puede llamarse histórica ó política.

Las *Leyes de amor* la definen así:

«El serventesio es una obra que se asemeja al verso ó á la cancion en dos cosas, la una con respecto á la medida de las coplas, y la otra con respecto al canto. Por lo que toca á la medida, es preciso entender que puede

tener la medida sola, sin las rimas ó con las rimas de las mismas palabras ó de otras palabras que tengan rimas iguales. Debe tratar el serventesio de vituperio ó de sátira en general para castigar á los necios y á los malvados. Si se quiere, puede tratarse en él cualquier hecho de guerra.»

Tenemos por esta definicion y por el nombre mismo de serventesio, que esta obra llevaba consigo una idea de inferioridad, pues que era tributaria de la cancion por la medida de las coplas y tambien por el canto que le pedia prestado.

Esta composicion, tenida en ménos precio por los trovadores, es sin embargo la que hoy más se considera, porque nos da ideas de las costumbres y cosas de aquel tiempo, así como es tambien de gran auxilio para ciertas averiguaciones históricas.

Era, pues, el serventesio una oda no amatoria de interés comun, moral ó político que á veces se convertia en composicion satírica y personal, especie de discurso en verso donde todo cabia á gusto del autor, las alabanzas, los reproches, las quejas y lamentaciones, las amenazas, las exhortaciones, los consejos, los vituperios, las críticas, los ataques personales.

Los autores de serventesios parecen ser los verdaderos periodistas de aquellos tiempos.

Lo que más llama la atencion, siendo más digno de ser observado en esta clase de composiciones, es la extrema libertad, que hoy se llamaria licencia, con que en ellas se expresaban los trovadores. Atacaban sin consideracion de ninguna clase lo más alto, lo más grande,

lo más santo; manifestaban sus ideas con toda desnudez, sin traba de ninguna clase; fulminaban duros y severos juicios sobre los hombres, por más que ocuparan un trono real ó la sede pontificia, y sobre las cosas, por más que fueran las más santas y delicadas.

No es, pues, de extrañar que los serventesios degenerasen á veces en sátiras violentas y personales.

Pero, lo que verdaderamente ha llamado la atencion á algunos autores, siendo natural que la llamara, es el hecho de ver á los altos y poderosos barones de aquellos tiempos, prontos siempre á poner mano á la espada y á vengar sus ofensas con la sangre de sus enemigos, soportar pacientemente las ácres censuras de su conducta y doblar su orgullosa frente ante el serventesio del trovador.

El serventesio hablaba á los grandes con una libertad que algunos trovadores, especialmente Sordel el mantuano, llevaron hasta sus últimos límites.

Este atrevido trovador, que escribia en Provenza y en provenzal, aunque italiano, en una de las composiciones de más novedad y más originales que existen en aquella literatura, se lamenta amargamente de la muerte de su protector Blacás, un cumplido caballero de sus tiempos y tambien galante y famoso trovador.

Despues de haber deplorado en la primera estancia la pérdida de su protector y amigo, Sordel no ve más medio de hacerla ménos sensible que repartiendo su corazon á todos los potentados de la época que de él carecen.

Pues bien, esos altos barones á quienes Sordel acusa

de falta de corazon y de valor, á quienes convida á un festin simbólico para repartirse y comer á trozos el corazon de Blacás á fin de que por este medio puedan convertirse en valientes, á quienes no titubea en nombrar para reprocharles sus vicios, sus debilidades, su cobardía, no son otros que el emperador de Alemania Federico II, el rey de Francia San Luis, el rey de Inglaterra Enrique III, el rey de Castilla Fernando III *el Santo*, el rey de Aragon Jaime I *el Conquistador*, el rey de Navarra, el conde de Tolosa y el conde de Provenza.

Al primero le encarga comer de aquel corazon para que tenga valor de recobrar de los milaneses los países que éstos le han robado, á pesar de sus alemanes.

Al rey de Francia para que recupere la Castilla, que pierde por su cobardía, pero que lo haga sin noticia de su madre, pues por su conducta se ve que en nada quiere disgustarla.

Al rey de Inglaterra le recomienda que coma un buen pedazo. Tiene poco corazon y entónces tendrá mucho para recobrar la tierra que se dejó vergonzosamente usurpar por el rey de Francia, el cual se aprovecha de su negligencia y de su cobardía.

El rey de Castilla, dice, debe comer por dos, porque tiene dos reinos (Castilla y Leon), y apénas basta para gobernar uno. Pero si come, que lo haga á escondidas de su madre, pues si ésta lo sabe le molerá á palos.

Lo reys Castelhás tanh que manje per dos,
quar dos regismes ten, é per l' un no 'n es pros;
mas s'ilh en vol manjar, tanh quant manje a vescós,
que si 'l maire o sabia batríal ab bastós.

Tambien quiere que coma de él el rey de Aragon para lavar la mancha que le cayó en Marsella.

Y por fin, encarga lo mismo á Tibaldo, conde de Champagne y rey de Navarra, que ha degenerado al subir al trono, pues más valia como conde que como rey; al conde Ramon VII de Tolosa, que, si no cambia de corazon, no recobrará jamás lo que ha perdido; y al conde Ramon Berenguer V de Provenza para que aprenda á saber lo que vale un conde despojado de sus tierras.

Y como si los reproches que á esos monarcas y barones dirige no fuesen bastantes, el trovador termina su composicion de la manera que se va á leer:

«Los barones me querrán mal por lo que yo tan claramente les digo, pero bueno es que sepan que hago yo tan poco caso de ellos como pueden ellos hacerlo de mí. Bella amiga, que yo encuentre gracia cerca de vos, y me rio de todos cuantos por enemigo me tengan.»

Li baron volran mal de so qu' ieu dic be,
mas ben sapchan quels pretz aitan pauc com' ilh me.
Bel Restau, sol qu'ab vos puesca trobar mercé,
á mon dan met quascun que per amic no 'm te.

Tuvo esta composicion un éxito verdaderamente extraordinario. Los trovadores y juglares iban de castillo en castillo y de corte en corte cantando y recitando esta poesía, la cual, como sucede en las obras que alcanzan grande fama, no tardó en tener imitadores.

Fué el que primero la imitó Beltran de Allamanon en su

Molt m' es greu...

Beltran de Allamanon, conocido á su vez por violentos serventesios en que trata muy mal al papa, al rey de Nápoles y al emperador de Alemania, reparte tambien el corazon de Blacás, pero sólo las damas merecen ser convidadas á este festin.

«Es preciso, dice, que Sordel haya perdido el juicio para regalar á unos cobardes el corazon de Blacás, que fué de un valor superior á cuanto se diga *(qu' era sobrevalens):* quinientos corazones como el suyo serian insuficientes para dar valor á príncipes que de él carecen en absoluto.»

En seguida hace ocho partes de este mismo corazon y las distribuye entre ocho damas de alto linaje que fueron amigas del difunto Blacás, persona que debia tener en Provenza gran nombradía y gozar de mucho prestigio, si se tiene en cuenta, como se verá en el curso de esta obra, lo mucho que de él se ocuparon los trovadores. Las damas á quienes Beltran de Allamanon distribuye el corazon que ya Sordel habia distribuido entre varios monarcas, son la condesa de Provenza, la de Bearn, la de Vianés, la de Rodez, la bella de la Chambre, la dama Rimbalda de Baux, la dama de Lunel y la bella de Pinós.

«Del alma de Blacás, dice el trovador al concluir, que disponga Dios el glorioso; de su corazon las damas á quienes rendia homenaje.»

> De l' arma d' en Blacatz pens Dieu lo gloriós,
> que 'l cor es ab aquelhas de quels era enveiós.

Otro de los trovadores que se ocuparon de distribuir

los despojos mortales de Blacás fué Pedro Bremon de Noves, poeta provenzal contemporáneo de Sordel. Considerando éste sin duda que el corazon estaba ya bastante repartido, se dedica á destrozar el cuerpo, que divide en cuatro partes y envia á diversos pueblos para guardarlo y adorarlo como cuerpo santo. Por lo tocante á la cabeza, la destina al soldan del Cairo, pero sólo en el caso de que se bautice.

Entre los más notables autores de serventesios no puede ser olvidado Beltran de Born, el fogoso castellano de Autefort, aquel que así blandia la guerrera lanza, como manejaba la pluma para escribir atrevidos y punzantes serventesios, que eran para él tambien verdaderas armas de pelea y de combate. Ya encontraremos más adelante á este trovador, el tenaz enemigo de Alfonso de Aragon, el agitador constante, el pertinaz rebelde, aquel á quien Dante coloca en su Infierno con la cabeza cortada del tronco y suspendida de la mano *á guisa de linterna*, por haber sembrado la division en la familia real de Inglaterra; aquel que por su espíritu batallador estuvo constantemente en lucha con su familia, con sus señores, con sus reyes, con sus amigos, con sus vecinos, á quienes hería el cuerpo con su espada y la honra con sus serventesios; aquel, en fin, que como él mismo dice, preferia las emociones de la guerra al comer, al beber y al dormir,

ieu 's dic que tant no m 'a sabor
menjars ni beure ni dormir.

Los serventesios de este trovador pueden presentarse

como verdaderos modelos, por su brillantez, por su vigor, por su concision, por su misma fiereza salvaje. Nadie manejó mejor que él la lengua para saberla amoldar á su inspiracion; nadie le igualó en virilidad de pensamiento y en rudeza de concepto; nadie se atrevió á más crudas sátiras contra los poderosos de la tierra; nadie expresó con más libertad ni desenfado su pensamiento; nadie en ataques personales llegó á tanto ni con más desenvoltura. Mejor que con la pluma, parecia escribir con la punta de la espada.

No tardaremos en ver todo lo que se le ocurrió decir en contra del rey de Aragon D. Alfonso, con quien tuvo tambien alguna rivalidad de amores; pero sus más rudas composiciones son aquellas que escribió para excitar á los príncipes ingleses, ya á unos contra otros, hermanos contra hermanos, ya á todos contra su propio padre.

Al rey de Francia le dirige tambien violentos ataques, tremendas acusaciones:

«¡Vergüenza para ese rey cuya pereza, cuya indiferencia y cuya cobardía le son más perjudiciales que la guerra con todas las fatigas y trabajos que trae consigo...

»Recuerde ese rey que miéntras sólo se ocupa de engordar tendido á la larga, se le reprocha el no haber roto jamás una lanza contra un escudo!...

E membre li qu' om li retrais
qu' anc en escut lansa non frais.

»Nunca vió piernas ni costillas rotas, brazos muti-

lados, cabezas separadas de sus troncos. Jamás estuvo en un campo de batalla ese rey sin valor...

»El rey Felipe desea la paz más que un monje de Charenton...»

Hablando de los barones de su país que se dejaban despojar de sus bienes por Ricardo, dice:

«He roto más de mil espuelas en sus flancos sin que haya podido hacer trotar á uno solo. Se dejan despojar de sus castillos sin quejarse. ¡Maldígales Dios! ¿En qué piensan, pues, esos barones? No hay ni uno solo á quien no se pudiera fácilmente rapar y afeitar como á un monje y herrar de los cuatro piés...

No i es un no 'l poscatz tondr' e raire,
o ses congrenz dels quatre pes ferrar.

»Sin cesar, dice en otro serventesio, trabajo para comunicar valor al corazon de esos barones. Trabajo inútil. Son unos cobardes, y yo un insensato en ocuparme de ellos...»

Los mismos improperios que dirige á los reyes y barones dirige tambien á su hermano Constantino, con quien andaba en reyertas acerca de la particion de sus bienes.

» Mi hermano quiere la tierra de mis hijos, pues me pide una parte de ella...

» Desde ahora se lo declaro: mal le irá si se atreve á disputármela. Al que quiera arrebatarme mi bien, sea quien fuere, le arrancaré los ojos. La paz no me conviene, y lo único que me place es la guerra. No temer nada; esta es mi divisa y esta mi ley...

»Miéntras que otros se entregan á los placeres y comodidades de la vida, yo me consagro á hacer provision de lanzas, de cascos, de espadas, de caballos. Ni con derecho, ni sin él, nunca cederé la tierra de Autefort. Es mia, y ya pueden hacerme la guerra cuantos quieran.»

En uno de sus serventesios contra el monarca aragonés hay esta bellísima y levantada introduccion, que ha servido de modelo á muchas composiciones bélicas escritas más tarde por los poetas sucesores de Beltran de Born:

«Cuando veo desplegar por los verjeles las enseñas amarillas, indias y azules, me alegra oir el relincho de los caballos y las voces de los juglares que van de tienda en tienda tañendo la viola, y el eco de las trompas, de los cuernos y de las dulzainas. Ocúrreseme entónces hacer un serventesio para que lo oiga el conde Ricardo.»

Quan vei pels vergers desplegar
los sendatz gruecs, indis e blaus,
m' adoussa la votz dels cavaus,
e il sonet que fan li joglar
que vuilan de trap en tenda,
trompas e corns e grailles clar;
adoncs vuelh un sirventés far
tal qu' el coms Richartz l' entenda...

Cuando se predicó la cruzada contra los albigenses, cuando los franceses se disponian á caer como aves de rapiña sobre los fértiles campos y ricos castillos de la Provenza, enérgicos serventesios brotaron de las liras

de los trovadores, que todos entónces dieron al olvido sus cantos de amor para solo entonarlos de guerra.

En el curso de esta obra se hallarán varias de aquellas composiciones verdaderamente notables, inspiradas á los trovadores por su amor á la independencia del país, por su alto y sobresaliente patriotismo, por su odio á la dominacion clerical y extranjera. El rey don Pedro de Aragon, ya lo hemos dicho, al tomar las armas para acudir en defensa del conde de Tolosa y de la nacionalidad mediterránea, cedió en parte á la opinion pública abiertamente declarada y con fidelidad interpretada por aquellos poetas que, como Ramon de Miraval, Azemár el negro, Aimerich de Peguilhá y tantos otros, le dirigieron cantos entusiastas excitando sus nobles sentimientos y generosos instintos para decidirle á tomar parte en la lucha; que tras de ella veian la libertad de *la tierra*, como llamaban á su patria, y quizá un reino mediterráneo con el trono del caballeroso monarca aragonés.

La Providencia no favoreció los votos hidalgos de aquellos nobles trovadores. Provenza fué pasada á fuego y á sangre por los *bárbaros del Norte*, que no siempre en este mundo triunfaron las buenas causas; y desterrados entónces y proscritos los trovadores, obligados á buscar en suelo extranjero el pan con que alimentar los últimos dias de su vida y los pocos palmos de tierra con que luégo cubrir sus restos mortales, dejaron exhalar de su alma amargos y sentidos lamentos, en tiernos y conmovedores *planchs*, que son, sin embargo, verda-

deros serventesios donde palpita el dolor de un alma profundamente lacerada.

Así se ve decir á Aimerich de Peguilhá:

«De hoy más los provenzales vivirán sumidos en el dolor y en el luto, porque de valiente señor hemos caido en *sire*...

»¡Ah Provenza! ¡Provenza! ¡Qué deshonra para tí y qué duelo! Perdiste la alegría, la dicha, la gloria, el reposo al caer en manos de los de Francia. Más nos valiera que hubiésemos muerto todos...

»Rasguemos nuestras banderas, arrasemos los muros de nuestras ciudades y las torres de nuestros castillos. Somos hoy vasallos de los franceses, y no debemos ya llevar ni lanza ni escudo.»

Estas amargas quejas, con tan vigoroso acento expresadas, hallan un eco en los cantos de Bernardo Sicars de Marjevols, que así se expresa por su parte:

«No puedo dormir de noche ni sosegar de dia. De noche velo y suspiro, de dia sufro y me lamento al oir que por todas partes hombres cobardes dicen: *Sire*, dirigiéndose humildemente á los franceses. Los franceses se han apoderado de todo por derecho de conquista. ¡Ay! Tolosa y Provenza, tierra de Agen, comarcas de Beziers y Carcasona, quién os ha visto y quién os ve!»

Ya se verá tambien más adelante en estas páginas cómo Durán de Paernas y otros trovadores, acusan á D. Jaime de Aragon y le tachan por no vengar á su padre muerto en Muret y por haber abandonado la idea política de D. Pedro.

Las composiciones sobre las cruzadas, no sólo las cruzadas de Ultramar, sino las dirigidas contra los moros de España, figuran tambien como parte muy principal en la historia del serventesio. Son muchos los trovadores que compusieron poesías sobre este asunto, y en esta obra podrán leerse los serventesios, algunos de ellos muy notables, de Gavaudan el Viejo, Marcabrú, el conde de Poitiers, Pons de Capdueil, Beltrán de Born, Gancelmo Faydit, Peirols, Aimerich de Peguilhá, Pedro Vidal, Folquet de Marsella, Rimbaldo de Vaqueirás, Pedro de Auvernia, Folquet de Romans, Guillermo Figuera, Oliver el Templario, Astorg de Aurilac, Guillermo de Saint Didier, y otros muchos.

Aunque dispuestos á cantar la gloria y el honor de las cruzadas, pocos fueron, sin embargo, los trovadores que, tomando la cruz, pasaron á Ultramar. Escribian levantados serventesios inspirando á los demás el deseo de ir á combatir á los infieles, pero, por lo que á ellos toca, preferian no abandonar las bellas comarcas provenzales.

Algunos hacen una mezcla singular de la religion y de la galantería, debilitándose su sentimiento religioso al contacto de sus ideas amorosas.

Rimbaldo de Vaqueirás, que formó parte de la expedicion del marqués de Montferrat, la cual no tuvo sino el nombre de cruzada, declara en su serventesio que vacila entre su amor y la cruz. No sabe si partir ó quedarse, tan profundo es el amor que á su dama profesa y tan íntima su conviccion de que su ausencia puede causarle la muerte.

Uno de los pocos que pasaron á Ultramar fué Pedro Vidal, aquel trovador cuya vida está llena de singulares aventuras y que así brilla por sus rasgos de locura como de talento; pero no fué ciertamente la fe y el ánsia de combatir á los infieles lo que le llevó á tan apartadas comarcas. Su viaje no fué debido al entusiasmo sino al miedo. El temor á las venganzas de una dama airada y á la cólera de un marido celoso, le obligó á cruzarse para ir á Ultramar con la hueste y la corte del rey Ricardo. En sus tres serventesios sobre las cruzadas, más que de ellas, se ocupa de su dama, cuya ausencia y cuyos rigores le llevaban grandemente apesarado, mezclando así lo profano á lo divino, y dando aún más realce á lo primero que á lo segundo.

Jofre ó Godofredo Rudel, el que, como ha dicho Petrarca, *usó la vela é il remo á cercar la sua morte*, fué tambien de los que marcharon á Palestina, sin que para ello interviniera en nada el rescate del Santo Sepulcro, sino el singular deseo de conocer á una dama en cuyos brazos le esperaba la muerte: y Pons de Capdeuil sólo pasó el mar y tomó parte en las cruzadas para ir á buscar con el término de su vida el de sus dolores por la muerte de su dama.

Otros trovadores se cruzaron tambien: el conde de Poitiers, Gancelmo Faidit, Folquet de Romans, Peyrols de Auvernia, y ciertamente que este último mostraba gran impaciencia por volver á sus lares, pues que en el momento de su regreso le pide á Dios con todo fervor buena mar, buen viento, buena nave

y buenos pilotos para llegar cuanto ántes á Marsella.

Ara 'ns don Dieus bona mar e bon ven
e bona nau e bons gobernadors,
qu' á Marselha me 'n vuelh tornar de cors.

Entre los numerosos serventesios compuestos con motivo de las cruzadas, sólo citaré aquí, para dar á conocer este género de poesía histórica, unos pasajes del que escribió Giraldo de Borneil refiriéndose á la segunda cruzada:

«Me asombra, dice, la indiferencia del siglo. La raíz del bien se pudre miéntras que la del mal se extiende. Nadie se ocupa de las ofensas que á Dios se hacen. Miéntras que la Siria permanece sin oposicion en poder de los árabes traidores y sin ley, los potentados de la tierra se entretienen aquí en combatir unos contra otros. La vergüenza debe abrasar el rostro de todo aquel que se precie de valiente y caballero, al ver cómo se abandonan así los intereses de Dios. ¡Gloria á aquél que por esta causa dé y reciba sendos golpes! Será acogido dignamente y recompensado con largueza por su rey.»

Mas celh qu' aurá pres d' autrui bran
de gran colps, e del sieu feritz,
er aculhitz
e de son rei
si tenrá per pagatz,
quel non es ges de donar issaratz.

9

El serventesio del trovador concluye así:

« Mi canto, que ha sido de dolor al comienzo, termina con un eco de alegría, pues que reunida está ya la hueste que acudir debe en auxilio del rey. Bien desconcertados van á quedar los infieles, yo os lo aseguro, cuando la verán llegar. El conde Ricardo está ya dispuesto; prontos se hallan todos los suyos á seguirle. ¡Loado sea Dios! »

No siempre, sin embargo, cantaron los trovadores movidos por el entusiasmo religioso. En esta obra se hallarán algunos serventesios escritos, no en favor, sino en contra de las cruzadas. Astorg de Aurilac las maldice y anatematiza como funestas y ruinosas para la cristiandad, pidiendo al cielo toda clase de males para el clero que las impulsa y predica.

En sus sátiras contra el clero estaba muy léjos de hallarse solo el trovador Astorg, que éste fué siempre tema inagotable para los serventesios, y asunto simpático para muchos de aquellos poetas.

El serventesio que atacaba sin consideracion alguna á los reyes y potentados, tuvo siempre poco respeto para los hombres de iglesia. No parece sino que los trovadores guardaron para éstos las saetas más agudas, los más sutiles epigramas, las más punzantes invectivas. Así ántes como despues de la cruzada contra los albigenses, el clero parece concentrar en sí solo y atraer todas las iras y toda la saña de los poetas. Verdad es que el clero con su conducta se hacía acreedor entónces á la censura más severa.

« Si Dios, dice Guillermo Montagnagout, si Dios

salva á los que comen bien y huelgan mejor y tienen más mujeres, seguros pueden estar de ir en vía recta al Paraíso los Monjes negros y los Monjes blancos, los Templarios, los Hospitalarios y los Canónigos, miéntras que San Pedro y San Andrés se lamentarán más de una vez de haber sufrido tantos martirios y tormentos por un Paraíso que es tan fácil de ganar á los otros.»

Muchos son los serventesios que así se expresan; infinitos los nombres que citarse pueden de trovadores lanzados por este camino, pero ninguno que á tan alto rayase como Pedro Cardinal, aquel no en vano llamado el Juvenal de la Edad-media. Pedro Cardinal, que comenzó por ser canónigo del Puy, pero que abandonó el mejor dia sus hábitos para hacerse trovador, es por su posicion en la sociedad, por su orígen, por su cuna, por su talento, por sus virtudes mismas, el más autorizado para tratar este asunto. Así, pues, se le ve separar el grano de la paja, los buenos clérigos de los malos, y su sátira terrible y contundente sólo cae sobre aquéllos, *los clérigos falsos*, como les llama, que ofendian á la tierra con sus costumbres, al cielo con sus vicios, á Dios con su maldades.

Cardinal, el gran azote del mal clero, era un hombre verdaderamente religioso. Vivió, segun las crónicas, hasta la edad de cien años, y nunca, durante el curso de esta larga vida, dejó de gozar de la estimacion general, ni nunca flaqueó su ánimo en su constante propósito de condenar y anatematizar con negros colores los vicios de la sociedad. Su carácter daba autoridad á sus serven-

tesios, y con la misma libertad con que atacaba á los altos barones por su codicia y desafueros, reprochaba al clero alto y bajo sus vicios y defectos.

Sus composiciones son verdadero modelo de arte, y si hay en ellas la violencia y la exageracion de la sátira, no hay al ménos la mancha del insulto.

Algo más apasionados y violentos fueron los serventesios de Guillermo Figuera ó Figueira, de cuyas imprecaciones terribles contra la Roma de los papas se ocupará esta obra en el capítulo respectivo.

La poesía provenzal que comenzó con el serventesio, si es cierto que el conde de Poitiers fué el más antiguo de los trovadores, con el serventesio concluyó tambien y con los airados anatemas que Pedro Cardinal, Sicar de Marjevols, Aimerich de Peguilhá, Guillermo Figuera y tantos otros lanzaron, como una maldicion eterna, que vive aún, y vivirá, sobre la frente de los devastadores de Provenza.

IV.

DESCORT.

Hé aquí cómo lo definen las *Leyes de amor*.

«El *Descort* es una obra muy variada. Puede tener tantas coplas como el verso, á saber, de cinco á diez. Estas coplas deben ser singulares, discordantes y dife-

rentes en rima, canto y lenguaje, pero pueden ser todas de la misma medida ó de una medida diversa. El *Descort* debe tratar de amor ó de elogio, ó de esas quejas que el amante acostumbra á exhalar cuando no es amado de su dama, ó de todo esto junto, segun se quiera.»

Como modelo y ejemplo de esas caprichosas y complicadas poesías, puede citarse el *Descort* de Rimbaldo de Vaqueirás, escrito en cuatro idiomas, ó por mejor decir, en cinco. La primera estancia está en lengua provenzal, las otras en italiano, francés, gascon y castellano, es decir, con una estancia escrita en cada uno de estos idiomas.

El *Descort*, pues, es decir, discordancia, desacuerdo, acostumbraba á estar compuesto en diversas lenguas, y era regla que en la *Tornada* ó en la última copla todas las lenguas fuesen empleadas por el órden mismo en que se hubiesen colocado anteriormente, reuniéndose las mismas rimas usadas al fin de cada estancia.

El mismo Dante no se desdeñó de componer una poesía en este género, á la cual dió el título de *Scherzo in tre lingue.*

Habia otros *Descort* que no estaban escritos en diversas lenguas sino en una sola, pero era, sí, preciso que el contenido de este género de poesía fuese tan discordante como la forma.

Por lo regular, el *Descort* expresaba las penas de un amor no recompensado. «No me ocuparia de escribir ningun *Descort*, dice Giraldo de Solignac, si hallara

buen acuerdo y buena concordancia en aquélla á quien amo. »

E ja no feira descort,
s' ieu acort
e bon' acordansa
trobès ab lieis qu' am plus fort.

Un trovador anónimo denomina su poesía *Acort*, porque, segun dice, estando perfectamente de acuerdo con el amor, no conviene á su situacion el nombre de *Descort*.

Véase como modelo de *Descort* el de Giraldo de Calansó, que se hallará en el artículo de este trovador.

V.

TENSION.

Entre las formas poéticas más usadas se contaba la *Tension*, que consistia en un diálogo ó controversia sostenida por dos trovadores, y que era tambien, ora personal, ora teórica, y que solia sujetarse á la decision de un árbitro. El demandado debia conservar las rimas del que proponia la cuestion, las cuales se repetian generalmente en todas las estancias.

La definicion dada por las *Leyes de amor* es la siguiente :

« La *Tension* es un debate en el cual cada uno mantiene y defiende un tema. Los dos contradictores pue-

den hacer una *tornada* por medio de la cual escojan un juez que termine sus diferencias.»

Este género de poesía, que ocupa un puesto importante y de primer órden en la literatura provenzal, era llamado, á más de *Tensió*, su verdadero nombre, *contensió*, contencion, contienda ó emulacion; *joc partic*, es decir, juego partido ó repartido, porque los concurrentes se repartian el asunto, y tambien *partia* y *partiment*; *jocs d' amor ó jocs enamorats*, cuando se trataba de amor; y *torneiamens*, torneo, cuando la discusion ó el debate tenía lugar entre varias personas.

La *tension* es por lo ménos tan antigua como el conde de Poitiers, á quien, como ya otras veces queda dicho, se considera como el más antiguo trovador de quien se tiene noticia. Este poeta dice en una de sus canciones:

«Si me proponeis un *partiment* sobre un tema de amor, no seré tan necio que deje de escoger la mejor parte en el debate.»

Esto afirma la opinion de que hubo trovadores ántes que el conde de Poitiers, y que estaban ántes que él en uso los *partiments* ó *tensiones*.

La duda que se ofrece es la de saber si las *tensiones* eran obra de un solo y mismo poeta ó de varios. Federico Diez, el sabio profesor aleman, se pronuncia resueltamente por la segunda hipótesis.

Y así debe de ser, y todo induce á creer que así fué.

Un poeta proponia á otro un tema ó le hacía una pregunta. Su compañero contestaba, replicando luégo uno y otro, y así quedaba compuesta la *tension*.

A veces estas contiendas revestian el carácter de un altercado grave y personal, en que se prodigaban los más groseros insultos. Tal es la *tension* del marqués de Malaspina con Rimbaldo, la de Guido con Beltran de Allamanon, y otras muchas que pueden leerse en los artículos á cada autor referentes.

Yo tengo para mí que en estos casos sucedia algo parecido á las costumbres del duelo.

El trovador que comenzaba el ataque, escribia su estrofa contra su adversario, especie de cartel de desafío que un juglar llevaba sin duda por córtes y castillos hasta llegar á oidos del ofendido, quien, por el mismo medio de un juglar, enviaba la estrofa de contestacion.

Más de una vez estas *tensiones* debieron provocar lances personales.

Otras veces el debate versaba sobre puntos de amor, sobre intereses privados, sobre sucesos recientes, sobre cualquier asunto, pues todo era tema á propósito para las *tensiones*.

Los asuntos que provocaban proposiciones contradictorias acostumbraban á ser sometidos al arbitraje y decision de algun noble baron, de algun trovador mismo, de alguna ilustre dama ó de un tribunal de señoras, conforme podrá verse cuando lleguemos á hablar de las Córtes y Puys de amor.

La literatura provenzal ofrece una série de cuestiones litigiosas debatidas en las *tensiones*. Hé aquí algunas de ellas como muestra:

« ¿Quién se porta mejor, el que no puede resistir á

la necesidad de hablar de su dama, ó el que, sin hablar, piensa mucho en ella?»

«Los goces del amor ¿son más grandes que sus penas?»

«¿Debe ser la dama la que solicite el amor de un caballero, ó lo contrario?»

«¿Cómo se prueba más el amor á una dama, confesándolo y publicándolo por todas partes como un timbre de gloria, ó guardándolo en el fondo del alma, como se oculta un tesoro?»

«¿Debe hacer una dama por su amante tanto como éste por ella?»

«Hay dos maridos celosos. El uno posee una mujer bella y llena de mérito, el otro una mujer fea y grosera: ambos velan sobre ellas con igual solicitud. ¿Cuál es el más digno de censura?»

Muchas *tensiones* son verdaderamente intraducibles por la libertad, mejor dicho, por la licencia empleada por los trovadores.

Hay *tensiones* sobre las cuales no puede caber duda de que están escritas por un solo y único autor. Son aquellas que consisten en diálogos entre el poeta y un sér inanimado, una persona á quien se introduce en la accion, ó un objeto cualquiera al que se da vida y habla por un momento. A este número pertenecen, entre otros, el diálogo entre Alberto, marqués de Malaspina, y su dama; el de Peirols con el Amor; el de Rimbaldo de Vaqueirás con una dama genovesa; el del conde Berenguer de Provenza con su caballo de guerra; el de Guido de Cavaillon con su capa; los cuales se ha-

llarán en los artículos correspondientes á cada uno de estos trovadores. Bueno será tener en cuenta, sin embargo, que estas *tensiones* no son verdaderamente tales, pues más pertenecen á otro género de poesía.

VI.

PLANCH.

El *Planch*, ó *Planh*, y tambien *Plang*, es decir, lamentacion, era la elegía de los trovadores.

«Es una obra, dicen las *Leyes de amor*, que se hace para expresar el sentimiento, el pesar, el dolor que se tiene por la pérdida ó la desgracia de una cosa. Decimos cosa en general, porque lo mismo que puede uno lamentarse á causa de una dama, puede tambien hacerlo á causa de otras cosas, como, por ejemplo, una ciudad destruida y arruinada por la guerra.»

Hay varios *planchs* ó elegías de trovadores que pueden citarse como modelos: el de Bonifacio Calvo, por la muerte de su dama; algunos de Bernardo de Ventadorn, por penas de amor; el de Gancelmo Faidit, por la muerte de Ricardo *corazon de Leon*; el de Beltran de Born, por la del jóven rey Enrique; el de Ramon Gancelmo, por la de Gerardo de Lignan, y otros y otros de que se irá dando cuenta en este libro en los artículos dedicados á los trovadores.

VII.

PASTORELA.

La *Pastorella* ó *Pastorela* era una especie de égloga ó idilio. Parece haber sido conocida de los más antiguos trovadores, pues que las biografías provenzales citan á Cercamons como autor de pastorelas *á la usanza antigua.*

No son muchas las composiciones de este género llegadas hasta nosotros. El cuadro en que se encierran no puede ser más sencillo, y es siempre el mismo. Se trata de un pastor ó de una pastora que se ocupan de amores, de un trovador que encuentra á una pastora y la requiebra, etc.

Véase cuál era de ordinario el estilo de las *pastorelas* por el comienzo de la siguiente, atribuida á Cadenet:

«Ayer en lo más espeso del bosque, hallé á un pastor que así se lamentaba entre sollozos: Amor, yo te maldigo, que eres engañador y falso, y sólo de tí nacen penas y dolores, etc.»

> L' autrier, lonc d' un bosc fulhós,
> trobey en ma via
> un pastre molt angoissós
> chantant e dezia.....

Hay, sin embargo, algunas *pastorelas* que se salen del cuadro, y que parecen tener una intencion política,

ó por mejor decir, que la tienen evidentemente. De esta clase son, por ejemplo, las de Giraldo de Borneil y de Paulet de Marsella, que no traslado aquí porque se hallarán en los artículos respectivos de estos trovadores.

La *Vaquera (vacqueira)* era una variante de la *pastorela*. Se llamaba así cuando el poeta introducia á una ninfa que guardaba vacas en lugar de ovejas.

Ambas composiciones eran la égloga de los provenzales.

VIII.

ALBADA.—SERENA.

La *Albada*, y tambien *Alba*, era el canto de la mañana, llamado así en oposicion á la *Serena*, que era el canto nocturno. Corresponden estas composiciones á las alboradas y serenatas modernas.

En las *serenas* ó serenatas, el trovador expresaba comunmente su impaciencia sobre lo largo del dia, se felicitaba de que llegaran las sombras de la noche y con ellas los misterios del amor, é invitaba á su dama á aprovecharse del silencio de la noche, ya para hablar á su amante, ya para recibirle, ó ya, al ménos, para pensar en él.

Existe esta bellísima *serena* de Giraldo Riquier:

« A un fiel amante le fué dado por su dama una cita de amor, y fijados fueron el dia y la hora. Cuando ya

se acercaba la noche destinada para recibir el premio de sus amores, el amante iba andando lentamente y decia entre suspiros:

»¡Oh dia, mucho os vais prolongando para mi desdicha! ¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!

»Tan impaciente se hallaba el amante de obtener la dicha que le estaba reservada, que temia no llegar con vida á la noche, y decia entre suspiros:

»¡Oh dia, mucho os vais prolongando para mi desdicha! ¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!

»Cuantos pasaban por su lado se apercibian de sus dolores, tan turbado se hallaba y tan triste su semblante. La luz del dia le impacientaba, y decia entre suspiros:

»¡Oh dia, mucho os vais prolongando para mi desdicha! ¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!

»Es un gran tormento el que causan los astros con su influencia sobre aquel que no tiene amiga que le consuele. Por esto aquel pobre amador, en un dia para él tan lleno de tristeza, decia entre suspiros:

»¡Oh dia, mucho os vais prolongando para mi desgracia! ¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!»

¡Jorn, ben creissets à mon dan!
El sers
aucim en sos loncs espers!

Es una composicion que parece escrita hoy dia.

Las *albadas* ó *albas* expresaban de ordinario el sentimiento que sentia el galan viéndose obligado á separarse de su dama en cuanto el vigía anunciaba la aparicion del alba.

«El vigía anuncia que ha visto el dia. ¡Ay Dios, ay Dios, qué de prisa llega el alba!»

La gaita crida que l' alba vi.
¡Ay Dieus, ay Dieus, que l' alba tantost vé!

Tal es el estribillo de una preciosa *albada*, cuyo autor nos es desconocido. Hé aquí una traduccion de ella, pero está muy léjos de conservar la gracia y la frescura del original.

«En un verjel, debajo de una enramada, la dama estrecha á su amigo contra su pecho hasta que el vigía anuncia que ha visto el dia. ¡Ay Dios, ay Dios, qué de prisa llega el alba!

»¡Pluguiese á Dios, dice ella, que nunca concluyera la noche; que no me viese precisada á separarme de mi amigo; que jamás el vigía apercibiera ni el alba ni el dia! ¡Ay Dios, ay Dios, qué de prisa llega el alba!

»Dulce buen amigo, vámonos á aquel bosquecillo, y que nuestros besos sean el eco del alegre gorjeo de las aves. ¡Ay Dios, ay Dios, qué de prisa viene el alba!

»Dulce buen amigo, vámonos á jugar á aquel bosquecillo donde los pájaros cantan, hasta que el centinela toque su caramillo. ¡Ay Dios, ay Dios, qué de prisa llega el alba!

»De allí vino un soplo embalsamado, y he bebido

con delicia ese suspiro de mi cortés y bello amigo. ¡Ay Dios, ay Dios, qué de prisa llega el alba!

»La dama es gentil y llena de atractivos. ¡Cuántas provocadoras miradas persiguen á esa hermosa! Pero su corazon es fiel á un leal amor. ¡Ay Dios, ay Dios, qué de prisa llega el alba!»

Toda poesía en que la palabra *alba* era repetida, ya en estribillo, ya al finalizar cada estancia, tomaba el nombre de *albada*, existiendo por lo mismo gran variedad de composiciones en este género.

Unas veces era el mismo vigía ó centinela quien cantaba la *albada* bajo las ventanas del aposento en que los dos amantes habian pasado la noche: otras era un trovador el que con su canto anunciaba que era llegada la hora de separarse. En algunas circunstancias era el galan quien se lamentaba de tener que abandonar á su dama, como en la albada de Beltran de Allamanon que podrá leerse en su artículo respectivo: en otras era un amigo del amante que, despues de haber pasado la noche en vela para avisarle en caso de sorpresa, le advertia con su canto la llegada del dia.

Este último es el asunto de una notable *albada* del trovador Giraldo de Borneil. Un compañero del galan, miéntras éste se ha ocupado en sus amores, ha permanecido en vela toda la noche, atento á que nadie fuera á sorprender á los felices amantes ó á turbar sus coloquios, con la singularidad de haber pasado gran parte de la noche de rodillas y «rezando á Dios y á la Vírgen María para que su compañero le fuese devuelto bueno y sano.» El fiel y devoto amigo al ver llegar las

primeras luces del dia, canta su albada al pié de la ventana, repitiendo el estribillo:

«Llegó la hora, compañero. Hé aquí el alba.»

Existen otras composiciones, á las cuales conviene, por ejemplo, el nombre de *albada*, pero que difieren esencialmente de las que acabo de citar y están más en consonancia con las alboradas modernas.

Se trata sencillamente en éstas de un trovador que, al pié de la ventana de su amada, entona una trova amorosa, alegre como el dia cuya aurora luce, ó de un amante que, separado de aquella que recibió sus homenajes, se lamenta de la eternidad de la noche, y espera con impaciencia la salida del alba. Giraldo Riquier tiene una *albada* de este género, cuya última estancia traduzco:

«¡Qué noche tan larga ha sido esta, por desgracia mia! Grande es la tristeza que siento, profundo mi dolor, no pudiendo ver á la que amo. Quiero dar alivio á mis penas y deseo ver el alba.»

E dezir
vezer l' alba.

Con este deseo y estos dos versos cortos terminan todas las estancias.

Entre todas las composiciones de los trovadores, las *albadas* son sin disputa aquellas en que más sobresalieron. Hay algunas, en especial, que son perfectas como obras de gracia, de arte, de galanura y de sentimiento. Los trovadores son verdaderos maestros en albadas, en mi sentir muy superiores á sus canciones de amor, y

me admira cómo este género y estas verdaderas obras maestras en miniatura, hubieron de pasar desapercibidas para Dante y para Petrarca que tanto encomiaron sus cantares galantes.

La *albada* es, en mi opinion, la poesía más bella y más dulce de los trovadores. Reminiscencia romana tal vez, la albada parece recordar aquellos cantos latinos, ya religiosos, ya profanos, que en la Roma pagana se elevaban al salir el sol, y el triste Ovidio, el tierno Tibúlo no tienen quizá en su lira notas más sentidas, pensamientos más delicados, bellezas más exquisitas que las que se hallan en las albadas de los trovadores provenzales.

Lo sensible es que las mejores acaso de estas composiciones no serán nunca traducidas, por haberlas presentado sus autores desnudas como la Frinea griega.

En las *albadas*, por más singular que esto parezca, habia un género religioso.

Se llamaban tambien *albadas* aquellas poesías dirigidas á la Vírgen, cuando se la calificaba de *Estrella de la mañana*, *alba serena*, *luz del dia*, *aurora celeste*, etc.

En este género tienen preciosos himnos á la Vírgen, que son bellísimos cantos matinales, los trovadores Guillermo de Autpol, Pedro de Corbiac, Guido Folquet, que fué despues el papa Clemente IV, y Folquet de Marsella, que murió obispo de Tolosa. De este último es una oracion de la mañana, verdadera albada, cuyas sentidas estrofas terminan todas con este estribillo.

«La noche se va, el dia llega con tiempo claro y

sereno, y el alba no se retrasa, sino que avanza bella y esplendorosa.»

La nueg vai e 'l jorn ve
ab temps clar e seré,
e l' alba no 's reté,
ans ve belha e complia.

En las páginas de esta obra se encontrarán ejemplos de estos diversos géneros de albada, no pudiéndose por desgracia copiar algunas á causa de su gran libertad de expresion.

IX.

PREZICANA.—DANZA.—BALADA.—ESCONDIG.—SEXTINA.—FÁBULA.—EPÍSTOLA.

Tales eran los géneros más comunes de la poesía provenzal, pero habia muchos otros que, áun cuando de uso ménos frecuente, no dejaban de tener su importancia, y demuestran la inmensa variedad y pródiga riqueza de aquella literatura.

Habia la *Prezicanza* para la cruzada y el sermon moral; la *Retroencha* ó coplas con estribillo; la *Danza* y la *Balada*, que eran cantos de danza; el *Escondig*, en que el trovador se defendia de falsas interpretaciones, siendo modelo en este género uno de Beltran de Born que hallaremos en su lugar respectivo; el *Comiat* ó canto de despedida; el *Torney*, canto de torneo, y otros muchos de enojosa enumeracion.

No hay, sin embargo, que olvidar ni las *Novas*, ni los *Essenhamens*, ni las *Epístolas*, ni, sobre todo, los poemas épicos, es decir, los *Romances*, á más de la *Fábula* y de la *Sextina*.

La *Sextina* pasa por ser invencion de Arnaldo Daniel, que, por lo ménos, la perfeccionó. Era una obra de arte, mejor dicho, de artificio, y que, por consiguiente, debia resentirse de falta de naturalidad y sencillez, dotes cáracterísticas de la poesía provenzal.

Consistia la *Sextina* en seis estancias con repeticion de las mismas rimas ordenadamente escalonadas, y en una *tornada* de tres versos, donde se hacian entrar las seis palabras consonantes de la composicion.

Era un género verdaderamente pueril, que, sin embargo, imitó el Petrarca, tratando de darle carta de naturaleza en la literatura italiana, lo cual no pudo conseguir por fortuna. Para que se forme idea de lo que era la *sextina* provenzal, copio á continuacion la que se halla en las obras de Petrarca, imitada fielmente de aquélla, la cual será para la generalidad de los lectores más comprensible que la misma de Arnaldo Daniel *Lo ferm voler que 'l cor m' intra*, confusa, oscura, y de difícil, sino imposible traduccion.

En la siguiente, de Petrarca, están minuciosamente observadas todas las reglas de las *sextinas* provenzales, y dan de éstas una idea perfecta:

SEXTINA.

A qualunque animale alberga in *terra*,
se non se alquanti c' hanno in odio il *sole*,

tempo da travagliare è quanto è 'l *giorno;*
ma poi ch' il ciel accende le sue *stelle,*
qual torna a casa, e qual s' annida in *selva*
per aver posa almeno infin all' *alba.*

Ed io, da che comincia la bell' *alba*
a scuoter l' ombra intorno della *terra*
svegliando gli animali in ogni *selva,*
non ho mai triegua di sospir col *sole;*
poi, quand' io veggio fiammeggiar le *stelle,*
vo lagrimando e desiando il *giorno.*

Quando la sera scaccia il chiaro *giorno,*
e le tenebre nostre altrui fann' *alba,*
miro pensoso le crudeli *stelle,*
che m' hanno fatto di sensibil *terra,*
e maledico il dì ch' i' vidi 'l *sole:*
che mi fa in vista un uom nudrito in *selva.*

Non credo che pascesse mai per *selva*
sì aspra fera, o di notte o di *giorno;*
come costei ch' i' piango all' ombra e al *sole,*
e non mi stanca primo sonno, od *alba;*
che, bench' i' sia mortal corpo di *terra,*
lo mio fermo desir vien dalle *stelle.*

Prima ch' i' torni a voi, lucenti *stelle,*
o tomi giù nell' amorosa *selva*
lassando il corpo, che fia trita *terra,*
vedess' io in lei pietà: ch' in un sol *giorno*
può ristorar molt' anni, e 'nnanzi l' *alba*
puommi arrichir dal tramontar del *sole.*

Con lei foss' io da che si parte il *sole,*
e non ci viddraless' altri che le *stelle;*
sol una notte; e mai non fosse l' *alba*
e non si trasformasse in verde *selva*
per uscirmi di braccia, come il *giorno*
che Apollo la seguia quaggiù per *terra.*

Ma io sarò sotterra in secca *selva,*

e 'l giorno andrà pien di minute *stelle*,
prima ch' a sì dolce alba arrivi il *sole*.

Para dar á conocer la *Fábula* provenzal bastará citar una, notabilísima por cierto, de Pedro Cardinal.

En los manuscritos se titula *Sermons*, y es, en efecto, sermon respecto á la enseñanza moral que en ella se encuentra; algunos la ponen entre las *Novas* y los *Esnehamens*, pero el autor, con más criterio, la llama *faula*, fábula, en el verso 49.

Hé aquí su traduccion literal:

«Hubo una ciudad, no sé cual, donde cayó tal lluvia, que todos los habitantes á quienes mojó, perdieron el juicio. Todos se volvieron locos excepto uno sólo que se estuvo durmiendo en su casa miéntras cayó la lluvia. Cuando despertó y salió de casa habia ya dejado de llover.

» Al encontrarse en la calle solo, vió á sus conciudadanos entregados á todo género de locuras. Si el uno iba vestido, el otro iba desnudo; uno escupia al cielo, otro tiraba piedras; éste arrojaba dardos, aquél rasgaba sus vestidos; los unos pegaban á los que á su paso se oponian, los otros empujaban.

» Uno habia que se creia rey y se presentaba con imperio, y otro que iba dando saltos, como si salvara zanjas. Miéntras que unos amenazaban y blasfemaban, otros lloraban y reian; éste hablaba sin saber lo que se decia, aquél estaba constantemente gesticulando.

» El que permanecia con su buen juicio se maravillaba mucho de ver todo aquello, comprendiendo que es-

taban locos. Miraba á todos lados para ver si tropezaria con un hombre cabal, pero no veia á ninguno. Lo más raro era que si él se sorprendia de ver á los otros en tal estado, los demás se asombraban de verle á él con cabal juicio.

» Creyeron que habia perdido la razon por lo mismo que no le veian hacer lo que ellos; cada uno se creia sensato y le tomaron á él por el loco.

» Entónces el uno le abofetea, el otro le maltrata, y dan con él en el suelo: éste le empuja, aquél le pisotea, el otro lo rechaza. Trata de escapar, pero el uno le detiene, el otro le golpea, el otro rasga sus vestidos. Cae y se levanta, y levantándose y cayendo, huye hácia su casa á la cual llega roto, despedazado, lleno de lodo y de cardenales, medio muerto, pudiéndose librar á duras penas de manos de sus perseguidores.

» Esta fábula es la imágen del mundo y de sus habitantes. Este mundo es la ciudad llena de locos. La mejor prueba de razon en el hombre es el amor y el temor de Dios y la obediencia á sus preceptos. Pero esta cordura se ha perdido ya. Aquí ha caido la lluvia tambien. El mundo todo ha sido invadido por la codicia, el orgullo y la maldad, y si se halla por ventura á un hombre que honre á Dios, los demás le miran como loco, le maltratan y le humillan, porque no piensa como ellos y porque el sentimiento del amor de Dios les parece una locura. El amigo de Dios, en cualquier sitio en que se halle, reconoce que son todos unos insensatos porque han perdido el sentimiento de Dios, pero

ellos, por su parte, le miran como loco porque ha abandonado la cordura del mundo.»

Una cieutat fo, no sai quals,
on cazet una plueia tals
que tug l' ome de la cieutat
que toquet, foron dessenat.
Tug dessenero, mas sol us;
aquel escapet e non plus,
que vac dins una maizó
on dormia, quant aço fo:
aquel levet, quant ac dormit
e fon se de ploure gequit,
e venc foras entre las gens
on tug feiron dessenenamens...

¿No pudiera ser que esta fábula del trovador provenzal fuese conocida de nuestro admirable poeta castellano D. Juan Ruiz de Alarcon, y le hubiese inspirado aquel delicioso cuento que en el *Exámen de maridos* pone en boca del criado de D. Fadrique?

Júzguese si no.

La doña Inés de la comedia de Alarcon, dispuesta á casarse, quiere escoger marido, no por amor, sino por exámen. Al intento anuncia concurso y fija las condiciones de los pretendientes. El marqués D. Fadrique se coloca entre éstos, sigue el hilo de la gente y quiere examinarse tambien, áun cuando califica todo ello de locura. Aprueba semejante resolucion su criado, valiéndose de este cuentecito, que trata de muy discreto y pro-

fundo el experto biógrafo y comentarista de Alarcon D. Luis Fernandez Guerra y Orbe:

Un aguacero cayó
en un lugar, que privó
á cuantos mojó, de seso;
y un sabio que por ventura
se escapó del aguacero,
viendo que al lugar entero
era comun la locura,
mojóse y enloqueció,
diciendo: ¿En esto qué pierdo?
Aquí donde nadie es cuerdo,
¿para qué he de serlo yo?

La *Epístola*, como entre los latinos, abrazaba toda clase de asuntos, pero los textos más generalmente adoptados eran los relativos á la religion y á la moral. En este último caso la *Epístola* tomaba el nombre de *Essenhamen*. Las mejores composiciones de este género llegadas hasta nosotros son las de Arnaldo de Marsan y Amaneo des Escás, que podrán verse en los artículos correspondientes á estos dos trovadores.

X.

NOVAS.—ROMANS.—LEYENDAS.—OBRAS DIDÁCTICAS.

La *Nova* era la novela ó el cuento en verso, que tomó orígen al parecer de esas fábulas ó cuentos traidos

del Oriente por los héroes de las Cruzadas. Las *Novas* eran para los trovadores historias maravillosas, cuentos entretenidos ó alegorías galantes.

Entre las más notables hay que contar las de Ramon Vidal de Besalú, singularmente *el celoso castigado*, que se puede leer en el artículo á dicho trovador concerniente, y la *Alegoría del Amor*, de corte verdaderamente oriental, que ha venido siempre atribuyéndose á Pedro Vidal, pero que no deja de haber probabilidades fundadas para creerla de Pedro Wilhem ó Guillem.

Parece que el mejor novelista conocido fué Elías Fonsalada. Se le cita al ménos como autor de *Novas*, más bien que como trovador. *No bon trobaire, mas noellaire fo*, dicen las *Vidas de los trovadores*.

Hé aquí una *Nova* de un trovador provenzal desconocido, que, imitada por un trouvère francés del siglo XIII, figura entre los cuentos y *fableaux* clásicos de aquella nacion:

«Un padre casó á su hijo y le dió toda su fortuna. Quedóse á vivir el padre con los recien casados, y así pasaron dos años, al cabo de los cuales, nació un hijo de aquel matrimonio.

»Fueron luégo sucediéndose los años, uno tras otro, hasta catorce. El abuelo, valetudinario, ya no podia andar sino apoyado en su baston, y se habia conquistado la aversion de su nuera, la cual era orgullosa, y decia á cada paso á su marido:

»—Yo me voy á morir si vuestro padre continúa viviendo con nosotros. No puedo sufrirle por más tiempo.

»El marido se fué á encontrar á su padre y le dijo:

»—Padre, salíos de casa. Ya os hemos mantenido por espacio de doce años ó más. Idos á donde querais.

»—Hijo, no me eches de la casa. Soy viejo, estoy enfermo, y nadie me querrá. Por el poco tiempo que para vivir me queda, no me hagas esta afrenta. Me contento con que me des un poco de paja y un rincon para tenderme.

»—No es posible. Idos. Mi mujer lo quiere.

»—Que Dios te bendiga, hijo mio. Me voy, pues que así lo quieres, pero al ménos dame una manta para abrigarme, pues voy muerto de frio.

»El marido llamó á su pequeño hijo.

»—Baja al establo, le dijo, y dale á tu abuelo una manta de los caballos con que pueda abrigarse.

»El niño se bajó al establo con su abuelo, escogió la mejor manta de los caballos, la mayor y la ménos vieja, la plegó por mitad, y haciendo que su abuelo sostuviera una punta, comenzó á cortarla en dos, sin hacer caso de lo que el anciano le decia.

»—¿Qué has hecho, niño? le dijo el abuelo. Tu padre queria que me la dieses entera. Voy á quejarme á él.

»—Haced lo que gusteis, contestó el muchacho.

»El viejo sale del establo y buscando á su hijo, le dice :

»—Tu hijo no ha cumplido tu órden. No me ha dado más que la mitad de una manta.

»—Dásela por entero, le dice el padre al muchacho.

»—No por cierto, contestó el chico. La otra mitad

la guardo para dárosla á vos cuando yo sea mayor y os arroje de casa.

» El padre al oir esto llamó al abuelo, que ya se marchaba.

» —Volved, volved, padre mio, le dijo. Os hago señor y dueño de mi casa, lo juro por San Pedro. No comeré yo un pedazo de carne que vos no hayais comido otro. Tendreis un buen aposento, un buen fuego y vestidos como los que yo llevo. »

Estas eran las *Novas* en la literatura provenzal.

Por lo que toca á los *Romans*, no se ha dicho aún, y tardará mucho en decirse todavía, la última palabra sobre ello.

Asunto es el de las epopeyas provenzales que ha de dar lugar á más detenido exámen en esta obra misma, pero del cual hay algo que decir aquí, siquiera sea con brevedad suma y á grandes rasgos, para completar los géneros de la poesía provenzal.

Los trovadores no compusieron epopeyas, en el sentido y forma con que hoy las conocemos, sino lo que ellos llamaban *Romanz*, romances, es decir, cuentos, novelas, historias, pero en una forma que las apartaba de las *Novas*, dándoles carácter de obra más importante.

Diferenciábanse de estas últimas por su mayor extension, por ser el cuadro y el campo más vasto, por dar más vuelo á la imaginacion, y por la naturaleza del asunto, que por lo comun tenía relacion con algun punto histórico.

Los trovadores compusieron muchas de estas obras,

que son generalmente de una extension excesiva, las cuales pueden dividirse en tres clases, épicas, históricas y de imaginacion.

Entre las épicas hay que contar como principales las siguientes:

El *Romanz* de *Gerardo de Rosellon*. Pertenece al ciclo carlovingio y está compuesto de doce mil versos de diez sílabas. El autor anónimo ha tomado por asunto de este poema la rivalidad y largas querellas de un rey, que llama Cárlos Martel y parece debiera ser Cárlos *el calvo*, y del conde Gerardo de Rosellon, al cual da tambien el título de duque. Es una obra llena de curiosos episodios y detalles interesantes. En el héroe de este poema, sostenedor de una larga lucha contra el rey Cárlos, se ha querido ver personificada la resistencia opuesta por el Mediodía á las invasiones germánicas. Se calcula escrito á principios del siglo XII.

Fierabrás ó *Ferabrás*. Es un poema de cinco á seis mil versos alejandrinos, de doce sílabas, cuyo asunto es una guerra emprendida por Carlo Magno contra los sarracenos de España para rescatar las reliquias de la Pasion de Jesucristo, que estaban en poder de aquéllos. Fierabrás es el héroe sarraceno del poema, y Rolando, Olivier, Otger el danés y Ganelon los personajes cristianos. Se cree que es de principios del siglo XIII. Su autor ha quedado desconocido.

Filomena. Es un poema en prosa, y pertenece tambien al ciclo carlovingio. El nombre que lleva el *romans* es el del autor, que parece haber sido un cierto Filomena, historiador de Carlo Magno. Trata solo del mo-

nasterio de Nuestra Señora de la Grassa, que supone fundado por Carlo Magno, de las historias maravillosas de los primeros tiempos del monasterio, del sitio de Narbona, durante el cual los monjes resisten el poder de los sarracenos, de las hazañas de Rolando y de las victorias de Carlo Magno.

Entre los poemas ó *romans* de género histórico hay que mencionar:

La cancion de la cruzada contra los herejes y albigenses, de la que no pocas veces me habré de ocupar en este libro, y muy particularmente al hablar de Guillermo de Tudela, que es uno de sus dos autores.

La guerra civil de Pamplona, de que se hablará tambien más extensamente en el artículo relativo á su autor, Guillermo Anelier de Tolosa.

Los *romans* de imaginacion fueron los que más predilectamente se cultivaron por los trovadores, y entre ellos hay algunos verdaderamente notables y verdaderamente superiores.

Debe ser colocado entre los primeros de este género el *romans de Jaufre*, Jofre ó Godofredo, y *Brunisenda*, que no contiene ménos de diez mil versos. Es un verdadero romance de caballería, y pertenece al ciclo de los de la Tabla Redonda. Sus autores, pues son dos segun se dice al final, desconocidos para la posteridad, lo dedican al jóven infante de Aragon D. Pedro, que fué despues *el de Muret*. Es una narracion caballeresca, en la cual abunda lo maravilloso, que tiene realmente mérito, y que es importante por su galanura, su riqueza de invencion, sus aventuras contadas con arte y con in-

genio, y tambien por algunos curiosísimos detalles de fiestas y combates.

Al mismo ciclo de la Tabla Redonda pertenece tambien el *romans* de *Blandin de Cornouailles y de Gillot Ardit de Miramar*, que es una relacion de aventuras singulares y maravillosas. Los dos caballeros Blandin y Ardit, héroes del poema, luchan con gigantes y dragones y llevan á cabo portentosas y sobrenaturales hazañas para penetrar en castillos encantados y librar á bellas cautivas con quienes al fin se casan.

Flamenca es el nombre de otro poema, y tambien el de su heroina, cuyo poema sólo incompleto ha llegado hasta nosotros, pasando, áun así, de ocho mil versos. Todo lo que de él existe lo ha publicado con gran esmero, acompañado de una esmerada traduccion al francés, una introduccion, notas y glosario, el inteligente Pablo Meyer, que ha prestado impagables servicios á las letras provenzales.

Flamenca, cuyo autor es tambien desconocido, es una verdadera novela de costumbres del siglo XIII, y está llena de encantadoras descripciones de fiestas, torneos, bailes, banquetes, etc.

No son éstos solos los poemas que enriquecen aquella literatura. Existen algunos otros, y hubo muchos más que no han llegado hasta nuestros tiempos. Por las memorias de la época y las citas de los trovadores, se ve que existian un *Rinaldo* ó *Renato* y un *Lancelote*, escritos por Arnaldo Daniel; los *romanz de Floris* y *Blancaflor* y de *Seguin* y *Valenza*; el de *Andrieus de Francia*, atribuido á Pons de Capdeuil; el de *Tristan* é *Iselda*, y

muchos otros que han desaparecido, como han desaparecido tambien la *Fantasmagoría del paganismo*, de Arnaldo Daniel; la *Historia de la casa de Aragon en Provenza*, de Sordel el mantuano; la *Guerra de Baucio*, de Elías de Barjols, y las *Vidas de los tiranos*, de Guido de Uzés.

Entre las obras en prosa queda la historia maravillosa *de la bella Magalona*, escrita ántes del siglo XII por Bernardo de Traviez, canónigo de Magalona.

En cuanto á las obras de otra clase, los poemas didácticos y religiosos son en gran número.

Las hay legendarias, científicas, morales, ascéticas; hay grandes enciclopedias, como *El tesoro*, de Pedro de Corbian, que contiene sobre mil versos alejandrinos, y el *Breviario de Amor*, de Manfredo Ermengaud, que contiene de treinta á cuarenta mil de diez sílabas. De ambas se habla en los artículos de sus autores.

Entre los poemas científicos de mayor ó menor extension, no deben olvidarse las instrucciones á los juglares, por Guillermo de Cabrera y Giraldo de Calansó; el memorial al rey D. Alfonso X de Castilla acerca de los trovadores, por Giraldo Riquier; el poema sobre la caza al vuelo, que contiene cerca de cuatro mil versos, por Deudes de Prades.

Entre las obras morales, el poema sobre la *Vida de Boecio*, de autor desconocido; las *Lecciones de sabiduría*, de Arnaldo de Marveil; los *Principios de moral*, de Beltran Carbonell, de Marsella; las *Reglas de la vida*, de Nat de Mons; el poema *contra los abusos del mundo*, de Folquet de Lunel; una especie de *Espejo de nobleza*,

de Arnaldo de Marsan; las *Enseñanzas*, de Amaneo des Escás; las *Cuatro virtudes cardinales*, de Deudes de Prades; el *Libro de Séneca*, de un poeta desconocido, etc.

Entre las religiosas son infinitas. Las vidas de los santos y las leyendas de los monasterios prestaron ancho campo á los trovadores.

Basta esto para demostrar la fuerza, la riqueza, la vida que tuvo aquella literatura provenzal, digna ciertamente de haber encontrado en España mejor y más autorizado historiador que el que esta obra escribe.

DEL ESTILO Y ESCUELAS

DE LOS

TROVADORES.

En su importante estudio sobre la historia de la literatura catalana, dice Camboulin, hablando de los trovadores, que en aquella sociedad «caballeros y poetas, ocupándose de amor, soñando de amor y de amor viviendo, no tardaron en agotar el tema, y que entónces los trovadores, para huir de la monotonía, se arrojaron en el camino de lo rebuscado, lo pretencioso y lo sutil.»

No es esto rigurosamente verdad, pero algo hay de ello.

Prescindiendo de que, en mi sentir, el tema de amor no llegó á ser agotado nunca por los trovadores, que cada dia, con más frescura de ideas y más originalidad, hallaban siempre algo nuevo que decir, es, sin embargo, cierto, y debe darse cuenta de ello para más perfecta inteligencia de esta obra, que el mal gusto de la Edad-media y ciertas corrientes é influencias semi-bárbaras pusieron en moda una manera de componer muy ex-

traña que se llamaba *trobar clus*, es decir, trovar cerrado, cubierto, oscuro.

Esto hizo nacer naturalmente un modo de trovar en sentido opuesto, diametralmente contrario; y desde entónces se distinguieron dos géneros, dos maneras de trovar.

El *trobar clus*, que tambien se llamaba *car*, era el sabio, el refinado, el sutil, el inteligible sólo para los ingenios cultos y al corriente del movimiento literario en boga.

El *trobar leu*, *leugier*, *plan*, era el sencillo, el natural, el fácil de comprender áun para el vulgo.

Se ha querido suponer, y así lo dice y explica en sus *Trovadores* Eugenio Baret, que hubo cinco centros, cinco escuelas de trovadores: la de Aquitania, la de Auvernia, la de Rodez, la de Languedoc y la de Provenza.

La de Aquitania estaba subdividida en tres, que eran: la escuela llamada lemosina, la de Gascuña y la de Saintogne.

La del Languedoc en otras tres, que eran: la de Tolosa, la de Narbona y la de Beziers.

Y la de Provenza en otras tres tambien: la llamada de provenzales propiamente dichos, la de Viena y la de Montferrat.

No encuentro que sean muy necesarias estas divisiones y subdivisiones, que más bien confunden y perturban en el estudio de la literatura provenzal; en realidad de verdad, puede decirse que habia tantas escuelas como señores bastante poderosos para tener corte y casa

abierta, y bastante ilustrados para agrupar en torno suyo á los trovadores y darles proteccion. Si se aceptara la distincion de escuelas establecidas por Baret, forzoso sería, por lo ménos, reconocer una escuela más, la catalana, que, aunque agregada á la provenzal propiamente dicha, tiene carácter propio, fisonomía especial, y un grupo verdaderamente importante de trovadores con los reyes de Aragon Alfonso *el Casto* y los dos Pedros poetas, Guillermo de Bergadá, Hugo de Mataplana, Ramon Vidal de Besalu, Guillermo de Tudela, Arnaldo el catalan, Olivier el templario, Guillermo de Cervera, Guillermo de Mur, Serveri de Gerona, Amaneo des Escás, Pons Barba, Mola, el conde de Ampurias, Berenguer de Palasol, Guillermo de Cabestany, el conde de Provenza, Pons de Ortafá, Bistors, Fromit y muchos otros trovadores que forman en la literatura provenzal el grupo numeroso y brillante de la escuela catalana.

Lo que, para mí al ménos, se define clara y sencillamente es, si no la diferencia de escuelas, la diferencia manifiesta de *trovar* que se halla entre los trovadores oriundos de las comarcas que se extienden hácia el Norte y los de aquéllas que descienden hácia el Mediodía. Y esto se nota principalmente con los dos géneros ó los dos estilos de que se ha hablado.

Entre los trovadores de la region que mira al Norte estuvo en moda y llegó á echar raíces el *trobar clus*. No así entre los trovadores de la region más meridional. A medida que iba descendiendo hácia el Mediodía, el *trobar plan*, la naturalidad y la sencillez era lo que impe-

raban. Allí las canciones sutiles y refinadas; aquí, llegando hasta el Rosellon y Cataluña, las frescas *albadas*, las alegres *pastorelas* y tambien los más duros y enérgicos *serventesios*.

Hubo, pues, en la literatura provenzal algo parecido al gongorismo de la literatura castellana. Los trovadores tuvieron tambien, y ántes que los castellanos, su Góngora en Arnaldo Daniel.

Nadie tan celebrado como Arnaldo Daniel, aquel á quien Dante proclamó el primer artífice de la materna lengua,

> miglior fabro del parlar materno;

aquel á quien el Petrarca ensalza sobre todos, llamándole

> Arnaldo Daniello,
> gran maestro d' amor, ch' alla sua terra
> ancor fa onor col dir polito e bello;

y, sin embargo, aquel Arnaldo Daniel, así glorificado por los dos poetas más grandes del mundo moderno, fué, teniendo este mismo punto de contacto con el castellano Góngora, si el primero ó uno de los primeros trovadores, el que más contribuyó á corromper su literatura, siendo en ella el introductor del mal gusto. Sucedió precisamente con él en la literatura provenzal lo que más tarde con Góngora en la castellana.

Por desgracia, desconocemos lo mejor de Arnaldo Daniel, lo de su primera época, miéntras que lo bueno

de Góngora, lo de su primera época tambien, vive... y vivirá.

Lo que de Arnaldo Daniel se ha podido salvar y llegar hasta nosotros, pertenece en gran parte á su segunda época; muchas de sus canciones son difíciles, cuando no imposibles, de traducir, por su oscuridad, por su estilo afectado, por sus refinamientos y sutilezas, por el uso de sus rimas ricas, *caras rimas*, que manejó con un estudiado artificio que llega á hacer sus composiciones ininteligibles y empalagosas. No es de seguro á esto á lo que debe el haber sido saludado como el primero de los poetas provenzales por el Dante y el Petrarca.

La escuela tuvo partidarios, como la tienen todas las aberraciones del espíritu humano. Muchos trovadores siguieron por la mala senda del *trobar clus*, no sin que hubiera tambien otros que enérgicamente se rebelaran contra el género y contra la moda y trataran de hacer oir la voz de la razon y del buen sentido á los que tan desacertadamente intentaban llevar á la poesía por errados y falsos derroteros, teniendo como mérito el no ser comprendidos.

«Yo no escribo para los necios, cuya opinion desdeño,» decia el trovador Lignauré en una *tension* con Giraldo de Borneil.

»En la obra se conoce el artífice, dice Bartolomé Giorgi, y por mis canciones se puede ver todo lo que valgo en el arte de hacer versos *sutiles*.»

Giraldo de Borneil, llamado con más propiedad que Arnaldo el maestro de los trovadores, compuso en *rimas caras* y comenzó á dejarse influir por el mal gusto,

pero no tardó en reconocer su error y en apartarse de este género falso y ridículo, que condenó en una de sus canciones.

«Yo podria, dice, componer mi canto con palabras cubiertas,

bel saupra plus cubert far,

pero un canto no tiene mérito perfecto si no es entendido de todo el mundo. Poco me importa que me critiquen. La verdad es que me doy por dichoso cuando oigo que las muchachas cantan mi cancion yendo á la fuente.»

Otro trovador de mérito, Ramon de Miraval, clama contra el *trobar clus* que llama grosero. «Nunca mereció, dice, ni premio ni alabanza el trovar oscuro y grosero.»

Anc trobar clus ni braus
non dec aver pretz ni laus.

Pero ninguno se expresa con tanta energía ni con tan buen sentido como Lanfranc Cigala.

«Yo sabria perfectamente, dice, si me empeñara en ello, escribir versos sutiles y refinados, pero no me gusta componer más que cantos que sean claros como el dia. ¿Qué significa una ciencia que no esté iluminada por la luz? Comparamos la oscuridad á la muerte, y la vida á la claridad. El que me trate por esto de poeta vulgar é insensato, no hallará cuatro de cada mil que sean de su opinion, y tendrá que sucumbir á la vergüenza de su propia locura, porque es un absurdo y

una falta de buen sentido el consagrarse á hacer versos oscuros. Esto es empeñarse en sacar agua turbia de un manantial claro.»

Por fortuna, ya queda dicho, el género no alcanzó gran éxito, y los trovadores, particularmente aquellos de las comarcas que más se iban aproximando al mar, esa fuente eterna de poesía, de belleza y de naturalidad, rechazaron la escuela como errónea, falsa y corruptora.

DE LA POESÍA PROVENZAL

EN

CASTILLA Y EN LEON.

I.

No faltan autores de respetabilidad y de nota que contra lo generalmente estatuido desde D. Iñigo Lopez de Mendoza en su célebre *Carta al Condestable de Portugal*, hasta D. Ignacio Luzan y D. Leandro Fernandez Moratin, niegan rotundamente que la poesía castellana tenga contraidas deudas de ninguna clase, ni relativamente á su orígen, ni respecto á su influencia, con la literatura provenzal ó lemosina.

Otros, en cambio, afirman que Castilla, no ménos que Portugal y Cataluña, sometida á la ley general de atraccion que tenía por centro á Provenza, hubo de aceptar la influencia de la escuela provenzal, que precisamente en tierra castellana es donde se hizo sentir más inmediatamente y por más tiempo, donde sus teorías se establecieron con más autoridad, donde, en fin, su inspiracion fué más sensible y más se ha prolongado,

hasta llegar á los tiempos mismos de la *Diana* de Gil Polo y de *El Desden con el Desden* de Moreto.

No he de terciar en esta cuestion. Voy tan sólo, siguiendo la tradicion de mi vida, á allegar materiales para que otros construyan.

La poesía castellana podrá no ser hija de la provenzal, no lo discuto, pero es preciso reconocer en ella su influencia, por lo ménos de lo ménos.

El provenzal ó lemosin, ó quizá mejor catalan,—para mayor inteligencia en este punto concreto,—era una lengua literaria perfectamente conocida y hablada en las córtes de Castilla y de Leon por todos los doctos y por todos aquellos que en dichas córtes gustaban de los cantos de trovadores y juglares. Allí pasaban éstos desde Cataluña, Gascuña y Provenza, y allí iban con ellos los aires y cantos provenzales, que nunca, en ninguna parte, ni siquiera en Cataluña, fueron tan aplaudidos y celebrados como en Castilla, lo mismo que nunca tampoco en ninguna, ni en Cataluña siquiera, fueron más honrados los trovadores provenzales ni con más empeño protegidos.

Yo sé bien que esto que digo, principalmente lo último, será extraño y nuevo para muchos, pues creo que por nadie, ántes de ahora, se dijo; pero sé tambien que nada adelanto que no sea fruto de largos y detenidos estudios y de convicciones profundamente arraigadas, nacidas de algun conocimiento de la historia, de los manuscritos, de las poesías y de las biografías de los trovadores. En este mismo capítulo más concretamente, y en las páginas de esta obra con más exten-

sion, se hallarán las pruebas y documentos de cuanto avanzo.

La noticia más antigua que existe en Castilla de músicos y juglares se remonta á las bodas de las hijas del Cid; pero no debe olvidarse que el Cid habia estado ya en Cataluña, cuyos usos y costumbres conocia, y en la corte de los condes de Barcelona, con uno de cuyos príncipes, el jóven Ramon Berenguer III, casó á su hija María Roderic ó Rodrigo; como no debe olvidarse tampoco, ántes por el contrario, tenerse en cuenta, que ya entónces se habian propagado por todas partes, en alas de su fama, los cantos provenzales del duque Guillermo de Poitiers, si el primero de los trovadores de quien quedan obras escritas, no seguramente el primero en cultivar aquella poesía destinada á esparcirse por todas las córtes del mundo.

La música y poesía vulgar se cultivaban en Galicia, Portugal y Castilla en el siglo XI, siglo del Cid y de Guillermo de Poitiers, y á aquellas córtes, como habia sucedido con la misma de los árabes, debieron llevar los juglares de vida errante y vagabunda el gusto de los cantos provenzales, extendidos ya por todo el que hoy es Mediodía de la Francia y por Cataluña. Y esos trovadores que iban y venian por todas partes, y esos juglares, sobre todo, que prolongaban sus arriesgadas correrías hasta penetrar en la corte de los árabes, sembraban con sus aires y cantos de Provenza, semillas que no debian perderse todas ciertamente y que no es aventurado creer que en algunas partes arraigaran, produciendo su fruto. En el que cita el Sr. Amador de los

Rios como primer monumento de la literatura castellana, en el *Libro de los Reys d'Orient*, algo, si bien se examina, algo, así en el título como en el texto, en la construccion, en la frase, en las palabras mismas, algo puede encontrarse que recuerde el provenzal ó el catalan de aquellos tiempos.

De todas maneras, lo que no puede negarse es que la influencia provenzal ó catalana se percibe ya en Castilla entre mediados y últimos del siglo XI, la época de Guillermo de Poitiers; y que de entónces en adelante se encuentran constantemente en aquella corte huellas, vestigios y noticias de trovadores provenzales, honrados allí y protegidos como no lo fueron de seguro en otra parte. Quizás más que en Aragon y en Cataluña, se ve á los trovadores provenzales en Castilla privar con el monarca, ser llamados á sus consejos, brillar en su corte, influir con sus *serventesios* en la política del reino, alcanzar popularidad y prestigio, recibir hospitalidad espléndida y proteccion decidida, intervenir en los asuntos privados del monarca, pasar algunos gran parte de su vida y quedarse otros á terminar allí sus dias, colmados todos de honores, de mercedes y de títulos. Quizá tambien más que en Aragon y en Cataluña, encontramos en los dominios castellanos cultivadores de la poesía reconocidos por tales en instrumentos públicos, lo cual demuestra que ya en aquellos siglos, en la noble y hospitalaria Castilla, eran consideradas las letras y no causaba extrañeza alguna la denominacion de *juglar*, *trovador* ó *poeta* que usaban, no sin vanagloria y como especie de

título profesional, los que al arte de la poesía vivian consagrados.

Efectivamente, en el privilegio de confirmacion del *Fuero de los francos*, dado por D. Alfonso VII en Búrgos á 8 de las Kalendas de Mayo de 1136, entre las firmas de varios señores del reino se halla la de un juglar llamado Palea, en estos términos: *Pallea*, *juglar*, *confirmant*. En una escritura de Aguilar de Campo, fechada en 1161, cuyo documento posee hoy la Real Academia de la Historia, y que es una carta de venta otorgada por *don Armigoth filius dona Maria de Almenar* al abad Andrés, figura entre los firmantes el nombre de *Gomez*, TROVADOR. Finalmente, en otra escritura fechada en Uclés á 3 de Marzo de 1203, por la cual el conde de Lara cede á los caballeros de Santiago el castillo de Carabanchel, se halla entre los firmantes el nombre de *Giliberto*, *poeta*, al que sigue la palabra *scripsit*, como para demostrar que fué tambien el redactor del documento (1).

---

(1) Amador de los Rios en su excelente *Historia crítica de la literatura española*, tomo II, ilustracion VI. Algunos de los datos que aquí se continúan los hallé tambien en la notable *Historia de la música española* de D. Mariano Soriano Fuertes, ó me fueron proporcionados por su propio autor, noble y buen amigo á quien en la época de mi emigracion, cuando yo recogia estas noticias, debí favores inestimables que pertenecen al género de los que no se olvidan, y cuyo testimonio de gratitud me complazco en consignar aquí como recuerdo.

II.

Frecuentes eran ya las relaciones de Cataluña con Castilla en el siglo xi y frecuentes los enlaces de familia. Casi al mismo tiempo que se celebraban las bodas del jóven conde de Barcelona, Ramon Berenguer III, con una hija del Cid, tenian lugar las de María de Valladolid, hija de Pedro Anzures, con el conde Armengol de Urgel, llamado el de *Moyeruca*, ó mejor *el de las aldabas*, por la nombradía que hubo de darle la hazaña de haber arrancado las que habia en las puertas de Córdoba, trasladándolas á Valladolid, cuyo señor era en aquel entónces su suego Peranzures ó Pedro Anzures.

Á estos enlaces siguió uno, ya entrado el siglo xii, que debia tener más importancia y ejercer mayor influencia. Sobre los años de 1128, D. Alfonso VII, llamado *el Emperador*, casó con Berenguela, hermana del conde de Barcelona, Ramon Berenguer IV. Dícese que fué esta reina ó emperatriz señora de extraordinaria hermosura y de singulares virtudes, tanto, que los montañeses de Leon han conservado como manera de ponderar el mérito de una mujer la frase de *es una Berenguela*, en memoria de las dotes altísimas que adornaban á aquella princesa.

Si puede darse crédito, que sí puede y debe darse, á unas *efemérides* que hace más de quince años publicó en un periódico catalan D. Mariano Flotats, entendido

y celoso oficial del archivo de la Corona de Aragon, entre cuyos libros y papeles vió trascurrir su laboriosa vida, aquella hija de los condes de Barcelona pasó á Castilla á celebrar sus bodas con grande y lujoso acompañamiento *del que formaban parte trovadores y juglares*. No parece que Berenguela olvidára las usanzas de su patria, «más culta entónces que los países centrales de España,» segun el sabio Milá; y si es cierto, como cuentan los cronistas castellanos, que era aquella princesa mujer de singular ingenio, muy perfeccionada en las letras y en la música; y si lo es tambien lo que en las citadas *efemérides* se dice relativamente á las damas barcelonesas, caballeros catalanes, pajes, trovadores y juglares (provenzales ó catalanes), que la acompañaron á Castilla y allí con ella quedaron, no es aventurado pensar, ciertamente, que influir pudiera aquel suceso en las costumbres de Castilla y en el cultivo en ella de la poesía provenzal.

Acredita de todos modos que la emperatriz Berenguela era aficionadísima á la música y á la poesía la siguiente anécdota, por más de un concepto memorable, que venerables y antiquísimos cronistas refieren y que ha sido aceptada y repetida, entre los modernos, por Lafuente y por Amador de los Rios.

Corria el año de 1139, y Alfonso VII estaba empeñado en el cerco del famoso castillo de Aurelia (Oreja), fortaleza que tenian los africanos á ocho leguas de Toledo. Una hueste numerosa de almoravides, que contaba más de treinta mil hombres, cayó en aquella ocasion sobre Toledo, y comenzó á expugnar sus torres y

muros. Hallábase la emperatriz en la ciudad y ocurriósele enviar á los caudillos musulmanes un embajador que en su nombre les dijera:

—«¿No veis que es mengua de caballeros y capitanes generosos guerrear contra una mujer, cuando tan cerca os espera el emperador? Si quereis pelear, id á Aurelia, y allí es donde debeis acreditar que sois valientes y hombres de honor.»

Oyéronlo los jefes sarracenos, y como al propio tiempo dirigiesen la vista al alcázar, y distinguiesen á Berenguela adornada con las vestiduras imperiales, circundada de damas que cantaban al són de tímpanos, cítaras y salterios, maravilláronse de aquel espectáculo, avergonzáronse, y movidos de un respeto galante y caballeresco, levantaron el cerco y se retiraron «sin honor y sin victoria.»

En el año 1154 hallamos tambien al conde de Barcelona en Toledo. Ramon Berenguer IV fué á visitar á su cuñado el emperador Alfonso en ocasion de la llegada tambien á Toledo del rey de Francia Luis *el Jóven*, que despues de repudiar á su primera esposa Leonor de Aquitania, habia casado con Constanza de Castilla, hija de Alfonso y Berenguela. El conde de Barcelona, siempre con referencia á las *efemérides* de Flotats, habia pasado á Toledo con tanto lujo y esplendidez, con tan gran corte y acompañamiento de caballeros, trovadores y juglares, que el rey de Francia quedó maravillado de ello.

Pero la intervencion patente y la influencia manifiesta de la poesía provenzal en Castilla y en el reinado de

Alfonso *el Emperador*, está en Marcabrú, trovador oriundo de la Gascuña, á lo que parece, y cuya vida ha quedado envuelta en la oscuridad y en el misterio, pero no tanto que no se pueda rastrear por sus propias composiciones su larga permanencia en Castilla y sus relaciones con Alfonso VII.

Á mucho ántes de 1147, época de la conquista de Almería deben atribuirse unos versos de Marcabrú en que se dirige á Castilla, Portugal y Barcelona, lo cual, cuando no otra cosa, demuestra de una manera clara y evidente que la lengua y la poesía de los provenzales eran conocidas y de uso comun en Castilla á principios del siglo XII, y por consiguiente, en la época á que, todo lo más, puede remontarse el *Libro de los reys d'Orient*, primer monumento de la literatura castellana.

«A Castilla y á Portugal no enviaré estos saludos, dice el trovador, pero Dios los salve y tambien á Barcelona, con lo cual no quedará perdido el valor.»

En Castella et en Portugal
non trametré aquestas salutz,
mas Deus los sal
et en Barsalona altretal
e neis las valors son perduts.

El *saludo* en los primitivos tiempos de la poesía provenzal, era un género de composicion como el *serventesio*, la *albada*, etc.

Parece desprenderse de estas líneas que no era aquella la vez primera que el poeta enviaba su *saludo* á Castilla, á Portugal y á Barcelona, en cuyos puntos el nom-

bre del trovador debia ser conocido, sino popular; pero de todas maneras, estas líneas son la prueba irrecusable de que el provenzal tenía ya carta de vecindad en la corte castellana.

Alfonso VII, de acuerdo con su cuñado el conde de Barcelona, proyectaba por aquellos tiempos la expedicion de Almería, y buscaba alianzas con los franceses y los barones provenzales á fin de realizar aquella gran empresa, que tanta gloria debia reportar á las armas unidas de Castilla y Cataluña.

Comenzaba á ser entónces el canto del trovador, ó comenzó á ser en equella ocasion (en cuyo caso la gloria perteneceria por completo á Castilla), el medio y el conducto de que se valian los políticos para propagar una idea, para formar la opinion, para levantar el espíritu público, para hacer atmósfera, como hoy se diria, en favor de un plan, de un proyecto, de una empresa cualquiera. Con el canto del trovador sucedia entónces lo que hoy con la prensa. Aprendian los juglares el *serventesio* político que acababa de escribir el trovador, obedeciendo á propia ó ajena inspiracion, y esparciéndose por las córtes y castillos, al cantar el *serventesio* recientemente compuesto, llevaban á todos los centros de accion y de vida la idea germinadora, la simiente fecunda de un proyecto político, que se realizaba ó nó, segun las circunstancias y segun lo acogian mejor ó peor aquellos de cuyo apoyo se necesitaba para llevarle á cabo. Era esto hacer imperfecta, pero más artísticamente, lo que hoy se hace con el periódico diario, con el folleto, con el libro, al introducirlo en todas las casas.

Á éste recurso apeló Castilla á mediados del siglo XII, y ésta fué la mision encargada al trovador Marcabrú para levantar el espíritu de los barones franceses y provenzales en favor de la conquista de Almería.

Aun cuando bien pudo ser en Castilla mismo, no es posible averiguar cómo ni dónde compuso Marcabrú su canto de la *Piscina* (del *Lavador*), nombre emblemático de la cruzada que se proyectaba contra Almería y que se suponia deber lavar de culpas y pecados á cuantos en ella tomaran parte; pero es evidente, no puede quedar duda alguna, por el texto mismo de la poesía, que se compuso para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guiena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso de Leon y de Castilla.

Este canto, verdaderamente raro y original, pero enérgico, vigoroso, levantado, es uno de los primeros en su clase que se conocen, pues sólo algunos años más tarde aparecieron los rudos y salvajes *serventesios* de Beltran de Born. Si el canto de Marcabrú, escrito bajo la inspiracion de Castilla y para ayudar sus corrientes políticas, es, como se sospecha, la primera muestra y sin duda el modelo de los de su género, á Castilla y á su proyectada empresa de Almería pertenece la iniciativa de aprovechar la poesía provenzal y el canto del trovador como medio político de levantar el espíritu público en aquellos apartados tiempos.

Pax in nomini Domini.
Fes Marcabrús los mos e'l só;
auiatz que di...

«Paz en nombre del Señor. Marcabrú ha compuesto las palabras y el canto; oid lo que dice...»

Así comienza este canto singular.

El poeta se dirige en seguida á los países de la lengua de *oc* y les anuncia la cruzada de Almería, diciéndoles emblemáticamente que no hay ya que ir á Ultramar, allá hácia el valle de Josafat, para lavarse de culpas y pecados, puesto que el Señor ha dispuesto una *piscina* más cerca donde regenerarse puedan todos, donde acudir puedan cuantos amen la gloria, el honor, el júbilo y el deporte, ayudando en su empresa al *Emperador* (Alfonso VII) y al *Marqués* (Ramon Berenguer IV). Los que vengan á lavarse en la *piscina* serán honrados, glorificados y bendecidos por el Señor, dice el poeta; pero quedarán llenos de oprobio y de infamia aquellos que se nieguen á tomar parte en la causa de Dios. En la última estrofa se dirige principalmente á los señores de Poitou y de Guiena.

Éstos hubieron de permanecer sordos al canto del trovador, pero no así algunos señores de Occitania, pues á la *piscina*, como decia Marcabrú, acudieron, entre otros, al frente de aguerridas huestes, Guillermo de Baucio, señor de Marsella, Guillermo de Montpeller, aquel baron tan aficionado á la poesía provenzal que usaba un sello en el que se veia un trovador pulsando el laud, y Ermengarda de Narbona, aquella varonil y galante princesa que así presidia las córtes de amor, como acaudillaba sus gentes en la más sangrienta batalla.

Disgustado, empero, de ver que su canto no habia

tenido todo el éxito que esperaba, Marcabrú regresó á Castilla, segun aparece por otra de sus poesías escrita despues de la anterior. Todo induce á creer que si el canto de la *Piscina* no obtuvo gran resultado entre los barones del otro lado de los Pirineos, lo consiguió, sin embargo, completo en Castilla, donde Marcabrú debia tener popularidad y nombradía. Tan entusiasta por el emperador y por la empresa como descontento de los barones de allende el Pirineo, el poeta escribió un nuevo canto, que dirigió esta vez al rey y á los barones castellanos.

Es el que se hallará en el artículo relativo á Marcabrú, y que comienza:

Emperaire, per mi mezeis
sai quan vostra proeza creis.
No'm sui jes tardatz del venir,
que jois vos pais e pretz vos creis
e jovens vos ten baud e freis
que fai vostra valor doucir.

El poeta alienta al emperador, en quien cada dia crecen más la prez y la valía. Le incita á continuar la empresa de Almería, y le dice que es el escogido por el Hijo de Dios para vengarle del linaje de Faraon. «Aun cuando, dice, allende los puertos se nieguen los barones más ricos (¡así Dios no les deje gozar de sus riquezas!), con los de acá teneis lo bastante para la España y el sepulcro, y para rechazar á los sarracenos.» Sigue el trovador condenando la conducta de los que han sido sordos á su canto, les acusa de codicia, envidia y molicie;

insinúa la idea de que Alfonso podria vengarse de los barones de Poitou y de Berry haciéndoles tributarios suyos, y concreta todo su pensamiento en esta estrofa al monarca:

«Con la ayuda de Portugal (que, sin embargo, faltó á la empresa), y tambien del rey Navarro, con solo que Barcelona se vuelva hácia Toledo la imperial, seguros podremos gritar ¡Real! y derrotar la gente pagana.»

Ab la valor de Portugal
e del rei navar altretal;
ab sol que Barsalona's vir
ves Toleta l'emperial,
segur poirem cridar: Reial!
é paiana gens desconfir.

¿Podia, pues, no tener influencia el provenzal, cuando en este idioma se cantaban las empresas y glorias castellanas, y cuando con tan enérgicos cantos y tan patrióticos consejos se dirigian los poetas al monarca de Castilla?

La expedicion proyectada por Alfonso se llevó á cabo. Almería se rindió en 1147 al emperador y á las armas unidas de castellanos y catalanes, pudiéndose creer que no dejaria de asistir el entusiasta trovador de la empresa.

Nada más he podido averiguar por lo tocante á Marcabrú, nada más dicen de aquellos sucesos las poesías que de él nos quedan, pero es fácil creer que debió seguir en Castilla muy afecto á las cosas y á los monar-

cas de este reino, y protegido de ellos, pues años más adelante, en el reinado de D. Alfonso VIII, se le ve comparar al rey castellano con el aragonés Alfonso II, hallando en aquél cualidades que no encuentra en el segundo.

«Si este Alfonso, dice (el de Aragon), se mantiene retraido y nada hidalgo y franco, yo conozco en Leon uno bien gentil, franco con oportunidad, cortés y dadivoso.»

S'aquest N'Anfós fai contenensa pura,
ni envas mi fai semblan de frachura,
lai ves Leo en sai un de bon aire
franc de sazó, cortés e larc donaire.

III.

Un año apénas duró el reinado de Sancho III de Castilla, sucesor de su padre Alfonso VII, y sin embargo basta este corto espacio de tiempo para encontrar en Castilla la huella de otro trovador provenzal. Al subir Sancho al trono, la lira provenzal es la única que entona un canto de alabanza en honor del nuevo monarca, cuando aún no habian nacido las musas castellanas.

Hallábase á la sazon en Castilla el famoso trovador Pedro de Auvernia y se le ve dirigir un canto entusiasta al nuevo rey, haciéndose intérprete de las esperanzas que infundian las nobles prendas de don

Sancho, lamentando la muerte del Emperador su padre, pero viendo en el hijo un íris de esperanza, incitándole á empuñar espada y lanza y á no descansar hasta haber arrojado del país á los sarracenos y conquistado á Marruecos, y finalmente, dándole consejos para ser un rey valeroso y caballero, digno de honra y de prez. Es esta poesía de Pedro de Auvernia la que comienza:

Bel m'es, quan la rosa florís
e'l gens terminis s'avanza...

Los consejos del trovador provenzal no pudieron aprovecharse, y sus esperanzas no se realizaron. La muerte, arrebatando rápidamente á Sancho, dió el trono á su hijo Alfonso VIII, que habia de ser gloriosamente llamado *el de las Navas*.

Despues de una borrascosa minoría, Alfonso VIII llegó á su mayor edad en 1170, y poco se tarda en verle objeto de una de las mejores y más viriles poesías provenzales, escrita por aquel famoso Beltran de Born, á quien Dante coloca merecidamente en su *Infierno*, y á quien, merecidamente tambien, debe recordar la historia como uno de los primeros trovadores.

Llegado á su mayor edad, habia casado el rey de Castilla con Leonor de Inglaterra, hermana de Ricardo, *Corazon de Leon*, é hija por consiguiente de aquella Leonor de Aquitania, tan célebre entre los poetas provenzales y poetisa ella misma, y esta alianza, que pudo no ser extraña al favor que comenzó á gozar en Castilla la poesía provenzal, hizo que D. Alfonso se viese precisado á intervenir en los asuntos del Mediodía de Fran-

cia. Hubo un momento en que se le creyó dispuesto á terciar en las luchas empeñadas entónces por los hijos del rey de Inglaterra y por la Francia, y á esta época y á este momento se refiere la citada poesía de Beltran de Born.

Aludiendo á Ricardo, *Corazon de Leon*, y á Alfonso de Castilla, hé aquí con qué virilidad de forma, con qué lozanía de pensamiento y con qué briosa inspiracion se expresa el célebre trovador:

Miez sirventes vueilh far dels reis amdós,
qu' en brieu veirem qu' aurá mais cavailhiers:
del valen rei de Castella 'N-Anfós
e' aug dir que ven, e volrá sodadiers;
Richartz metrá a mueis e a sestiers
aur et argent, é ten sa benanansa
metr' e donar, e non vol sa fiansa,
ans vol guerra mais que cailla esparviers.
S' amdui li rei son pros ni corajós,
en brieu veirem camps joncatz de qartiers,
d' elms e d' escutz e de branz e d'arsós,
e de fendutz per bustz tro als braiers,
et a rage veirem anar destriers,
e per costatz e per piechz manta lansa,
e gaug e plor e dol et alegransa;
lo perdr' er granz, e 'l gassainhz er sobriers.
Trompas, tabors, seinheras e penós
et entreseinhs e cabals blancs e niers
verrem en brieu, qu' el segles será bos,
que hom tolrá l'aver als usuriers,
e per camís non anará saumiers
jorn afisatz, ni borjés ses duptansa,
ni mercadiers qui enga dever Fransa,
ans será rics qui tolrá volontiers.

Mas s' el reis ven, ieu ai en Dieu fiansa
qu' ieu serai vius o serai per qartiers;
e si sui vius, er mi gran benanansa,
e se ieu mueir, er mi grans deliuriers.

«Quiero hacer un medio serventesio (1) de los dos reyes, y en breve veremos cuál tiene más caballeros. Oigo decir que viene el rey de Castilla, Alfonso, y necesitará soldados, al paso que Ricardo gastará oro y plata á celemines y á sextarios, pues es hombre que distribuye y derrocha sin reparar en cuentas, más ganoso de guerra que gavilán de perdiz.

»Si ambos reyes son valientes y animosos, no hemos de tardar en ver los campos sembrados de divisas, de yelmos, escudos, espadas y arzones, y cuerpos hendidos desde la cabeza al cinto. Y será de ver precipitarse desbocados los caballos, y muchas lanzas clavadas en los costados y en los pechos, y gozo y llanto y duelo y alegría. La pérdida podrá ser grande, pero mayor ha de ser la ganancia.

»Trompas, tambores, señeras y pendones, y estandartes y caballos blancos y negros, veremos muy en breve, y ha de ser este un gran tiempo, pues se quitará su haber á los usureros, y no tendrán dia fijado los animales de carga para ir por los caminos, y no habrá burgueses desconfiados ni mercaderes que vengan de Francia. Será rico entónces el que esté dispuesto á tomar.

---

(1) El *medio serventesio*, como la *media cancion*, era otro de los géneros en que dividian los provenzales su poética.

»Como el rey venga, confío en Dios que he de quedar vivo ó hecho trozos. Si vivo, será para mí gran dicha; si muerto, será para mí gran libertad.»

Tal es el género de Beltran de Born. Ya veremos, por lo demás, al hablar de él con más detenimiento, que este trovador escribia de incendios y matanzas, de guerra y de catástrofes, como los otros de amor, de fiesta y de placeres.

Cuando la rota funesta de Alarcos, en que Alfonso VIII, engañado por su valor y gran corazon, vió derrotadas sus huestes castellanas y triunfante la morisma, la lira provenzal fué tambien entónces la única que elevó su doliente canto, y que con briosos acentos llamó á los potentados de la tierra en auxilio del rey Alfonso y de Castilla.

Vivia por aquel tiempo Folquet de Marsella. No era aún el consejero del encruelecido Simon de Montfort; no era aún el traidor que debia abandonar la causa de sus hermanos los trovadores provenzales; no era aún el obispo que debia predicar una guerra de matanza y de exterminio; no era aún el jefe de la cruzada contra los albigenses y el amigo del Papa que debia levantar en los Concilios su voz contra sus antiguos protectores los infortunados condes de Tolosa; aún no habia soltado la lira de poeta ni vestido aún los pobres hábitos de monje que debia trocar por la mitra y por la púrpura; aún no era el hombre de sangre y de crímen; era todavía el trovador galante y enamorado que, á los piés de la hermosa vizcondesa Adelaida, aquella por quien Pedro Vidal se volvió loco, cantaba sentidas canciones

de amores que debian llevarle á la inmortalidad y á la gloria ensalzado por el Dante y por el Petrarca.

Este fué el trovador que, como un grito supremo de angustia, como una honda manifestacion de dolor, envió á todas partes, de corte en corte y de castillo en castillo, por el vehículo de sus juglares, un sentido canto de cruzada ó *precicanza* para levantar el espíritu público, para despertar el sentimiento religioso, para mover á todos, varones y caballeros, reyes y súbditos, en favor y auxilio de Castilla y de su noble monarca.

Era Folquet entónces muy amigo de D. Alfonso, es de creer que habia estado en Castilla, parece ser protegido del rey y muy adicto á su política y á las cosas de esta tierra, y el canto escrito por él para lamentar la jornada fatal de Alarcos, es el que comienza y se hallará en su lugar respectivo:

> Hueimais no i conosc razó
> ab que nos poscam cobrir...

Este canto pudo muy bien contribuir á levantar los ánimos para la empresa que se efectuó algunos años más tarde y que tan esplendorosa gloria dió á los reyes españoles. De todos modos, el canto de Folquet, por lo que se deduce de los manuscritos que nos sirven de guía, era repetido en todas partes por los juglares, lo aprendian de memoria damas y caballeros, era cantado con entusiasmo en las fiestas públicas, y llegó á ser muy popular, principalmente en Cataluña y en Castilla, en favor de cuyos altos intereses se compuso.

No es en esta sola composicion de Folquet de Mar-

sella donde se ve al poeta hacer constar su amor al rey y á las cosas de Castilla. En varias se encuentra este tributo prestado por el trovador á un país donde no es ya posible dudar que sus cantos y los de los demás poetas provenzales debian hallar público, admiracion, simpatías, entusiasmo, popularidad y tal vez escuela. En una de sus canciones de amores á la vizcondesa Adelaida, Folquet dice que, despues de su dama, su corazon pertenece al rey de Castilla:

Al bon rei de Castela N'Anfos
coman mon cors, dona, aprés vos.

En torno de Alfonso VIII hallamos una verdadera corte de trovadores provenzales, y esto prueba la decidida proteccion que en Castilla debian hallar aquéllos y su poesía. De sus propias composiciones se desprende: basta leerlas para comprender cuánto les interesaban, como si fueran propios, los asuntos de Castilla: á sus reyes, á sus magnates, á sus damas, dedican sus poesías muchos trovadores de aquella época; de sus intereses se ocupan, en su política intervienen, cantan sus guerras; y cuando ocurre algun suceso que excita en Castilla el sentimiento patrio y mueve al pueblo castellano á lástima ó á júbilo, por la voz de los trovadores provenzales y de la lengua provenzal lo sabe el mundo. Muda aún á mediados del siglo XII la musa castellana, sólo los ecos de la provenzal, y todo lo más de la gallega, resuenan en Castilla.

Así es como entónces, durante el largo reinado de Alfonso VIII, vemos sucesivamente aparecer y brillar

en Castilla (todo lo cual de las propias composiciones se desprende):

Al viejo Marcabrú, que ya en el reinado de Alfonso VII habia cantado la empresa de Almería y en éste ensalza al rey de Castilla como más hidalgo que el de Aragon (en su poesía *Auiatz*);

Á Pedro Vidal, el visionario, el que por amores de una dama se volvió loco, que da más valor á «una tierna doncella de Castilla, que á mil camellos cargados de oro junto con los dominios del emperador Manuel *(B'm pac)*;» que al dirigirse á una dama castellana dice que por ella ama á Castilla y es por ella servidor y caballero de D. Alfonso *(Quant hom)*; que encomia á este rey como el más valioso de la cristiandad en aquella su poesía donde dice que España es una gran tierra y sus reyes dotados de las mejores prendas:

Mout es bona terra Espanha,
e'ls reis que senhor en só
dous e car e franc e bo
e de corteza companha:

A Giraldo de Calansó, que en una sentida elegía dedicada á la muerte del infante D. Fernando, hijo de Alfonso VIII, confunde su llanto con el del pueblo castellano y su duelo con el de la patria española para lamentar la pérdida de aquel noble príncipe en quien se fundaban tan halagüeñas esperanzas:

Bel Senhor Dieus, quo pot esser sufritz
tan estranh dols cum es del jove enfán,
del filh del rey de Castela prezan...;

Á Gavaudan, llamado el Viejo, que asistió á la famosísima cruzada de las Navas de Tolosa, y que, dirigiéndose en levantados versos á los reyes y barones de la cristiandad y á los castellanos, gallegos, portugueses, navarros y aragoneses, les incita á secundar los esfuerzos del rey de Castilla, á aliarse contra los *árabes andaluces*, y profetiza la victoria gloriosa de las Navas, diciendo que el hecho seguirá al dicho y que Dios será honrado donde ántes Mahoma:

Profeta será N'Gavaudás,
qu'el dig er faitz, e mort als cas,
e Dieus er honratz e servitz
on Bafomet era grazitz:

A Guillermo de Bergadá, el aventurero trovador catalán, especie de Beltran de Born, el D. Juan de Cataluña, para quien no habia honra segura ni dama digna de respeto; que tan pronto salteador de caminos y capitan de bandoleros, como galan trovador y caballeroso descendiente de una familia ilustre, hubo de retirarse á Castilla, huyendo las venganzas y los ódios provocados por sus cantos y sus aventuras:

Á Aimeric de Peguilhá, llamado el hereje por defender en la causa de los herejes albigenses la que él creia, y era, causa de la nacionalidad y de la independencia de Provenza, que, presentado al monarca castellano, recibe de él hospitalidad, honores, riquezas y mercedes; y recuerda su estancia en Castilla y la gloria de D. Alfonso, en unos versos que fueron entónces á recorrer todas las córtes provenzales, y que, repetidos

luégo por el Petrarca, han venido á inmortalizarse en todas las córtes literarias del mundo:

> En Castela al valen rey N'Anfós
> que 'es lo meiller com auia 'l mon ni veia,
> ans que aillors ans, vai de part me, chansós...;

Á Hugo de San Cyr, el güelfo, que estuvo en Castilla, segun es de sospechar, con el intento, por fortuna no logrado, de comprometer á D. Alfonso en favor de la cruzada que predicó la iglesia y sostuvo la Francia contra la nacionalidad provenzal; á Pedro Roger, el pobre amante de la vizcondesa de Narbona, que fué á Castilla á buscar para su alma, enferma de amores, el reposo y el descanso que sólo debia encontrar más tarde, al enterrarse vivo en el claustro de Granmont; á Savarico de Mauleó, el opulento trovador anjoino que pasó á Castilla sólo para visitar y conocer á D. Alfonso, desplegando en su corte un lujo y un fausto que fueron motivo de asombro para los magnates castellanos; y, finalmente, á Ramon Vidal de Besalú, que en su novela del *Celoso castigado*, nos traza un cuadro completo del acogimiento que recibia en la corte de Alfonso VIII la musa provenzal.

Pero no hay que olvidar, para aclaracion del asunto concreto que nos ocupa, las obras de dos poetas provenzales que merecen aquí particularísima mencion.

Uno de ellos ha sido ya citado, Pedro Vidal. Era un visionario, era un pobre mentecato, era un loco, al decir de sus primeros biógrafos. De loco era, en efecto, ceñirse el manto imperial y recibir en corte, cre-

yendo que le pertenecia el imperio de Oriente por su casamiento con una griega, supuesta ó verdadera sobrina de un emperador; de loco era, en efecto, vestirse con pieles de lobo por amor á la dama Loba de Penautier, y hacerse dar caza por los perros y pastores de la montaña de Cabaret; pero aquel visionario, aquel mentecato, aquel loco, hallándose en Castilla, dirige á Alfonso VIII, y con él á los monarcas de Leon, Aragon y Navarra, á los cuatro reyes de España, como les llama, la poesía más trascendental, si se me permite la palabra, y el consejo más cuerdo y más sensato que darse y dirigirse pueda en ocasion ninguna á rey alguno.

Adelantándose cuatro siglos al suyo, Pedro Vidal llama á concurso á los monarcas españoles y les reprocha duramente sus odios y sus rencores mútuos, y les pide, en nombre de Dios, que dejen de combatir unos contra otros para juntos combatir al enemigo comun, el sarraceno, *hasta que España toda sea una, tenga una sola ley y tenga una sola fe.* Hé aquí la unidad y la integridad de la patria española predicada por un trovador provenzal loco en el siglo XII.

El otro poeta es Rimbaldo de Vaqueiras. Era contemporáneo de Alfonso VIII, y su biógrafo provenzal nos dice que fué el amigo y el favorito del marqués Bonifacio de Montferrat. Nos describe su vida, nos le presenta viajando por todas partes, en Francia, en Italia, en Oriente; no se dice que estuviera en Castilla, y, sin embargo, ¡cosa singular! á pesar de no ser citado en las historias de nuestra literatura nacional, es el au-

tor de los versos más antiguos que en lengua castellana se conocen.

Si no son anteriores al poema del Cid, como parece, son por lo ménos coetáneos. Podrán ser incorrectos y tambien incompletos, pero esto puede ser debido á los copistas provenzales.

De todos modos, hé aquí los versos castellanos de Rimbaldo de Vaqueiras:

Mas tan temo vostre pleito,
todo 'n soi escarmentado;
per vos ai pena e maltreito
e mei corpo lazerado;
la nueit cuan soi en mei leito
soi mochas ves resperado
per vos, cre, e non profeito:
fallit soi en mei cuidado
mas que fallir non cuydeio...
Mon corassó m'avetz treito
e mout gen faulan furtado.

IV.

Lo mismo que en el siglo XII, vemos en el XIII á los poetas provenzales cada vez más familiares en las córtes de Castilla y de Leon, y cada vez más protegidos sus versos y más halagados sus autores.

Pedro Vidal debió residir en la corte de Leon, pues que dirige á su rey Alfonso entusiastas poesías, ala-

bando su cortesía y su liberalidad, y hubieron de gozar de los favores de este monarca, Hugo de San Cyr, Guillermo Ademar y Elías Cairel, ya que en sus obras se hallan frecuentes y hasta familiares alusiones al mismo.

Elías Cairel dice en una de sus poesías que ama sin engaño al rey de Leon, preciado y bueno, y le compara á una fuente clara y cristalina. Guillermo Ademar le exhorta á marchar contra los sarracenos, en lo cual, sobre hacer una obra grata á Dios, le prestará al trovador un servicio «pues así, dice, se llevará al marido celoso que tiene prisionera á mi dama, impidiéndome verla.»

Por lo que toca á la época de Fernando III *el Santo*, que reunió las dos coronas de Leon y de Castilla, sabido es que este monarca «pagábase de omes de corte que sabian bien de trovar et cantar et de joglares que sopiesen bien tocar estrumentos, ca de esto pagaba el mucho, et entendia quien lo facía bien et quien no.»

No es, pues, de extrañar que aquel príncipe insigne, á quien la historia ha reservado un sitio de honor, protegiese como su padre y abuelo á los poetas provenzales que á su corte acudian ganosos de nombradía, pues no hay ninguna duda, y así se deduce de las poesías y manuscritos de la época, que la corte de Castilla, reconocida como una de las más ilustradas é inteligentes, daba fama y celebridad al trovador que en ella era bien acogido.

Varios fueron los que visitaron la corte de San Fernando y recibieron hospitalidad en ella y honores, do-

nes y mercedes, encontrándose el testimonio de esto en las propias composiciones de Beltran de Allamanon, de Sordel el mantuano, de Azemar el negro, de Guillermo Ademar y de Giraldo de Borneil, aquel que mereció ser llamado el maestro de los trovadores.

Azemar el negro habia ya saludado á D. Fernando, cuando infante y mancebo, augurándole un porvenir de gloria; Giraldo de Borneil habla de la esplendidez de la corte castellana, de la cultura y cortesía de sus barones, de la belleza de sus damas, de la magnanimidad de su rey; Guillermo Ademar, en una poesía de despedida que dirige á Castilla, se lamenta de verse obligado á abandonarla, manifestando que sólo el deber le puede arrancar de una corte donde hay varones tan cumplidos y un rey tan caballero como D. Fernando.

Sordel el mantuano es quien parece que hubo de llevarse mala impresion de este reino. En aquella su notable y original poesía en que distribuye el corazon de Blacás entre los potentados de la tierra para darles el valor que les falta, trata mal á Castilla y á D. Fernando, á quien invita á comer dos pedazos del corazon de Blacás, en lugar de uno que reparte á cada rey. «Conviene, dice, al rey de Castilla que coma por dos, pues tiene dos reinos y ambos gobierna mal. Y áun importa que coma estos pedazos á escondite de su madre, que le ha de apalear si lo ve.»

Pero si hemos de dar crédito á la crónica chismográfica del tiempo—que en él la hubo como en todos—lo de Sordel obedecia á rencores personales. En efecto, un trovador compañero de Sordel le acusa en una poe-

sía de ser ingrato con Castilla, despues de haberse enriquecido en ella; dice que cuando Sordel salió para España iba pobre y desnudo, y que volvió de ella rico y opulento, habiendo merecido regalos y dones del rey D. Fernando y de sus magnates. «Si hoy habla mal de Castilla y de Leon, añade, es porque no se le dió todo cuanto demandaba.»

En cambio, si esta fué la manera que tuvo Sordel de agradecer los beneficios, otro poeta, que ignoro si estuvo en Castilla, la venga noblemente de los agravios inferidos por el trovador de Mántua.

La poesía de Sordel es verdaderamente singular, y, quizá por esto, tuvo imitadores. El mejor elogio que Sordel creyó tributar á la memoria de su protector el valeroso Blacás, fué distribuir su corazon entre los potentados de la tierra, para que, comiendo de él, adquiriesen valor, dotes y prendas de que carecian. Beltran de Allamanon, imitando á Sordel, se apoderó tambien del corazon de Blacás y quiso repartirlo á su vez, pero más galante, ó más intencionado aún, lo distribuyó entre algunas damas. Pedro Bremon Ricas Novas, ó Ricardo de Noves, como le llaman otros, se presentó asimismo para distribuir los despojos de Blacás, y hallando ya su corazon hecho trizas, quiso repartir su cuerpo, lo cual hace por medio de una poesía verdaderamente notable é intencionada, que tiene todas las trazas de haber sido compuesta para rectificar las opiniones vertidas por Sordel.

Del cuerpo de Blacás, dividido en cuartos que ofrece á la *adoracion* de las naciones, Pedro Bremon destina el

tercero, dice, «á los bravos castellanos á quienes invito á que vengan para tributarle culto junto con los gascones, catalanes y aragoneses, que son gentes de pró. Si el rey de Navarra viene (Tibaldo conde de Champagne), no lo *adorará* como no trate de ser más valiente y generoso de lo que es, pero si viene el leon que es rey de Castilla (San Fernando), éste podrá tomarlo en sus manos y guardarlo, pues es noble, generoso y digno de las virtudes que ilustraron á su abuelo (Alfonso VIII).»

V.

Llegamos ya á la época del rey D. Alfonso X de Castilla *el Sabio* ó *el de las Cántigas*.

Cuando D. Alfonso subió al trono en 1252, ya don Pedro *el Noble* de Aragon descansaba hacía mucho tiempo en su sepulcro, habiéndose llevado consigo la idea de una nacionalidad aragonesa-provenzal, caida con él en la jornada tristísima de Muret; ya los condes de Tolosa habian sucumbido; ya el silencio de la muerte reinaba en los castillos y córtes de Provenza, tan animados ántes con el rumor de las fiestas, el discreteo de las damas y galanes y los esplendores de los Puys y córtes de amor; ya la Santa Inquisicion, sombría y misteriosa, apareciendo á través de las sanguinolentas luces que arrojaban las llamas de sus hogueras, constantemente encendidas, imponia á todos y en todas partes el

terror y el silencio; ya Provenza tenía señores que no eran hijos de aquella noble tierra, y estaban fugitivos sus barones, espejo de caballería; dispersos sus donceles, timbre de nobleza; muertas sus damas, flor de gentileza y cortesía; proscritos sus trovadores, heraldos ántes de una civilizacion y de una nacionalidad potentes, y entónces míseros, errantes, vagabundos, sin patria y sin hogar, con ojos sólo para llorar, con corazon sólo para sentir y con una pobre y destrozada lira para acompañarse aquellas dolientes cántigas de Aimeric de Peguilhá y de Sicart de Marjevols:

¡Ay Provenza infortunada,
quién te ha visto y quién te ve!
Mejor te quisiera muerta
que sometida al francés (1).

Las córtes de Aragon y de Castilla se abrieron á los proscritos, y en ellas hallaron éstos toda la hospitalidad y proteccion que podian y sabian dar aquellos reyes

---

(1) ¡Ai Toloza e Proensa
e la terra d'Agensa.
Bezers e Carcassey,
quo vos vi e quo 'us vey!
Bernardo Sicart de Marjevols.

¡Ai Provensals ar en greu desconort
es remanzut et en cal desonranza,
et es venguts en ma de celh de Franza;
meis nos volgra que fossietz del tot mortz!
Aimeric de Peguilhá.

que se llamaban Jaime *el Conquistador* y Alfonso *el Sabio.*

Durante el reinado de este último, Castilla fué un verdadero asilo, una nueva patria para los trovadores de Provenza. Cuantos hubo entre éstos de más renombre en la segunda mitad del siglo XIII, que fué la postrera del olimpo provenzal, estuvieron en Castilla ó sostuvieron íntimas y familiares relaciones con D. Alfonso. Es más; en algunos trovadores, acaso en el mismo don Alfonso, parece haber nacido la idea de restaurar la poesía provenzal escogiendo por centro á Castilla y haciéndola revivir en este reino, como para llamarla á nuevos destinos en nueva patria. Esto se deduce, ó me parece que puede deducirse al ménos, de las poesías mismas de Nat de Mons, de Bonifacio Calvo, y de la *Suplicatió* de Giraldo Riquier (1).

No todos los poetas que merecieron hospitalidad y proteccion de Alfonso *el Sabio* nos son conocidos. Las memorias que de aquellos tiempos nos quedan, cuida-

---

(1) Recuerdo haber leido en un manuscrito provenzal que despues de la ruina de las córtes de Tolosa y de Provenza, Alfonso X de Castilla concedió una ciudad libre á los trovadores, proscritos.

(*Nota escrita al componerse este capítulo.*)

Federico Diez en su obra *La poesía de los trovadores*, capítulo dedicado á hablar de *los protectores de la poesía*, habla tambien de la ciudad libre concedida por D. Alfonso á los poetas.

(*Nota escrita al imprimirse esta obra.*)

ban más de registrar los hechos de guerra que los sucesos favorables á la inteligencia humana, y las inquisiciones detenidas y los estudios meditados que en este terreno se han hecho sobre Alfonso *el Sabio*, tienden á presentarle como lo que era realmente, un gran ingenio y una gran inteligencia, pero pocos como protector de la poesía provenzal, y ninguno tal vez como lo que tambien era en realidad, un trovador provenzal. Esto sólo se halla estudiando las poesías de los trovadores que residieron en Castilla ó que de cosas de estos reinos se ocupan, y en las contestaciones dadas en lengua provenzal por D. Alfonso á Nat de Mons y á Giraldo Riquier, que deben sin vacilacion atribuirse al mismo monarca, y que le señalan por consiguiente un puesto entre los trovadores.

Pero dejando este punto concreto para luégo, vamos primero á los recuerdos que de Castilla y de D. Alfonso se hallan en las poesías provenzales.

No consta que estuvieren en la corte del rey Sabio Galcerán de San Didier, Beltran Carbonell ó Beltran de Marsella, Bartolomé Giorgi, Ramon de Lator, Paulet de Marsella, Beltran de Rovenhac, Beltran de Born, el hijo, y otros varios; pero en sus obras se hallan frecuentes alusiones á Castilla y repetidas alabanzas de su rey.

Así vemos, por ejemplo, á Beltran Carbonell dedicar á D. Alfonso canciones de amores y enviarle *saludos;* á Beltran de Rovenhac decir que la gentileza reside en Castilla; á Galcerán de San Didier expresar el deseo de que cuantos deseen recobrar el valor se unan á D. Al-

fonso para combatir á los paganos; á Ramon de Lator consignar que el monarca castellano ha adquirido el derecho de ser alabado de todo el mundo; á Bartolomé Giorgi dirigirse á D. Alfonso para pedirle que vaya á libertar á su hermano el infante D. Enrique, prisionero de Cárlos de Anjou; y á Paulet de Marsella, lamentándose de esta misma prision, manifestar la esperanza que todos tienen en D. Alfonso, «rey de levantadas miras, de noble baronía y de maduro juicio.»

Existe una poesía, cuyo final por malaventura ha desaparecido, que debia ocuparse larga y extensamente de la corte del rey Sabio. Si, como ha venido creyéndose hasta hace poco, esta poesía, cuyo autor se nombra á sí mismo llamándose Pedro W..., fuese de Pedro Vidal, la corte castellana de que se ocupa sería la de Alfonso VIII; pero si, como pretenden Bartsch, Meyer y Milá, es de un Pedro Wilhem ó Guillem, de Tolosa, puede referirse á la corte de Alfonso X.

Es una composicion de gusto oriental. Un caballero que se llama *Amor*, una dama que se llama *Merced*, una doncella y un escudero cuyos nombres son *Pudor* y *Lealtad*, pertenecientes á la corte de un Alfonso de Castilla, van por un camino, espléndida y caprichosamente vestidos, cabalgando en gallardos palafrenes y tropiezan con el poeta, que se dirige á ellos haciéndoles varias preguntas y entablando un cortés coloquio. En el diálogo se deja sentado que Alfonso de Castilla es, entre todos los príncipes del mundo, el más valiente, el más cortés, el más virtuoso, el más magnífico y espléndido, y cuando *Amor*, *Pudor* y *Merced* van á relatar lo

que pasa en su corte, se interrumpe desgraciadamente la relacion, cuyo final, para nuestro objeto el más interesante, no llegará quizá nunca á conocerse por haberse perdido las últimas fojas del manuscrito.

El trovador Aimeric de Belenoi residió largo tiempo en Castilla. En una de sus poesías refiere el dolor con que hubo de abandonar aquel país, donde, dice sin cuidarse de la modestia: «Hice muy buenas canciones, que complacieron mucho al rey, amador de los buenos dichos y de los buenos hechos.» Castilla es tambien para Aimeric de Belenoi un país encantador, donde no sucede lo que en aquellos otros en que han dejado de honrarse el júbilo, las canciones, la liberalidad, los leales servicios, el mérito, la magnificencia y la cortesía.

Hugo de la Escura y Elías Fonsalada, tienen composiciones dedicadas al monarca castellano.

De Arnaldo Plagués quedan dos en que habla ventajosamente de Castilla. En una de ellas la endereza ó dedicatoria dice así: «Cancion, ve camino de Castilla y preséntate al rey que remedia los daños ocasionados por la compañía de los malos ricos.»

Ramon de Castelnau habla de la tierra castellana y de su rey como si lo conociera todo á fondo, y al enumerar los hombres más ilustres de su época, dice: que así como el mejor de los condes es el de Rhodez, el mejor de los prelados el de Menda, y el mejor de los barones su hermano el de Castelnau, así el mejor y más preclaro de los reyes es D. Alfonso X de Castilla.

De Guillermo de Montagnagout, el trovador que fué ministro y consejero del jóven conde de Tolosa, que le

sirvió lealmente en su desgracia, y que llegó á concebir el plan de una liga de monarcas para arrojar de Provenza á los franceses, hay varias alusiones á D. Alfonso, y existen poesías en que se ocupa de Castilla, á cuya corte debió venir como embajador del conde de Tolosa cuando se preparaba un levantamiento en el Mediodía. Para Guillermo de Montagnagout, «la prez decaeria si mantenida no estuviese por el honrado rey castellano, cuyos hechos son tan cumplidos que no cabe mejorarlos,» al propio tiempo que en otra composicion desea que «Dios honre y galardone al monarca castellano que mejora la prez, que es jóven en edad y viejo en juicio, y que siente más placer en conceder mercedes que en recibirlas.»

En otra ocasion se dirige tambien al rey Sabio, cuando aspiraba al imperio, para el cual obtuvo casi todos los votos, pero cuya confirmacion no fué confirmada por el Papa, y le exhorta á que haga valer sus derechos, apoyándolos si es necesario con las armas, «porque, dice, cuando un gran rey se propone una gran empresa, su honor está comprometido á realizarla.»

Sobre este mismo punto escribieron tambien los trovadores Ramon de Lator y Folquet de Lunel. Ambos, con gran entusiasmo, y en dos notables serventesios, sostienen los derechos de Alfonso y le incitan á hacerlos valer; ambos anatematizan á los que se oponen á sus deseos, y ambos, en fin, colman de elogios á D. Alfonso, á cuyo lado tiene que ir, dice Folquet de Lunel, «quien aprender quiera en buenos hechos y nobles acciones, pues sólo se aprende esto junto al monarca castellano,» que es, añade Ramon de Lator, «emperador de mérito,

cabeza y padre de valor, padrino de gentileza é hijo de fino amor.»

En la poesía de Folquet de Lunel, que hubo de vivir en Castilla, se encuentra un notable testimonio de lo que era la corte de D. Alfonso.

«En esta corte, dice, no quedan frustradas las esperanzas de ningun hombre que valga: aquí son atendidas la razon y el mérito, y á nadie se oprime ni se fuerza: corte es esta sin orgullo y sin villanía, donde hay centenares de hidalgos que, sin necesidad de pedirles, otorgan tan buenas mercedes como no son capaces de hacerlas, áun pidiéndoselas, muchos reyes que yo conozco. El gran rey D. Alfonso, que es de superior valía, mantiene su corte con una ostentacion como no hay otro que la tenga.»

Pero el trovador que pasó gran parte de su vida en Castilla, y que, favorito de D. Alfonso, llegó con el apoyo de este rey á los más altos honores, fué Bonifacio Calvo. Era Bonifacio genovés, escribia en provenzal, la lengua única que entónces existia para que alcanzaran fama los poetas, y hubo de salir emigrado de su patria por causas políticas, refugiándose en Castilla al comenzar Alfonso su reinado. Bonifacio Calvo fué considerado como uno de los hombres más eminentes de su siglo, se le concedió un puesto entre los primeros y más altos trovadores, tenía universal reputacion de sabio profundo, y Nostradamus, al hablar de él, evoca á la filosofía misma, á la cual personifica y da voz y vida sólo para hacer el elogio más cumplido que pueda hacerse de pensador alguno.

Bonifacio Calvo halló un asilo y un alto empleo junto á D. Alfonso *el Sabio*, que le asoció á sus trabajos primero, y luégo le dió un puesto en sus consejos. Desde entónces el trovador provenzal interviene en todos los actos públicos del monarca castellano. No hablan de él las historias, no le citan los que de D. Alfonso y de su vida escribieron, no le mencionan los que más han profundizado en la literatura de aquel tiempo, y sin embargo, ahí están vivas y parlantes las poesías de Bonifacio Calvo. Ellas nos dicen hasta qué punto el trovador influyó en los actos de D. Alfonso, públicos y privados, y en la vida política del reino.

Cuando D. Alfonso tuvo la idea, fundada en antiguos derechos, de sostener sus pretensiones á la Aquitania, el trovador provenzal, que acaso tambien se la habia inspirado, le incita á la empresa por medio de aquél su *serventesio:*

En loc de verjans floritz
e folhatz...

Y no pareciéndole bastante, refuerza sus argumentos, y le insta de nuevo por medio de un segundo *serventesio*:

Mout a que sovinenza
non hagui de chantar...

Le encarga que arroje de sí el letargo que se ha apoderado de él y que los suyos le reprueban; le pide que no crea á los menguados cobardes ni á los muelles ociosos que prefieren las dulzuras de su hogar á las fatigas

de la guerra; le exhorta á ser digno de su padre «que más se hizo honrar que rey alguno,» y dice que, para parecérsele, es preciso que haga valer sus derechos, acrecer su fama y resonar las armas.

Hay un momento en la historia en que se cree al rey de Castilla dispuesto á romper las hostilidades contra su suegro el monarca aragonés D. Jaime *el Conquistador*. Fué cuando, á la muerte de Teobaldo, Castilla presentó sus pretensiones á la Navarra, acudiendo don Jaime á defender este reino. La lucha parecia inminente entre el aragonés y el castellano, y este es el momento escogido por Bonifacio Calvo para un nuevo *serventesio* en que trata de decidir al rey á la lucha, y en que, con aquella libertad que se tomaban los trovadores y que los reyes de entónces respetaban, se expresa así:

«Si ahora el rey de Castilla no lleva sus pendones á aquellas tierras contra Aragon y Navarra, habrá motivo para que se cante lo que ya dicen algunos, que el rey de Leon más prefiere cazar con halcon y gavilan, que vestir cota de malla y empuñar espada.»

En otra poesía habla tambien de los derechos de don Alfonso al Imperio, y los sostiene; en otra le dirige sabios y profundos consejos para gobernar su reino, reparar injusticias y guiar á todos por el camino de la virtud; en otra le explica y enseña la ciencia de conceder mercedes y hacer regalos, y á quién y cómo se han de ofrecer; en otra le demuestra que alguno de sus privados le vende y le aconseja mal; en otra se sincera de ciertos cargos que le hacen los envidiosos que quieren hacerle perder su puesto y la amistad del rey; en otra,

finalmente, invita á D. Alfonso á hacer de su corte una corte de Provenza, centro de amor, de galantería, de júbilo y de prez.

Bonifacio Calvo, segun parece, acabó su vida en Castilla, y hay motivos para creer que sucumbió al dolor que hubo de causarle la muerte de su dama, que era una prima ó sobrina de D. Alfonso, y cuya belleza pondera el trovador en una poesía diciendo, que «si Dios quisiera escoger una dama en este mundo, ella sería sólo la elegida.»

VI.

Y ahora, llegada es ya la ocasion de decir algo acerca de dos poetas que influyeron acaso más que otros en D. Alfonso, pues que á ellos se debió el que el rey de Castilla se decidiera á escribir en la lengua de los trovadores, como escribia en la de las Cántigas.

Nat de Mons, oriundo de Tolosa, era poeta, filósofo y astrónomo, y dirige al rey una poesía en que habla de la influencia de los astros sobre los hombres, pidiéndole su parecer y consejo. El monarca contesta con otra poesía, en forma de sentencia: «Nos Alfonso, rey de Romanos, de Castilla, Toledo, Compostela, Sevilla, Leon, Córdoba, Murcia, Algarve, Granada, Andalucía, etc.» Y dice que el hombre es gobernado en parte por los astros, en parte por el destino, y completamente por la casualidad, procediendo el bien ó el mal

de lo uno, de lo otro, ó de las tres cosas á la vez. Empero, añade, «por lo tocante á decir cuál de esos tres principios inculca el bien y el mal, nadie en el mundo puede decirlo, pues que nadie conoce los juicios y los designios de Dios.»

La contestacion de D. Alfonso es algo oscura, pero este parece ser el sentido. No hay que entrar á hacer comentarios sobre esta poesía, pues ello nos llevaria tal vez á mirar al Rey Sabio como algo más libre pensador de lo que generalmente se cree. Lo importante aquí está en consignar que aquel príncipe no se limitó á ser un protector de la literatura provenzal, sino que fué tambien uno de sus cultivadores.

En cuanto al otro de los dos poetas citados, Giraldo Riquier, de Narbona, no hubo de estar una sola vez en Castilla, sino varias, y áun parece que por los años de 1270 debió fijar su residencia en este país, donde hubo de permanecer por lo ménos hasta 1284, época de la muerte del rey, á la que consagra una composicion.

En muchas de sus poesías se encuentran referencias, citas, alabanzas del pueblo castellano y de su príncipe; por muchas se ve que era íntimo de D. Alfonso y que se interesó por las cosas de su reino.

«No conozco en ninguna ley, dice una vez el poeta, monarca que más valga que D. Alfonso, y es deber que así sea, pues con su gran virtud ha sostenido en todo tiempo la prez y fama de Castilla:

Car deguna ley
no sai rey que 'l puesca valer
et es aitals per son dever;

car Castela ha sostengut
tos temps pretz ab sa gran vertut.

En otra ocasion dice que el rey es luz de todo lo bello, restaurador de toda prez, espejo de toda virtud, y que hubiera sido de desear que ántes hubiese existido, como su propio nombre indica. (Alfonso, en provenzal *Anfôs* ó *ans fôs*, es decir, ántes fuese, ántes hubiese sido.)

Verdad es que en las distintas poesías que Giraldo Riquier dirige á D. Alfonso se halla quizá un exceso de alabanza, ó mejor de adulacion, pues agota todas las frases y epítetos laudatarios de la lengua; pero sobre que la costumbre era ésta y estos los tiempos, algo hay que permitir al poeta esperanzado ó agradecido. En cambio, cuando le oye censurar por cortesanos descontentos, siente gran tristeza, dice, «y hasta que me entierren no consagraré mi afecto ni dirigiré mis cantos á otro punto.» Desea que sus mayores enemigos le cobren tal amor, que no tenga que guardarse de ellos, y alguna vez se cree autorizado á darle este levantado consejo: «Buen rey castellano D. Alfonso, obrad siempre con razon y derecho y digno entónces sereis de gloria.»

En una lindísima *pastorela*, que puede servir de modelo, se ocupa con gran sentido político de las guerras con los moros de Granada; en tres *serventesios* da consejos al rey, discurre sobre los sucesos políticos de aquel tiempo, aprecia con alto punto de vista las cosas de Castilla, lamenta aquellas luchas intestinas que llenaron

de amargura el corazon de D. Alfonso en los últimos años de su reinado, y prevé y condena la rebelion del hijo contra el padre; pero la composicion de Giraldo Riquier, para el objeto de este estudio más importante, es aquella larga tirada de versos en que, dirigiéndose al soberano de Castilla, le explica la diferencia que hay entre trovadores y juglares y la distancia grande que media entre unos y otros, pidiéndole que atienda á esto, y exhortándole á poner remedio al descrédito que de confundirles con los juglares se sigue á los trovadores.

No es ménos larga que la peticion la respuesta de D. Alfonso en el mismo metro y forma que la poesía de Riquier. El rey declara que es gran falta de lenguaje llamar á todos juglares, que hay diferencia entre éstos y los trovadores, que unos son los histriones, aquellos que gesticulan, y dan saltos, y danzan, y cantan, y tocan instrumentos, es decir, los *joculatores* ó juglares, y otros los que componen é inventan, aquellos que estudian y piensan, es decir, los trovadores; añadiendo, que entre éstos áun los hay de dos clases: los que hacen versos buenos y sonoros, con perfectas rimas, y los que componen poesías de buena enseñanza, tan bellas por la forma como profundas por la idea. «A estos últimos, dice el rey, á quienes Dios honra, debe honrar el mundo, y llamarse deberian doctores en el arte de trovar.»

Tal es la composicion de D. Alfonso, que al darle perfecto y legítimo derecho para que se le continúe entre los trovadores provenzales, termina la época de éstos en Castilla, pues ya apénas se encuentran nuevas

noticias y nuevos datos que añadir á lo expuesto. Verdad es que ya entónces concluyen los trovadores, no sólo en España, sino en todas partes. Aquella literatura superior, luz y vida de una civilizacion y de un progreso adelantados á su siglo, estaba ya en su ocaso, y con las poesías de D. Alfonso *el Sabio*, de D. Pedro III *el Grande* de Aragon, de Giraldo Riquier, de Paulet de Marsella y otros muchos, arrojaba sus últimos destellos y terminaba su gloriosa existencia, víctima de la ingrata persecucion de los franceses y de las bárbaras iras de aquel tribunal de horror y de crímen que se llamaba la Santa Inquisicion.

Por lo demás, y volviendo á las poesías escritas por el rey Sabio en contestacion á las de Nat de Mons y Giraldo Riquier, sólo me permitiré hacer observar que el acierto y conocimiento con que maneja la lengua, la facilidad y espontaneidad con que emplea el verso y la rima, pueden hacer creer que no era nada extraño al uso del idioma provenzal, y que no debieron ser estas sin duda las únicas composiciones escritas en lengua de trovadores por el autor de las célebres é inmortales *Cántigas*.

¿Significa algo esa continuidad, por espacio de más de dos siglos no interrumpida, de poetas provenzales que acuden á Castilla como en busca de nuevos y más anchos horizontes, como en busca de un público inteligente que comprende su lengua, y estudia, y repite, y populariza sus cantos?

¿Puede deducirse algo de esa proteccion, siempre y cada vez más hidalgamente prestada á los poetas provenzales por los monarcas castellanos?

¿Hay algo en esa insistencia con que los trovadores se ocupan de las cosas de Castilla, haciéndolas objeto de sus *serventesios* políticos?

¿Son, en buena crítica, valederos y positivos para reconocerles influencia, todos esos testimonios vivos que sobre el asunto de que se trata se encuentran en las poesías de los trovadores?

Al ocuparse tanto esa poesía de la política y de las cosas de Castilla, de su pueblo y de sus reyes, de sus júbilos y duelos, de sus victorias y de sus desastres, de su porvenir y de su pasado, de su situacion presente y de sus destinos futuros, ¿puede negársele cierta natural y legítima influencia en la literatura castellana?

¿Demuestra algo lo que dice Girardo Riquier en su *Suplicatio* á D. Alfonso respecto á que «en todo tiempo juglaria y saber han hallado en Castilla acogida, estímulo, premio, enmienda y cumplido consejo, más que en corte real ó de otra clase?»

¿Es de atender la circunstancia de haber escrito don Alfonso en provenzal?

¿Pudo este príncipe tener presentes las formas líricas de los provenzales y catalanes al cantar en copiosa variedad de metros las alabanzas de la Vírgen, como ya sospecha, aunque no se atreve á afirmarlo, el señor Amador de los Rios?

Estas son las preguntas que me dirijo á mí mismo, y no contesto, al terminar este estudio, á grandes rasgos trazado, y donde he reunido en síntesis cuanto sé y me ha sido posible consignar respecto á la poesía provenzal en Castilla y en Leon. Para completar este tra-

bajo serian indispensables: memorias de aquellos tiempos, que yo no sé que existan; poesías de trovadores hasta hoy desaparecidas, y que hablaban de Castilla, de sus reyes y de su corte; datos y noticias que yo no he puesto bastante diligencia ó sobrado acietro en hallar. Con nuevos descubrimientos, más medios, más cuidado y, sobre todo, más inteligencia, alguno podrá completar un dia este pobre trabajo mio, escrito para llenar el objeto, ya indicado, de aportar materiales con que otros construyan.

Y ahora, puesto que de trovadores se habla, permitido me sea terminar, á usanza suya, con el *Envio, Endereza* ó *Dedicatoria* con que ellos terminaban sus obras, enviando este pobre estudio á D. Pío Gullon, compañero querido, tan discreto y buen amigo como entendedor profundo en materias literarias, de las que se limita á ser amante platónico cuando sus pocos trabajos son garantía del honroso nombre y digno puesto que en las letras castellanas pudiera conquistar.

DE LA POESÍA PROVENZAL

EN

CATALUÑA Y ARAGON.

I.

Los que pretendieran negar el carácter y la influencia que, como políticos, tuvieron y ejercieron los trovadores, acometerian una empresa inútil. Quien se tome el trabajo de leer las biografías que continúo en esta obra, adquirirá acerca de este punto la misma y profunda conviccion que hoy tiene el autor de estas líneas, y la que, ántes que nadie, tuvo aquel repúblico ilustre, honra de España, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, segun de sus notas marginales se desprende. Pero no hay necesidad de imponer al lector este sacrificio. Basta para ello leer sólo este capítulo destinado á hablar de la poesía provenzal en Cataluña y en Aragon.

Que habia identidad de habla entre Cataluña y el Rosellon por un lado, y las comarcas llamadas provenzales y lemosinas por otro, cosa es que no necesita ya demostrarse. Raza, lengua, costumbres, leyes, ideas,

tendencias, usos, de todo habia perfecta comunidad entre los países que, á un lado y otro del Pirineo, no se acostumbraron nunca á ver en éste una muralla que pudiese separarles. Los enlaces de familias, que por las memorias escritas se ven ser ya frecuentes á comienzos del siglo XI, vinieron á estrechar más los vínculos y relaciones entre aquellas comarcas, y acabaron de darles sello y carácter las bodas reales efectuadas en 1112 entre D. Ramon Berenguer III, *el Grande*, conde de Barcelona, y doña Dulce ó Dulcia, heredera del condado oriental de Provenza.

Desde aquel momento no sólo Provenza, sino las comarcas inmediatas y las intermedias quedaron unidas por una nacionalidad de lengua, de costumbres y áun de intereses con el condado de Barcelona, segun hace constar el sabio Milá, y á esta época y á este enlace es donde hay que ir á buscar las primeras noticias literarias que, escasas al principio por falta de documentos de aquellos años, comienzan á extenderse y á ser abundantes en tiempo de los primeros sucesores de Ramon Berenguer *el Grande*.

Si á noticias escritas hubiéramos sólo de atenernos, si sólo hubiésemos de juzgar por documentos y no tuviésemos motivo fundado para creer que de Cataluña pasó á Castilla la aficion á la poesía provenzal, deberíamos confesar que ésta apareció en Castilla ántes que en Cataluña.

De la existencia de la poesía provenzal en Castilla como resorte de influencia y de cultura, y tambien como elemento político, hay un testimonio vivo, como del ca-

pítulo anterior se desprende, en los cantos de Marcabrú, que, segun dice un manuscrito, fué el primer trovador conocido. *(Marcabrús fo lo premier trobador que ancs fos.)*

Esto último no es exacto. Antes que Marcabrú florecieron Guillermo de Poitiers y otros; pero bien pudiera ser que el manuscrito se refiriese á ser Marcabrú el primer trovador que hubiese venido á España y florecido en ella, y en este caso todo induce á creer que el manuscrito está en lo cierto.

Efectivamente, Marcabrú es el primer trovador provenzal que aparece en España, hallándose noticias de él en Castilla ántes que en Cataluña.

Durante el reinado del conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer IV, que fué desde 1131 á 1162, sólo de tres trovadores provenzales se encuentran huellas en Cataluña, Marcabrú, Pedro de Auvernia y Rimbaldo de Orange. Los dos primeros, sin embargo, figuraron principalmente en Castilla, á cuyo rey-emperador Alfonso VII tienen dedicadas varias de sus composiciones.

Marcabrú, que fué para el monarca castellano un verdadero agente político, que con su canto de la *Piscina* intentó levantar el espíritu público, y con su serventesio *Emperaire, per mi mezeis* quiso despertar el patriotismo español, todo en favor de la empresa proyectada para conquistar Almería, solo ligeramente, y en segundo término, se ocupa de las cosas, intereses y soberanos de Cataluña. Lo propio sucede con las poesías de Pedro de Auvernia. Ambos poetas se fijan principalmente en Castilla y en las cosas de este reino, donde hubieron de residir por más ó ménos tiempo, protegi-

dos por Alfonso VII, segun hemos tenido ocasion de ver en el capítulo anterior.

Los documentos de la época, con su incuestionable autenticidad, vienen á demostrarnos que la proteccion á la poesía provenzal, y por consiguiente su influencia, fué, por lo que toca á Castilla, sino anterior, coetánea de la de Cataluña. Es más, y debe confesarse, los primeros poetas provenzales que hallamos en España, aparecen en Castilla. Lo que hay es que, excepcion hecha de Alfonso X y de un Gonzalo y un Rodrigo ó Gonzalez y Rodriguez que deben ser continuados como trovadores provenzales, no hallamos ningun otro poeta castellano que escribiese en provenzal, miéntras que en Cataluña sucede lo contrario. La diferencia está, pues, en que Cataluña se asimiló é hizo propia la literatura provenzal, miéntras que Castilla se limitó á aplaudirla, protegerla, y, todo lo más, imitarla.

Efectivamente, puede muy bien decirse que en Cataluña aparecen los primeros trovadores catalanes al propio tiempo que la poesía provenzal, como si no quisieran dejar á otros el encargo y la mision de darla á conocer y propagarla. Los catalanes no se contentan con proteger á los trovadores y aceptar, repetir, propagar é imitar sus cantos, como hicieron los castellanos, sino que se hacen trovadores ellos mismos. Cataluña admite el impulso provenzal, pero en el acto de admitirlo aparece con literatura propia y característica. No quiere ser reflejo y eco de otra comarca, y, dentro de la literatura provenzal, se la ve desde los primeros momentos con sello, carácter, iniciativa, forma, escuela y len-

gua peculiares y propias. Los catalanes aceptan el culto, pero se hacen de él apóstoles y sacerdotes.

En tiempo de Ramon Berenguer IV, cuando aún no habian sonado en Cataluña más nombres de poetas provenzales que los de Marcabrú, Pedro de Auvernia y Rimbaldo de Orange, — y estos dos últimos solo muy ligeramente, — aparece ya en Cataluña como primer trovador, sin decir que ántes no hubiesen existido otros que nos son desconocidos, Berenguer de Palasol, hijo de ese país llamado Rosellon, que fué siempre catalan, que áun hoy conserva nuestra historia, nuestra lengua, nuestras tradiciones, nuestros usos y costumbres, nuestros apellidos en sus familias y nuestros nombres en sus rios, valles, montañas, pueblos y ciudades, y en el cual, sin embargo, hoy somos extranjeros los hijos de sus padres.

Nace, pues, en Cataluña ó llega é ella la poesía provenzal, y enjendra inmediatamente poetas, en vez de contentarse sólo con despertar adhesiones y simpatías, como en otros países sucede.

No es el rey Alfonso, I de Cataluña y II de Aragon, el primer trovador español conocido, como se ha dicho generalmente y se cree; el primero es Berenguer de Palasol, que vivió en los últimos tiempos de Gaufredo III de Rosellon (1113 á 1163), y por consiguiente en la época de Ramon Berenguer de Barcelona el IV, padre de D. Alfonso.

Berenguer de Palasol, y quizá Pons de Ortafá,—á quien me arriesgo á citar como contemporáneo del primero,—comienzan á mediados del siglo XII la época de

los trovadores catalanes, con la particularidad de que no aparecen vacilantes, tímidos, como imitadores, sino dueños de sí mismos, en plena posesion del arte, como maestros. En la lira de estos dos poetas no existe la cuerda política. Por lo ménos, las poesías que de entrambos han llegado hasta nosotros pertenecen todas al género galante, pero léjos de ser poesías que revelan la inexperiencia de los primeros pasos, se distinguen al contrario por su robustez y virilidad, por el perfecto conocimiento de una lengua ya formada, por su dulzura y espontaneidad.

Una sencilla muestra bastará para probarlo.

Dice Berenguer de Palasol, dirigiéndose á una dama y cantándola amores:

Dona, si totz temps vivia,
totz temps vos seria aclis.
Estranhamen ni abelis,
que' us am qualque dans m' en sia.

Y dice Pons de Ortafá, contando sus cuitas de amor:

¡Si n' ai perdut mon saber
qu' a penas sai on m' estau!
Ni sai d' on ven ni d' on vau,
ni que'm fag lo jorn ni'l ser,
e soi d' aital captenensa
que no velh ni posc dormir,
ni'm plau viure ni morir,
ni mal ni be no'm agensa.

II.

Subió al trono en 1162 D. Alfonso I de Cataluña y II de Aragon, que reinó hasta 1196, y con él llegaron el esplendor y la edad de oro de la poesía provenzal. D. Alfonso no se contentó con ser protector de los poetas, sino que, poeta él mismo, pulsó la lira para cantar amores á las damas, y *tensionar* con los trovadores. Las crónicas literarias le llaman Alfonso *el que trovó (aquell que trobet).*

Sus principales composiciones se han perdido. No existen de él más que una *tension* con Giraldo de Borneil, otra con un trovador, francés al parecer, llamado Andreu, y una cancion de amores que se supone dirigida á Adelaida, condesa de Burlatz y vizcondesa de Beziers, y que se continúa en el artículo relativo á este monarca.

En torno de este príncipe se halla una verdadera corte de trovadores provenzales y catalanes, por él protegidos los más, sus amigos y privados, rival suyo en amores alguno y alguno tambien, como Beltran de Born, su enemigo implacable.

Aun cuando la historia haya dado á D. Alfonso el renombre de *Casto*, no parece sin embargo que se distinguió mucho por esta cualidad, rigurosamente aplicada. Sus luchas en el que hoy es Mediodía de Francia, sus intereses en Provenza, su proteccion al conde de este nombre, hermano suyo, sus alianzas, pactos, con-

cordias ó enemistades con los señores provenzales, su constante vida de actividad y movimiento, en fin, hiciéronle residir largas temporadas en aquel país, y terciar en sus asuntos políticos, á veces más de lo que queria y otras ménos de lo que debia, sucediendo con esto que, trovador y galante, no siempre hubo de ser fiel á las virtudes que parecen propias del renombre con el cual ha pasado á la posteridad.

Por las biografías de los trovadores y por las crónicas galantes de aquel tiempo se sabe que el monarca aragonés, como el último de los mortales, languidecia de amores á los piés de Adelaida, esposa de Roger, vizconde de Beziers, é hija de Ramon de Tolosa, llamada la condesa de Burlatz por haber nacido en este castillo. Adelaida tenía corte en sus dominios, cautivaba con su belleza, atraia con su proteccion, embelesaba con sus gracias, y reyes, barones, caballeros, trovadores y juglares acudian á disfrutar de la suntuosa hospitalidad, de las fiestas espléndidas y de la cortesía y atractivos con que á todos brindaba en su opulenta residencia la vizcondesa de Beziers.

Cuentan las crónicas que Arnaldo de Marveil, dulce y sentido trovador, estaba tranquilamente en plena posesion de los amores de Adelaida, cuando se presentó á turbarle en ella el rey D. Alfonso de Aragon. El poeta fué sacrificado al monarca. Desterrado Arnaldo del castillo de Beziers y de la presencia de su dama, hubo de retirarse á Montpeller á cantar el recuerdo de sus amores en tiernas y melancólicas endechas, miéntras que Adelaida, por los cantos de su nuevo y real amante,

olvidaba los de su antiguo y siempre fiel amador.

Pero si en esta ocasion pudo obtener un triunfo completo sobre el pobre poeta su coronado rival, no así en otra ocasion y con otra dama, donde, á su vez, el rey fué sacrificado al trovador.

Era Matilde de Montaignac una de las damas más hermosas y gentiles de aquella época, y era requerida de amores por el trovador Beltran de Born á tiempo que se vió solicitada por el monarca aragonés, cautivo de su belleza y esclavo de sus gracias. Al revés de Adelaida de Beziers, Matilde de Montaignac permaneció fiel á los lazos del poeta, y el rey fué desdeñado; pero jamás pudo el vengativo Beltran perdonar á D. Alfonso su tentativa de merodeo en el campo de sus amores.

El príncipe y el poeta se habian visto unidos ántes por estrecha amistad. D. Alfonso era entusiasta del trovador y siempre le ensalzaba diciendo que «el serventesio de Beltran de Born merecia casarse con la cancion de Giraldo de Borneil;» pero, desde que Matilde de Montaignac se interpuso entre ellos, lo que ántes era amistad y cariño, fué ódio y saña. Nada más sangriento ni feroz que los *serventesios* que desde aquel dia en adelante escribió Beltran de Born contra el monarca aragonés. El ódio del poeta rebosa en cada verso y en cada frase, y á ningun rey ni á ningun hombre se ha dicho jamás, ni en prosa ni en verso, lo que Beltran de Born se atrevió á decir á D. Alfonso y de D. Alfonso en sus terribles *serventesios*, tanto más terribles, cuanto que, por el superior é indisputable mérito que les real-

za, han cruzado los siglos, han llegado hasta nosotros, viven aún, y seguirán viviendo.

El *serventesio*, ó sea la poesía política de los trovadores brilló, por lo demás, con todo su esplendor en la época de D. Alfonso. Pudieron ser los primeros en este género los de Beltran de Born, y ninguno le eclipsó, pero no fueron los únicos. Excepto aquellos dirigidos particularmente á D. Alfonso, en que apuró contra él los dicterios y la sátira, los demás *serventesios* de Beltran de Born se refieren á los sucesos y acontecimientos de Provenza; pero era superior este poeta, y su género debia formar escuela.

Por lo que á Cataluña toca, la formó. Son varios, y de distintos autores, los *serventesios* de aquella época que han llegado hasta nosotros sobre cosas de Cataluña y Aragon, y sobre asuntos de estos reinos y de su rey. Si bien se examina, y con cuidado, casi pudiera seguirse toda la política del reinado de D. Alfonso en los *serventesios* de los trovadores correspondientes á su tiempo.

Guillermo de Bergadá, el trovador catalan á quien tantos puntos se halla de contacto con Beltran de Born, siéndole sin embargo muy inferior en mérito, tiene varias poesías en que se ocupa de D. Alfonso.

En una le pide que le haga justicia y le saque de prision, á que parece se vió reducido por ciertas fechorías en que pudo andar mezclada la política; en otra le denuesta, como Beltran de Born, contando el caso de don Alfonso y de los judios; en otra le invectiva por tratar mal á la vizcondesa de Cabrera y desatender sus derechos, en apoyo de cuya causa pide favor al rey de Cas-

tilla y al conde de Tolosa contra el monarca aragonés. Los demás cantos y *serventesios* de este poeta dirigidos al rey de Castilla, al marqués de Mataplana, al obispo de Urgel y á otros, son tambien decumentos de valor histórico que pueden dar luz sobre cosas de aquellos tiempos.

Rimbaldo de Vaqueiras se ocupa de D. Alfonso en dos *serventesios* y de la política que seguia con la casa de Baucio, la de Tolosa y otros barones de Provenza. Las poesías de Rimbaldo de Vaqueiras podrán hoy ser oscuras para quien las lea, por falta de noticias y poco conocimiento de la época aquella, pero son documentos esencialmente políticos en que son juzgadas con alto criterio, y sin la pasion de Beltran de Born ó de Guillermo de Bergadá, la conducta y la política del rey de Aragon.

Marcabrú aplaude la mediacion de D. Alfonso en las cosas de Provenza, desea que mantenga lo adquirido en aquella comarca, y le da reglas y consejos para su conducta futura; Guillermo Rainol compone varios *serventesios* basados en los hechos y sucesos que ocurrian entre el rey de Aragon y el conde de Tolosa; Giraldo de Luc ataca duramente á D. Alfonso por sus complacencias con los árabes y le condena por su impasibilidad ante las conquistas de aquéllos; Arnaldo de Marveil alude visiblemente á los sucesos que obligaron á D. Alfonso á intervenir en Beziers, cuando fueron pasados á degüello sus habitantes por las huestes aragonesas; Pons de Capdeuil quiere hacerle tomar parte en la cruzada; Giraldo de Borneil, Hugo Brunet, Hugo de San Cyr,

Ramon de Miraval, Pedro Roger de Auvernia y el Monje de Montaudon le dirigen elogios, le loan, le defienden contra los ataques de otros trovadores, y encomian, al par que sus cualidades, su conducta y su política; y por fin Pedro Vidal escribe de él en varias de sus composiciones y le elogia ó le censura, le juzga ó le aconseja, segun las circunstancias lo exigian y segun los sucesos ó la opinion pública inspiraban al trovador. Así le vemos, unas veces, quejarse de D. Alfonso por su poca generosidad hácia la dama de Cabrera, cuyos derechos desatiende, humillando de este modo á los barones; otras, incitándole á no ceder á las pretensiones del conde de Tolosa y á llevar contra él sus armas; lamentarse en una poesía de que abandone las cosas é intereses de Provenza, diciéndole que todo lo pierde con su larga permanencia en España; aconsejarle en otra que se una á los demás reyes españoles para combatir á todo trance á los africanos; y, finalmente, amonestarle para que haga brillar en su corte la justicia, la cortesía, la nobleza de sentimientos, la prez y la rectitud.

Al lado de esos poetas provenzales, se ve tambien en torno del soberano aragonés una corte de poetas catalanes, pero con la particularidad de que, exceptuando á dos de ellos, Guillermo de Bergadá y Giraldo de Luc, los demás no se ocupan de las cosas políticas, y sus cantos se dedican á otros objetos más de acuerdo con las afecciones del alma ó con los goces del ingenio. Así, por ejemplo, todo lo que se sabe de Ramon Bistors de Rosellon y de Fromit de Perpiñan, es que cantaron á sus damas; de Guillermo de Cabestany que escribia dul-

císimas poesías de amores, una de las cuales, su *Dous cossire*, se supone que le valió la muerte á manos de un marido celoso, que reprodujo así con esta ocasion el suceso bárbaro del señor de Coucy; de Mola, que tensionó con Ramon Guillem sobre asuntos poco honestos; de Guillermo de Ribas y de Arnaldo Sabata que eran juglares, âun cuando se cuenta que compusieron poesías; de Bernaldo Vidal que escribió composiciones religiosas, y de Giraldo de Cabrera que compuso aquella su célebre poesía instructiva, dirigida á su juglar Cabra.

Sólo de un trovador catalan, Pons Barba, se halla una poesía que se refiera á cosas públicas de la corte real.

El poeta cree que faltaria á su deber y dejaria de escribir un *serventesio* leal, si callara la verdad sobre los males que ve y no advirtiera á los encargados de remediarlos. Así, pues, no vacila en decir que todo está revuelto en la corte de D. Alfonso, que no siguen en ella las prácticas antiguas, y que los malos triunfan y son atendidos, miéntras que los buenos sucumben y son olvidados. Pons Barba da sobre esto excelentes consejos á D. Alfonso, á quien se diririge como caudillo de los trovadores:

Reis d' Aragó, tornem á vos,
car vos etz cap de pretz e de nos.

Tambien Ramon de Miraval en una composicion que parece dedicada á la vizcondesa Adelaida de Beziers, y en la que da consejos á un juglar llamado Bayona, ha-

bla extensamente de la corte de D. Alfonso, deduciéndose que era aquélla un verdadero centro literario, de prez, de cortesía, de inteligencia, de amor y proteccion á los trovadores y á las letras provenzales.

En su *Viaje literario* á las iglesias de España el celoso y erudito individuo de la Academia de la Historia D. Jaime Villanueva copia algunos documentos lemosines y alguna poesía en esta lengua, que halló en los archivos por él visitados durante su laboriosa é importantísima excursion. Prueba son estos documentos de lo formada que se hallaba ya y completa nuestra lengua catalana á últimos del siglo XII.

A este siglo y á la época de D. Alfonso pertenecen, sin duda alguna, unas lamentaciones de la Vírgen *(Planctus Santæ Mariæ)* que Villanueva copió de un códice existente en el archivo de la iglesia de Ager:

Auyatz, senyors, qui credets Deu lo payre,
auyatz, si us plau, de Jeshú lo salvayre,
per nos pres mort, et no lo preset gayre,
sus en la creu on lo preiget lo layre
e fach mercé aixi con o det faire.
¡Oy bels fils cars,
molt m' es lo jorn dolorós é amars!
Auyitz, barons, qui passatz per la via,
si es dolors tan gran com es la mia
del meu car fils que Deus donat m' avia,
que 'l vey morir á mort tan descausida.
Mort ¿com no'm prens? Volentera moria.
¡Oy bels fils cars,
molt m' es lo jorn dolorós é amars!
. . . . m' apelavan Maria;

or me scamiats mos noms, lasa, esmarida,
que mariment n' aurai mays cascun dia
del meu fils cars mon conort que 'n avia.
Jueus l' an pres sens tort que no'ls tenia:
la un lo bat e l' altre vey que 'l lia.
¡Oy bels fils cars,
molt m' es lo jorn dolorós e amars! (1)
. . . .

En el mismo códice de la Colegiata de Ager halló Villanueva una paráfrasis en verso y lengua catalana de la epístola latina del protomártir San Estéban. La version catalana era la que se cantaba en las iglesias de Cataluña durante la misa popular ó matinal del dia consagrado á aquel santo.

AQUEST ES LO PLANT DE SENT ESTEVE.

Esta lissó que legirem
dels faits dels Apóstols la treurem:
lo dit Sent Luch recomptarem:
de Sent Esteve parlarem.
En aycelh temps que Deus fo nat,
e fo de mort resussitat,
e pux al cel se 'n fo pujat,
Sent Esteve fo lapidat.
Auyatz, senyors, par qual razó
lo lapidaren li feló,
car viron que Deus en el fo,
e feu miracles per son do (2).
. . . .

(1) *Viaje literario de Villanueva*, tomo IX.
(2) *Idem idem*, tomo VI.

Acaso esta composicion no es tan antigua como la anterior, y podria tal vez pertenecer al siglo XIII, de cuya época era el códice consultado por Villanueva.

Al mismo siglo XIII, mejor que al XIV como se supone, y como yo mismo dije erradamente en alguna parte, pertenece aquel canto dulcísimo llamado *Birolay de Montserrat*, que se cantaba en la iglesia del célebre monasterio catalan, y cuya primera noticia se debe tambien al propio Villanueva (1):

BIROLAY DE MADONNA SANCTA MARIA.

Rosa plascent, soleyl de resplendor,
stela luscent, joyelh de sante amor,
topacis cast, diamant de vigor,
rubis melhor, carboncle relusent:
lir transcendent, sobre tot' altre flor,
alba jausent, claretat sens foscor,
en tot contrast ausits li pecador,
á gran maror est port de salvament.
Aygla capdal, volant pus altament,
cambre reyal del gran Omnipotent,
parfaytament auyatz mon devot chant,
per tots priant siatsnos defendent:
sacrat portal del Temple permanent,
dot virginal, virtut sobressellent,
qu' el occident que 'ns va tots jorns gaitant
no puxe tant que 'ns fasse vos absent.

(1) *Viaje literario*, tomo VII, pág. 152.

III.

Finalizaba el siglo XII cuando D. Pedro, que se ha llamado *el Católico*, y mejor debiera llamarse *el de Muret*, sucedió á su padre D. Alfonso en el trono de Cataluña y Aragon. Fué poeta como su padre, y hay que continuarle en la lista de los trovadores, pero han desaparecido sus poesías y sólo queda de él, incompleta é incorrecta, una *tension* con Giraldo de Borneil de que me ocupo en otro lugar.

Don Pedro protegió hidalgamente á los trovadores, continuando la que era ya tradicion de su casa, y fué la suya una corte literaria como la de D. Alfonso. No es, pues, de extrañar que se le cite y se le encomie en muchas poesías de aquel tiempo.

De los primeros años de su reinado data una obra, que es una verdadera joya de la literatura provenzal, el romance ó el poema de Jofre ó Godofredo, el *Roman de Jaufre*. El anónimo autor de este poema, publicado por Raynouard (1), se hallaba en la corte de D. Pedro y en ella debió escribir su obra, nacida, por lo que parece, al calor de la proteccion del monarca aragonés. Así se deduce del introito, donde el autor, provenzal ó catalan, aunque parece lo primero, despues de ocuparse del argumento, dice que cuanto va á contar lo oyó re-

(1) *Lexique roman*, tomo I.—El poema es de dos autores.

ferir en la corte del rey más honrado que hubo jamás de ley alguna.

«Y éste, añade, es el rey de Aragon, padre de prez é hijo de hidalguía, señor de buena ventura, humilde y de leal linaje, que ama á Dios y le teme y le cree, y mantiene lealtad y fe, paz y justicia, por lo cual Dios le ama, que así hace con los suyos, pues él es su novel caballero y su campeon contra sus enemigos. Ya desde el principio no le halló Dios ningun defecto, pues que en la primera batalla por él dada venció á los que menosprecian á Dios, y es por esto que Dios le ha honrado elevándole sobre todos en valor, en prez, en rectitud de juicio, en noble corazon y en ardimiento. Nunca en tan jóven monarca se reunieron tan altas prendas, pues que regala espléndidamente, y de muy buena voluntad, á juglares y á caballeros: así es que acuden á su corte todos cuantos gozan de alto prestigio y los que por más valientes son tenidos. El que rimó esta cancion oyó contar en su presencia el argumento á un paladin forastero pariente de Artus y de Galvan, á propósito de una aventura sucedida en la corte del rey Artus.»

. . . .

Mas contar tot plan ho auzi
en la cort del plus honest rei
qu' anc fos de nenguna lei:
aço es lo rei d' Aragon,
paire de pretz e filhs de don,
e seinher de bon' aventura,
humils e de leial natura,
qu' el ama Deus e tem e cre

e manté lealtat e fe,
patz e justicia; perque Deus
l' ama, car si ten ab los sieus,
qu' el es sos novels cavaliers,
e de sos enemics guerriers.
. . . .
. . . .

Será siempre una gloria para el rey D. Pedro la de que á su proteccion deban las letras provenzales el *Roman de Jaufre.*

Los elogios que uno de los dos autores de este poema tributa á D. Pedro son repetidos por otros trovadores provenzales.

Pedro Vidal le llama el grano nacido de buena espiga, y dice que catalanes y aragoneses deben estar orgullosos de tener un señor honrado, valiente, franco, leal, entendido, modesto, hidalgo y cortés.

Aimeric de Peguilhá, que debió vivir en la intimidad del monarca, y á quien éste parece que confió delicadas misiones políticas, le ensalza en varias de sus composiciones y le presenta como modelo de caballerosidad, valor, inteligencia y gentileza.

Giraldo de Borneil, el maestro de los trovadores, al darle gracias por los elogios que dispensa á sus canciones, se muestra embelesado de vivir en su corte y hace regalos al rey, que éste acepta.

Giraldo de Calansó le llama protector de la juglaría y encuentra que sería tan imposible contar sus virtudes como las estrellas del cielo.

Guillermo Magret, Guido de Uizel, Savarico de

Mauleó, Hugo de San Cyr, Azemar *el Negro*, Ramon de Miraval, Ramon Vidal de Besalú y Hugo de Mataplana, trovadores catalanes estos dos últimos, fueron ornamento de su corte, gozaron de su proteccion ó favores, intervinieron en las cosas públicas de su reino, y le sirvieron lealmente ó le encomiaron sin lisonja. Tambien gozó de la privanza de D. Pedro, recibiendo sus favores, y fué por él hidalgamente protegido y aventajado, aquel trovador llamado Perdigó que luégo debia faltarle, abandonar su causa para abrazar la de sus enemigos, ser su adversario tan intransigente como fuera ántes su amigo entusiasta, y llegar hasta el extremo de insultar su cadáver y dar gracias á Dios por su muerte el dia que el caballeroso monarca aragonés sucumbió como bueno á la vista de Muret. Pero esta es ley de la humanidad; que nadie ganó nunca en celo á los traidores, como nadie avanza más que el ingrato, ni hubo nunca saña como la del ofensor.

Al llegar para D. Pedro de Aragon aquellos momentos difíciles, de que tantas veces se deberá hablar en esta obra, cuando le fué preciso decidirse y estar con el papa ó contra el papa, con ó contra la nacionalidad provenzal; al llegar aquellos momentos supremos de indecision y de duda, en que la Iglesia y la Francia intentaban hurtarle á los deberes que le imponian su honor y su conciencia, su familia y los altos intereses de su país; cuando la casa de Tolosa, la liga de los barones provenzales, el pueblo, la patria, su historia misma y tambien el progreso de la humanidad, todo dependia de él, fijando todos en él sus miradas y esperanzas; al

llegar aquellos momentos, fué cuando se levantaron casi unánimes la voz y el canto de los trovadores para saludarle como el porvenir de la patria oprimida, y para señalarle el único camino abierto á su honra, á su dignidad y á su gloria.

Hubo algunos como Folquet de Marsella, ya entónces obispo, como Perdigó, ya entónces traidor, como Hugo de San Cyr, güelfo de orígen, que le incitaron á combatir la que era causa de su patria y de sus padres, empujándole del lado de la Iglesia y de la Francia, tiranos y opresores de Provenza; pero mejor sonaron á oidos de D. Pedro, y más gratas le fueron, las voces de aquellos nobles é independientes trovadores que hallaban eco en su corazon al hablarle de la Provenza amenazada y próxima á desaparecer, de la patria oprimida y cautiva, de una nacionalidad que en él cifraba sus esperanzas, de una civilizacion de luz y de progreso cuyos destinos podian estar en su mano, del honor, de la gloria, de la virtud, del valor, de todo lo que puede ser móvil para un alma generosa y grande.

Así le decia Ramon de Miraval, que víctima luégo de la persecucion sanguinaria de los vencedores, debia ir á buscar un hospitalario refugio y un sepulcro desconocido en la ciudad de Lérida:

«Cancion, ve á saludar en mi nombre al rey de Aragon, que á todos domina en honra y prez, y díle que es nuestra sola esperanza é incítale á recobrar Montagut y Carcasona, con lo cual hará que sus armas sean temidas, aquí de los franceses y allá de los musulmanes.»

Así le decia Beltran de Born el hijo, trovador como su padre y como él inquieto y turbulento:

« No creo que los franceses consigan lo que desean arrancando injustamente sus bienes y haciendas á nobles barones, pero maravíllome en gran manera de que el señor de los aragoneses no se haya ya decidido á combatirles, montando á caballo y embrazando escudo y lanza. »

Así le decia Aimeric de Peguilhá, uno de los más briosos líricos que tuvo Provenza:

« Cancion, vete á Aragon, al buen rey, hijo de buen padre, que resplandece y descuella sobre los demás reyes, y cuéntale que los franceses invaden lo que debe ser suyo y que el momento ha llegado de que retumben los cuernos y las trompas, de que resuenen las armas y de que se desplieguen por los campos insignias y banderas. »

Así le decia tambien Pedro de Bergerac, que ya en tiempos le dirigiera otro serventesio cuando D. Pedro andaba mal avenido con los ciudadanos de Montpeller:

« Ningun ruido es más agradable que el que produce la armadura al chocar con el arzon, ni hay són más dulce que el de las trompas guerreras, el retintin de las sonajas, el vocear de los infantes, el galopar de los caballos, los gritos y el estrépito de la batalla.—Vamos á ver por todas partes armaduras, yelmos y blasones, caballos, lanzas y espadas, y al buen rey de Aragon guiando á los suyos, dar y recibir sendos golpes. »

Así le decia Guillermo Magret, aludiendo visiblemente al peligro que corria Provenza de ser dominada por los franceses:

«¡Oh justo rey coronado, vos que estais tan alto, acordaos de nosotros los que estamos aquí abajo.»

Así decia Hugo de Mataplana, destinado á morir junto al monarca en la batalla de Muret y que, como si tuviera un vago presentimiento, hablaba de esta manera á una golondrina encargándole un mensaje de amor para su dama:

«Seguiré la suerte del rey, golondrina, y le acompañaré á Tolosa. Las orillas del Garona me han de ver pelear como bueno, tendiendo sobre la yerba á cuantos se me pongan delante.»

Así, por fin, se expresaba Azemar el Negro en un notable *serventesio* que dirigia al rey por el conducto de un juglar:

«Juglar, díle al noble monarca aragonés, que lleva ya su paciencia á tal grado, que se considera como mengua. Los franceses dominan há mucho tiempo su tierra sin oposicion, y ya que tanto ha conquistado por allá, debiera acordarse de lo de acá. Puedes decirle, juglar, que triplicará su valía si le vemos en el Carcasés coger su censo á guisa de buen rey...

» Hora es ya, señor, de que concluyan los menguados rumores que acerca de vos hacen cundir los malos franceses, á quienes Dios maldiga. Hora es ya de que reprimais su audacia, y puesto que sois tan pundonoroso, no es preciso que hable más claro. Entónces será cuando vuelva á brotar la nobleza que está decayendo

entre nosotros hasta tal punto, que no sé cómo pueda hallar remedio.»

Así hablaban éstos y otros trovadores y así se dirigian al rey con notables *serventesios*, que bien pudieron ser espuela á los altos propósitos del monarca aragonés.

Decidióse, por fin, D. Pedro; abrazó la causa de la nacionalidad provenzal, única que dignamente podia abrazar, y sabido es de qué desastrosa manera acabó su vida en los campos de Muret aquel noble y caballeroso príncipe que, á retardar algo más la muerte su implacable saña, hubiera de seguro cambiado los destinos de Provenza y los de Aragon con ellos.

Huyendo entónces la persecucion de los franceses, de la Iglesia y de la Inquisicion, sobre todo, muchos trovadores provenzales fueron á refugiarse en Cataluña, y al fijar en ella su residencia, hubieron de contribuir poderosamente con sus obras, consejos y ejemplo, al buen gusto, á la cultura y á la ilustracion que vinieron á dar un carácter propio y especial á la literatura catalana, llegada con el hijo de D. Pedro á uno de los períodos de mayor esplendidez.

IV.

Don Jaime, á quien tan merecidamente se ha dado el renombre de *Conquistador*, no puede figurar en el número de los trovadores, como alguno ha supuesto, pues de él no existe poesía alguna ni se sabe que la

haya escrito; pero en cambio fué un consumado literato, un excelente historiador, un cronista elegante y culto, que hizo del catalan lo que el Dante debia hacer más tarde del italiano: una lengua literaria. Durante su largo reinado que, contando con su minoría, abraza de 1213 á 1276, las letras catalanas, por él asíduamente cultivadas, llegaron á un grado sumo de perfeccion, y la poesía provenzal fué con el mayor interés protegida.

Si á la muerte de su padre no se hubiese hallado don Jaime en tan corta edad; si al empuñar, bien jóven todavía, el cetro de la monarquía aragonesa, no le hubiesen reclamado las discordias intestinas de su reino, dándose lugar con esto á que comenzaran á tomar un carácter definitivo y de hecho consumado las cosas de Provenza, acaso el hijo del vencido de Muret hubiese continuado la política de su padre, y rumbos distintos hubieran podido entónces responder á distintas miras.

Pero no hubo de ser así: los asuntos de Provenza fueron descuidados ó tenidos en poco por D. Jaime, que á otras empresas se consagraba y á otra política obedecia, sin que movieran su ánimo los cantos de los trovadores, algunos de los cuales hubieron de tratarle duramente por esta causa.

El carácter político de los trovadores; su ingerencia en los asuntos políticos del reino; su presion en la marcha política como representantes de la opinion y de la prensa, segun hoy diríamos, se dibujan más claramente que en otro alguno en el reinado de D. Jaime.

Beltran de Born el hijo, como un periodista de hoy pudiera escribir en circunstancias determinadas un violento artículo de fondo sobre un asunto palpitante, se expresa así en uno de sus cantos, durante la menor edad de D. Jaime:

« Las grandes injusticias que veo me obligan á volver á mi usanza antigua, y si mi canto es duro, no será mia ciertamente la culpa. Decidme, pues, ineptos catalanes; ¿dónde están vuestra honra y vuestra prez? En oprobio vivís y vivireis hasta decidiros á vengar la muerte del buen rey que os mantenia honrados y cuya pérdida os limitais á llorar, miéntras que el matador vive tranquilamente cerca de vosotros. Cualquiera que esto sepa no podrá ménos de vituperar vuestra conducta. Aragoneses, no os enojeis por lo que digo, que más he de decir todavía. Bueno es que sepais cuán grande pérdida fué la de vuestro rey y cuánto os deshonra el comportamiento que seguís. »

Tomiers y Palazis, á quienes hay que citar juntos, pues las obras del uno se confunden con las del otro, siendo los dos de Tarascon y del mismo tiempo, autores entrambos de *serventesios* políticos tan sólo, y entrambos tambien cantores entusiastas de la resistencia del Mediodía, debieron encaminar varias de sus poesías, no todas llegadas hasta nosotros, á mover el espíritu público de Aragon y Cataluña y á levantar estos reinos en armas contra los franceses. Así se deduce de lo que expresamente dicen los manuscritos provenzales aludiendo á los *serventesios* que escribian aquellos autores, al parecer muy populares; así se deduce de lo que

dice uno de ellos, Palazis ó Tomiers, en una de las pocas poesías que les han sobrevivido:

«Vanos han sido mis esfuerzos y mis serventesios con los aragoneses y catalanes, y el jóven rey no halla quien le asista.»

De estas palabras pudiera tal vez deducirse que el jóven D. Jaime no estaba quizá muy léjos de inclinarse á la política de su padre.

Beltran de Rovenhac escribió durísimos *serventesios* contra D. Jaime. En uno, el que comienza *Ja no vuelh do ni esmenda*, dice, aunque con marcada injusticia:

«Al rey de Aragon le cuadra perfectamente su nombre de Jaime (*Jacme*, es decir *me jac*, me echo), porque le agrada mucho el descanso, y miéntras aquí le despojan de su tierra, es él tan débil y desmayado que ni siquiera se opone, vengándose allí contra los sarracenos felones de la deshonra y del oprobio que por aquí recibe en el Lemosin. Hasta que vengue á su padre no reconoceré su valía, ni le diré cosa alguna que pueda agradarle miéntras que no encienda el fuego y comience la batalla. Sólo llegará á ser hombre de prez cuando recobre lo que le han robado y quieren heredar los franceses.»

En otro, el que comienza: *D' un sirventés m' es gran voluntat preza*, invectiva á los reyes de Inglaterra y de Aragon, al primero porque pierde la Normandía, al segundo porque mira con descuido las cosas de Provenza, porque deja que le arrebaten sus tierras, porque ve impasible cómo los ciudadanos de Montpeller le niegan

el tributo, porque no influye con su política en los asuntos del país donde nació (D. Jaime era hijo de Montpeller), y porque, en fin, de todo esto le resulta oprobio y deshonor.

En otro, por último, ocupándose de las contiendas civiles de Cataluña, durante los comienzos del reinado de D. Jaime, censura la conducta de éste y dice que si los catalanes no se quejan de sus agravios «serán tenidos por vanos y cobardes y por más sufridos que un ermitaño.» En este *serventesio*, que es el que empieza *Belh m' es quan vey pels vergiers e pels pratz*, se lee esta durísima estrofa para D. Jaime:

Treguas trencar escien está lag
e quant a fe no s' emenda 'l forfag;
per que l' enfant a fag un sol assag,
qu' ab un mal sag qu' als Catalás a fag,
e dígon tug qu' om de selhs treguas gag,
e qu' el son cors y fo mes en fol plag;
qu' a filh de rey está mal trazag,
quant ampara nulh offici de sag.

Es decir: «Romper treguas á sabiendas es cosa menguada, y lo es mucho más cuando de buena fe no se enmienda la fechoría, por lo cual el príncipe fracasará en sus empresas. Mala sangre crian con esto los catalanes, pues todos dicen que es (el príncipe ó el infante, es decir, D. Jaime) de los que se aprovechan de las treguas, pero que en mal pleito se ha metido; que á hijo de rey le sienta mal el usurpar el oficio de sayon.»

Tan violento como Beltran de Rovenhac, estuvo con

D. Jaime el trovador Bonifacio de Castillane, noble y turbulento baron de Provenza, de quien se cuenta que componia tan furibundos serventesios que todos terminaban con el estribillo: «*Bocca, qu' as dich?* Boca, ¿qué dijiste?» Bonifacio de Castillane, organizador y jefe de la insurreccion de Marsella contra el dominio francés, y que debia pagar con su muerte en un patíbulo su proyecto de querer la Provenza para los provenzales, acrimina al rey de Aragon y le acusa de débil por no atreverse á vengar la muerte de su padre, diciéndole que su oprobio será permanente miéntras la venganza no esté satisfecha.

Guillermo de Montagnagout, el político de altas miras, el que consagró su vida á la libertad de Provenza, el que en sus notables *serventesios* decia de ésta que debia trocar su nombre de *Provenza* en *Fallenza*, puesto que cobardemente aceptaba un yugo extranjero, se dirige en levantados versos al rey D. Jaime y le dice que la memoria de su padre, la honra de su casa, la tradicion de su familia, el porvenir de su dinastía, los intereses políticos de su nacion le llaman á combatir á los franceses hasta arrojarlos del país.

Sordel el mantuano, el excéntrico repartidor del corazon de Blacás, dirigiéndose tambien á D. Jaime, dice:

«Quiero que el rey de Aragon coma asimismo un pedazo de corazon de Blacás, para ver si esto le alienta y le alivia del oprobio que aquí sufre con motivo de Marsella y de Aymillan, pues de otro modo nada de lo que diga ó haga es bastante á honrarle.»

Sería prolongar demasiado este capítulo (cuando, por

lo demás, todo ha de verse demostrado en el curso de esta obra), si hubieran de citarse uno á uno todos los poetas de aquella época que, en torno de D. Jaime, con marcada idea y plena intencion política le dirigian consejos, le trazaban línea de conducta, le mostraban un camino, le pedian su apoyo en favor de una nacionalidad oprimida, le señalaban vastos horizontes para su porvenir, destinos nuevos para su patria, glorias duraderas para su nombre y dinastía.

Pudo haber entre toda aquella brillante pléyade de trovadores provenzales y catalanes que vemos agitarse alrededor de D. Jaime algunos que sólo cantaron el amor, la gentileza y las prendas personales del monarca, pero fueron los ménos, ya que la mayoría pareció obedecer á más encumbradas ideas y propósitos más señalados.

Aun en aquellos primeros, en aquellos pocos que de cosas más pasajeras trataron y en loa del rey D. Jaime hicieron resonar sus cantos ó sus enderezas, no se ve nada que trascienda á vulgar, servil ó personal adulacion. En sus poesías hay algo de singular, moral y encarecido, que obedece al espíritu patriótico é independiente de los trovadores y que se refleja hasta en las obras ligeras de aquellos mismos que, más apartados de las cosas públicas y más indiferentes á ellas, se ocupaban sólo de gentiles controversias y galantes entretenimientos. No parece sino que, en aquella época, y en aquella atmósfera, corrientes secretas é invisibles eran portadoras de efluvios extraños á cuya accion obedecian, sin ni siquiera darse cuenta, todos aquellos que

tenian un sitio señalado en la historia de las letras y de la inteligencia humana.

Guillermo Aneliers, de Tolosa, alaba al jóven rey de Aragon, pero espera de él que sea «confirmador de la merced y del derecho, y destructor de la maldad y del engaño.» Elías Cairel encomia mucho «su prez y su justicia.» Arnaldo Plagués desea que obre siempre «conforme exigen la prez y la honra.» Aimeric de Belenoi envia gentiles saludos á la preciada reina aragonesa, y por lo tocante á D. Jaime, desea «verle aprestar sus armas para corresponder á sus obras y á lo que de él se espera.» Guillermo de Cervera y Olivier el Templario le invitan á tomar parte en la cruzada para rescatar el Santo Sepulcro; y Serveri de Gerona, que alcanzó aún los tiempos de D. Jaime, le celebra por su valor, por su prez y por sus gloriosas empresas.

Apénas existe una poesía de trovador de aquellos tiempos donde, con mayor ó menor claridad, más ó ménos directamente, no se aluda á las cosas públicas y no se expresen los deseos de ver intervenir á Aragon en los asuntos de Provenza, que era la única y grande preocupacion de los trovadores, como si tuvieran la íntima conciencia de ser aquella la batalla que se libraba entre la libertad y la tiranía. Se halla esto hasta en las enderezas, envíos ó dedicatorias de las mismas canciones de amor.

Quedan ya citados algunos *serventesios* políticos de los trovadores. Pero hay más que esto. Aimeric de Peguilhá y Sicars de Marjevols, en las sentidas lamentaciones que les arrancaba el dolor de su emigracion;

Ramon de Miraval, en las poesías que escribió, y se han perdido, cuando se hallaba refugiado en Lérida; Guillermo Aneliers, en su invectiva contra la Iglesia como batalladora y la Francia como invasora; Guillermo Figuera, en las cruentas é implacables sátiras contra Roma; Paulet de Marsella, en sus intencionadas *pastorelas* políticas; Pedro Busch, en aquella su poesía que se ha supuesto ser un *serventesio* burlesco con motivo de una ley suntuaria, cuando, en mi sentir, es una alegoría política; Giraldo Riquier y Guillermo de Mur en una *tension* en que debaten asuntos de actualidad; Duran de Paernas en las composiciones donde expresa sin rebozo que más le valiera á D. Jaime arrebatar sus tierras de las garras del francés, que intentar empresas contra los moros de Valencia; el mismo Nat de Mons en sus consejos á D. Jaime acerca del peligro que corren los reyes olvidados de seguir el camino del deber; y otros, y otros, pues sería no acabar nunca, todos aluden al monarca aragonés, le recuerdan la muerte no vengada de su padre, le presentan el cuadro de una nacionalidad oprimida y espirante, le incitan á llevar sus armas contra la Francia, claman contra la tiranía y la barbarie, lamentan la decadencia de la patria, desean que ésta recobre su antigua cultura, ó piden respeto y libertad para las manifestaciones del espíritu humano.

Don Jaime pareció por fin atenderles, y, movido por tan ardientes instancias, cediendo á la premiosa insistencia con que principalmente solicitaba su apoyo uno de aquellos mismos trovadores, Guillermo de Montagnagout, embajador del conde de Tolosa, se comprometió

á entrar en una liga contra Francia. Por un momento pareció que iba á continuar la política de su padre y de su casa, pero no fué así. Otros destinos y otras empresas sonreian al *Conquistador*, y el tratado de Corbeil, celebrado en 1258 entre D. Jaime y San Luis, acabó con aquella nacionalidad occitánica, tan famosa en armas como sobrealzada en letras y en leyes, ante la cual se abrian los anchos y luminosos horizontes de un porvenir de progreso y libertad. La lengua de *oc* hubo de ceder el paso á la de *oil*, la patria de D. Jaime y aquellos lugares mismos donde se abrieran sus ojos á la luz y se meció su cuna, pasaron definitivamente á ser patrimonio de los Capetos, y enmudeció para siempre la lira de los trovadores, que abandonaron un país del que se apoderaban gentes extrañas y bárbaras con nuevos usos, nuevas leyes y nueva lengua. Tan cierto es que el canto del poeta no germina en tierra que no sazona la libertad.

¡Grande debió ser D. Jaime, sobrepujante y portentosa su gloria, cuando la posteridad le perdonó, y ha olvidado, el crímen de haber vendido al extranjero su cuna y su patria, los lares y la lengua de sus padres!

No creo deber insistir más para demostrar que eran esencialmenle políticos los trovadores. Hay que conservarles este carácter y sello, y no juzgo que se obre bien por parte de algunos al presentarles como unos meros juglares, especie de histriones y saltimbanquis, ocupados sólo en divertir al público, ó entretenidos en juegos de rima y fútiles pasatiempos. Se acomodan, es verdad, los que esto piensan á reconocerles algun mérito por sus

canciones de amor, pero prescinden por completo de sus *serventesios* filosóficos, morales y políticos.

No es honrado el proceder, ni esto es obrar como se debe. Aquellos hombres que cantaban el progreso, la patria, la independencia, la libertad del espíritu humano, merecen algo más que un recuerdo, y á todo pueden ser acreedores, ménos á la burla.

Se ha pretendido modernamente que las libertades públicas y los derechos del hombre arrancaban de la Revolucion de Francia y que de los enciclopedistas de esta nacion procedian las primeras armas en pró de la libertad de pensar. Lo primero es un olvido, tal vez un desconocimiento profundo, de las grandes, clásicas y democráticas instituciones de Cataluña y Aragon; lo segundo es una gran injusticia para la memoria de los trovadores provenzales.

Es, en efecto, una gran injusticia. Los huesos de aquellos varones ilustres han revertido ya en el polvo de qué salieron ó yacen aún esparcidos por las tierras hospitalarias, á donde, en las angustias de su destierro, acudieron en busca de sobrevenida patria y de ignorada tumba; pero, si pudieran aquellos huesos volver á juntarse y pudiera ser de nuevo animada aquella materia por el espíritu superior de los trovadores, se revolverian airados contra los que han creido encontrar en los franceses, sus opresores y verdugos, los primeros acentos de las libertades modernas, contra los que, suprimiendo dos siglos de esplendor provenzal y ayudando así á la obra de la Inquisicion, han pasado desde la época de Grecia y de Roma á la de los tiempos modernos

sin hallar apóstoles de públicas libertades y propagandistas de la libre emision del pensamiento, olvidados de aquella nacionalidad y de aquella literatura que en un rincon del Mediodía lucharon hasta morir por la obra de la civilizacion y del progreso humano, siendo el lazo de union entre lo antiguo y lo moderno.

Otra singularísima circunstancia hay que notar tambien. En aquella multitud de trovadores que vemos pulular en torno del monarca aragonés, ocupándose de las cosas y política de su reino, tan ardientes en loarle por sus virtudes como ganosos de señalarle camino á elevadas empresas, no hay ninguno que le ensalce por lo que tan ensalzado ha sido despues, por sus guerras con los árabes, por sus conquistas gloriosas de Mallorca y de Valencia. Sólo cuatro, si mal no recuerdo, son los que de esto se ocupan, algo someramente por cierto, siendo los cuatro catalanes y los cuatro pertenecientes á la última época de D. Jaime. Son Guillermo de Mur, Guillermo de Cervera, Olivier el Templario y Serveri de Gerona.

No creo aventurado decir que esto merece llamar la atencion de los historiadores futuros de D. Jaime, ya que no haya fijado del todo la de los que hasta hoy le historiaron.

Si alguno, como hemos visto en Duran de Paernas, alude á las guerras de D. Jaime con los moros, es para decirle que abandone estas luchas inútiles y vuelva su atencion y sus armas contra Francia, que en esto deben cifrarse su interés, su porvenir y su honra.

¿Qué significa, pues, aquel ardiente deseo en los tro-

vadores de empujar á D. Jaime á empresas políticas contra Francia y contra Roma?

¿Era, por ventura, que aquellos libre-pensadores, aquellos hombres adelantados á su siglo, aquellos cantores de la patrias libertades y de la patria independencia, no veian precisamente el peligro de parte de los árabes, sino que le veian más bien en la absorbente y tirana Francia, en la fanática y lujuriosa Roma?

¿Germinaba en el fondo de todo aquello algo parecido al espíritu libre y pensador de la reforma que más tarde debia brotar?

¿Comprendian que en los campos de Provenza, entónces, se libraba la grande y primera batalla moderna de la libertad contra la tiranía, del progreso contra el oscurantismo, de la civilizacion contra la barbarie?

La Francia y la Inquisicion victoriosas hicieron toda clase de supremos esfuerzos para que ni rastro quedara de aquella literatura, ni memoria de aquella civilizacion. Encendiéronse hogueras en todas partes; inmensas piras levantaron al cielo sus llamas, esparciendo por los aires las calientes cenizas de todos cuantos podian ser tachados de albigenses, de herejes ó sencillamente de sostenedores de la independencia provenzal, que todos eran llevados á la hoguera, revueltos y confundidos, sin duda para confirmacion de las palabras dirigidas por el abad del Cister á los cruzados cuando entraban á saco en Beziers: «Matadles á todos, herejes y católicos, que ya luégo Dios recogerá á los suyos.»

Las hecatombes humanas se sucedian, pues, unas á otras; con el rescoldo de las cenizas de una hoguera se

encendian las llamas de la otra; los verdugos sucumbian á la fatiga y al cansancio, pero ¡cosa singular! en medio de que se daba caza á los hombres como si fueran fieras, más perseguidos aún que los hombres eran los libros. Bibliotecas enteras fueron arrojadas á las llamas; cuantas obras de trovadores pudieron recogerse, consumidas por el voraz elemento; todo libro escrito en lengua provenzal, pasto de la hoguera.

No le bastó á la tiranía triunfante arrasar castillos, escombrar dinastías, sembrar de ruinas el suelo de la patria provenzal, extinguir casas, familias y clases, y baldonar la raza; quiso que el exterminio llegara á la literatura, á la lengua, á la memoria.

Y sin embargo, los pocos monumentos que de aquella rica civilizacion se han salvado, bastan para reconstruirla á nuestros ojos.

Aquella memoria, aquella literatura, aquella lengua viven todavía.

Lograron por el momento que los trovadores desapareciesen, que los albigenses terminaran, que la lengua enmudeciese, que á su gran pesadumbre sucumbiera aquella sociedad inteligente, y que por largo tiempo se haya desconocido que Provenza fué un estado, y más que un estado, toda una civilizacion; pero no consiguieron ni matar el espíritu ni amohecer la memoria de la poesía provenzal.

El espíritu libre y gibelino de los trovadores salió incólume de entre las llamas, y, purificado por ellas, fué á encarnarse en un hombre que nació providencialmente á tiempo para recoger los últimos ecos y las armonías

postreras de aquella poesía que ya sólo en voz baja, en el misterio de la soledad, al oido y á hurto de todos, como si se tratara de un crímen, se repetian unos á otros los hijos y los huérfanos de las expiatorias víctimas.

Gracias, pues, á ese hombre, que encarnó aquel espíritu y amesnó aquella poesía, uno y otra vivirán á través de los imperios, de las generaciones y de las edades, por los siglos de los siglos, miéntras haya una sola voz que en cualquiera de las lenguas humanas pueda repetir el nombre eternamente glorificado del divino Dante.

Y ahora, pobre capítulo mio, vé á buscar al amigo cariñoso de la infancia, al maestro de mi juventud, al que, dándome á conocer la historia y la lengua de mi patria, me reveló el espíritu de mis padres, y preséntate á él modesto y desnudo de toda gala, y díle: «á vos me envia, Luis Cutchet, para que al calor de vuestro nombre viva, aquel que en vuestra honrada vida ha procurado inspirarse, que vuestras antiguas lecciones ha querido aprovechar, y que en vuestras obras aprendió á conocer la propaganda civilizadora de los trovadores, en quienes algo debieron inspirarse nuestros ínclitos abuelos al sostener las excelencias de aquella pura, genuina y legítima libertad que, evitando el sofisma de los unos y huyendo la licencia de los otros, era fórmula salvadora para felicidad y bienestar de la república.

DE LOS JUGLARES.

Los juglares ó *cantadores*, como parece que se les llamaba en la corte de Castilla, intérpretes populares de las composiciones provenzales, existian ántes que los trovadores. No eran otra cosa que los *Joculatores* latinos ó galo-romanos, tan comunes en la sociedad antigua, que formaban parte de sus placeres públicos y privados, presentándose por do quiera á hacer juegos de manos y farsas ó á enseñar animales adiestrados.

Eran los juglares en Provenza los que iban por córtes y castillos cantando y recitando las composiciones de los trovadores; eran los cómicos ó actores que se encargaban de dar popularidad á las obras de los poetas extendiéndolas por todas partes, apareciendo en todas las fiestas populares, animándolo todo con sus juegos y sus cantos.

Los habia de tres clases, unos independientes y li-

bres, vagabundos y errantes, con la vida del bohemio, que en ninguna parte vivian y en todas, que allí estaban donde habia fiesta, movimiento, vida, placeres. Otros formaban parte de las córtes de reyes y potentados, viniendo á ser en ellas lo que más tarde los bufones. Otros, en fin, estaban á sueldo de ciertos trovadores principales, viajando con ellos, siendo sus mensajeros, precediéndoles ó acompañándoles en sus visitas á las córtes. Los trovadores más nombrados tenian por lo ménos un juglar á su servicio; algunos dos y hasta mayor número, segun era la importancia, la posicion ó el fausto del trovador. Existia tanta diferencia entre éste y el juglar, como hoy entre el poeta y el actor, y no deben por consiguiente ser confundidos, áun cuando hay ejemplos repetidos de juglares que por su ingenio y talento se hicieron trovadores, y tambien los hay de alguno de éstos que, por el contrario, se hizo juglar para mejor satisfacer las costumbres y apetitos brutales de una desordenada vida.

Algunas veces se han empleado las palabras *trovador* ó *juglar* como sinónimas, y hasta algunos trovadores se dieron á sí mismos el nombre de juglares. Rimbaldo de Vaqueiras se denomina así, pero otros lo rechazan con indignacion. Giraldo Riquier se queja amargamente del abuso de confundir á los trovadores con los juglares, y Sordel exclama en una sátira contra Bremon:

«Se equivoca cuando me llama juglar, porque él va trás los otros y los otros vienen á mí. Yo doy sin cesar y él toma sin dar; todo lo que él lleva encima lo debe al favor de los otros; yo no acepto nada que pueda hu-

millarme; aún más, yo doy de lo mio muy á menudo y no quiero recompensa.»

> Ben a gran tort car m' apella *joglar*,
> c' ab autre vai et autre ven ab me,
> e don ses penre et el pren ses donar,
> qu' en son cors met tot quan pren per mercé
> nas ieu non pren ren, don auta m' eschaia,
> anz met ma renda e non voill guierdon...

Federico Díez establece entre trovadores y juglares las siguientes diferencias:

«Habia trovadores que no eran juglares: los que sólo poetizaban por la honra, los grandes señores, los poetas independientes. Habia trovadores juglares, los que hacian del arte una profesion lucrativa, á saber, los poetas de corte. Habia juglares que no eran trovadores, es decir, los músicos, los saltimbanquis, etc.»

La segunda clasificacion de Díez me parece algo forzada.

Para que puedan ser apreciados los juglares en su modo de ser, voy á reunir aquí algunas curiosas noticias recogidas de diversas obras y buscadas á propósito para dar una idea aproximada de quiénes eran y cuáles las costumbres y oficios de esos vagabundos intérpretes de la poesía provenzal.

La primera vez con que, yo al ménos, recuerdo haber tropezado con noticias de juglares en nuestras tierras, es con referencia á aquella fabulosa pero peregrina leyenda segun la cual un conde de Barcelona pasó á Alemania á ser el campeon de la virtud é inocencia de la emperatriz Matilde.

Cuenta la leyenda que el conde Ramon Berenguer III vió llegar un dia á su corte á un juglar, procedente de Alemania, el cual le dijo que su noble señora la emperatriz Matilde habia sido acusada de adulterio, siendo inocente, y que para escapar al inmediato castigo de las iras de su esposo y de la justicia de su país, habia apelado al juicio de Dios. Diérase entónces el plazo de un año y un dia á la víctima. Si durante este tiempo no se presentaba en Colonia un campeon de su inocencia, dispuesto á pelear en palenque franco con sus acusadores y vencerles, Matilde debia perecer en una hoguera. El juglar iba por las córtes buscando un caballero que en pró de la inocencia ultrajada se dispusiera á embrazar un escudo y á empuñar una lanza.

El conde de Barcelona aceptó el ser campeon de la emperatriz, dió su guante en prenda al juglar, y éste partió á Alemania. Trás de él emprendió el viaje Ramon Berenguer, que llegó á Colonia ántes de finalizar el plazo, se presentó como caballero desconocido en el palenque, venció á los acusadores de Matilde, y libró á ésta de la hoguera haciendo que su inocencia fuese de todos reconocida.

Pero esto no pasa de ser una pura fábula.

Más positiva noticia es la que hace figurar á los juglares por aquella misma época en la fiesta del casamiento de aquel príncipe con la condesa Dulce de Provenza.

Cuéntase con referencia á antiguos manuscritos que el conde Ramon Berenguer III *el Grande* y la condesa Dulce fueron en 1112 al templo, acompañados de un

gran coro de juglares y juglaresas, cantores y cantoras, que todo lo alegraban con sus cantos, y que sin duda habian ido á Barcelona en pos de su señora de Provenza, cuando fué ésta á enlazarse con el príncipe catalan.

Por lo que toca, pues, á nuestro país, está fuera de toda duda que los juglares precedieron á los trovadores, y siendo principalmente el oficio del juglar la ejecucion cantada de poesías ajenas, como era el del trovador la composicion de la letra y de la música, es de creer que ellos fueron el conducto primero por el cual llegó á Cataluña el conocimiento y el gusto de la poesía provenzal.

El mayor número de noticias relativas á juglares en estas nuestras comedias pertenece al reinado de Alfonso de Aragon *el Casto*, del cual existe un decreto inédito y singularmente curioso, que traslada Milá, otorgado en 1180, á peticion de la Aljama de los sarracenos de Tortosa, quienes se quejaban, entre otros agravios, de que en sus casamientos se les obligaba á recibir mal su grado á los juglares y juglaresas, ó mayor número de los que deseaban, ó á darles más de lo que queria el novio.

Existe una poesía, que debió ser escrita por los años de 1170, dirigida á un juglar llamado Cabra por el trovador catalan Guiraldo, Giraldo ó Gerardo de Cabrera, de la noble casa de este apellido.

De esta composicion se deduce la existencia de los juglares en Cataluña y la de que éstos se hallaban al servicio de los trovadores, como en clase de secretarios,

agentes, mensajeros é intérpretes de sus cantos. Ya tambien por otra noticia, con referencia á la misma época, se sabe que otro trovador catalan, Guillermo de Bergadá, contemporáneo del de Cabrera, tuvo á su servicio á los juglares Ramon de Pratz, Arnaldo, Sabata, el juglar de Ripolés y Montanier.

De la misma composicion de Giraldo de Cabrera á su juglar Cabra se deduce tambien que los juglares eran los encargados de difundir las narraciones caballerescas y las leyendas históricas de guerra y de amores.

Es realmente muy notable esta poesía de Cabrera, que debió ser considerada como un índice muy autorizado de los conocimientos necesarios al juglar, y que fué imitada en el mismo metro por Giraldo de Calensó y por Beltran de París de Ruesga.

«Juglar Cabra, dice el trovador, no puedo resistir á mi deseo de cantar y de hablar sinceramente respecto á tus conocimientos.

»Malamente tocas la viola y peor cantas del principio al fin, sin que sepas terminar, á mi juicio, con la cadencia bretona.

»Mal te enseñó el que te instruyó en el manejo de los dedos y del arco. Ni sabes tampoco bailar ni saltar á usanza del juglar gascon.

»No te oigo recitar nunca serventesio ni balada, ni nunca tienes al alcance de tu memoria buenos estribillos, retroenchas ni tensiones.

»No creo que pase por debajo de tu bigote ningun buen verso nuevo de Rudel, de Marcabrú, ni de nadie, ni de Alfonso, ni de Eblés.

»Difícilmente puedes adquirir gran saber si no sales de tu país. A más, ignoras toda clase de narraciones...»

Y continúa la poesía enumerando por medio de una relacion asaz prolongada los hechos históricos ó fabulosos, legendarios y caballerescos, en gran parte, que el juglar ignora y que saber debiera para poder ejercer su oficio.

La composicion termina así :

«No sabes ni declamar ni cantar versos en la iglesia ni en casa. Véte, pues, Cabra; véte, macho cabrío. Bien te conoció el que te envia á hostigar al carnero.»

Cabra juglar,
non puesc mudar
qu' eu non chan, pos á mi sab bon;
e volrai dir
senes mentir
e comtarai de ta faison.
Mal sabs viular
e pietz chantar
del cap tro en la fenizon.
Non sabs finir,
al mieu albir,
á trempadura de Breton.
Mal te ensegnet
cel que 't mostret
los datz á menar ni l' arson.
Non sabs ballar
ni trasgitar
a guisa de juglar gascon.
Ni sirventesc
ni balaversc
non t' anc dir e nuilla fazon;

bons estribotz
non tiens pels potz
retroencha ni contenson...

Tuvo esta poesía dos imitadores en el metro, en la forma y en el asunto, Giraldo de Calansó y Beltran de París.

La de Giraldo de Calansó, superior en mi sentir, es una larga instruccion á un juglar, al que recomienda que sepa tocar varios instrumentos, nueve por lo ménos, la viola, la guitarra, el salterio, la lira, etc. Debe ser experto en el uso del tambor y de los címbalos, diestro en los juegos de manos, hábil en lanzar pelotas y manzanas para recogerlas con cuchillos, en saltar por entre cercos, en hacer toda clase de juegos de manos.

E pancs pomels
ab dos cotels
sapchas gitar e retenir...
E sitolar
e mandurcar
et er catre cercles salhir...

Sigue luégo la enumeracion de los poemas y novelas que debe saber á fin de aparecer bien instruido y poder recitar distintos pasajes, y á continuacion se le dan estas instrucciones finales:

«Debes saber cómo Amor corre y vuela, cómo va desnudo, cómo rechaza la justicia con sus dardos agudos y sus dos flechas, una de las cuales es de oro fino que deslumbra, y la otra de acero y de tan profunda herida que es incurable. Estudia las ordenanzas de

amor, sus privilegios y sus remedios, y sabrás así explicar sus diferentes grados, cómo marcha con rapidez, de qué vive, lo que hace, los engaños de que se vale, y la manera que tiene de destruir á sus servidores.

»Cuando todo esto hayas aprendido y sepas bien, no faltes en dirigirte allí donde está el rey de Aragon, pues no conozco á nadie que mejor que él aprecie el arte. Si sabes cumplir con tu oficio, si te distingues entre los mejores, no tendrás por qué quejarte de sus dones, miéntras que si eres ignorante, merecerás ser mal acogido por el mejor príncipe que en el mundo existe.»

A más de los cantos de los trovadores, los juglares recitaban narraciones en verso que abundaban y eran populares en Provenza. Las instrucciones de Giraldo de Calansó, de Giraldo de Cabrera y de Beltran de París de Ruerga lo demuestran así:

«Tú no conoces, dice este último al juglar á quien instruye, tú no conoces las novelas de Tristan, del rey Marc, ni del hermoso Absalon. Tú no sabes por qué Palomides, en su castillo, callaba su nombre al primer llamamiento; tú no sabes nada de la caida de Tyro; tú ignoras cómo Argiles, el buen mágico, para vender á su rey, construyó palacio y torre ante Laon; con qué fuerza el dominador de París invadió España y la redujo. Nada sabes, segun creo, de Ivan, el primero que adiestró las aves, ni del emperador Constantino, ni de cómo éste, insultado en su palacio por su propia mujer, abandonó á Roma y edificó la soberbia Constantinopla, en la cual se trabajó 120 años.»

Otro dato sobre juglares, que merece consignarse, es el de que en las constituciones *pacis et treguæ* dadas por el rey de Aragon D. Jaime en 1234 en Tarragona, se prohibe hacer regalo alguno á juglares y á juglaresas, pero se permite que el mismo rey ú otro noble pueda tomar, conservar y llevar consigo un juglar y darle lo que quiera.

En el *Romanz de Flamenca*, verdadera novela de costumbres, hay un pasaje que voy á traducir porque da una idea acabada de lo que eran los juglares en las grandes solemnidades y festejos que tenian lugar en los castillos.

Permítaseme ante todo insertar como muestra la primera parte de la relacion, notable ciertamente por su color y por su carácter. Se trata del final de un banquete.

Quan an manjat, autra ves lavon,
mais tot atressi com s' estavon,
remanon tut e prendon vi,
car nezat era en aisi;
pois leven hom las toallas,
bels conseillers ab granz ventaillas
aportet hom davan cascú
ques anc us non failli ad u;
aquis poc quis vol acontrar.
Apres si levon li juglar;
cascus se vol faire auzir;
adonc auzirás retentir
cordas de manta trempadura.
Qui saup novella violadura,
ni canzó ni descort ni lais,
al plus que poc avan si trais.

L' uns viola 'l lais del cabrefoil,
e l' autre cel de Tintagoil;
l' us cantet cel dels Finz amanz,
e l' autre cel que fes Ivans.
L' us menet arpa, l' autre viula;
l' us flautella, l' autre siula;
l' us mena giga, l' autre rota,
l' us diz los motz e l' autre 'es nota;
l' us estiva, l' autre flestella,
l' us musa, l' autre caramella;
l' us mandura e l' autr' acorda
lo sauteri al manicorda;
l' us fai lo juec dels banastelz,
l' autre jugava dels coutelz;
l' us vai per sol e l' autre tomba,
l' autre balet ab sa retomba;
l' us passet sercle, l' autre sail;
nenguns a son mestier non fail.

«Terminada la comida, se lavaron por segunda vez, y sin moverse de su puesto, tomaron al vino, segun era de uso. Levantáronse en seguida los manteles, y se trajeron á los convidados los consejeros de las gracias (1). Cada uno se arregló á su manera. En seguida aparecieron los juglares, queriendo hacerse escuchar todos. Hubiérais podido oir resonar entónces instrumentos montados en todos lados. El que sabía un nuevo aire de viola, una cancion, un descort, un lai, hacía lo posible

(1) Traduccion literal. Raynonard, que cita este pasaje, cree que se trata de abanicos. Pablo Meyer piensa que se trata de espejos.

para que se le atendiera. El uno toca el lai de la madreselva, el otro el de Tintagoil; el uno canta el de dos finos amantes, el otro el que compuso Ivan. El uno tañe el arpa, el otro la viola; el uno la flauta, el otro el pífano; el uno canta la letra, el otro le acompaña; el uno hace oir la dulzaina, el otro el caramillo; el uno la gaita, el otro el tamboril; el uno toca la bandurria, el otro templa el salterio con el manocordio; el uno juega con títeres y muñecas, el otro con cuchillos; el uno se arrastra por el suelo, el otro da volteretas; el uno danza, el otro salta, el otro pasa por entre cercos: nadie falta á su oficio.

»Los que quisieron oir historias de reyes, de marqueses ó de condes, pudieron satisfacer su deseo, porque el uno contaba de Príamo, el otro de Piramo; el uno de la bella Elena robada por Paris, otros de Ulises, de Hector, de Aquiles, de Eneas que abandonó á Dido desgraciada y doliente, de Lavinia que desde lo alto de las murallas hizo arrojar la carta y el dardo por el centinela. El uno contó de Apollonia, de Tideo, de Eteocles, el otro de Apolonio; el uno del rey Alejandro, el otro de Heros y de Leandro; el uno de Cadmo que, desterrado de su patria, fundó á Tebas, el otro de Jason y del dragon vigilante; el uno explicaba los trabajos de Alcides, el otro narraba cómo Demophon se atrajo á Phyllis por amor. El uno refirió cómo el bello Narciso se ahogó en la fuente donde se miraba; otros contaban de Pluton que robó la hermosa mujer de Orfeo, y de Goliat que mató á David; el uno relataba lo de Sanson á quien Dalila cortó los cabellos miéntras

dormia, el otro de Macabeo que combatia por el Señor; uno explicó cómo Julio Cesar pasó solo el mar sin implorar el socorro de Nuestro Señor y sin temblar, etc. etc.»

Y sigue, por este estilo, una larga enumeracion de hechos ya verdaderos, ya supuestos, relativos á personajes célebres y á las narraciones caballerescas más en boga entónces.

Giraldo Riquier, el famoso trovador de Narbona, que encontró hidalga proteccion en la corte del rey de Castilla D. Alfonso *el Sabio*, escribió en 1273 su larga y popular requesta al monarca castellano, suplicándole que diera nombres particulares á los juglares y tambien á los trovadores que se hacian notar por sus talentos, su cortesía y su buena conducta, á fin de distinguirles de los histriones y bufones que se prestaban á ruines y viles oficios.

Es verdaderamente importante esta composicion, y éste el lugar más adecuado para darla á conocer.

Su título es el siguiente:

Aissó es la suplicatió que fes Gr. Riquier al rey de Castela per lo nom dels juglars l' an LXXIII.

Comienza esta súplica diciendo que las gentes viven diversamente en el mundo. «Los valientes, dice, mejoran su suerte, los que pueden hacen nuevos establecimientos, muchos se atienen á los antiguos usos. En general veo establecido un buen órden y lo mejor del mundo está regido por clérigos, caballeros, burgeses, mercaderes, menestrales y labradores.»

Despues de un detenido exámen de las ocupaciones de todos estos estados prosigue diciendo que ello le ha

movido á considerar que sería conveniente establecer diversos nombres entre los juglares, pues no está bien que los mejores no tengan nombres más honrosos.

«Se ve por desgracia que un hombre sin instruccion, si sabe tocar un poco algun instrumento, va mendigando por las calles; otro canta desacertada y vilmente por las plazas; y todos andan entre gente de poco valer, sin distinguir entre las conocidas y desconocidas, habituándose á vivir en las tabernas, y alejándose de las buenas córtes. A éstos se les llama juglares, como tambien á los que sólo se ocupan en ejercicios corporales ó en juegos de manos y de títeres, cuando la juglaría fué inventada en su orígen por hombres sensatos y entendidos para alegrar y honrar á los buenos. Por esto la gente de pró quiso entónces tener juglares, y áun ahora, como es costumbre, los tienen todos los grandes señores.

»Hubo despues los trovadores para referir cantando los buenos hechos y para ensalzar y alentar á los valientes. Ahora cantan, trovan y tocan instrumentos algunos sin juicio y sin saber, que envidian las honras que los buenos alcanzan, aunque generalmente son ellos más favorecidos que los que saben. Y, pues, tanto ha degenerado el nombre de juglaría y es sensible que los sabios trovadores no se hayan ántes quejado de ello, de desear sería que cada uno recibiese un nombre, adecuado á lo que supiese hacer, y que todos se llamasen en general juglares, á la manera de lo que sucede entre los burgeses, si bien hay mayor variedad entre los juglares, unos buenos, otros medianos y otros viles y despreciables.»

«Vos, señor, pues tanto es vuestro poder y saber, podeis poner remedio, y si rey alguno debe hacerlo sois vos, porque en todo tiempo juglaría y saber han hallado en Castilla acogida, estímulo, premio, enmienda y cumplido consejo, más que en corte real ó de otra clase. Esto os honrará, de este modo se sabria cuál es el saber de cada uno.

»Así, pues, os ruego especialmente que, á aquellos que saben trovar de una manera segura y verdadera y hacen versos y canciones y otras buenas trovas con provecho y sentido y con enseñanzas durables en todos tiempos, se les distinga por su nombre de los juglares, de aquellos que, tocando instrumentos y remedando, sólo sirven para la diversion del momento y son muy distintos de los primeros cuyos cantares se recuerdan y agradan é instruyen áun despues de muertos sus autores. A éstos, Dios y el mundo les honran por tal saber que por ningun medio propio de hombre carnal no pudiera lograrse, y á diferencia de los otros estudios no se puede comunicar. Por esto deberian honrarse los que se hallan en este caso, cuando al mismo tiempo se presentan dignamente en las córtes. Los hay que saben, pero que se portan mal, y otros al revés, y generalmente prosperan más en las córtes los más atrevidos. Hay trovadores de diferentes maneras: unos emplean su saber en la maledicencia, otros componen sin gusto coplas, serventesios y danzas. Yo entiendo hablar solamente de los de saber y juicio, que hacen versos y canciones con buen argumento y que rimando dan buenas enseñanzas.»

A esta composicion sigue, y ya esto es más notable todavía, la respuesta dada por el rey de Castilla con el título de: «Declaracion ó sentencia que el señor rey D. Alfonso de Castilla dió á la súplica hecha por Giraldo Riquier relativamente al nombre de juglar.» *Declaració, que 'l senher rey N' Amfos de Castela fe per la suplicatió que Gr. Riquier fe per lo nom de joglar, l'an MCCLXXV.*

Hay que hacer alguna observacion, ántes de pasar adelante.

En primer lugar, la fecha es de uno ó dos años posterior á la epístola de Riquier, ya que ésta pertenece al 1273 ó al 1274 segun algun manuscrito.

No puede caber duda alguna de que esta *Declaracion* está escrita por el propio rey D. Alfonso, y en este caso tenemos, como anteriormente se ha dicho, que el monarca castellano, al igual de otros reyes y príncipes, no se desdeñó de pulsar la lira provenzal bajando al palenque literario á debatir con los trovadores.

Sabida cosa es que el rey D. Alfonso *el Sabio* era poeta, y conocidos y celebrados son sus versos. Dada la proteccion que dispensó á los trovadores, alguno de los cuales, como Bonifacio Calvo, llegó á ser su privado y su consejero; dado el gusto que por la literatura provenzal demostraba; teniendo en cuenta las muchísimas poesías de trovadores que le están dedicadas y las muchas más en que se le cita como *caps de pretz e d' onramen;* recordando sus *Cántigas* famosas á que ciertamente no son ajenos ni el corte, ni el giro, ni la índole de la lengua y poesía provenzales, que eran sin duda alguna

familiares á aquel sabio monarca, no es aventurado creer y decir que fueron originales suyas, no sólo la contestacion á la súplica de Giraldo Riquier, sino tambien la que dió, y en su lugar veremos, á Nat de Mons.

Es más; dadas las condiciones de aquel rey, no puede creerse otra cosa. La duda sólo es una ofensa para la memoria de aquel príncipe.

Pero vamos ya á la contestacion dada al memorial de Riquier.

Comienza con un introito ó preámbulo en que don Alfonso expone algunas generalidades acerca del deber de ensalzar á los suyos cuando están necesitados y acerca de los muchos negocios que le abruman, y en seguida procede á dar su sentencia, precedida de las más solemnes fórmulas, en nombre de Dios Padre y del Hijo nacido sin mancha de la Vírgen y del Espíritu Santo, fijando el mes de Junio de 1275 como fecha de la sentencia, y enumerando todos sus títulos y honores como rey reinante de Castilla, de Toledo, de Leon, de Galicia, del *buen reino* de Sevilla, de Córdoba, de Múrcia, etc.

Sitot s' es grans afans
als homens malanans
d' autrus afars parlar,
qui honor ten e car,
et á sen e saber
ab esforsat poder
deu lo siens enantir...
E nos, á qui pesars
de motz afars es datz,
avem voler assatz,

que al nostre dever
fassam nostre poder.

La maior razó.

El nom del ver Dieu Paire
e del Fil, que de Maire
Vérge nasc ses oblit
e del Sant Esperit,
que 's vers en unitat;
l' an de nativitat
de Crist M. e CC.
L. XX. V. correns
el mes de junh issen,
per bon entendemen,
car non forsa razós,
requis dizem Amfós
per gracia de Dieu
e per lo plazer sieu
Rey regnants de Castela
e Reys, per que 's capdela
Toleta e Leos,
Gallicia e 'l bos
regne de Cibilia,
de Cordoa, de Murcia,
d' Algarbs, de Geian,
per so, que soplican
nos mes denan l' autrier
temens Gr. Riquier
per lo nom de joglars,
proan per mot afars
ben son entendemen
contra 'l defalhimen...

Despues de esto pasa el rey á declarar y decidir que todos los tocadores de instrumentos se han de llamar

istriones, cuya etimología busca en *instrumenta;* todos los trovadores *inventores*, y todos los que dan saltos en las cuerdas tirantes ó sobre piedras *joculatores.*

El nombre de juglar debe darse á los que saltan y remedan, si bien en España, añade el rey, hay nombres propios y adecuados para cada clase. Así se llaman *juglares* los que tocan instrumentos, *remendadores* los que remedan, y *segriers* (?) los trovadores, segun uso y costumbre de todas las córtes.

. . . .
Es pro ben en Espanha
e no volen que 's franha,
mes digas cum se ditz:
c' assatz es ben partitz
per cognoms lurs afars.
Hon apela *joglars*
totz sels dels esturmens;
et als contrafazens
ditz hom *remendadors;*
e ditz als trovadors
segriers per totas corts...

Continúa luégo diciendo que á los hombres desprovistos de toda buena condicion que pronuncien versos sin argumento ó empleen vilmente su vil saber sin consideracion alguna, por caminos y por plazas, arrancando vilmente el dinero y viviendo deshonradamente, se les da el nombre degradante de *cazurros.*

«El uso de Provenza, añade, de llamarles á todos *juglares*, nos parece un gran error de lenguaje, por lo cual aconsejamos y declaramos con motivo que todos

aquellos que, ya sepan ó no, viven vilmente y con deshonra, no deben presentarse en ninguna corte de mérito, como aquellos que hacen saltar monos, cabríos ó perros ó que hacen juegos vanos como los de títeres, ó remedan pájaros ó tocan ó cantan entre gente baja por humilde precio, no deben alcanzar el nombre de juglaría, ni aquellos que siguiendo las córtes se fingen locos y no se avergüenzan de lo indecoroso, ni les agrada ningun hecho placiente ni bueno, y que deben llamarse *bufones* segun se usa en Lombardía. Y aquellos que con cortesía y con noble saber se conducen bien entre las gentes ricas para tocar instrumentos ó para contar nuevas hechas por otro ó para cantar versos y canciones ajenas, ó para otras cosas buenas y agradables, bien pueden poseer este nombre de juglar. Y aquellos que saben trovar versos y sones, y componer danzas, coplas, baladas dispuestas con alta maestría, albas y serventesios, bueno y de ley es que se llamen trovadores. Y entre éstos deben distinguirse los que saben hacer canciones y versos de autoridad y nuevas muy apacibles y bellas enseñanzas que muestren temporal ó espiritualmente cómo el hombre puede, con tal que quiera, discernir entre el bien y el mal. Estos, á quienes Dios honra, debe honrar el mundo, si obran de un modo correspondiente á su saber, porque por gusto y por deber muestran el camino del honor, declarando bellamente las cosas oscuras. A los tales se les deberia llamar *doctores de trovar.*»

Tal es esta composicion, de la que he creido oportuno dar una idea en este capítulo.

Tiene esta obra 1.240 versos, 862 empleados en la súplica ó memorial de Giraldo Riquier y 393 empleados en la declaracion ó sentencia del rey *sabio* de Castilla.

Los que han confundido al juglar con el trovador se han equivocado lastimosamente. Hay, es verdad, ejemplos de algunos que han sido á la vez lo uno y lo otro, como se ha manifestado ántes, pero no hay duda alguna que habia entre trovadores y juglares la diferencia que existe entre la profesion y el oficio.

El oficio esencial de los juglares era el de viajar con los poetas inexpertos en música para secundarles en cualidad de *cantadores* ó acompañantes, el de ir por las córtes y castillos dando á conocer las producciones de los trovadores ilustres, siendo al mismo tiempo, segun parece, lo que en Castilla se ha llamado los *corre, ve y dile*. Hay, si bien se mira, algo de parecido y no poco de comun entre los juglares y aquellos criados tan diestros, tan maliciosos y tan activos de nuestras antiguas comedias de capa y espada.

Cada poeta, segun ántes se ha dicho, tomaba á su servicio uno ó varios juglares, conforme las exigencias y recursos de su posicion, y les enviaba, portadores de sus cantos, para que fueran á recitar y cantar sus composiciones á determinadas damas ó caballeros.

«Sin sellos ni credenciales, dice Godofredo Rudel, envío mis versos y mis cantos en verdadera lengua romana, por conducto de Filhol, á Hugo Brun.»

Senes breu de pergamina
tramet mon vers en chantan

en plena lengua roman
á 'n Ugo Brun per Filhol...

Habia tambien juglares independientes que hallaban sus medios de existencia en ir por las córtes recitando ó cantando composiciones de los trovadores más célebres.

Garin de Apchien dice, hablando de un juglar:

«Si quisiera arruinarle me bastaria con negarle mis versos, y á nadie hallaria entónces que quisiera darle de comer ú hospedarle ni una sola noche.»

S' ieu lo vuelh ben dechazer,
que 'l vuelha tolre mon chantar,
ja non er qu' ilh don a manjar
ni 'l vuelha albergar un ser.

Hugo de San Cyr dice á su juglar:

«Me has pedido un serventesio, y te lo daré tan pronto como pueda.»

Messonget un sirventés
m' as quist 'e donarlo 't ay
al pus tost qu' ieu porrai...

Ramon de Miraval dice al juglar Bayona:

«Yo sé bien, Bayona, que vienes en mi busca con el objeto de tener un serventesio: es el tercero, pues ya te me has llevado dos que te han valido oro y plata, trajes usados, ropas malas y buenas.»

Bayona, per sirventés
sai be qu' iest vengutz mest nos,
et ab aquest seran tres,

qu' ieu non avia fustz dos,
don mant aur e mant argen
avetz guazanhat, Bayona,
et maiut uzat garnimen
e d' avol raub' e de bona.

El propio Miraval exclama en otra poesía:

«Dios me perdone, Bayona, ¡qué pobre te veo y qué miserablemente vestido! Voy á sacarte de este estado dándote un serventesio.»

A Dieu me coman, Bayona,
tans pauprctz vei a sobrier
mal vestitz ab avol gona,
mas ie't trairai de pauprier
ab un sirventes quant profier.

Y en otra, con la cual se demuestra que Bayona estaba á su servicio y á sueldo suyo, le aconseja que visite á ciertos amigos y protectores de quienes recibirá ropas, telas, trajes y hasta un caballo:

Passarás Carcassona,
iras a 'n Peire Rogier,
e s' il be e gent no 't dona,
ie 't doblarai ton loguier;
e pus iras a 'n Olivier
que 't dará rauba gordona
de sava vairet leugier
o dels bels draps de Narbona.
Bayona, pauc te sojorna,
e vaite 'n á 'n Gentesquieu
que 'l no 't fará cara morna,
c 'om plus alegre no vieu,

ans te dará caval braidieu
tal que ben cor e biorna,
e vestimenta d' estieu...

Los juglares llegaron á decaer tanto, que el mayor descrédito cayó sobre ellos. Fueron poco á poco abarraganándose de tal manera, que, empujados por la miseria ó por los vicios, se entregaban á las más deshonrosas acciones. Fué entónces cuando los poetas los hicieron blanco de su indignacion y de sus anatemas.

Un trovador, dirigiéndose á Beltran Fulcó, le dice que ha caido en deshonra y abdicado su órden de caballería desde el momento que se ha dejado vestir por un juglar del marqués de Este:

Cavalliers, cuy joglars vest,
de cavalaria 's devest;
c' us joglaretz del marques d' Est,
Fulcó, vos á vesti...

Matfre Ermengaud en su *Breviario de amor* les hace todos estos cargos:

Li joglar son mal dizen
et avar e desconoychen,
e deslial e messongier,
e lag parlan e putanier,
e continuamen jogador,
e tavernier e bevedor,
e portan messaggaria
mantas vetz de putanaria.

DE LAS CÓRTES

Y

DE LOS PUYS DE AMOR.

Mucho se ha debatido acerca de las Córtes de amor, negando unos su existencia, afirmándola otros.

Difícil sería precisar, y este es, en mi sentir, el punto verdaderamente dudoso, cuáles eran la forma, la competencia y la jurisdiccion de estas Córtes, pero respecto á lo demás, yo creo, con Raynouard y con Azais, en su existencia, que está por otra parte de completo acuerdo con las ideas y las costumbres de aquella época caballeresca.

Si fuese cuestion de citar nombres de autores para oponerlos á otros, larga sería la lista de que pudiera echarse mano. Entre más que citarse podrian, han asegurado la existencia de aquellas Córtes Papon, Bouche, Gaufredy, Caseneuve el historiador de los *Juegos Florales*, Chasteuil, Rolland, Guinguené, Crescimboni, y Andrés el capellan que en su tratado del *Arte de amar* continúa gran número de sentencias de estos galantes

tribunales, entre otras la dada en pública y solemne audiencia por María de Francia, hija de Luis *el Jóven* y de Leonor de Aquitania, prévio acuerdo y juicio de sesenta damas, allí presentes, las más instruidas y calificadas de su corte.

Pero, no hay que citar autoridades posteriores á la época en que vivian los trovadores, puesto que en las obras mismas de estos poetas se halla la prueba evidente de la existencia de las Córtes de amor. Basta trascribir para esto, con Raynouard y con Gabriel Azais, los siguientes versos de una *tension* de los trovadores Giraldo y Peyronet.

Dice Giraldo: «Os venceré con sólo que la *corte* sea leal... Envio mi *partiment* á Pierrefeu donde la bella tiene *corte* de enseñanza.»

Y contesta Peyronet: «Pues yo quiero ser juzgado por el honorable castillo (entiéndase corte) de Signe.

Giraud.

Venceraivos, sol la cort lial sia...
A Pergafuit tramet mon partiment
o la belha fai cort d' ensenhamen.

Peyronet.

Et ieu volrai per mi al jutjamen
l' onrat castel de Sinha.

Signe y Pierrefeu eran dos castillos vecinos y situados á cierta distancia de Toulon y de Brignoles, y las Córtes de amor que tenian allí su asiento, eran, con la de Romanin, las más célebres de Provenza.

En estos y en otros castillos formaban tribunal las más célebres, instruidas y bellas damas, en número de diez, de doce, de catorce y hasta de sesenta, encargadas de deliberar y sentenciar, segun usanzas de amor, acerca de cuestiones, á veces las más sutiles de la galantería, y á veces tambien las más delicadas y escabrosas, como por ejemplo: *¿Puede existir el amor entre dos esposos?* Cuestion que fué resuelta negativamente bajo la presidencia de María de Francia, en la Córte de amor de las sesenta damas á que ántes se ha aludido.

Allí habia, segun parece, toda una jurisprudencia, un código especial, un cuerpo de leyes y de doctrina, y César de Nostradamus declara haber visto escritas en magníficos libros de vitela las sentencias de estos tribunales femeninos.

Algo de esto debia conservarse aún en tiempo de Petrarca, quien, en uno de sus sonetos, nos habla de un tribunal de doce damas, á las que representa navegando con Laura por el Ródano y brillando como doce estrellas en torno del sol.

Dodici donne onestamento lasse,
anzi dodici stelle, e 'n mezzo un sole,
vidi in una barchetta allegre e sole,
qual no so s' altra mai onde solcasse.

Allí, repito, en aquellas asambleas, de hermosas y galantes damas compuestas, se discutia y deliberaba sobre puntos oscuros, difíciles, sutiles y peligrosos, que, por lo general, habian sido ya tratados en determinadas *tensiones* de los trovadores, sometidos por éstos á

sus acuerdos; allí se empeñaban á veces acalorados debates, y habia mayorías y minorías y votos particulares; allí era donde brillaban y se hicieron célebres la Bella de Pierrefeu, como se llamaba á la dama del castillo de este nombre, Estefanía de Baucio, Beatriz de Agout, Matilde de Villeneuve, Estefanía de Gantelmes, la *garrida* dama de Romanin, la marquesa de Malespina, la de Saluces, Clarita, la hermosa de Baucio, Hugoneta de Sabran, Helena de Mont Pahon, Ursina de los Ursieres, Azalais de Avignon, Clara de Anduze, Beatriz de Signe, Constancia de Foix, la bella Rogesta, la condesa de Rodez, Guillermina de l' Isle, la cortés entre las corteses marquesa de Gourdon, y muchas otras; allí, por fin, era donde se tomaban los acuerdos y se dictaban las sentencias, basadas siempre sobre el principio de que «el primer deber del hombre es el de tener un corazon franco y bueno á fin de honrar á las damas.»

Per sola leys cui hom so
dei aver franc cor e bo
per totas damas onrar.

Los trovadores provenzales, en sus *tensiones* principalmente, como si obedecieran á una corriente espiritualista de la época, suscitaban y debatian cuestiones sutiles, no todas honestas, fomentando así y propagando el gusto para las cosas del alma y del sentimiento. Algunas de las cuestiones que por medio de aquel género de poesía se debatian, nos parecen hoy verdaderamente pueriles, sino ridículas; pero hay que tener

en cuenta el siglo, la localidad, las circunstancias, las costumbres. ¡Cuántas cosas que hoy, en pleno siglo XIX, nos parecen perfectamente regulares, serán perfectamente ridículas para siglos que nos sucedan!

No hay que olvidar tampoco que el gusto de aquellas discusiones galantes tuvo más tarde un eco en las literaturas española, italiana y francesa, donde en determinadas épocas los problemas de amor y de cortesía ocuparon la atencion de los mejores ingenios, reproduciendo la moda de los trovadores, en los cuales algo debió encontrarse que hablara al espíritu, al corazon, al alma.

Se observa que en las primeras *tensiones* de los trovadores se terminaba la discusion, sobre cuyo punto no acertaban á ponerse de acuerdo los contendientes, dejándola á resolucion de alguna dama conocida por su ingenio, por su instruccion ó por su experiencia. De aquí á las Córtes de amor no hay más que un paso, y éste pudo ser, y debió ser sin duda, el orígen de los tribunales galantes.

En una *tension* acerca de si son los ojos ó el corazon lo que más induce á amar, se acuerda acudir á la condesa de Poitiers para que resuelva la duda. En otra sobre cuál es la más amada, si la dama presente ó la ausente, se resuelve tambien dejar la solucion á juicio de una dama.

En la *tension* sostenida por Gancelmo Faidit y el marqués Alberto sobre si en amor son superiores los males ó los bienes ó al contrario, el marqués propone á Gancelmo dejar la decision á la noble condesa de An-

gulema, que sabrá elegir haciéndose el cargo del pró y del contra.

Gancelm Faiditz, nostra tensós
an' á la comptesa, qu' es pros,
d' Engolesme, qu' en sabrá dir
lo ben e 'l mal, e 'l miels chausir.

Ya luégo lo más comun fué acudir, no á una dama, sino á un tribunal de damas, á una Corte de amor.

Así se ve en la *tension* más arriba citada de Giraldo y Peyronet, así se ve tambien en aquella otra en que Simon Doria disputa con Lanfranc acerca de «quién es más digno de ser amado, si el que da y regala por hidalguía propia y propia naturaleza, ó el que esto hace contra su inclinacion, sólo para que por liberal y cortés se le tenga.»

En esta última *tension* los contendientes, para dirimirla, acudieron á las damas que formaban las Córtes de amor de Pierrefeu y Signe, pero, poco satisfechos del juicio, recurrieron luégo, como en apelacion, á la que debia ser Corte ó tribunal supremo del castillo de Romarin, cuya presidenta era Estefanía de Gantelmes.

No queda duda alguna de que estos tribunales galantes existieron no sólo en Provenza, si que tambien en Portugal, cuando en aquel reino se hizo sentir la influencia de los trovadores provenzales que allí tuvieron sin disputa buenos y notables imitadores en los primeros poetas portugueses. Teresa, hija de Alfonso de Castilla, casada con Enrique de Borgoña, tuvo Corte de amor en Gusmaraens.

El uso de las asambleas ó torneos literarios era característico y entraba de lleno en las costumbres de la edad media, pero en este punto las Córtes de amor eran más brillantes que los *Puys* de amor, de los cuales ha llegado la ocasion de decir algo.

Independientemente de las fiestas poéticas, de las veladas literarias, como ahora se diria, á que daba lugar accidentalmente en cada castillo la llegada de un trovador, habia en sitios, y en épocas determinadas, concursos, asambleas, reuniones que tenian directamente por objeto el fomento y perfeccion de ese *arte de trovar*, tan querido entónces y reputado tan necesario.

De todas las instituciones establecidas con este objeto, las más importantes fueron los *Puys* de amor, que tenian algo parecido á las Córtes de amor y que tomaron su nombre y orígen del castillo de *Puy-Verd* en la diócesis de Tolosa segun unos, ó segun otros del santuario de Puy en Velai, uno de los dominios del conde de Tolosa, y uno tambien de los santuarios más antiguos y célebres de las Galias, templo que habia sido de galos y de romanos, y que el cristianismo habia purificado y santificado bajo el nombre de Puy de Santa María.

Con motivo de las frecuentes y cada vez más concurridas peregrinaciones á este santuario, fué como nació y se desarrolló, segun la tradicion más verídica, la institucion de esas fiestas caballerescas y literarias, que luégo debian ser conocidas por *Puys de amor*, y que se crearon al decir de los cronistas para mantener *amor, joia e jovent*. Cambras, Arras, Lille, Valenciennes,

Bethune, Tournás y muchas otras villas se hicieron célebres luégo por sus *Puys*, tomando este nombre del lugar donde primeramente habian nacido estas fiestas.

A ellas concurrian los grandes y pequeños barones, los caballeros, los trovadores, los juglares provenzales de manera que la escogida y galante sociedad del país se encontraba así reunida en una sola corte en dias determinados.

A más de los torneos de guerra los habia literarios, torneos de trovadores, en los cuales éstos se disputaban la palma de la victoria. Presentaban sus composiciones optando al premio á un tribunal compuesto de trovadores, por ellos mismos elegido, el cual coronaba la mejor poesía ó las mejores, motivando su sentencia y dando sobre las composiciones no coronadas útiles y provechosos consejos para el progreso del arte. Parece que algunas veces el tribunal se componia de damas. De manera, que no sólo habia algo de las Córtes de amor, sino que en estos *Puys* hay que ir á buscar la idea, el orígen de los Juegos Florales.

Semejantes fiestas traian consigo enormes gastos, y procuraban á los señores del Mediodía la ocasion de dar muestras de liberalidad fastuosa, reputada entónces como una de las más altas virtudes de la caballería. Entre aquellos señores no faltaba nunca alguno que se exponia á arruinarse encargándose por sí solo de todos los gastos de la fiesta, y á este efecto existia, para cuando llegase este caso, un ceremonial conocido.

En medio de una vasta sala donde estaban reunidos los barones concurrentes á la fiesta, se veia á un perso-

naje aislado con un gabilan en el puño. Aquel de entre los barones que queria señalarse con un acto de liberalidad ostentosa sufragando todos los gastos de la fiesta, se acercaba al personaje citado, y apoderándose del gabilan, se lo pasaba á su puño. Bastaba esto para demostrar que todo corria á su cargo. Algunas veces no era sólo un baron, sino varios unidos los que se encargaban de la esplendidez de la fiesta.

En cuanto al personaje encargado de guardar el gabilan y presentarlo, era elegido de antemano mediante otra ceremonia, y recibia el nombre de señor de la corte del Puy. El trovador auvernés, conocido por el monje de Montaudon, desempeñó una vez este cargo, segun se lee en las biografías provenzales.

Al Puy de Santa María, es decir, á Puy-Velai, se refiere un episodio de la vida de un trovador, que me parece propio lugar éste para referir, porque no sólo es una faz de la sociedad caballeresca del Mediodía, sino tambien porque muestra el íntimo enlace que la poesía de los trovadores tenía con las costumbres originales y singulares de aquella sociedad.

Ricardo de Barbazieux era trovador y tambien caballero, oriundo del castillo de Barbazieux en Saintonge. Era gallardo y diestro en armas, y *trovava* con arte, perfeccion y sentimiento.

Enamoróse de una ilustre dama, mujer de Jofre ó Godofredo, baron de Taunai, é hija de Jofre Rudel, príncipe de Blaye; y como la dama era noble y bella, cortés y sensible, ambiciosa de premios y honores, escuchó las instancias del caballero, y las retuvo, *(retenc*

sos precs), como dama dispuesta á tener un trovador que la ensalzára inspirándose en ella. Amóla Ricardo con discrecion tan absoluta, que jamás reveló su nombre á nadie, limitándose á designarla en sus cantos con el nombre de *Mielz de domna.*

Sucedió en esto que hubo corte y grandes fiestas en el Puy de Santa María con motivo de haber sido armado caballero el hijo del conde Ramon de Tolosa. Asistieron muchos nobles y barones de alto linaje, celebráronse torneos y certámenes en todos los cuales parece que alcanzó premio Ricardo, y se cuenta que en una velada ó banquete para obsequiar á los vencedores, cuando todos los caballeros allí presentes se vanagloriaban, unos de poseer grandes tierras, otros un buen castillo, aquéllos un halcon, éstos una bella guarida, Ricardo, excitado por la alegría de su triunfo, cedió al deseo de glorificarse con su dama y reveló su nombre.

Súpolo su dama, é irritada por ello, le despidió. Fué tanto el pesar de Ricardo por haber perdido el afecto de *Mielz de domna*, que desapareció por espacio de dos años, habiendo circulado el rumor de que se habia hecho ermitaño. Damas, damiselas y caballeros se lamentaban de la pérdida de tan noble y cortés trovador, y suplicaban á la dama de Taunai que le fuese perdonado aquel momento de olvido.

—No le perdonaré, contestó ella, como no sea que cien barones, cien caballeros, cien damas y cien damiselas, pidan gracia, todos á un tiempo, sin saber á quién dirigen su ruego.

Entónces el caballero, que era hombre de gran sen-

tido y de buen ingenio, calculó que, aprovechando la ocasion cercana de las fiestas del Puy, á las cuales debia concurrir su dama, encontraria allí número bastante de damas y caballeros para pedir gracia. A este efecto, y con este propósito, compuso una cancion, y el dia de la fiesta subió á un lugar elevado y la cantó como mejor supo ante una asamblea inmensa.

La cancion decia de esta manera:

Atressi com l' olifans
que quan chai no 's pot levar...

«Cuando llega á caer el elefante, no puede levantarse si los demás no le ayudan con sus voces y gritos. Yo imitaré este ejemplo. Tal es mi culpa y tales mis yerros, que si la corte del Puy, si la alta cortesía y la noble generosidad de los leales amantes no me levantan, jamás de la vida podré volver á sostenerme en pié. Que se dignen pedir gracia para mí, pues que mis ruegos no son oidos y no hallo piedad.

»Si, con el auxilio de los amantes delicados, no puedo recobrar mis goces de amor, renuncio á cantar para siempre. Perdida toda esperanza, viviré como un ermitaño, solo, sin consuelo. Mi vida es el trabajo y la fatiga, la alegría es un pesar para mí, el placer un dolor...

»Yo sé bien que Amor es tan noble que puede perdonarme. Mi yerro consiste en exceso de amor. Yo no me parezco á Dédalo, que decia llamarse Jesús, y que en su vanidad pretendia volar al cielo, consignando sólo que Dios humillara su orgullo temerario. Como mi or-

gullo consiste sólo en saber amar, la compasion debe venir en mi auxilio.

»Confieso á la faz del mundo que me arrepiento de haber hablado más de lo que debia. Sufro tanto por haber sido débil en decir lo que nunca debiera haber dicho, que si imitar pudiese la fábula del Fénix que, consumido, renace de sus propias cenizas, me arrojaria al fuego para luégo renacer en suspiros y llantos allí donde, fuera de la piedad, se halla reunida toda la suma de bienes.

»Mi cancion me servirá de excusa allí donde no me atrevo á ir, allí donde no me atrevo á fijar mi vista, tanto es lo que sufro, tan postrado y vencido me siento. ¡Oh vos, la más perfecta de las damas, de quien he huido por espacio de dos años, á vos vuelvo doliente y afligido! Así como el ciervo, extenuado por su carrera, viene á morir á los piés de los cazadores, así, señora, vengo á postrarme ante vos y á pediros gracia.»

A estos lamentos tan sentidos, la multitud entera que se hallaba presente comenzó á pedir gracia, y Ricardo recibió el perdon de su dama, que le devolvió sus favores como en pasados tiempos.

FIN DEL DISCURSO PRELIMINAR.

LOS TROVADORES.

A.

ADELAÍDA DE PORCAIRAGUES.

Azalais ó Adelaida de Porcairagues comienza, por ley de alfabeto, la lista de los trovadores, y al propio tiempo la de aquellas damas que, como la condesa de Die, gustaban de bajar á la arena de los certámenes á departir con los poetas más célebres y á disputarles el laurel de la victoria.

Escasas noticias se tienen de esta poetisa. Su biógrafo provenzal las reduce á línea y media.

«Nacida junto á Montpeller, dice, fué bella, instruida y compuso muy buenas canciones.»

Una sola de éstas ha llegado hasta nosotros.

Segun parece, Adelaida pertenecia á una distinguida familia de la comarca de Montpeller, y se dice que amó á Guido de Guerrujat ó Ferrujat, de la casa de Montpeller, hijo de Guillermo VI. El amante de Adelaida, por quien ésta escribió muy buenas canciones, que obtuvieron gran popularidad en su tiempo, murió en 1177.

Esta poetisa pertenece, pues, al siglo XII, siendo contemporánea de la célebre condesa de Die, que se sospecha pudo ser su rival en amores, segun comó sea interpretada una estrofa de la única poesía de Adelaida, hoy conocida.

Hé aquí esta composicion, que el lector me permitirá estudiar y comentar estancia por estancia, ya que es la sola que de Adelaida ha sobrevivido y ya que otra cosa, por lo demás, no pueda decirse de la discreta dama de Porcairagues.

No vale esta poesía lo que la peor de la condesa de Die, poetisa realmente de más ingenio y sentimiento que Adelaida; pero es notable por sus pensamientos sencillos y naturales, expresados con atractiva ingenuidad.

Comencemos por copiar íntegra la composicion, dejando para luégo la interpretacion y los comentarios.

Ar em al freg temps vengut,
quol gels et neus e la faigna;
e l' auzelet estan mut,
qu' us de cantar no s' afranha;
e son sec li rams pels plais,
que flor ni folha no i nais,
ni rossinhols no i crida
que l' an en mai nos reissida.

Tant ai lo cor decenbut
perqu' en soi a totz estraigna,
e sai que l' on a perdut
mot plus tost qu' on no gazanha;
e s' ieu failh ab mots verais
d' Aurenga me mou l' esglais;

perqu' ieu n' estanc esbaida
en pert solatz en partida.
Domna met mout mal s' amor
qu' ab trop ric hom plaideja
ab plùs aut de vavassor,
e cil qùe o fai folleia:
que Ovidi o retrai
qu' amors per ricor no vai;
e domna que n' es cauzida
en tenc per envilanida.
Amic ai de gran valor,
que sobre tot senhoreja;
e non a cor trichador
vas me, que s' amors m' autreja.
Eu dic que m' amors l' echai,
e cel que ditz que no fai
Dieus li don mal' escarida;
qu' ieu m' en tenc ben per guarida.
Bels amics, de bon talan
son ab vos totz jorus en gatge,
cortés' e de bel semblan,
sol no 'm demandes outratge.
Tost en venrem a l' essai
qu' en vostra mercé 'm metrai;
vos m' avetz la fe plevida
que no 'm demandes faillida.
A Dieu coman Bel-Esgar,
e plus la ciutat d' Aurenga,
e Gloriet' e 'l Caslar,
e lo senhor de Proensa,
e tot quant vol mon ben lai.
Mas lai on fon fait l' essai
cellui perdei qu' a ma vida,
en serai totz jorns marrida.
Joglars, qu' avetz cor gai,

ves Narbona portatz lai
ma canson ab la fenida
leis cui jois e jovens guida.

Como se ve, su primera estancia es una descripcion del invierno. Ha llegado el tiempo frio, y con él la nieve, el hielo y el lodo; las avecillas enmudecen y nadie se alegra con su canto; los árboles extienden sus desnudas ramas; no se ven ni flores ni hojas; y el ruiseñor no anuncia la llegada de Mayo.

Por esta primera estancia, que es acaso la mejor del canto, su autora se prepara para decir en la segunda que la tristeza roe su corazon y que á todo y á todos es extraña. «Yo sé bien, dice, que más he perdido que he ganado, y si he de decir la verdad, de Orange proviene mi turbacion, siendo por esto que me siento desvanecida y en gran parte perdido mi solaz.»

Así es como yo considero que debe traducirse esta segunda estancia, que es la que da lugar á la duda ántes indicada.

Ahora bien; Millot, y tambien Azais, al examinar esta poesía han creido que se referia á Rimbaldo de Orange, libertino caballero y galante trovador, de quien me he de ocupar más adelante, célebre por sus aventuras, por sus versos y por sus amores con la condesa de Die.

En este caso, efectivamente, y dada esta interpretacion, Adelaida se lamentaria de unos amores desdichados con el príncipe de Orange y de haberle sido éste infiel ó de no haberle correspondido. Conozco que á esta interpretacion puede dar lugar lo que se dice en la

tercera estancia, que parece haber sido contestada por una poesía de Rimbaldo de Orange que luégo citaré.

Pero ¿es verdaderamente del príncipe de Orange de quien se trata, ó de la ciudad de Orange? Someto esta interpretacion á mi amigo el sabio y erudito Mr. Gabriel Azais, que para fortuna y gloria de las letras vive todavía, y que en sus *Trovadores de Beziers* ha hecho de la cancion de Adelaida un más detenido y meditado estudio del que tuvo ocasion de hacer en el pasado siglo el abate Millot.

En mi entender, Adelaida quiso decir, y dice, que la tristeza, la turbacion de su ánimo, su desasosiego, proceden de la ciudad de Orange donde tuvo acaso alguna pena de amores. Si esta es, como creo, la interpretacion, nada hubo de las galantes relaciones que con el de Orange se le atribuyen.

En la tercera estancia dice que hacen mal las damas que se adhieren á los grandes señores, pues que el amor viene á ser para ellas una especie de humillacion y de desprecio. Ya Ovidio lo dijo, añade, el amor y el poder no enlazan bien.

Segun una variante de esta estrofa, los versos que dicen:

que Ovidi o retrai
qu' amors per ricor no vai,

deben leerse de esta otra manera:

quar so dison en Velai
qu' amors per ricor non vai.

En este caso, la traduccion es que «segun dicen en el país de Velai, el amor y el interés ó el amor y el poder no enlazan bien.»

La circunstancia de lamentar Adelaida la conducta de aquellas damas que consagraban su amor á un potentado, consiguiendo tras de esto el desden y el abandono, ha podido hacer creer fundada la opinion de sus amores con Rimbaldo; pero esto no es más que el eco de la opinion general que se tenía en el país habitado por la poetisa. Efectivamente, en la comarca de Carcasona, miraban con desprecio, dándola como muerta, á la dama que pasaba á ser la querida de un alto baron. *La i tenian per morta tota domna que fassa son drut d' haut baró.* Y es que, segun leyes de aquella caballería galante, el caballero debia estar siempre sometido en vasallaje á su dama, invirtiéndose los papeles cuando el que debia ser vasallo era un poderoso señor con derecho á mandar y exigir en vez de suplicar.

En las poesías de Rimbaldo de Orange hay un pasaje que parece ser respuesta á esta tercera estancia de la cancion de Adelaida ó á la vulgar preocupacion que de citar se acaba.

«Los grandes señores, dice, cuando tienen un corazon leal, merecen más que otros el amor de las damas. Sólo á viles damas es dado amar en secreto y elegir para esto amantes oscuros. A muchas mujeres he visto yo perder su honra por amores con simples caballeros, cosa que no puede suceder con un grande, que posee sentimientos elevados y nobles.»

En la cuarta y quinta estancia Adelaida declara tener

un amigo que supera á todos en valía, sin duda Guillermo Guerrujat de Montpeller, aquel por quien dicen sus biógrafos que compuso tan bellas canciones. La poetisa confiesa su pasion, y dirigiéndose á su amante le dice que será suya miéntras no le pida nada que la deshonre.

La sexta estancia está destinada á pedir á Dios que ampare y guarde el pueblo de Bel-Esgar, la ciudad de Orange, la Glorieta, el castillo de Cailar, el señor de Provenza, y todo aquello á que ella tiene cariño en el país. La estrofa concluye con una alusion á heridas del alma sufridas por la autora, y de las que áun no está curada.

La *Tornada* final dice así:

«Juglar, vos que teneis alegre el corazon, llevad mi cancion á Narbona, á aquella á quien guian la juventud y la belleza.»

Puede conjeturarse que la persona á quien alude y para quien encarga la cancion al juglar, es la vizcondesa Ermengarda de Narbona, que como Adelaida vivia á mediados del siglo XII, y que tenía corte de amor, donde eran galantemente acogidos y con esplendidez alojados los trovadores y juglares que á ella concurrian.

Como en estas páginas se ha de tropezar más de una y de dos veces con el nombre de la vizcondesa de Narbona, permítaseme decir algo de esa mujer extraordinaria.

Ermengarda entró á regir el vizcondado de Narbona el año 1143, habiendo casado el anterior con un señor

español, cuya familia se ignora y que se llamaba Alfonso. Por los años de 1145, habiendo quedado viuda, volvió á casar con Bernardo de Andusa.

En el año de 1148 se la ve, tan aguerrida como emprendedora, partir al frente de sus tropas, para, en union con el conde de Barcelona Ramon Berenguer IV, poner sitio á Tortosa, ocupada por los sarracenos.

En 1155 se la encuentra en Montpeller, al paso del rey Luis el jóven, á su regreso de Santiago.

En 1162 salió al encuentro del papa Alejandro III, á quien rindió homenaje en Montpeller como á legítimo pontífice.

En 1163 se la ve administrar justicia por sí misma y presidir los tribunales, áun cuando las leyes romanas, seguidas entónces en Narbona, lo prohibian á las mujeres.

En 1167 concluyó un tratado de comercio con los genoveses, que estaban entónces en guerra con los piranos.

Ermengarda, viéndose en el año 1168 sin esperanzas de dejar posteridad, llamó á su corte á Aimerico de Lara hijo de su hermana Ermesinda, que habia casado con el español Manrique de Lara, señor de Molina. Ermengarda adopto á Aimerico y le designó por su heredero, pero habiendo muerto sin hijos este jóven príncipe por el mes de Julio de 1177, Ramon V quiso, como soberano, apoderarse de Narbona, á fin de impedir á Ermengarda que nombrase otro heredero sin su consentimiento, pero la vizcondesa, sosteniendo su de-

recho, formó alianza contra él con el rey de Aragon, los vizcondes de Nimes y Carcasona y el señorío de Montpeller.

Por los años de 1182, á ruegos de Enrique II rey de Inglaterra, Ermengarda llevó tropas, por ella misma capitaneadas, á Ricardo duque de Aquitania, hijo de aquel monarca, para ayudarle á reducir á los vasallos que se le rebelaran.

Cansada por fin del gobierno, lo dimitió el año 1192, traspasando el vizcondado de Narbona á Pedro de Lara, su sobrino, al cual llamó junto á ella despues de la muerte de Aimerico de Lara, su hermano.

Murió esta princesa en Perpiñan el 14 de Octubre de 1197, en los estados de su pariente el rey de Aragon, donde se habia retirado, llevándosela á enterrar al monasterio de Fontfrida en la diócesis de Narbona.

Ermengarda merece un lugar preferente entre las mujeres ilustres, no distinguiéndose ménos por las virtudes viriles que por las propias de su sexo y por la sabiduría de su gobierno. Su corte fué centro siempre de cortesía y gentileza, y á ella acudian los poetas provenzales, de cuyas composiciones gustaba mucho Ermengarda, y á quienes protegia colmándoles de dones y de honores.

AICARTS DEL FOSSAT.

Es un trovador político, pues así lo revela la única composicion que de él se conserva.

Nada, sino el nombre, se sabe del poeta, ni otra obra de él se conoce que un *serventesio* sobre las guerras de Nápoles, para inteligencia del cual es preciso poner á los lectores al corriente de los sucesos históricos á que se refiere.

La casa de Suabia estaba en abierta lucha con la Santa Sede. Ya Federico II habia sido excomulgado por el papa Inocencio IV, y desde entónces el papa, no sólo le buscó competidores al Imperio, sino que ofreció el reino de Nápoles á varios príncipes. La lucha era tenaz por un lado y por otro. Los hijos de Federico fueron anatematizados como el padre, y Clemente IV en 1265 daba á Cárlos de Anjou, hermano del rey de Francia Luis IX, la investidura de las Dos Sicilias. El nuevo rey se dispuso á conquistar su reino con las armas en la

mano, y sus huestes tuvieron varios encuentros con las de Manfredo, noble y valiente hijo de Federico II. Alejandro tuvo la desgracia de ser vencido en 1266, perdiendo la vida con la batalla.

Pudo creer entónces Cárlos de Anjou por un momento que gozaria en paz de un reino, al cual, sin embargo, no tenía más derecho que una investidura dada contra toda justicia por el papa; pero se le presentó otro competidor que, fuerte en sus derechos de sucesion, no queria avenirse á las pretensiones de Cárlos. Fué Conradino, hijo del rey Conrado y nieto por consiguiente del emperador Federico II.

El jóven Conradino, siendo por herencia legítimo rey de Sicilia, se dispuso á luchar contra Cárlos de Anjou, pero tambien la suerte le fué contraria. Hecho prisionero, pereció desastradamente en un cadalso, desde donde, ántes de morir, arrojó su guante á la multitud para que le deparase un vengador. La muerte de Conradino ha quedado en la historia como un borron para Cárlos de Anjou, y el guante del degollado fué á parar á manos del caballeresco D. Pedro de Aragon, que vengar supo á aquella noble víctima, en su dia.

El *serventesio* de Aicarts de Fossat fué compuesto ántes de sobrevenir aquel terrible desenlace. Segun puede verse por su lectura se escribió en los momentos en que ambas huestes, la de Conradino por un lado, la de Cárlos Anjou por otro, se aprestaban á la batalla. El trovador es favorable á los intereses de la casa de Anjou, y no lo oculta ciertamente.

Hé aquí este *serventesio*, escrito verdaderamente con calor y con elevada inspiracion:

« Ha surgido entre dos reyes una nueva diferencia, que produce querellas y guerras, gastos, penas, ruido, tumulto, movimientos y ligas. Conradino llega de Alemania, y, sin título para ello, quiere apoderarse de lo que Cárlos adquirió en la Pouilla. Pero la madera y el hierro habrán roto muchas cabezas y muchos brazos ántes que se hayan terminado esas diferencias y logre ejecutar su proyecto Conradino.

» No tardaremos en ver descargar ricos equipajes, levantarse tiendas en el campo, y á muchos barones concertarse entre sí para convenir en los medios de triunfar. Veremos llegar soldados de todos los países; ir y venir mensajeros, ya pública, ya secretamente. En los ejércitos tan pronto resonarán gritos de júbilo como gritos de dolor. Oiremos tambien clarines y atabales, y veremos armaduras brillantes, cascos relucientes, caballeros ansiosos de combatir esparcidos por los campos con sus estandartes y banderolas, grandes líneas de soldados rotas, muchos dardos despuntados. Por valles y llanuras oiremos gritos, sollozos, lamentos, ahullidos.

» Se verá cómo no tardan á entrar los reyes en la pelea. Allí donde floten los estandartes reales, allí veremos rajar cascos y escudos á grandes golpes de maza, romper corazas, hacerse añicos las lanzas, descargar golpes mortales: y si se penetra en lo fuerte de la pelea para hacer prisioneros, allí es donde se verá á más de un valiente derribado de su caballo y revolcándose por

el suelo, siendo muchos los que se dejarán degollar ántes de rendirse.

»El Aguila tiene un derecho tan igual al de la Flor (de lis) que las leyes de nada sirven y las decretales no bastan. Por esto irá á sostener su derecho en el campo, y vencerá el que mejor sepa defenderse.»

ALBERTO,

MARQUÉS DE MALASPINA.

Era de la casa de los marqueses de Malaspina, una de las más ilustres de Lombardía. Se le tenía por hombre valeroso, cortés, liberal, galan y buen trovador, y son varios los autores de nombradía que le colocan en el número de los primeros y más reputados poetas de su tiempo. Florecia á fines del siglo XII.

En las historias y crónicas galantes de Provenza anda mezclado el nombre de Alberto el marqués, como se le llama para distinguirle de otros Albertos, á una aventura de amores.

Bosson ó Posson de Aquitania, amigo y deudo del marqués Bonifacio de Montferrat, requeria de amores á una doncella llamada Isaldina de Adhemar, pero sus padres se negaban á dársela por esposa, y no creyéndola bastante segura en su propia casa, la confiaron á la custodia de Alberto, marqués de Malaspina. Bosson

acudió á su protector el de Montferrat, el cual con deseos de servir á su amigo, se dió trazas á robar la dama, que se llevó á la fuerza de casa del marqués de Malaspina, entregándola á su amante. Fué celebrada esta aventura por el trovador Rimbaldo de Vaqueiras en una poesía dedicada á Bonifacio de Montferrat, al que elogia y aplaude como autor del hecho.

A consecuencia sin duda de esta composicion, ó por otras causas ignoradas, el marqués de Malaspina rompió con Rimbaldo de Vaqueiras, de quien habia sido gran amigo y protector en otros tiempos. Lo cierto es que existe una *tension* entre el marqués y Rimbaldo, en que entrambos se dirigen violentos y mútuos insultos. Se atribuye esta *tension* al marqués de Malaspina, pero no debe ser así: más bien es de creer que fuese obra de algun émulo, el cual encabezó sus coplas con el nombre de los dos antagonistas.

La composicion, no obstante, es curiosa y merece reproducirse.

Habla primero Alberto y pregunta á Rimbaldo si es verdad que le haya atacado en un *serventesio*, y si lo es tambien que haya sido despreciado de una dama á quien él (Alberto) dirigió en otro tiempo enamoradas canciones.

Contesta Rimbaldo y dice:

«La indigna se ha alejado de mí, y creo que haríais bien en casaros con ella, pues le encuentro muchas inclinaciones á las vuestras parecidas y muchos puntos de contacto con vos, que tantas veces habeis sacrificado fe, palabra y juramentos á vuestro interés. De esto se la-

mentan los genoveses, quienes os acusan de haber robado en los caminos.»

Mas vos e lieis persegua vostra fes
c' avetz cent vetz per aver perjurada:
perque 's clamon de vos li Genoés
que, mal lur grat, lur empenhes l' strada.

Alberto da la singular é ingeniosa respuesta siguiente: «Si alguna vez me apoderé de lo ajeno, no fué por avaricia ni deseo de atesorar, sino sólo por el placer de dar. Vos mismo habeis sido objeto de mis beneficios, cuando os ví en Lombardía, viajando á pié como un desdichado juglar, desgraciado en amor lo propio que en fortuna. Decidme si no fué una buena limosna la de daros entónces de comer. Acordáos cómo estabais cuando os hallé en Pavía.»

Per Dieu, Rambautz, de so us port guerentia
que mantas vetz, per talen de donar,
ai aver tol, e non per manentia
ni per thesaur qu' ieu volgues amassar...

«*Rimbaldo.*—Alberto, marqués, sois el primer hombre del mundo para calumniar, para toda clase de malignidades, y el último en mérito y en valor...

Albert, marqués, ennuei e vilania
sabetz ben dir, e miels la sabetz fer...

»*Alberto.*—Tambien vos habiais hecho otra locura, la de abandonar el oficio de juglar, que os ponia á flote, para haceros caballero. Desde que habeis tomado un

corcel en vez de un rocin, ni habeis blandido la lanza ni manejado la espada.

» *Rimbaldo.*—Alberto, marqués, todas vuestras gentes murmuran de vos como de un hombre sin fe, os llaman el marqués amigo de mancebas, falso, mal nacido y desleal.»

No es de creer que esta composicion sea, como se supone, del marqués de Malaspina. Millot hace muy acertadamente esta observacion.

Verdad es que en aquella época los nobles y caballeros no se detenian ante los saqueos, los secuestros y las violencias. Estaba en las costumbres. Hasta de ello hacian gala. En el estado contínuo de guerra en que se hallaban, de baron á baron, de vecino á vecino, los atentados de que habla la poesía eran cosa comun y corriente. Todo se cubria con el manto y con las necesidades de la guerra, pero esto no obstante, hay algo demasiado grave en la composicion contra el marqués de Malaspina, para creer que pueda ser su autor.

Pero vamos ya á otras poesías de más segura y legítima procedencia.

Existe una bella *tension* del marqués de Malaspina. Discute éste con el trovador Gancelmo Faydit acerca de cuáles son más grandes entre los males ó bienes del amor.

El marqués pregunta:

—«Gancelmo Faydit, yo os pregunto cuáles os parecen mayores, si los bienes ó los males de amor. Decidme lo que sobre ello pensais. Son los bienes de amor tan dulces y tan buenos, y tan crueles y duros los ma-

les, que para cada cosa encontrareis buenas razones que escoger, si en ello quereis fijaros.

> Gancelm Faydit, ieu vos deman
> qual vos par que sion major
> o li ben o li mal d' amor;
> digatzm' en tost vostre semblan:
> qu' el ben es tan dous e tant bos,
> e 'l mal tant dur e angoissós,
> qu' en chascur podetz pro chauzir
> razons, s' o voletz à dreit dir.»

Faydit contesta que son tan grandes las penas que causa el amor y tan dulces y sabrosas sus dichas, que difícilmente pudiera hallarse un amante que se atreviese á decidir el caso. «Sin embargo, dice, yo por mi parte no vacilo en confesar que los bienes son dos veces preferibles á los males, si hay amante que sepa bien servir y bien amar con discrecion y paciencia.»

La disertacion de Faydit se extiende en este sentido, pero el marqués no se convence, y propone que se decida la cuestion sometiéndola al arbitraje de la noble condesa de Angulema, «la cual sabrá escoger entre el pró y el contra.»

> Gancelm Faydit, nostra tensós
> an' a la comtessa, qu' es pros,
> d' Engolesme, qu' en sabrà dir
> lo ben e 'l mal, e 'l miels chausir.

Las cuestiones que se trataban y controvertian en las *tensós*, género en el que brillaron muy especialmente

los trovadores, se llevaban á resolver con frecuencia á alguna dama ilustre por su nobleza y por su ingenio.

César de Nostradamus en su *Crónica de Provenza* nos habla de esta costumbre, citando á dos trovadores que sometieron una sutil cuestion de amores á las damas de la corte de amor de Pierrefeu y de Singe, pero que no habiendo quedado satisfechos de la sentencia, recurrieron, como en apelacion «á la corte soberana de las honorables damas de Romanin, la cual formaban Estefanía de Gantelmes, dama de Romanin, la marquesa de Malaspina, la marquesa de Saluces, Clarita, dama de Baux, Hugoneta de Sabran, Helena de Mont Phaon, Ursina de los Ursieres, y muchas grandes y nobles damas, cuyos acuerdos y sentencias se han perdido, pero que yo, continúa diciendo Nostradamus, recuerdo haber visto y leido.»

Y volviendo ahora al marqués de Malaspina, vamos á su poesía más importante, más original y más bella, poesía que bastaria por sí sola á reconocer que el autor es de la verdadera raza de los poetas. Consiste esta composicion en un ingénuo diálogo entre el trovador y su amada, único quizá en su género.

—«Yo me recomiendo á vos, señora. Nunca amé á otra dama, y vos sois la única que encendió mi corazon.—Amigo, os digo y prometo que haré cuanto os plazca.

—»Mucho tardais en hacerlo, señora.—Amigo, nada perdeis en ello.

—»Señora, por mi fe os juro que me vereis morir,

si retardais este feliz momento.—Amigo, pensad que os amo de buena fe y con toda el alma.

—»Tened pues piedad de mí, señora.—Esto he de hacer, amigo.

—»Si yo vivo, es sólo por vuestro amor, señora.—Mi buen amigo, tambien es todo vuestro mi corazon.

—»Dádmele, pues, señora.—Consiento en ello, mi dulce y buen amigo.

—»En vos pongo toda mi confianza, señora, que si me regocijo y compongo canciones, es por vos tan solo.—Amigo, haceis bien, pues que sabeis cuánto os amo.

—»¿Qué prueba me dareis de ello, señora?—Amigo, os doy mi fe en prenda.

—»Estas palabras, señora, alivian todas mis penas.—Amigo, sólo con paciencia y sumision llegan los amantes leales á conseguir sus deseos.

—»Señora, mi mal llega á ser insoportable.—Pues bien, amigo, consoláos con este beso que os doy.

—»A vos me entrego, señora, con toda humildad y plegadas mis manos.—Marqués, llevas ya tus pretensiones demasiado léjos.

—»Es que os amo con delirio.—Marqués, vuelve en tí.

—»Señora, me abrasa el deseo de que seais mia.—Me guardaré bien de ello, marqués.

—»¡Por piedad, señora! Ved que no os arrepentireis, os lo juro.—No me fio, marqués.»

No me ha sido dado hallar más noticias acerca del marqués de Malaspina.

ALBERTO DE SISTERON.

Por lo que toca á este trovador existe alguna confusion en los manuscritos. Unos hablan de Alberto ó Albertet de Sisteron, otros de Alberto de Gapenzois ó de Gap. Es, sin embargo, uno solo. Llamáronle algunos de Gap ó de Gapenzois por haber nacido en esta comarca; otros de Sisteron porque en esta villa residió largo tiempo y en ella murió.

Esto se desprende de lo que dice su biógrafo provenzal, quien sienta en efecto que nació en el Gapenzois, siendo hijo del juglar Nazur, conocido como autor de muy buenas canciones. Albertet, prosigue diciendo el mismo biógrafo, compuso muchas canciones, cuyos aires eran excelentes, pero las palabras valian poco. Fué buen juglar de corte, decidor, complaciente y agradable á todos. Pasó mucho tiempo en Orange, y se hizo rico. Despues se fué á Sisteron, donde terminó sus dias.

Nostradamus publica datos biográficos totalmente contrarios á éstos. Dice que era un caballero de Sisteron, amante de la marquesa de Malaspina, una de las más bellas y más ilustres damas de Provenza, de quien fué amado á su vez, dando mucho que decir estos amores á las gentes. Llegó un dia en que la marquesa le pidió por medio de una carta que se alejara, á causa de lo mucho que de ellos se hablaba, y le envió trajes, un caballo y dinero. Alberto obedeció, y nunca más volvió á saberse de él.

El Monje de las Islas de Oro, añade Nostradamus, dice que era de la casa de los marqueses de Malaspina; que murió de dolor en Tarascon; que ántes de morir confió todas sus obras á su amigo Pedro de Valernes, encargándole se las diese á la marquesa, pero aquel depositario infiel las vendió á un trovador de Uzés, llamado Fabre, que se las apropió y dió como suyas; que fueron luégo reconocidas como de Alberto; que Pedro de Valernes lo declaró así mismo; que Fabre fué preso y condenado á recibir azotes, segun las leyes imperiales, por haber usurpado bienes de otros; y finalmente, que Hugo de San Cyr pretende que Alberto era de Tarascon y que celebró en sus canciones á la condesa de Provenza y á las marquesas de Saluces y de Malaspina, en los tiempos en que Felipe *el Hermoso* cedió la mitad de Aviñon á Cárlos II rey de Sicilia y conde de Provenza, es decir, en 1290.

Á estas noticias de Nostradamus, el abate Millot añade que, por lo tocante al orígen, la semejanza ó identidad de nombre pudo hacer confundir á Alberto con

Alberto, marqués; y que en cuanto á sus amores con la marquesa de Malaspina, parecen confirmados por sus obras.

Efectivamente, en una de sus *endressas* nombra á Guillelmina de Malaspina, á la cual ensalza mucho. En varias de sus poesías habla de una dama de alta nobleza y se considera muy atrevido en elevar hasta ella sus pensamientos. En otra de sus composiciones dice que su dama trata de alejarle, pero que por esto le será fiel y ha de amarla siempre, *hoy más que ayer*.

Fizel m' aurá trop mieills que non solia,
qu' ieu l' am totz jorns, sempr' huoi mais qu' hier.

En otra, finalmente, se lamenta de verse relegado por su locura á un país extranjero, donde no recibe ningun mensaje de aquella á quien ama y á la que, sin embargo, no abandonará jamás para aceptar otra.

Todo esto puede realmente dar algun viso de verdad á lo que dice Nostradamus.

Pero en lo que principalmente fijó su atencion el abate Millot, y merece fijarse, es en el suceso del plágio que cuenta Nostradamus. El ejemplo es curioso é instructivo, pues él prueba que se miraban entónces como una propiedad respetable los productos del ingenio y la reputacion que por ellos se adquiria.

Las composiciones de Alberto de Sisteron no corresponden á la fama que alcanzaron. Son en efecto muy medianas, como dice el biógrafo provenzal. La más notable, en mi concepto, es la misma de que ántes se

han continuado dos versos, y cuya primera estrofa es ésta:

Altrestal vol faire de mi m' amia
com lo rics hom fai del bon escudier,
que per assó qu' el lo serv volontier,
li aloigna mais sa cavalleria;
Mas á lieis non calria
d' assó gaire temer;
que, on mais mi faria
d' amor ni de plazer,
e plus fizel m' auria.

La obra más conocida, no la más notable, de Alberto, es una *tension* con un Monje, á quien propone la cuestion de quiénes valen más entre los catalanes y los franceses. La composicion es curiosa, y merece reproducirse:

«*Alberto.*—Monje, decid, segun vuestra ciencia, quiénes valen más, los catalanes ó los franceses, comprendiendo entre aquéllos los países de Gascuña, Provenza, Lemosin, Auvernia y el Vianesado, y entre los últimos la tierra de los dos reyes (1); y puesto que sabeis el comportamiento de todos ellos, quiero que me digais en cuáles está el mérito superior.

»*El Monje.*—Voy á deciros, Alberto, sin falta, quiénes valen más y de quiénes puede esperarse mayor bien; son aquéllos á quienes les agrada comer y regalarse bien,

(1) Se entiende la parte de Francia sometida entónces á las coronas de Francia y de Inglaterra.

que llevan anchos trajes y bellos arneses, y son atrevidos y se dan prisa á herir. Estos valen más, segun mi conocimiento, que los robadores escasos, necios aunque corteses.

»*Alberto.*—Monje, en esto vais equivocado, pues los nuestros son francos y de buen solaz, y siempre los encontrareis de buen talante, lo mismo en ayunas que despues de comer. Por ellos fué inventado el arte de trovar, al paso que en Poitou y en Francia os morireis de hambre si habeis de esperar que os conviden.

»*El Monje.*—Por Dios, Alberto, mucho hay que escoger entre los franceses y los del Poitou, pues son generosos, honrados y galantes, y el pobre que es de ellos favorecido, no tarda en ser rico, miéntras que vuestros descamisados cantarán, si cantais, pero con ellos no llenareis la panza, como no robeis por los caminos á los romeros.

»*Alberto.*—Monje, comida sin canto y sin risa no puede ser muy cortés ni agradable, y los nuestros saben obrar y hablar tan bien, que aventajan en prez á todas las demás gentes, miéntras que nunca estuvo alegre un francés en ayunas. No es extraño, por lo demás, que se presenten tan bien ataviados, pues que los padres dejan las prendas á sus hijos.

»*El Monje.*—Alberto, poco puede dejar, á mi ver, despues de su muerte hombre honrado alguno á sus parientes, si no tiene de qué comer miéntras viva; ántes bien, cuando no puede robar se encuentra en la miseria, y á más de quinientos caballeros conozco yo á quie-

nes ni uno solo ví cabalgar en caballo, al paso que se les coge robando con sus sirvientes.»

Alberto.

Monges, digatz, segon vostra sciensa,
qual válon mais Catalan ó Fransés,
e met de sai Guascuenha e Proensa
e Limozin, Alvernh' e Vianés,
e de lai met la terra dels dos reis;
e quar sabetz d' els totz lur captenensa,
vueill que-m digatz en quals plus fis pretz es.

El Monje.

Aisó-us sai dir, 'N-Albert, senes faillensa,
qual válon mais ni don ven máier bes;
sill cui donars e bels manjars agensa,
qu' amples vestirs pórton e bels arnés,
e son ardit e féront demanés,
sill válon mais, segon ma conoisensa,
que ill raubador estreg, nesci cortés.

Alberto.

Monges, d' aisó vos aug dir gran erransa,
que ill nostre son franc e de bel solatz;
gent acuillens e de gaia semblansa
los trobaretz e dejús e disnatz;
e per els fo premiers servirs trobatz;
e podetz ben en Peitau o en Fransa
morir de fam, s' en convit vos fiatz.

El Monje.

Per Dieu, Albert, mout a gran de triansa
entr' els Fransés e' ls Peitavís honratz,
car ill son larc e d' onrada acoindansa,

et es tost ricx paubr' om, s' es lur privatz;
e ill vostre nut chantaran, si chantatz,
mas ja per els non empliretz la pansa,
si estradas o romieus non raubatz.

Alberto.

Monges, manjars ses gabar es ses rire
non pot ésser fort cortés ni plazens,
e ill nostre sábon tan be far e dire
per qu' an mais pretz de totas autras gens;
et anc Fransés dejús non fo jauzens:
leu pot ésser chascús d' els bos garnire,
qu' a lurs enfans láisson lur garnimens.

El Monje.

Pauc pot laissar, Albert, al mieu albire,
aprés sa mort nuils hom a sos parens,
que, quant es vius, de sai non a que frire,
ans, quan li faill raubars, es totz dolens;
qu' ieu en conosc de cavaliers cinc cens
qu' anc un non vi sobre cabal assire,
ans los pren om emblan ab los sirvens.

Tambien existe otra *tension* de este trovador en la cual propone á *Pedro* quién merece ser preferido por su amada, entre el caballero que se arruina por ella haciendo muchos gastos, ó el que, gastando lo mismo, encuentra medio de arreglar mejor aún sus negocios.

Pedro responde que aquél que no disipa su hacienda, viviendo honradamente, merece la preferencia como el más cuerdo.

Alberto pretende que el que gasta sin reparar en ello

está más enamorado que el otro, que comparte sus cuidados entre su fortuna y su amor.

Pedro le reprocha el preferir la locura á la razon, y añade que vale más que se diga de uno: Es generoso, que no: Lo fué.

ALFONSO DE ARAGON

Y

BELTRAN DE BORN.

Alfonso llamado *el Casto*, I de Cataluña, II de Aragon, fué proclamado rey en las Córtes generales que se celebraron el año de 1162 en Huesca. Hijo del conde de Barcelona Ramon Berenguer *el Santo*, y de doña Petronila de Aragon, tuvo la suerte de que en él se reuniesen gloriosamente las soberanías de sus padres; es decir, el condado de Barcelona y el reino de Aragon, siendo el primer rey que tuvo Cataluña.

En medio de las guerras, ocupaciones militares y luchas contínuas de su época, no se olvidó de las letras, á las que prestó constante culto. Señor de una gran parte del territorio en que se hablaba la *lengua de oc*, y viviendo en una de las épocas en que más floreció su literatura, fué gran protector de los que cultivaban la poesía provenzal ó lemosina y gran amigo de los más célebres trovadores de su tiempo, entre cuyo número tenía á orgullo contarse.

En los catálogos de los poetas provenzales y catalanes se continúa á este monarca bajo el nombre de Alfonso rey de Aragon, *el que trovó*, para distinguirle de los otros Alfonsos, y se le considera como el primero ó el más antiguo, al ménos, de los poetas catalanes conocidos.

No se conserva sin embargo de este rey-trovador más obra que una cancion de amores, que á continuacion publico íntegra, no sólo porque es buena y bella, sino tambien por ser muy á propósito para dar una idea de la versificacion de aquellos tiempos y de la prodigalidad de consonantes y *rimas ricas* á que tan aficionados se mostraban los trovadores, siendo maestros en el arte.

Per mantas guizas m' es datz
joys e deport e solatz;
que per vergiers é per pratz,
e per fuelhas e per flors,
e per temps qu' es refrescatz
vei alegrar chantadors:
mas al meu chan neus ni glatz
no m' ajuda, ni estaz,
ni res, mas Dieus et amors.

E pero ges no 'm desplatz
lo belh temps, ni la clardatz
ni 'l dous chans qu' aug pels playssatz
dels auzelhs, ni la verdors;
qu aissí 'm suy ab joy lassatz
ab una de la melhors,
qu' en lieis es sens e beutatz;
per qu' ieu li don tot quan fatz,
e joys e pretz et honors.

En trop ricas voluntatz
s' es mos cors ab joy mesclatz,

mas no sai si s' es foudatz,
o ardimens, o paors,
o grans sens amezuratz,
o si s' es astres d' amors;
qu' anc, de l' hora qu' ieu fuy natz,
mais no 'm destreys amistatz,
ni 'm senti mal ni dolors.
  Tan mi destrenh sa beutatz,
sa proeza e sa bontatz,
qu' ieu n' am mais sofrir en patz
penas e dans e dolors,
que d' autra jauzens amatz
grans bes faitz e grans secors;
sos homs plevitz e juratz
seraì adés, s 'a lieis platz,
denan totz autres senhors.
  Quan mi membra dels comjatz
que pres de lieis totz forsatz,
alegres suy et iratz;
que ab sospirs mesclatz de plors
me dis: «Belhs amics, tornatz,
per mercé, vas me de cors.»
Perque ieu tornaray viatz
vas lieis, quar autre bay satz
no m' es delictz ni sabors.

Como se ve, al rey-trovador le es dado de muchas maneras el júbilo, deporte y solaz, viendo que se alegran los cantadores, por entre prados y verjeles, por entre hojas y flores, acariciados por la frescura de las brisas; pero ni esto, ni las nieves, ni los hielos son para el poeta asunto de inspiracion para sus cantos, que sólo á Dios canta y al amor.

Ama á una dama que es de las mejores y más pre-

ciadas y altas, á ella rinde su homenaje y consagra sus loores, que no conoce beldad más peregrina ni objeto más digno de ser cantado. La vehemencia de su amor crece por instantes, su único placer y su único goce en el mundo es pensar en sus amores, y recuerda con ternura el ruego que, al partir cierto dia, le dirigió la dama de sus pensamientos diciéndole: «Tornad pronto, que os llevais mi corazon.»

Se ha creido que esta cancion podia ser dirigida á Adelaida condesa de Burlatz y vizcondesa de Beziers, de quien se supone que fué amante Alfonso de Aragon, (v. *Arnaldo de Marveil)*; pero, al trasladar Milá esta poesía, dice en sus *Trovadores en España*, y á mi entender con buen criterio, que la composicion debe ser anterior á los amores del monarca con la castellana de Beziers.

Por lo que toca al reconocimiento de inferioridad de parte del trovador con respecto á su dama, que en esta poesía se observa, no es evidentemente otra cosa que una de esas exageraciones triviales, tan comunes á la galantería y sobre todo á la de los poetas, de cualquier tiempo que hayan sido.

Además de esta obra, que lleva explícitamente su nombre, Milá le supone autor de una *tension* con Andreu, en la cual el rey y el trovador debaten sobre á qué debe darse preferencia, si al honor de las armas, á la esposa ó á la amante; *tension* que se ha conservado en francés, áun cuando debió escribirse originariamente en provenzal.

La vida poética de Alfonso debió comenzar muy

temprano, en la época de sus diez y ocho años, pues que en la composicion de Giraldo de Cabrera á su juglar Cabra, que se supone escrita en 1170, cita ya como corrientes y populares los versos del monarca aragonés.

Alfonso, como ya se ha dicho, fué gran protector de los trovadores, y entre éstos, fueron sus predilectos y favoritos *Pedro Vidal,* aquel de quien dicen las crónicas literarias que fué uno de los hombres más locos que hayan jamás existido, porque creia en la realidad de todas las fantasías que imaginaba · *el monje de Montaudon*, á quien Alfonso mandó dejar su abadía para hacer una vida igual á la de los demás trovadores, y que llegó á ser el señor de la galante corte de amor del Puy de Santa María; *Folquet*, llamado el de Marsella, que, al contrario del anterior, abandonó su vida de trovador para ser monje y obispo de Tolosa; *Hugo Brunet*, *Hugo de San Cyr*, *Arnaldo de Marveil*, *Pedro Roger de Auvernia*, *Pons ó Ponce de Capdeuil*, *Aimeric de Sarlat* y varios otros, entre ellos el maestro de los trovadores, *Giraldo de Borneil*, cuyas canciones, segun la ingeniosa expresion del monarca aragonés, merecian casarse con los *serventesios* de *Beltran de Born*, otro poeta favorito primero de D. Alfonso y despues su mortal y más encarnizado enemigo.

De algunos de estos trovadores han quedado composiciones celebrando al rey de Aragon.

Una de *Giraldo de Borneil*, que comienza:

Senher rey de Aragó temer
vos devon vostre mal volen,

celebra al monarca aragonés por sus prendas personales y por sus hechos de guerra, diciendo de él que es la flor de los galanes y el terror de los enemigos.

Otro poeta, Pedro Roger, se dirige á D. Alfonso, diciéndole:

> Esta chansó vuelh que tot dreg sepaire
> en Aragó, al rey cuy Dieus ayut;
> que per lui son tug bon fag mantengut,
> plus que per rey que anc nasquet de maire, etc.

Es decir:

«Quiero que esta cancion vaya directamente á Aragon, cuyo rey ayude Dios; pues por él son mantenidos todos los buenos hechos, más que por rey que jamás haya nacido de madre. Son tan señaladas sus prendas, que descuellan sobre todas, así como en el verjel descuella la flor blanca, por lo cual, do quiera que yo me halle, cantaré sus alabanzas.

Pero si unos le ensalzaban, otros, en cambio, le dirigian envenenados *serventesios*. Siendo Alfonso poeta, forzosamente habia de tener grandes y mortales enemigos entre los cultivadores del arte. Es ley natural. La rivalidad literaria es la más cruel y la más implacable de las rivalidades. Quiso Alfonso pulsar la lira, se mezcló entre los trovadores para tomar parte en sus luchas literarias y para suspirar tiernas endechas á los piés de las damas que tenian corte de amor. No le habian de faltar, por lo mismo, profundos disgustos, y destinado estaba á recibir de la pluma de un trovador rival heridas más hondas y más terribles que las que podia cau-

sarle en el palenque y en lucha campal la espada del más feroz enemigo.

El adversario implacable de Alfonso *el Casto* de Aragon fué, sin duda, Beltran de Born, célebre trovador y famoso guerrero, que así pulsaba la lira como empuñaba la espada. Beltran de Born, vizconde de Hautefort y castellano de la diócesi de Perigueux, fué uno de los héroes del siglo XII, y era, segun su biógrafo provenzal, buen caballero, buen guerrero, buen trovador y buen *domnejaire;* es decir, buen galanteador de damas. Era muy instruido, y así sabía llevar á cabo los buenos negocios, como salia airoso de los malos, y pretendia poseer tanto ingenio, que tenía de sobra. Una vez que el rey Enrique II de Inglaterra le hizo prisionero, preguntóle si poseia aún todo su ingenio, pues iba á serle necesario para salir de aquel trance. Beltran contestó que no lo poseia ya por haberlo perdido todo á fuerza de llorar la muerte de su gran amigo el príncipe, hijo de Enrique. Conmovido el rey al recuerdo de la muerte de su hijo, se echó á llorar, perdonó á Beltran, devolvióle la libertad y con ella sus tierras y sus honores.

La suerte quiso que el monarca aragonés y el trovador provenzal se hubiesen siempre de encontrar frente á frente, así en el terreno político como en el literario, así en el campo de batalla como en el palenque de los amores.

Comenzaron por ser grandes amigos; pero de repente se interrumpieron sus relaciones amistosas para convertirse en cruda guerra, no siendo acaso extraña á este

cambio cierta peregrina historia de amores de que no tardaré en hablar.

Cuentan y refieren los anales históricos de aquel tiempo, que en 1182 pasó Alfonso de Aragon á Burdeos, terminadas sus guerras en Provenza, para celebrar una entrevista con el rey de Inglaterra, Enrique II. Hallábase entónces este monarca en guerra abierta con su propio hijo, el cual, descontento de que su padre no le diera participacion en el gobierno, se habia alzado contra él.

Beltran de Born habia contribuido no poco á encender esta guerra. Era un noble turbulento, que habia entrado en las miras de Leonor de Aquitania (1), y que andaba mezclado en las intrigas del rey de Inglaterra y de sus hijos, pero que tenía empeño en mantenerlos siempre en lucha perpétua, al padre contra los hijos y á éstos uno contra otro. Incitaba igualmente á la guerra entre los reyes de Francia y de Inglaterra, y en cuanto éstos hacian paz ó tregua, se esforzaba en romper la una ó la otra con sus *serventesios*, por medio de los cuales hería su amor propio diciéndoles que la paz deshonraba á los guerreros, pues que era sólo obra de cobardes y de felones.

Despues de la conferencia de 1182 en Burdeos, el rey de Aragon tomó partido por el monarca inglés, miéntras que el conde de Tolosa y otros barones lo to-

(1) Véase el artículo referente á Leonor de Aquitania, donde vuelve á hablarse extensamente de Beltran de Born, como de él se habla tambien en el dicurso preliminar.

maron por el príncipe. Entre estos últimos, se hallaba Beltran de Born, que escribió entónces, con este motivo, uno de sus más enérgicos serventesios, uno de sus más bellos cantos de guerra:

Lo coms m'a mandat é mogut
per En Ramon Uc d'Esparó,
que ieu fassa per lui tal cançó
qu' 'n sian trencat mil escut,
elms é ausbercx é alcotó,
é perpong falsat é romput...

«El conde (de Tolosa) me ha mandado é incitado por medio de D. Ramon Hugo de Esparó que haga en favor suyo tal cancion, que por ella sean rotos mil escudos, yelmos, petos y cotas y pespuntes destruidos y destrozados.

»Y está bien que se cumpla su deseo, pues me ha hecho dar cuenta de su estado, y está bien que ántes de las rogaciones haya oido el conde mi cancion, pues de otra suerte me denostarian los gascones á los cuales me creo obligado.

»En Tolosa, al pié del castillo de Montagut, plantará el conde su estandarte de guerra en el prado condal, junto á la gradería, y cuando haya desplegado su tienda, nos alojaremos alrededor durmiendo allí tres noches.

»Y así que nos pongamos de pié se moverá gran contienda en el campo, y allí vereis á catalanes y á aragoneses caer al suelo más que de prisa, sin que de nada les sirvan sus armaduras ni arzones; tan grandes

golpes les daremos, á fuer de cumplidos caballeros.

»Y no puede dejar de ser que sus armas vuelen por los aires, y que cendales, cisclatones y tafetanes no sean destrozados y no se pierdan cuerdas, garfios y barras y telas y pabellones.

»Y acudirán á nosotros todos cuantos de nobles y altos barones se precien y cuantos honrados compañeros existan y los más selectos, y vendrán todos á valernos por deseo de gloria, por deber y por prez y fama suya.

»El rey que ha perdido á Tarascon y el señor de Montalbeon Roger, y el hijo de Bernardo Aton, y el conde D. Pedro, vengan en su auxilio, y el conde de Foix y D. Bernardo y D. Sancho, hermano del rey vencido.

»Piensen allá en pertrecharse y guarecerse, que acá estaremos dispuestos á recibirles.

»Mi mayor placer consiste en ver á los más altos barones irritados unos contra otros.»

La guerra duró todo aquel año y siguiente. En 1.º de Marzo de 1183, los dos monarcas, el de Aragon y el de Inglaterra, pusieron sitio al castillo de Limoges, del cual se apoderaron, habiendo logrado escapar el jóven príncipe, que personalmente le defendia. Pero no tardó en morir este último, víctima de una cruel enfermedad, y entónces el rey de Inglaterra cayó con todo el poder de sus fuerzas y las de su aliado el rey Alfonso sobre el trovador y guerrero Beltran de Born, á cuyos consejos se atribuian los intentos sediciosos del jóven príncipe inglés. Beltran de Born fué sitiado por los dos reyes en su propio castillo de Hautefort.

Hay quien afirma, no sé con qué fondo de certeza, que la enemistad de Alfonso y Beltran de Born nació de un incidente acaecido durante el sitio de Hautefort, y que se refiere del modo que se va á decir.

Desde el campo del rey Enrique, Alfonso de Aragon, hallándose falto de víveres para sus gentes, se los envió á pedir á Beltran de Born, que los tenía abundantes no obstante el sitio. Beltran se los hizo llevar generosamente, y contando con su amistad, le pidió que influyese con el rey Enrique para hacerle cambiar los tiros de sus baterías, á causa de estar ya muy destruidas las defensas del muro sobre el cual operaban las máquinas. El autor provenzal que cuenta el caso, supone que el monarca aragonés, léjos de pagar con este servicio que se le pedia el que acababa de recibir del sitiado trovador, vendió su secreto y reveló al rey de Inglaterra la debilidad del muro y el punto vulnerable de la plaza, haciendo que desde aquel instante fuese más vivo y tenaz el ataque por el punto amenazado.

Esto facilitó la toma del castillo.

Beltran de Born quedó prisionero del rey de Inglaterra, y entónces hubiera acabado su fortuna y quizá tambien su vida, si no hubiese sabido conmover el ánimo del rey, con una respuesta que le dió, recordándole la muerte de su hijo. El monarca inglés, á este recuerdo, sintió debilitarse su cólera, devolvió su gracia al trovador, y éste continuó gozando de sus bienes y heredades.

Pero al verse libre, no olvidó Beltran de Born su enojo contra D. Alfonso, y furioso por la perfidia de

que le acusaba, dió suelta á su cólera en el siguiente *serventesio* que contiene las más absurdas aseveraciones, dictadas de seguro por el odio, áun cuando bien pudiera ser que estuviesen basadas en las calumnias y en las mentiras con que émulos y envidiosos vulgares trataban entónces de desautorizar á la casa de Barcelona, nada dia más fuerte y más pujante.

El *serventesio* á que aludo, es aquel que comienza con esta estrofa:

Pus lo gens terminis floritz
s'espandis jauzions é gais,
m'es vengut en cor que m'estais
de far un novel sirventés
on sapchon l' Aragonés.
qui'ab mal agur
d'aquó sion ben tug segur,
sai vene lo reys, dont es aunitz
é siei soudadier loguaditz...

Hé aquí ahora la traduccion íntegra y fiel de este satírico *serventesio:*

« Pues que la gentil estacion florida se esparce alegre y gozosa, me ha dado el corazon que debia componer un nuevo serventesio por el cual sepan con toda seguridad los aragoneses que con mal agüero vino su rey á deshonrarse en compañía de sus soldados mercenarios.

» Su baja alcurnia, subida por casualidad á lo alto, tendrá un mal fin y volverá al punto de donde salió, á Michaud ó á Carlad, el dia en que cada cual habrá

conquistado cuanto le pertenece de lo que él posee en la parte del Sur, siendo lástima que un mal viento no le arroje al mar, ya que es de tan poco valor, tan flaco, vano y perezoso.

»A punto está de perder la Provenza de donde ha salido y donde estiman más á su hermano Sancho, con razon sobrada, pues lo que es él, sólo piensa en engordar y en emborracharse, corriendo el Rosellon, del que fué despojado el conde Jofre. En Villamur, en Tolosa, en todas partes, le tienen por hombre sin fe, avezado á la blasfemia y al perjurio.

»Ojalá que el rey que es dueño de Castrojeriz (1) y que habita en el palacio de Toledo, convoque sus fuerzas para hacerlas caer sobre el hijo del barcelonés que, por derecho es vasallo suyo, aunque un malvado vasallo. Por mi parte, prefiero un rey infiel ó pagano á aquél de quien hube de sufrir la traicion el dia mismo que le presté servicio.

»El buen rey Garci Ramirez de Navarra recobrará, como no le falte vida, el Aragon que le hurtó el rey Monje: el buen rey de Navarra, á quien de derecho pertenece, lo recobrará seguido de sus alaveses el dia que se le antoje, puesto que, así como el oro vale más que el azur, vale mil veces más y es más cumplida su prez que la del rey apóstata.

»Me detengo por consideracion á aquélla de quien es marido, por consideracion á la buena reina su esposa que un dia me dirigió palabras que me desenojan. Si

(1) Alude á Alfonso VIII de Castilla.

no fuese por ella, le reprocharia la maldad que cometió con Berenguer de Besalú, ya que es tan villano y de tan malos hechos que llegó á dar muerte y hacer traicion al mismo de quien desciende.

»Indigna traicion cometió tambien con la hija del emperador Manuel á guisa de rey falso, perjuro y menguado, cuando le hurtó los tesoros que le diera su padre el emperador y se la cedió á su hermano Jaime, y despues con duro corazon, cuando la hubo despojado de todo, mandó por el mar á la mujer y á los griegos, víctimas todos de su falsía.»

Y aquí parece terminar el *serventesio*, áun cuando es de presumir que tenía otras estrofas, las cuales sin embargo no existen en la copia que he tenido á la vista.

No se contentó, empero, el airado trovador con esta diatriba. Pasado cierto tiempo escribió contra Alfonso aquel otro *serventesio*, tan lleno de hiel como el anterior, áun cuando su comienzo parezca anunciar sentimientos ménos apasionados, y que principia con esta valiente estrofa:

Cuan veij pels vergiers desplegar
los sendatz gruecs, indis é blaus,
m'adoussa la votz dels cavaus,
é il sonet que fan li joglar
que viúlan, de trap en tenda,
trompas é corns é grailles clar;
adoncs vuelh un serventés far
tal qu' el coms Richartz l' entenda...

«Cuando veo desplegar por los verjeles las enseñas amarillas, indias y azules, me alegra el relincho de los

caballos y el son que hacen los juglares tañendo la viola de tienda en tienda, y las trompas y los cuernos y las agudas dulzainas; entónces quiero componer un serventesio, tal que llegue á oidos del conde Ricardo.

»Quisiera reconciliarme y hacer paces con el rey de Aragon, pero fué muy desleal y muy perverso cuando vino aquí á hacernos la guerra. Por esto es de razon que le reprenda, y dígolo sólo para amonestarle, pues me pesa verle loquear y quiero con mis advertencias corregirle.

»Todo el mundo habla mal de él. Uno de sus vasallos me contó el acto de perfidia que llevó á cabo en Castellot, de donde hizo arrojar á Español, que habia sido invitado y estaba bajo seguro, depojándole, á más, de su renta.

»De hoy más nada le quiero ocultar y diciéndoselo todo le seré amigo leal. Gaston, señor de Bearne y de Pau, me ha enviado á decir que alcanzó del rey el pagarle en dinero ciertos obsequios á que estaba obligado, pues es hombre que prefiere el dinero á los obsequios.

»Los juglares me han dicho de él que han cantado de balde sus loores, pues si alguna vez les dió vestidos verdes ó azules ó les hizo entregar algun dinero, con exceso lo recobró todo del juglar Artaset, de quien se apoderó hurtándole lo suyo y vendiéndolo luégo á unos judíos.

»Mal pagó tambien al juglar Pedro que le prestó dinero y caballos y que fué despedazado por órden de la vieja reina de Inglaterra, á quien aguarda Fonte-

vraul, sin que le sirviese de resguardo la seña que llevaba y que era hecha con una banda de la chupa de armar del rey, pues le hirieron á cuchilladas.

»Bien lo adivinó el buen caballero Pedro Ruiz de Azagra, en cuanto vió coronado al jóven rey, diciendo de él que jamás sería valiente y atrevido, y bien lo motivó él mismo desde su juventud en sus bostezos, pues todo príncipe que bosteza ó se duerme cuando oye hablar de batallas, demuestra á las claras que no es aficionado á ello.

»Yo le perdono si hizo que recibiese daño de los catalanes y de los de Lara, pues el señor de Poitú se lo mandó y no se atrevió á hacerlo de otro modo: rey que sueldo aguarda de un señor, bien puede ganarlo, y por razon de ganancia, más que por otra cosa, vino él aquí.

»Quiero que el rey sepa y aprenda de grado este mi serventesio y que lo haga cantar ante el rey de Navarra y que lo propague por Castilla.»

Tales son las dos cruelísimas sátiras lanzadas por Beltran contra el rey de Aragon, sátiras en las que dominan la injuria y la calumnia.

Y no se limitó á esto sólo la irascible musa del trovador. Otro nuevo *serventesio* lanzó contra D. Alfonso por aquel mismo tiempo, pero de él sólo nos queda una estrofa que dice así:

Aragonés fan gran dol
catalan é silh d'Urgelh,
can non an qui los capdelh
mas un senhor flac e gran,

tal que 's lauza en chantant
é vol mais deniers qu' onor,
é pendet son ancesor
perque 's destruis é s'enfen...

«Los aragoneses, los catalanes y los de Urgel se duelen en gran manera, pues no tienen quien los acaudille, sino un señor flaco y alto, que se alaba á sí mismo cantando y que ahorcó á su antecesor, por lo cual se ha destruido y condenado.»

Esto es á todas luces falso, como la mayor parte de lo que dice del monarca aragonés en sus otras composiciones.

Acaso puede haber algo de cierto en el incidente acaecido durante el cerco de Hautefort y que se supone dió lugar á esta enemistad y á estas sátiras; pero repugna creer tales deslealtades en el monarca aragonés, de quien la historia, por el contrario, se complace en recordar nobilísimos rasgos.

Sólo en falsedades apoya Beltran de Born sus sátiras.

En primer lugar, hace descender á Alfonso de Milhaud ó Carlad, cuando no es exacto. Alfonso descendia por línea varonil de los condes de Barcelona y sólo por la línea materna de su abuela doña Dulce ó Dulcia era descendiente de los condes de Milhaud y Carlad.

Por lo tocante á que el monje Ramiro, es decir, el Rey Monje hubiese usurpado el reino de Aragon al monarca navarro, ahí está la historia para desmentirlo.

El mismo poco fundamento tienen la mayor parte de los otros cargos hechos á Alfonso. Le llama cobarde y

le niega el valor, cualidad que era innegable en el rey de Aragon. Le llama blasfemo, perjuro, beodo, y le acusa de crímenes y traiciones, cuando sus virtudes y excelentes prendas están atestiguadas por el renombre de *Casto* con que la posteridad justiciera le ha reconocido, renombre que no se le dió ciertamente por la circunstancia única que en sí expresa, ya que á juicio de los antiguos, llamarle *el Casto*, era llamarle *el virtuoso.*

En lo que está acertado el poeta satírico, es en el reproche que le hace relativamente á la princesa Eudoxia Comeno, hija del emperador Manuel. Poco noble fué, en efecto, la conducta de Alfonso con esta princesa desdichada, digna de mejor galan y mejor suerte. La venganza y el resentimiento dirigieron la pluma del trovador provenzal.

Afortunadamente existen ciertos datos históricos, gracias á los cuales podemos deducir que las sátiras de Beltran de Born contra Alfonso fueron debidas más que á la política y á la enemistad de partido, al resentimiento literario y á los celos en amor. Por un lado hay que convenir en que el rey Alfonso trovaba, y esta circunstancia, si le valia elogios exagerados y adulaciones de ciertos poetas cortesanos, le enajenaba las simpatías de otros trovadores, entre los cuales sobresalia por su carácter independiente y soberbio el vizconde de Hautefort, muy acostumbrado á satirizar lo que era objeto de las adulaciones serviles de ciertos compañeros suyos.

Además, el caballero y el príncipe, el rey y el trovador, habian sido rivales en amores, pues á entram-

bos se les halla suspirando á los piés de Maenz ó Matilde de Montagnac, hija del vizconde de Turena y esposa de Talleyrand de Perigord, una de las mujeres más hermosas de su época. La bella Matilde se veia cortejada á un mismo tiempo por varios señores principales, entre ellos Alfonso, rey de Aragon, que al parecer estaba de ella perdidamente enamorado, siendo á ella á quien tal vez hubo de ser dirigida la cancion de amores de que ántes he hablado. Todos aquellos ilustres galanes fueron sacrificados por la bella Matilde á Beltran de Born, á quien escogió por su *amante* y *señor*. Esto no obstante, como no dejaban de inspirarle sus rivales viva inquietud, Beltran desplegó contra ellos su talento satírico, escogiendo principalmente como víctima á Alfonso de Aragon, que habia estado más cercano que los otros á alcanzar los favores de la beldad provenzal, y que acaso los habia conseguido.

El juicio de la posteridad ha sido favorable para Alfonso. Los historiadores más graves, más imparciales y más entendidos, convienen en que se hizo recomendable por sus hazañas y sus buenas cualidades. Fué, en efecto, su reinado uno de los más felices de la *Corona de Aragon*, y fué indudablemente este monarca prudente al par que valeroso, activo al par que sagaz, guerrero al par que sabio. Como no todo es perfeccion en este mundo, hay realmente algunos lunares en la vida de este rey, y en ellos hubo de apoyarse Beltran de Born para sus crueles sátiras; pero no merecia ser pintado con los feos colores con que lo hizo este su vengativo contemporáneo. La pluma del trovador vizconde fué

injusta al escribir de Alfonso, como toda pluma tinta en la hiel de la pasion, é inspirada sólo en el odio y la venganza.

Por lo que toca á Beltran de Born, la posteridad ha sido más severa con él que con D. Alfonso. En cuantas crónicas se habla de él, por lo que atañe al ménos á las que han llegado á mi noticia, se le cita como hombre turbulento, colérico, vengativo, soberbio y sanguinario.

Su vida, es decir, lo que de ella me ha sido dado rastrear, es curiosa y llena de dramáticos incidentes. En ella se reflejan las costumbres libres y galantes de aquella época de *córtes de amor*.

Ya he dicho que Beltran era el amante de la hermosa Matilde de Montagnac, esposa de Talleyrand, hermano del conde de Perigord, á la cual en sus cantos llamaba *delfina*, segun cuenta el *Monje de las islas de Oro*, á cuya curiosísima crónica de galanteos y de amores pertenecen algunos de los episodios de la vida de Beltran de Born que voy á referir, así como voy á referir tambien los motivos que dieron lugar á sus principales cantos.

Parece ser que Matilde llegó un dia á reñir con su amante, á quien despidió por celos de otra dama llamada Guiscarda de Beaujeu. Hubo esto de afligir grandemente á Beltran de Born, el cual tomó la resolucion é hizo voto de no reemplazarla jamás, miéntras no encontrase otra tan bella, tan buena, tan agraciada y tan distinguida. Conforme á la costumbre de los trovadores, el amante despedido puso esta resolucion en co-

nocimiento de su amada, la cual se avino y consintió en ello.

Poco tardó en convencerse de que no hallaria otra mujer como Matilde, pues en ninguna veia las perfecciones que en ella, y decidió presentarse á su amada para manifestarle su desengaño y el deseo de volver á reanudar sus relaciones. La antigua dama se negó á esto último, y le dió el peregrino consejo de crearse una querida imaginaria, escogiendo de entre las damas que le eran conocidas lo que cada una tuviese mejor y más bello: una fisonomía agraciada, unos ojos negros y vivos, un talle gentil, unas buenas formas, un cútis sedoso, un pié pequeño, unas maneras distinguidas, una conversacion agradable, etc. Así fué Beltran de Born requiriendo á las damas conocidas suyas para que le concediese cada una uno de los dones citados, y en el inventario que hizo sobre este asunto, va nombrando una por una á todos las damas á quienes se dirige en demanda de auxilio para crear su dama imaginaria. Es el *serventesio* que comienza con este verso:

Donna pois de mi no'us cal.

Hubo de llegar por fin el trovador á encontrar y formar su beldad imaginaria, conjunto de todas las gracias recogidas entre varias damas, y á propósito de esto, compuso un *serventesio:*

Eu m' escondic, domna, que mal no mi er.

En esta composicion Beltran se alaba de ser un amante fiel y constante, pero la verdad es que no debia

serlo en todo el rigor de la palabra y que algun fundamento podrian tener los celos de Matilde, cuando se ve al trovador dirigir á Guiscarda de Beaujeu el canto que comienza:

¡Ai! Lemoçis, franca terra corteza.

Esta infidelidad, que sin duda fué sólo imaginaria, pues se alaba de amar á Guiscarda sin haberla visto jamás y sólo por el mucho bien que de ella le contaron, esta infidelidad, repito, no impidió á Beltran continuar requiriendo de amores á Matilde de Montagnac, que prosiguió insensible á sus votos, á sus protestas y á sus cantos.

Desesperado entónces el amante, y no bastando á consolarle ni su dama imaginaria ni su otra dama Guiscarda, á quien por lo visto no conocia más que de reputacion, decidió buscar un amor más real y positivo, y á este objeto se encaminó á Santonge, donde habitaba Tibulda ó Tiberga de Montausier, esposa del señor de Chalais, una de las damas más nombradas por su belleza, su mérito y su ingenio. Beltran al presentarse á ella, se lamentó y quejó de Matilde de Montagnac, que le habia despedido sin que ni protestas ni juramentos pudieran hacerla desistir de creer que era el amante de Guiscarda, y acabó por pedir á Tibulda que le admitiese por su caballero y por su galan.

Pero Tibulda, dice el *Monje de las islas de Oro*, como mujer cuerda, le contestó con estas palabras:

—Beltran, yo estoy muy contenta y satisfecha de que hayais venido á mí y me dispenseis esta honra, y

áun cuando esto me desplace por un lado, tengo á honor el que hayais venido á verme y á rogarme que os tome por caballero y por galan; pero lo que me desplaceria mucho sería el que hubiéseis hecho esto por haberos despedido Matilde de Montagnac y estar irritada contra vos. Por lo que á mí toca, sé con qué rapidez cambia el corazon de los amantes. Yo he de saber pronto la verdad, y si no habeis faltado á Matilde y le habeis sido leal, haré que os devuelva su gracia, pero si la culpa es vuestra, ni yo ni ninguna otra dama debemos recibiros por caballero y servidor.

Túvose Beltran por satisfecho con esta respuesta y prometió á Tibulda que no amaria ni serviria jamás á otra dama que á ella, si acaecia que no pudiese recobrar el amor de Matilde; y Tibulda, á su vez, prometió recibirle por caballero y por galan si no lograba reconciliarle con la de Montagnac.

No tardó en convencerse Matilde de que Beltran le habia sido fiel, y accedió á recibirle de nuevo y aceptar sus homenajes, obligándole á despedirse de Tibulda y á quedar libre de las promesas y juramentos que entre ambos mediaran. Con este motivo Beltran de Born compuso el *serventesio* que comienza:

S'abrils é foillas e flors...

Y recordó el auxilio que habia ido á pedir á Tibulda de Montausier y la acogida que de ella mereciera, en una copla que dice:

Donna, s'ieu quezi socors...

Beltran de Born y el conde Godofredo de Bretaña, hijo segundo del rey de Inglaterra, se daban mútuamente el nombre de *Rassa* (1). Godofredo, su hermano, el príncipe Ricardo, conde de Poitiers, el conde Raymundo de Tolosa y Alfonso, rey de Aragon, hacian todos la corte á la dama de Beltran, Matilde de Montagnac, que despreció los homenajes de todos para ser fiel á su antiguo amante, el cual compuso entónces un canto para loar su fidelidad y su amor. Dedicó Beltran esta composicion á su rival, y al propio tiempo su hermano de armas Godofredo, y quiso en ella que no quedase duda ninguna de cuál era la dama á la que consagraba su amor. En su canto sólo la nombraba por *Delfina*, y dice que *Rassa* (es decir, él, Beltran de Born), ha visto y ha tenido en sus brazos á aquella que desdeñó á Poitiers, á Tolosa, á Bretaña y á Zaragoza, es decir, á Ricardo, que era conde de Poitiers, á Raymundo que lo era de Tolosa, á Godofredo que lo era de Bretaña, y á Alfonso de Aragon, que era señor de Zaragoza:

Rassa als reis es orgoillosa
é faitx gran sen á lei de tosa
que no vol Peitieu ni Tolosa
ni Bretaigna ni Saragosa,
anz es tant de pretz enveiosa
qu'als pros paures es amorosa.

(1) Esta palabra significa extorsion y destrozo. Es la misma palabra *razzia* que hemos tomado de los árabes. Por lo demás, este singular uso de darse un mismo renombre ó apodo prueba la familiaridad que se establecia entre los grandes señores y los tro-

Otro de los *serventesios* más notables del trovador de que vengo ocupándome, es el que hizo contra los ricos barones que nunca dan nada, que son inhospitalarios, que acusan y calumnian sin motivo, que no perdonan á los que les piden gracia y no recompensan los servicios prestados; y contra los que no saben hablar jamás de otra cosa que de caza y de halcones, teniendo á ménos hablar de amor y de armas, las dos únicas cosas, á juicio del trovador, capaces de alentar un corazon varonil. Es este el *serventesio* que empieza:

Rassa, tan creis é mont é pueia...

Beltran sostuvo una empeñada lucha con su hermano Constantino de Born. Ambos hermanos se odiaban cordialmente. Constantino se apoderó una vez del castillo de Hautefort, que pertenecia á entrambos en comun; pero Beltran recobró el castillo y arrojó á su hermano de todo el dominio. Éste acudió entónces á solicitar la proteccion del vizconde de Limoges y de Ricardo, conde de Poitiers, que se la prestaron entrando con sus tropas en las posesiones de Beltran de Born y pasando á sangre y á fuego cuanto hallaban por delante. En esta ocasion crítica para él, fué cuando el amante de Matilde de Montagnac, compuso aquel virulento serventesio:

Un sirventes que mot non faill...

---

vadores, los cuales no eran todos ciertamente de tan elevado rango como Beltran de Born. En las vidas de los trovadores hay repetidos ejemplos de esta costumbre.

El genio de Beltran ayudó á sacarle de aquel apuro. Con sus artes y su ingenio, alcanzó que se formase una liga de barones contra el príncipe Ricardo, entre ellos los vizcondes de Ventadorn, Comborn, Segur y Turena, y los señores de Gourdon y Monfort y el conde de Perigord y los ciudadanos de sus comarcas. No se coaligaron éstos para defender directamente al de Born, sino para caer sobre Ricardo, de quien tenian que vengar agravios que oportunamente supo recordarles el trovador en su serventesio:

Pus Ventadorn et Combors et Segur...

En esta composicion invita á todos los nombrados y á las gentes de sus comarcas á persistir en la coalicion contra Ricardo; les dice que éste es cobarde y huye al primer choque de armas, les recuerda que se habia apoderado de las rentas de los ciudadanos y de unos castillos pertenecientes á barones de la liga, va citando á todos, uno tras otro, elogiando su valor, sus cualidades, su destreza, y les hace memoria de todos los agravios que el conde de Poitiers les ha inferido.

Jamás canto alguno de trovador tuvo más buen éxito. Por de pronto, consiguió su objeto. Las comarcas todas se levantaron en armas, y miéntras duró la lucha de todos aquellos barones con Ricardo, Beltran de Born pudo rehacerse y recuperar parte de lo que habia perdido.

Por mala ventura para Beltran, no tardaron en hacerse las paces entre aquellos señores y el conde de Poitiers. El vizconde de Hautefort se vió entónces aban-

donado de todos, y Ricardo se presentó con su hueste ante su castillo, jurando que no partiria de allí hasta haber arrasado Hautefort, si éste y su dueño no se le rendian á discrecion. Beltran no tuvo más recurso que someterse, entregó el castillo y se entregó él mismo á merced de su enemigo, pero un *serventesio* le libró de la triste suerte que parecia aguardarle.

Efectivamente, al caer en manos de Ricardo, compuso aquel *serventesio*, en que hay estos versos tantas veces citados:

Si 'l coms m' es avinens
e non avars,
mout li serai valens
en sos afars,
e fis com fins argens
humils e cars...

«Tengo aún el valor de cantar, no obstante mis desastres. He rendido Hautefort al señor Ricardo, pero ya que me he presentado á él para pedirle gracia y me ha perdonado abrazándome, no tengo que temer otro infortunio.

»Los barones del Limosin y de Perigord, que me habian ofrecido su fe y su auxilio, me han abandonado cobardemente, pero yo les abandono, á mi vez.

»Si el conde (Ricardo) me es favorable y no me rechaza, podré serle útil en sus asuntos, y mi adhesion á su persona será pura como el dinero de más pura ley. Su dignidad debe hacerle parecido á la mar, que parece querer tragarse todo lo que en su seno recibe, y, sin embargo, lo arroja en seguida á la orilla.

»A tan alto baron le conviene restituir lo que ha tomado á un vasallo que se humilla. Yo le ruego que, al ménos, me confie la guarda de mi propio castillo, pues que aquellos á quiénes la ha confiado son mis enemigos, y estaríamos en perpétua lucha. Confiándomela á mí no se expondrá á que le falte, puesto que estoy pronto á servirle y honrarle, lo cual no hubiera hecho, si no me hubiesen vendido.»

Hasta este punto se doblegaba Beltran de Born ante aquél á quien en un *serventesio* anterior habia tratado sin piedad ni consideracion alguna.

Ya fuese que esta humillacion dejase satisfecho á Ricardo, ya que tuviera en cuenta los servicios que tan esforzado campeon podia prestarle atrayéndole á sú partido, es lo cierto que admitió su pleito homenaje y le devolvió su castillo, firmando con él tratado de paz y alianza.

Beltran se aprovechó de esta paz para reponerse, armarse de nuevo bajo pié de guerra y caer de improviso sobre las tierras de los barones del Limosin y de Perigord, que le habian abandonado, pasando á fuego y sangre parte de su territorio y haciéndoles cuanto daño pudo.

Hombre era el señor de Hautefort á quien gustaban escenas de horror y de sangre. Segun lo demuestra él mismo en sus poesías, algunas de ellas de una energía y virilidad como no se conocen otras en la literatura provenzal, gozaba sólo con la lucha de los elementos y de las pasiones. Hay en este trovador algo de feroz y de salvaje.

Le era grato galopar en medio de la tempestad, *á la luz del rayo y del incendio;* se complacia en pisar cadáveres destrozados y palpitantes todavía, en pasar por entre escombros y ruinas, en ver *revueltos con pedazos de malla aplastados sesos*, como con brutal realismo dice en una de sus composiciones. Gustaba de poner la discordia entre amigos, de invitar á la venganza á los enemigos; el vapor de la sangre le embriagaba *como el vino fuerte y espumoso*, el estruendo de las armas sonaba á sus oidos *como un armonioso concierto.* Nada le era tan dulce, *ni el comer*, *ni el beber*, *ni el dormir*, *como el oir gritar: ¡A ellos!* en medio del fragor de la pelea, del relincho de los caballos, del choque de las armas; ni para él habia espectáculo más seductor que el de pequeños y grandes, señores y villanos, rodando revueltos por los fosos, en espantosa confusion, á través de montones de cadáveres y de miembros destrozados.

E s' ieu trob Peitavia pifart,
sabrá de mon bras cum talha,
que sus el cap li farai bart
de cervelh mesclat ab malha...
Ieu 's dic que tan no m' a sabor
manjars ni beure ni dormir,
cum á quant aug cridar; ¡A lor!
d' ambas las partz; et aug agnir
cavalz voitz per l' ombratge;
et aug cridar: ¡Aidatz! ¡aidatz!
é vei cazer per los fossatz
paucs e grans per l' erbatge,
é vei los mortz que pels costatz
an los tronsons autre passatz...

En la ocasion arriba citada en que los tres hijos de Enrique II se rebelaron contra el padre, Beltran acogió con gusto el momento que se le presentaba de satisfacer su gusto dominante por la intriga y la discordia. Renovó sus amistades con el príncipe Enrique, pronto á sublevar los gascones, pero la muerte de este jóven príncipe, que falleció de enfermedad en 1183, le causó vivísimo dolor, principalmente quizá porque desconcertaba sus planes. Entónces escribió dos poesías lamentando su muerte con tanta exageracion de elogios como de insultos le habia dirigido en otra con motivo de haber cedido sus derechos á su hermano Ricardo.

«Devorado estoy por un pesar que sólo terminará con mi vida. No hay alegría para mí desde que he perdido al mejor de los príncipes. Al recordar su carácter generoso, sus delicadas atenciones, sus honrados procedimientos, me siento desfallecer de dolor. Nunca hubo señor más galan, ni más afable, ni más dispuesto á prestar servicios. ¡Qué órden, qué magnificencia en su casa! Allí siempre se llegaba á tiempo, siempre se era bien recibido, siempre se encontraba buena y grata compañía. Las fiestas, las diversiones se renovaban allí sin cesar. ¡Oh Dios! ¡le habeis quitado todo eso á este siglo, que bien lo merece por su malignidad!

»Noble príncipe, si hubieses vivido algun tiempo más, hubieras llegado á ser el rey de los caballeros y el emperador de los hombres de pró. Jóven aún, habias conquistado gran renombre. Cualquiera que le haya conocido, debe terminar sus dias en la soledad y en la tristeza. Ningun placer será bastante á disipar mi do-

lor. Ingleses y normandos, bretones é irlandeses, pueblos de Guiena y de Gascuña, de Agen, de Tours y de Man, todos deben llorar su muerte. Si se unieran todos los desastres que pueden afligir á los infelices mortales, nada significarian todos juntos en comparacion de la muerte del jóven rey. Los guerreros, los trovadores, los juglares, lo han perdido todo.

»¡Oh muerte bárbara! bien puedes vanagloriarte de haberte llevado el mejor caballero del mundo. ¿Por qué no lanzaste tus dardos contra tantos malvados como dejas vivir y que son una carga vil de este universo? ¡Ojalá que las virtudes del rey jóven puedan servir de modelo para todos aquellos de quienes ha sido conocido! Yo imploro la misericordia de Dios, que murió por salvarnos á todos, y le pido que se digne colocarle en honrosa compañía, allá en la mansion donde nunca fueron conocidas las penas ni las desgracias.»

El rey de Inglaterra atribuia á Beltran de Born las rebeliones de sus hijos, y resuelto á castigarle, se presentó ante su castillo de Hautefort, segun indicado queda más arriba. Entónces fué cuando Beltran, vencido, compareció ante el vencedor, y tuvo lugar la escena á que me he referido, contada por el biógrafo provenzal con tan peregrinos detalles, que creo conveniente trasladarla.

Enrique de Inglaterra recibió muy mal al vencido de Hautefort.

—Beltran, Beltran, le dijo, si ha de creerse á la fama, siempre os bastó con la mitad de vuestro ingenio para salir de aprietos; pero en esta ocasion ten-

dreis necesidad de valeros de todo el que Dios os ha dado para salir de éste.

—Señor, dijo Beltran, es cierto lo que dice la fama, y esto he dicho muchas veces.

—Pues bien; lo que es por esta vez el ingenio os ha faltado.

—Tambien es verdad, señor, contestó Beltran.

—¿Y cómo ha sido eso? preguntó el rey.

—Es que el dia que perdí al jóven rey, señor, perdí con él todo mi ingenio.

Al oir el rey lo que llorando decia Beltran de su hijo, se humedecieron sus ojos, se contristó su corazon y rompió en llanto.

—Nada más natural, dijo entónces el monarca, que hayais perdido el ingenio á causa de mi hijo, pues que tanto os amaba. Por amor de su memoria, yo os devuelvo vuestra libertad, vuestros bienes y vuestro castillo; por su amor os devuelvo tambien mi amistad y os doy quinientos marcos de plata para reparar el daño que los mios han hecho en vuestro castillo.

Beltran entónces se arrojó á los piés del rey y le juró una adhesion sin límites.

Caballero valiente y poeta famoso, podia brillar con este doble título en los anales de la galantería. Se dice que la princesa Elena, hermana de Ricardo el que fué luégo rey de Inglaterra, la que más tarde casó con el duque de Sajonia y fué madre del emperador Oton, recibió los galanteos y homenajes de Beltran de Born. El mismo Ricardo, conde de Poitiers entónces, y trovador como él, excitaba al poeta en sus amores, si no

mienten ciertos versos atribuidos al futuro monarca de Inglaterra, por medio de los cuales recomienda á Beltran que *honre y complazca á Elena.* Tambien se dice que la hermosa princesa, por su parte, se mostró sensible á la gloria de ser celebrada por tan renombrado galan, el cual, en una poesía á ella dirigida, la llama *la más excelente dama que existir pueda en toda la extension de la tierra y de la mar.*

No hubieron de ser muy duraderos estos amores, puesto que no tarda en vérsele á los piés de Matilde de Montagnac, á cuya dama, segun tengo dicho, se consagró por completo y á quien van dedicadas casi todas sus canciones amorosas. De ella es el retrato que hace en los siguientes versos:

«Una dama conozco que es jóven y fina, graciosa, alegre, gentil, de estatura baja, rubia y de color de púrpura, blanca en su cuerpo como flor de ojiacanta, y que tiene un amante. Dulce me es loarla, puesto que más le place un pobre baron que tal conde ó tal duque engañadores que sólo la aman para deshonrarla.»

Una domna qu' es fresq' e fina
cuenda e gaia e mesquina,
pel saur ab color de robina,
blanca de cors cum flor d' espina,
sai ieu ab un entendedor.
Perque m'a sos lauzors sabor;
e vol mais paubre vavasor
que comte ni duc gualiador
que la menés á dezonor.

Cuando su rompimiento con Matilde, por creer ésta que hacía la corte á Guiscarda de Beaujeu, Beltran compuso una poesía, verdaderamente singular y original, para disculparse y disipar las sospechas de su dama.

«Me disculpo, dice, porque estoy inocente y habeis sido engañada por los maldicientes que murmuran de mí. ¡Oh bella dama, no permitais que me pongan mal con vuestra franca, honesta y amable persona!...

»Que se pierda mi gavilan en su primer vuelo y que á mis propios ojos lo arrebaten y desplumen los halcones, si no es verdad que os amo á vos sobre todas las cosas y sólo en vos pienso y por vos vivo...

»Que permanezca á caballo, con el escudo al cuello, durante todo el tiempo de una tempestad desencadenada; que las bridas de mi corcel sean cortas y no puedan alargarse; que en la posada encuentre al huésped de mal humor, si no es verdad que quien me acusa ante vos miente como un villano...

»Mi dama me abandona por creerme infiel, y no sé qué hacer ni qué juramento pronunciar para justificarme. Que me falte el viento en la mar, que sea apaleado por los porteros cuando vaya á la corte del rey, que se me vea huir el primero en la batalla, si ese maldiciente no es un impostor...»

Dicho está de qué modo y despues de qué singular prueba volvió Beltran de Born á recobrar el amor y la gracia de su dama, á la cual, por esta reconciliacion, dirigió una entusiasta poesía, diciéndole que vanamente habria buscado en otras «lo que ella sola posee, pues

ninguna en detalle, ni todas en conjunto, tienen las gracias y la belleza de Matilde.»

Beltran de Born acabó su agitada y turbulenta vida entrando en un monasterio y vistiendo el hábito del Cister; pero esto no impidió que el Dante le colocara en su *Infierno* por haber dividido la cabeza y los miembros de una familia, incitando á los príncipes reales de Inglaterra á sublevarse contra su padre. En alusion á esto, el inmortal florentino condena á Beltran de Born á llevar de la mano su propia cabeza, separada del tronco, á guisa de linterna.

Hé aquí el pasaje del Dante, *Infierno*, canto XXVIII:

«Quedéme contemplando aquella multitud, y ví entónces una cosa que no me atreveria á referir sin otras pruebas, á no ser porque me tranquiliza mi conciencia, fiel compañera que inspira valor al hombre cuando se escuda con un sentimiento puro.

»Ví, digo, y aún me parece estarlo viendo, un cuerpo que iba andando sin cabeza, miéntras que los demás andaban con ella.

»Cogida su truncada cabeza por los cabellos, llevábala suspendida de la mano, á modo de linterna, y nos miraba y decia: «¡Ay de mí!»

»Servíase de ella como de antorcha para sí mismo; eran dos en uno, uno en dos: cómo podia ser aquello, sábelo sólo el que lo dispuso.

»Cuando estuvo enfrente de nosotros y al pié del puente, levantó el brazo en alto con la cabeza para acercarnos más sus palabras, que fueron éstas:

—»Mira mi tremenda pena, tú, que respiras vivo,

y vienes á ver á los que murieron. Mira si hay otra más grande que ésta, y para que lleves nuevas de mí, sabe que soy Beltran de Born, el que dió tan perversos consejos al rey jóven. Yo enemisté entre sí al padre y al hijo: no sugirió Aquitofel más malvadas intenciones en Absalon contra David; y porque separé á personas tan allegadas, separada llevo tambien mi cabeza de mi truncado busto. Así se cumple en mí la pena que á otros impuse.»

Ma io rimasi á riguardar lo stuolo,
e vidi cosa ch' io avrei paura,
senza piu prova, di contarla solo;
se non che conscienzia n' assicura,
la buona compagnia che l' uom francheggia,
sotto l' osbergo del sentirsi pura.
I vidi certo, et ancor par ch' io 'l veggia,
un busto senza capo andar, si come
andavan gli altri della triste greggia...

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL PRIMER TOMO.

